

Dossier: Guerras y política en
América Latina en el siglo XX

Entrevista a Ana Frega

Bibliográficas | Eventos | Archivos

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 8, Volumen 8, 2017

contemporānea

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 8, Volumen 8, 2017

Contemporánea (ISSN 1688-9746) es una revista académica de frecuencia anual con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo
con apoyo
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Educación, Universidad de la República.

Contemporánea
ISSN: 1688-9746

Edición al cuidado del equipo
de la Unidad de Medios Técnicos, Ediciones y Comunicación
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad de la República.

Dirección provisoria:
Archivo General de la Universidad de la República
Rodó 1827
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con revistacontemporanea2010@gmail.com

Comité editorial

Magdalena Broquetas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República
Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Inés Cuadro, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República

Editoras de reseñas bibliográficas

Gabriela González, Universidad Católica del Uruguay
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República
Luciana Scaraffuni, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrighi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile
Isabella Cosse, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México
Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos
Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil
Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil
Marina Franco, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Greg Grandin, New York University, Estados Unidos
Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina
Victoria Langland, University of California, Estados Unidos
Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel
Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos
Laura Reali, Universidad Paris VII, Francia
Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España
Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil
Luis Alberto Romero, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos
Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México
Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile
Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos
Eric Zolov, Stony Brook University, Estados Unidos

Contenido

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES	9
DOSSIER: GUERRAS Y POLÍTICA EN AMÉRICA LATINA EN EL SIGLO XX	
Presentación: Pensar lo político, entender las guerras. Tribulaciones, lamentos y ocasos de una relación estructurante del siglo xx <i>Edgardo Manero y María Laura Reali</i>	11
Hands Across the Río de la Plata: Argentine and Uruguayan Antifascist Women, 1941-1947 <i>Sandra McGee Deutsch</i>	29
Una geografía global del combate. Asia y América Latina en los orígenes de la Guerra Fría <i>Daniel Emilio Rojas</i>	55
In arms' way. The 1960s Latin American New Left thinking on war and politics <i>Eugenia Palieraki</i>	73
Repensando a guerra revolucionária no Exército brasileiro (1954-1975) <i>Rodrigo Nabuco de Araujo</i>	87
América Latina en torno a los paradigmas de seguridad <i>Rut Diamint</i>	105
VARIA	
Entre la reforma y la unidad. Las elecciones internas de 1965 de la Lista 15 del Partido Colorado <i>Matías Rodríguez Metral</i>	123
«Ese momento no ha de tardar»: <i>Época</i> , la construcción de sentidos acerca de la revolución y los nexos con la izquierda armada uruguaya en formación (1962-1964) <i>Marina Cardozo</i>	141
ENTREVISTA	
Ana Frega: No somos los que manejamos los hilos de la memoria histórica <i>Florencia Thul</i>	159
BIBLIOGRÁFICAS	
Susana Draper. Afterlives of Confinement: Spatial Transitions in Post-Dictatorship Latin America <i>Ines Pousadela</i>	169
Gerardo Caetano y Salvador Neves. Seregni: un artiguista del siglo xx <i>Jimena Alonso</i>	171
Martín Bergel. El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina <i>José Rilla</i>	173
João Fabio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (comps.). Circule por la derecha. Percepciones, redes y contactos entre las derechas sudamericanas, 1917-1973 <i>Gabriel Bucheli</i>	175

Beatriz Tadeo Fuica y Mariel Balás (eds.). CEMA: archivo, video y restauración democrática	
<i>Virginia Martínez</i>	177
Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.). Entre el humo y la niebla.	
Guerra y cultura en América Latina	
<i>Alejandro Gortázar</i>	179
Daniela Lucena. Contaminación artística.	
Vanguardia concreta, comunismo y peronismo en los años 40	
<i>Lucía Naser</i>	181
Georgina Torello e Isabel Wschebor (eds.). La pantalla letrada: estudios interdisciplinarios sobre cine y audiovisual latinoamericano	
<i>Julio Cabrio</i>	183
Alfredo Alpini. La derecha política en Uruguay en la era del fascismo 1930-1940	
<i>María Eugenia Jung</i>	186
Mary Méndez. Divinas piedras. Arquitectura y catolicismo en Uruguay, 1950-1965	
<i>Laura Alemán</i>	187
Silvina Merenson. Los peludos: cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay	
<i>Gabriel Oybantçabal Benelli</i>	189
Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson. Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)	
<i>Vania Markarian</i>	192
Raúl Jacob. Las inversiones norteamericanas: 1900-1945	
<i>Ana María Rodríguez Ayçaguer</i>	194
Vania Markarian. Uruguay, 1968: Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails	
<i>A. S. Dillingham</i>	196
Ximena Espeche. La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo xx	
<i>Camille Gappene</i>	198
ARCHIVOS	
Archivo de propaganda política, <i>Sabrina Alvarez</i>	201
Fondo Milton Vanger, <i>Andrés Azpiroz y Clara von Sanden</i>	205
EVENTOS	
International workshop 'Global Latin America', <i>Daniel Emilio Rojas</i>	207
II Jornadas / I Congreso Internacional «Los archivos personales: Prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos», <i>María Virginia Castro y María Eugenia Sik</i>	209
Reseña del coloquio Juventudes Universitarias en América Latina: Ayer y Hoy, <i>Nadia Yannuzzi</i>	213
Democracia 30 años, restauración y desafíos, <i>José Rilla</i>	217
CONVOCATORIA: <i>Contemporánea</i> , año 9, volumen 9, 2018	221

Presentación de los editores

Con alegría anunciamos un nuevo número de *Contemporánea*, el primero que no se presenta en soporte papel y está disponible solamente en formato digital. El sentimiento es ambiguo. Constatamos que nos alejamos del libro físico, que tanto valoramos en nuestra profesión, pero también recibimos este cambio con la expectativa de llegar a más lectores y ampliar nuestro círculo de interlocutores, así como de agilizar todo el proceso de edición a través de la plataforma Open Source.

La transición ha sido posible nuevamente gracias al Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre Pasado Reciente (Geipar) y a la buena disposición de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE) de la Universidad de la República a través de su decano, Álvaro Rico, y de la Unidad de Medios Técnicos, Ediciones y Comunicación del mismo servicio.

Como anunciamos en la presentación anterior, salimos ahora con el comité editor ampliado con la participación de María Eugenia Jung, del Archivo General de la Universidad de la República (AGU), y de Inés Cuadro, del Departamento de Historia del Uruguay de la FHCE.

La convocatoria al *dossier* de este número fue «Guerras y políticas en América Latina»

y estuvo a cargo de María Laura Reali y Edgardo Manero, especialistas rioplatenses en esos temas, actualmente radicados en Francia. Su erudición y su trabajo nos permiten presentar un abordaje novedoso y comprensivo de un tema de gran centralidad en la historiografía latinoamericana. La extensa y rica introducción de los coordinadores nos ahorra la presentación en detalle de los artículos que integran este *dossier*. Adelantemos simplemente que se incluyen cuatro textos que aportan miradas renovadas sobre casos particulares o realizan reflexiones más generales sobre los vínculos entre guerra y política en el espacio latinoamericano desde la Segunda Guerra Mundial hasta el presente, dando cuenta de las particularidades locales en el contexto regional y global.

En la sección «Varia» incluimos, como siempre, los artículos que quedan por fuera de los temas de la convocatoria específica de cada año. En este caso se trata de dos textos sobre el Uruguay de los años sesenta. El de Marina Cardozo estudia *Época*, una publicación emblemática de la izquierda, y el de Matías Rodríguez Metral analiza la transformación de una fracción del Partido Colorado.

En esta ocasión, la historiadora Ana Frega fue entrevistada por Florencia Thul so-

bre su etapa formativa durante la última dictadura y su trayectoria entre la actividad docente en educación secundaria y la investigación histórica a nivel universitario.

Volvemos a incluir una extensa sección de reseñas bibliográficas y una más acotada de eventos que cubren la producción más reciente en los campos de interés de la revista en Uruguay y en otros países. Cerramos este volumen con la presentación de dos repositorios documentales radicados en la FHCE.

Nos despedimos anunciando la convocatoria al *dossier* de 2018 que, en atención a los próximos aniversarios de los movimientos estudiantiles latinoamericanos de 1918 y 1968, se titula «Derroteros de la juventud universitaria en América Latina: desde la Reforma hasta Tlatelolco» y estará coordinado por Pablo Buchbinder.

Esperamos que la lectura en formato digital de la revista sea tan estimulante como la de anteriores ediciones en papel.

Pensar lo político, entender las guerras. Tribulaciones, lamentos y ocasos de una relación estructurante del siglo XX

Edgardo Manero¹ y María Laura Realí²

Introducción

Ya sea a través del estudio de casos o a partir de reflexiones más amplias, el conjunto de contribuciones que confluyen en este dossier se interrogan sobre las relaciones que la guerra mantuvo con la política en el ámbito latinoamericano, en un arco temporal que abarca desde los años cuarenta del siglo XX hasta la actualidad. La articulación entre las especificidades de las experiencias locales y su inserción en espacios más amplios donde la circulación de doctrinas, prácticas y actores no es sin duda unidireccional pero tampoco ajena a disimetrías y relaciones de fuerza, constituye un aspecto nodal de los enfoques propuestos. En una tensión constante entre permanencias y rupturas, los acontecimientos abordados se inscriben en procesos de más larga duración, en los que es posible detectar ciertas líneas de continuidad.

Estas persistencias se perciben, en primer lugar, en las modalidades que adopta el enfrentamiento armado en América Latina. Cabe preguntarse, en ese sentido, en qué medida los conflictos bélicos acaecidos en este espacio resultaron reductibles, en alguna etapa, a una noción de la guerra que perduró en el ordenamiento internacional desde la consolidación del Estado-nación moderno hasta el período de la Guerra Fría y que presentaba este fenómeno en términos de actores estatales en condiciones de relativa certidumbre de las reglas internacionales. La distinción entre lo público y lo privado, entre lo interno y lo externo, entre lo estatal y lo no estatal, lo civil y lo militar, entre la guerra y la paz,³ se encuentra lejos de ser pertinente para una región donde la articulación de los conflictos sociales con lo militar difiere de la forma convencional de la guerra aportada por el paradigma europeo, aunque las culturas estratégicas locales⁴ se encuentren fuer-

1 Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)-École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Mondes Américains, Francia.

2 Universidad Paris 7, Études Interculturelles de Langues Appliquées (EILA)-Identités-Cultures-Territoires (ICT), Francia.

3 Mary Kaldor (1999) considera dichas dicotomías como características de las «viejas guerras».

4 Podemos definir la cultura estratégica como una forma integral de acción y de reflexión que se inscribe en el largo plazo, desarrollada por un grupo según su modo particular de resolver las relaciones con la naturaleza, los miembros de la comunidad y otras comunidades, con el fin de dar continuidad y sentido a su existencia garantizando la supervivencia del colectivo de identificación. La cultura estratégica comprende el conjunto de las actitudes, normas, creencias, costumbres y valores en relación con la supervivencia del «nosotros», compartidos más o menos ampliamente por los miembros de una unidad social determinada. El concepto alude

temente marcadas por dicho paradigma. En particular, a partir de la segunda mitad del siglo xx, las especificidades latinoamericanas en relación con la guerra se inscriben en un contexto pautado por la universalización del saber militar y por la supervivencia o adaptación de ciertos aspectos de dichas culturas, lo que plantea la cuestión de la articulación entre la dimensión global y local de las prácticas guerreras.

El relativo aislamiento en el sistema internacional ha limitado la participación directa de los países latinoamericanos en las conflagraciones internacionales, aunque estas movilizaron fuertemente a la opinión pública a nivel continental. Por su parte, los frecuentes conflictos de vecindad territorial (Mares, 2001; Domínguez, 2003; Manero, 2007) —cuyo pasaje de la diplomacia al enfrentamiento armado solo se produjo en contadas ocasiones— no esconden el hecho de que en América Latina las guerras se estructuran, principalmente, tanto en torno a las cuestiones del control social como a las disputas por la hegemonía política, en una geografía caracterizada por la debilidad de los Estados nacionales. En diversos contextos, el uso de la violencia se encuentra indisolublemente asociado al problema de la participación política y de las luchas por el acceso al poder, frente a la dificultad de los grupos dirigentes para instaurar mecanismos que garanticen su legitimidad de origen.⁵ El uso de la violencia extrema debe ser además considerado desde la perspectiva de su ejercicio contra poblaciones excluidas del «nosotros», contra grupos «subalternos» asimilados a colectivos peligrosos, desde esclavos en el pasado e indígenas, obreros y campesinos en distintos momentos históricos, hasta movimientos sociales de protesta contemporáneos. Estos mecanismos tendrían un denominador común con la violencia «colonial» practicada por las sociedades hegemónicas en sus periferias, lo que explica, en parte, las circulaciones de representaciones y de prácticas estratégicas. Este fenómeno se presenta combinado con la injerencia directa de las potencias hegemónicas en la región, que ha sido una constante desde la formación de los Estados poscoloniales. En el artículo «Una geografía global del combate. Asia y América Latina en los orígenes de la Guerra Fría», Daniel Emilio Rojas ilustra sobre la circulación a escala planetaria de un saber represivo que se nutrió de experiencias locales de combate insurgente y contrainsurgente no restringido al siglo xx. Desde una perspectiva que cuestiona la idea de una transferencia unilateral de saberes militares desde Estados Unidos al resto del mundo a comienzos de 1960, el autor destaca la dinámica de conjunto, poniendo en relación diversos escenarios de Asia, América Latina y Estados Unidos.

En la medida en que aparece centrada en el conflicto interno más que en el externo, la problemática bélica en América Latina nos recuerda que, como lo subraya Julien Freund, la guerra es una forma particular de conflicto. Su comprensión implica librarse de la forma guerra con el fin de aplicarse al desciframiento de la pluralidad de los fenómenos conflictivos, es decir, «los enfrentamientos diversos entre los hombres». El análisis de la guerra depende más ampliamente del estudio del conflicto en general (Freund, 1983). Aunque constituya la forma más radical de manifestación de la violencia social, la guerra no deja de ser una actividad ordinaria propia del campo de lo político. Lo que la diferencia de otras manifestaciones de la violencia colectiva —y por supuesto de otras formas del conflicto social— es que la lucha comporta coaliciones armadas entre sectores que se perciben a sí mismos como combatientes. Esta condición del compromiso conlleva una dimensión «identitaria» que tuvo un rol central en la militarización de lo político experimentada en gran parte del subcontinente, particularmente notoria en el período abordado en este *dossier*.

a los rasgos distintivos que caracterizan una sociedad o un grupo frente a la amenaza de muerte colectiva (Manero, 2002).

5 Por un abordaje de esta cuestión en el caso argentino ver Míguez (2017).

Las formas del conflicto

En el Mundo Antiguo, los griegos distinguían entre dos formas básicas de expresión del conflicto violento. Mientras el *polemos* hacía referencia al enfrentamiento armado contra un enemigo externo, un «extranjero» absoluto,⁶ la *stasis* —como fenómeno que implicaba igualmente la dimensión del combate— resultaba, en cambio, de un conflicto interno, de una crisis surgida e instalada en el seno de la *polis*. El término expresaba discordia, disturbios cívicos y revuelta en su dimensión arcaica y fundadora, entre aquellos que, en el lenguaje propio de la *stasis*, fueron denominados *eupatrides* —los «bien nacidos»— y aquellos designados como *kakoi*, los «villanos», «malvados», «sucios» y «bestias», apelativos propios del lenguaje de la exclusión social. Estas dos figuras de la guerra, tradicionalmente opuestas, generan las condiciones de posibilidad de acciones militares diferentes, aun si el enfrentamiento civil mantiene el esquema y las estructuras propias de la guerra clásica.

La distinción entre *polemos* y *stasis* aparece mucho menos nítida al considerar los conflictos armados a partir de las experiencias históricas concretas. Esta observación resulta pertinente para el caso latinoamericano, donde los conflictos interestatales, los enfrentamientos civiles y las guerras de colonización coexistieron frecuentemente en el seno de un mismo acontecimiento histórico, aunque alguna de estas dimensiones haya sido encubierta o aparezca desdibujada en beneficio de otras, oscureciendo la comprensión global de los fenómenos.⁷

En el espacio geográfico latinoamericano, la *stasis*, en su sentido de sedición y de insurrección, ha ocupado un lugar central. Si este fenómeno es bien notorio durante el período de las guerras de independencia y de la organización nacional, no lo es menos en el correr del siglo xx, en particular durante el orden bipolar aunque, a diferencia del siglo xix, la referencia a la «guerra civil» sea poco empleada. Fenómeno político particular, esta última tiene una especificidad dada por la dificultad misma de nombrarla (Grangé, 2009), que no se reduce solamente al hecho de que la ausencia de guerra, en el sentido jurídico, evita inquietar a la opinión pública, ayuda al mantenimiento de la actividad económica y bloquea la intervención de los organismos internacionales. La situación es similar en las guerras coloniales, donde el término «guerra» será utilizado de forma retrospectiva, generalmente ligado a políticas de memoria.

Guerra y política

Los conflictos armados latinoamericanos muestran no solamente el carácter ilusorio del antagonismo entre política y guerra, sino también lo arbitrario de la separación. En ese sentido, cabe recordar que la *polis* nace del «horror» de la guerra civil (Joxe, 1991: 177). En última instancia, todo poder político se funda en una relación de fuerza ligada —de una u otra forma— a un enfrentamiento entre colectivos de identificación. De esta forma, la violencia se instituye como el fenómeno fundador de la política. La sociedad, el Estado e incluso el derecho habrían surgido de un acto violento. Lejos de oponerse al orden, la violencia —luego devenida legítima— es su fundamento. Como lo destaca Max Weber, su monopolio constituye el basamento y el rasgo específico del Estado. Toda ley reposa sobre el recurso potencial a la coerción y el derecho es la resultante del ejercicio anterior de la fuerza y de la dominación, lo que equivale a sostener que el aparato normativo es la organización institucional de la violencia, prolongada de esta forma en la ley. En referencia a la carta de derecho fundamental, la Constitución, Ferdinand Lassalle

6 En relación con este punto puede verse Graves (1979); De Sainte Croix (1981); Fuks (1984); Lonis (1996); Loraux (1997); Fisher (2000) y Price (2001).

7 Sobre esta cuestión se puede consultar Capdevila y Dessens (2016: 393-398).

sostiene que las relaciones reales de fuerza existentes en una sociedad dada condicionan todas sus leyes y disposiciones jurídicas, de manera que, en lo esencial, ellas no pueden distanciarse de las circunstancias en que se generan.⁸ El poder no puede separarse de su origen a pesar de que, como lo señala Hannah Arendt, violencia y poder son términos diferentes y contradictorios. La violencia tiene un carácter instrumental y su utilización requiere justificarse. El poder, en cambio, no necesita justificación sino legitimidad (Arendt, 1970: 52).

Volviendo a la relación entre guerra y política, no solamente ambos términos se encuentran estrechamente vinculados, sino que, más aún, es en la guerra donde el orden político de la *polis* se manifiesta en toda su singularidad. Testimonio de ello es la oración fúnebre atribuida a Pericles por Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (1986: 112-116). Así, las múltiples dinámicas excluyentes experimentadas en América Latina como resultado de los conflictos armados no deben no obstante llevar a olvidar que, en ocasiones, la guerra constituyó igualmente un factor de integración. Si el conflicto interno tiende a poner en evidencia y en ocasiones a agudizar las fracturas sociales, puede funcionar igualmente como elemento de cohesión al interior de grupos determinados. El conflicto desgarrador pero es susceptible igualmente de reforzar los lazos sociales, contribuyendo a mantener la cohesión interna de un grupo o provocando incluso dinámicas de integración, al ampliar las fronteras del «nosotros» y al generar y/o consolidar sentimientos de pertenencia identitaria. Como lo señala Georg Simmel (1998), la oposición y la discordia ayudan a mantener los grupos unidos. Ya sea como acontecimiento efectivo o como horizonte de expectativa, puede contribuir incluso a superar antagonismos internos, canalizando el conflicto y redirigiéndolo fuera de las fronteras estatales.

En su dimensión de *polemos*, el enfrentamiento contra un enemigo externo permite incluso desplazar la agresión hacia otro colectivo, restaurar una autoridad cuya legitimidad se halle cuestionada, movilizar apoyos y disminuir la conflictividad al interior de la *polis*. El ejercicio del poder se encuentra íntimamente asociado al conflicto y a sus representaciones. Forjar un enemigo imaginario para facilitar la cohesión de un campo político o buscar orientar la hostilidad para evitar que se distribuya de modo aleatorio en el interior de un grupo son prácticas arcaicas y perennes. Dirigir la hostilidad contra el exterior del colectivo de identificación para promover su integración constituye un saber estratégico universal ampliamente empleado en América Latina.

Una continuidad aparece en la tradición occidental, desde el *Externustimor maximum concordia e vinculum*, de Tito Livio (2010-2011, II: 39),⁹ hasta la guerra en calidad de nodriza sangrienta que prepara a las sociedades para ser cohesivas, de William James (1912: 23). Desde el desconcierto del Imperio romano después de la pérdida del enemigo cartaginés, hecho al cual hace referencia Polibio (1969, III: 30), hasta el vacío estratégico, resultado del hundimiento soviético, la alteridad amenazante juega un rol central en todo colectivo de identificación. Si bien la expectativa de un enemigo se reinstala progresivamente en el desorden global posterior a 1989, las sociedades occidentales experimentan dificultades para definirlo de manera clara y rigurosa.

8 Cfr. Lassalle (1999).

9 «Por voto unánime de todos los generales, se confió la dirección de la guerra a Atio Tulio y a Cneo Marcio, el exiliado romano, en quien pusieron todas sus esperanzas. [...] Las incursiones fueron acompañadas por hombres cuya misión era asegurarse de que las tierras de los patricios no fueran afectadas; una medida tomada bien porque su ira se dirigiese principalmente contra los plebeyos, bien porque esperase que surgiesen disturbios entre ellos y los patricios. Estos sin duda se habrían producido (a tal punto estaban los tribunos excitando a la plebe contra los hombres más importantes del Estado) de no haber sido porque *el temor al enemigo que estaba fuera (el más fuerte lazo de unión) les unió a pesar de sus mutuas sospechas y aversión.*» El subrayado es nuestro. Tito Livio (2010-2011: 39). Sobre este punto ver Alain Joxe (1991: 203).

Fenómeno multicausal, la relación entre conflicto interno y el conflicto externo está en la base de una de las hipótesis más comunes de la guerra externa. Las elites comprendieron que la capacidad de controlar los sistemas de creencias y de representaciones de los conflictos constituye un elemento clave para poder actuar sobre la producción, la circulación y la conservación del poder. La teoría del desplazamiento revela la ambigüedad del conflicto. Este puede ser revelador del lazo que une a los ciudadanos, poniendo de manifiesto la importancia de la vida colectiva. Al desplazar la agresión hacia otro grupo, la guerra externa mediante su direccionamiento se configura como un mecanismo capaz de mantener la cohesión social interna, un medio para restaurar la autoridad o movilizar los apoyos, particularmente en coyunturas donde la legitimidad es débil o la conflictividad intragrupal es grave. La guerra —o su expectativa— contribuye a la canalización del conflicto fuera del marco nacional-estatal. Puede ser la última oportunidad, para un Estado preso de los antagonismos internos, de superarlos y de evitar así su estallido.¹⁰ En ese sentido, William Graham Sumner sostiene que, en las sociedades que experimentaron guerras frecuentes y feroces, el sistema social se volvió más integrado. Los grupos pueden buscar la unidad interna en el enfrentamiento con un enemigo externo, los sentimientos de cooperación interior pueden ser complementarios de los sentimientos de hostilidad hacia el exterior (Sumner, 1911). Bajo ese ángulo puede ser analizada, por ejemplo, la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839)¹¹ o la intencionalidad dada por la junta militar argentina al conflicto por las Islas Malvinas en 1982.

Menos evidente o no siempre puesto de relieve es el potencial de la guerra como factor de integración para los sectores denominados «subalternos». Frecuentemente, los levantamientos armados habilitaron formas de participación política alternativas al sufragio, en escenarios marcados por un sistema representativo imperfecto o puramente teórico. En ciertas ocasiones, estos movimientos estuvieron en el origen de la instauración de modalidades informales de participación en el gobierno y contribuyeron, igualmente, a la ampliación de la ciudadanía y al perfeccionamiento del sistema representativo por vía electoral, como es el caso de los levantamientos armados que tuvieron lugar en Uruguay en las últimas décadas del siglo XIX y primera del siguiente.¹² De igual forma, las guerras intestinas e interestatales movilizaron contingentes de esclavos y de indígenas que lograron por este medio un cambio en su situación jurídica, así como una progresiva incorporación a la ciudadanía y, en ocasiones, a una comunidad nacional de la que habían permanecido marginados en los hechos y/o excluidos en términos simbólicos, si bien cabe recordar que pagaron a precio fuerte estas conquistas. La guerra del Paraguay (1864/1865 a 1870),¹³ que involucró a países en los que el régimen esclavista seguía vigente —como Paraguay y Brasil, este último en una escala incomparablemente superior en relación con el primero— o el conflicto por la posesión del Chaco boreal entre Paraguay y Bolivia (1932-1935) —que implicó para este último país la movilización masiva de contingentes humanos hasta entonces marginalizados de la vida política— constituyen ejemplos significativos de conflagraciones internacionales que tuvieron una incidencia significativa en la promoción de dinámicas de integración, tanto en el plano jurídico y político como en el cultural.

10 Para una crítica de ese paradigma, ver Geoffrey Blainey (1973).

11 Es la posición sustentada por Gonzalo Andrés Serrano del Pozo (2017).

12 Cfr. Reali (2016).

13 En relación con esta problemática para el caso brasileño puede verse Hendrik Kraay (1997: 228-256).

El orden de los factores, un producto diferente

La controversia relativa al binomio guerra y política puede ser pensada, en primera instancia, como una oposición entre quienes ven en el primero de estos términos un componente del segundo y aquellos que consideran el conflicto armado como un residuo de lo político o, incluso, como una patología que, bajo ciertas condiciones, es susceptible de ser extirpada, incluso definitivamente, del cuerpo social. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales tiende a primar la interpretación que concibe ambos fenómenos como un componente del mismo proceso, refutando la posición que los presenta como principios irreductibles y antagónicos.

El foco se establece a partir de allí en el orden en que cabe situar a cada componente de la denominada «fórmula»¹⁴ clausewitziana, cuestión mayor de la reflexión social que no puede ser disociada del sentido y alcance otorgado a cada uno de estos términos. Si la guerra es un instrumento —«mera continuación de la política por otros medios» (Clausewitz, 1998: 67)—, el poder cristaliza, bajo formas dinámicas, relaciones surgidas de los conflictos en las estructuras sociales, que implican el recurso a la violencia. En el ámbito latinoamericano, representaciones y prácticas políticas diversas han apuntado a alterar el orden del aforismo formulado por el general prusiano. Esto nos interroga sobre los fundamentos militares de la política y, lógicamente, sobre la experiencia histórica latinoamericana en el siglo xx, a partir de un cuestionamiento sobre la pertinencia del modelo de la guerra para analizar las relaciones de poder.

Las reflexiones en torno a guerra y política que realizara Carl von Clausewitz en las primeras décadas del siglo xix, aunque centradas esencialmente en los enfrentamientos interestatales, alimentaron una multiplicidad de debates políticos y académicos, entre ellos, los que supusieron la inversión de los componentes de la «fórmula» planteada por el militar prusiano, devenida clásica. Las dinámicas propias al período de la Guerra Fría condujeron al paroxismo el interés por descifrar las relaciones entre los elementos que integran esa fórmula.¹⁵ Es en ese marco que Michel Foucault se interroga sobre los fundamentos agonísticos del poder (Knüfe, 2007), es decir, sobre la relación entre los componentes de la «fórmula» clausewitziana. Bajo este ángulo, se plantea la inversión de la máxima, sosteniendo que es posible que, en términos estratégicos, la guerra sea la continuación de la política. El autor recuerda, sin embargo, que aunque la «política» no haya sido concebida exacta y directamente como una continuación de la guerra, lo fue al menos del modelo militar como medio fundamental para prevenir el disturbio civil. Como lo sugiere Foucault, si el poder tiende a fundarse sobre la relación de fuerzas surgida del conflicto y si la política no es en definitiva más que la continuación de ese vínculo, la noción de contrato, que apunta a fundar la soberanía, puede disimular una guerra cuyos resultados estarían inscriptos en las instituciones, a pesar de que propuestas como la de Hobbes la habrían «eliminado» del origen de la soberanía. En efecto, según este último pensador, a pesar de que existió conflicto bélico y conquista, el Estado se habría constituido en última instancia a partir de un contrato (Foucault, 1997).

Ahora bien, pensar el poder en términos de enfrentamiento —apartándose de la representación de la sociedad política como el resultado de un contrato entre iguales— no equivale a suponer que la política tiene como único cometido sancionar relaciones de fuerza, pero sí a considerar que estas ocupan un lugar central en ella. En todo caso, el debate generado en torno a la ubicación de los términos posibilita abandonar la linealidad por una visión más circular, como una banda de Moebius. Lejos de agotarse con el fin de la Guerra Fría, como sostenían los apologistas de un

14 Sobre la lectura foucaultiana de la relación guerra y política ver Aurélie Knüfe (2007).

15 André Glucksmann, en *Le discours de la guerre* (1979), reflexionaba sobre la inversión del vínculo establecido por Clausewitz entre política y guerra.

mundo «posconflictual», en las primeras décadas del siglo XXI, la controversia se ha reactualizado una vez más, debido a variables tanto globales como regionales y/o nacionales, propias de sociedades como las latinoamericanas, donde la emergencia de movimientos políticos heterogéneos que canalizan demandas sociales diversas —y la consecuente oposición— se acompañó del «retorno» de la fractura política más que de un pacto democrático.

La dificultad de abordar el tema se pone en evidencia en los discursos memoriales. Como puede observarse en las disputas sobre las políticas de memoria generadas en torno a lucha armada de los años 1960 y 1970 en el Cono Sur latinoamericano, el lugar que ocupa cada término de la fórmula clausewitziana no es anodino. Independientemente de que se trate de la modificación o la conservación del *statu quo*, los análisis suelen expresar, generalmente, juicios de orden moral o apoyarse sobre reparos de raigambre ideológica que tienden a dificultar la comprensión de la violencia política conduciendo a interpretaciones muy discutibles y marcadas por una fuerte ideologización. Reintroducir la guerra en la política permite romper simplismos interpretativos, explicaciones maniqueas comprensibles desde lo político, pero cuestionables desde el punto de vista de la reflexión social. Los dos paradigmas hegemónicos no superan el relato «despolitizador» de la guerra. De un lado, la «teoría de los dos demonios», al considerar la escalada de violencia y la instalación de las dictaduras, concentró las responsabilidades sobre los grupos armados y los militares permitiendo, en el contexto de transición democrática, exculpar a la sociedad civil y a sus élites de lo acaecido en dicho período. Esta concepción, hegemónica en sociedades como la Argentina, explicaba la violencia de los años sesenta y setenta del siglo XX a partir del enfrentamiento de dos totalitarismos simétricos y asimilaba toda actividad política a las leyes de la guerra. Del otro, la reducción del militante a la figura de víctima fue un elemento clave en la lucha y propaganda contra los regímenes civicomilitares —especialmente a nivel de la opinión pública internacional— y permitió, en una etapa posterior, la atribución de responsabilidades y la legitimación de los juicios contra quienes cometieron actos de violación de los derechos humanos. Al mismo tiempo, habilitó la construcción de una memoria orientada a la condena del crimen estatal.

A diferencia de las teorías de los «dos demonios» y de la «víctima inocente», el relato de la épica del combatiente heroico reintroduce la guerra en la política. Sin embargo, si la literatura «partisana» reconoce la relación entre los dos términos, al poner el énfasis en la dimensión heroica del compromiso y en la violencia de la represión, reduce la problemática al rol unívoco de construcción de una memoria «militante», expresión de una pura subjetividad.

La lógica de guerra

Sin la pretensión reduccionista de subsumir las prácticas de los actores a una lógica unívoca, una mirada de larga duración permite vislumbrar una coyuntura caracterizada por la percepción de lo bélico como un componente prioritario de la política, que comienza a gestarse hacia fines de la Primera Guerra Mundial. Minoritaria en sus primeros tiempos, conoce un desenvolvimiento heterogéneo en diferentes escalas, espacios y contextos. Sin embargo, es posible señalar momentos significativos de inflexión, como la Revolución Soviética, la crisis económica mundial de 1929, el conflicto bélico mundial de 1939 y la Revolución Cubana acaecida veinte años más tarde. Este ciclo que se abre con el fin de la Primera Guerra Mundial, se cierra en la década del ochenta. La conflagración internacional de 1914-1918 echa por tierra o, al menos, pone al descubierto, la vulnerabilidad de un conjunto de «certitudes» sobre la forma de lo político que resultaban de la idea

de progreso y de la «civilización» occidental.¹⁶ El cuestionamiento del modelo europeo por parte de sectores de las elites y la radicalización de los nacionalismos en América Latina no son ajenos a este período caracterizado por el cuestionamiento del sistema liberal. El triunfo sandinista en Nicaragua coincide con el comienzo del ocaso de esta etapa, al producirse la progresiva reinstauración de regímenes representativos liberales y la aparición de los teóricos de la democracia, que redefinen la relación entre los componentes del «binomio», expulsando a la guerra de la órbita del «deber ser» de la política. Con el retorno de la democracia y el fin de la Guerra Fría, la expectativa en la posibilidad de erradicar o canalizar el conflicto por vía pacífica vuelve a instalarse en la escena pública.

Con diversas cronologías según los países y regiones, la constitución de organizaciones militarizadas fue y es la manifestación más evidente de la guerra en la política, aunque no la más importante. Más allá de las diferencias en sus proyectos, las organizaciones politicomilitares se reconocen en la acción armada, en particular desde la década del sesenta del siglo xx. Diversas organizaciones, tanto de izquierda como de derecha, desarrollan esquemas de interpretación de lo político próximos —entre ellas y con otras del continente—, aunque expresen intereses diferentes y antagonicos. La lógica de guerra produce un efecto contradictorio. Por un lado, hay una politización absoluta de la sociedad dado que toda lucha es política. Las reivindicaciones sociales, culturales y económicas son identificadas con dicha disputa. Una premisa guía la acción: el hecho de que la política tiene un rol de motor en la historia. Por otro lado, se asiste a una desvalorización de la democracia liberal y lógicamente de la dinámica partidaria, lo que afecta a la política en su conjunto. Reduciendo el menú de opciones, el rechazo de la democracia liberal conduce a una toma de partido por la guerra, que no aparece como opuesta a la política, sino como si formara parte de ella. El punto extremo es, en los años sesenta y setenta, la idea de que la acción violencia permite crear poder «político». La violencia instrumental fue desde el principio una opción central.

Ciertas organizaciones desearon dar la imagen de formaciones militares clásicas —logística, disciplina, jerarquía—, aunque pocas lograron construirse como referencia de hipotéticas Fuerzas Armadas; fenómeno evidente en sociedades en las que los grupos insurreccionales asumieron bajo su control las funciones y los roles propios del Estado, intentando fundar su legitimidad en la idea de un ejército «nacional» opuesto al que definían como una fuerza de ocupación «colonial». Al tiempo que algunos movimientos recibieron instrucción militar y armamento de las Fuerzas Armadas — lo que implica también una forma de participación política de estas—, otros percibieron a los militares como el principal enemigo.

Desde esta perspectiva, una «lógica de la guerra» rige la política.¹⁷ En cuanto forma de concebirla, dicha lógica es un modo de interpretar la sociedad, así como de percibir la relación de lo político con el conflicto social, su dinámica y su resolución a partir de concepciones determinadas por lo militar. Tributaria de la visión que entiende que «la guerra es un acto de violencia destinado a obligar al adversario a ejecutar nuestra voluntad» (Clausewitz, 1998: 51), la característica principal de esta lógica es el fomento de lo bélico como un mensaje central del campo político. Fundada sobre el antagonismo absoluto, el conflicto social se presenta como la oposición entre dos potencias que son, ante todo, fuerzas «políticas». La noción de lógica de guerra incluye, necesariamente, la eventualidad, finalmente, la inexorabilidad de una lucha física.

16 En relación con la Primera Guerra Mundial y su impacto en América Latina, puede verse Olivier Compagnon (2013).

17 Para un análisis en profundidad de la lógica de guerra, Edgardo Manero (2014).

Aunque sus componentes estén presentes en gran parte de la sociedad —el recurso a la fuerza no es patrimonio de un sector—, como colección de elementos en interacción que forman un todo organizado y coherente de interpretación y acción, la «lógica de guerra» es característica de las diversas y antagónicas expresiones del nacionalismo y de la «nueva izquierda». Al enunciar proyectos de sociedad radicalmente diferentes, las organizaciones armadas evidencian la heterogeneidad de los intereses sociales que comparten la reivindicación del recurso a la violencia para intervenir en el conflicto social. En el marco de la «lógica de guerra», definen la política de una manera schmittiana; el antagonismo político es, como para Carl Schmitt, el antagonismo supremo. Numerosos actores, situados en diversos puntos del arco político parecen participar, en América Latina, de las consideraciones de Schmitt sobre el hecho de que Lenin tomara de Clausewitz no solamente la fórmula célebre de la guerra como la continuación de la política sino, también, la convicción de que la distinción del amigo y del enemigo era, en la era revolucionaria, el paso primario que comandaba tanto la guerra como la política (Schmitt, 1992). Resultado de una dinámica cultural indisolublemente ligada a representaciones políticas y estratégicas, la violencia aparece como una metodología de construcción del poder político: «el poder nace de la boca de los fusiles». Si la guerrilla no es sino una de las formas de la lucha política, ella es considerada, sin duda, su expresión por excelencia. El «enemigo» es erigido en elemento constitutivo de la idea misma de lo político, designando una oposición absoluta, radical, estructural y perenne, dirigida a un colectivo de identificación en su conjunto. La distinción amigo-enemigo rige la política.

En relación justamente con el caso de la «nueva izquierda» latinoamericana, el trabajo de Eugenia Palieraki «In arms' way. The 1960s Latin American New Left thinking on war and politics» se interroga sobre el significado político de la lucha armada en su seno. Según señala la autora, la decisión del recurso a las armas habría pasado por la conformación de un imaginario nuevo y marcadamente generacional, en cuya construcción habrían tenido incidencia significativa las principales referencias teóricas adoptadas por estas organizaciones. Desde esta perspectiva, el abordaje de Palieraki se aparta de las lecturas que ponen el acento en otras experiencias revolucionarias exitosas del período —en particular la Revolución Cubana— a la hora de explicar la militarización de la «nueva izquierda» en América Latina.

La «fuerza» y la «astucia»

La experiencia latinoamericana de la militarización de la política se nutre de un saber estratégico que trasciende la coyuntura de la «edad de la ideología», en tanto que ciclo estructurado por la primacía de lo político en los sistemas de ideas, prejuicios y concepciones del mundo orientados por la voluntad de conservar o transformar la realidad social. Entre las múltiples perspectivas desde las que puede ser abordado este fenómeno, se ha optado aquí por el recurso a una alegoría de larga vida en el mundo occidental: la distinción entre la «fuerza» (considerada como 'capacidad física' y 'virtud moral') y la «astucia» (en su doble acepción de 'ingenio' y de 'engaño').

Esta dualidad estratégica aparece ya formulada en un texto fundador de la literatura occidental: la *Iliada*. A la figura de Aquiles, que encarna la «fuerza» como valor personal, coraje, entrega y recta actitud, Homero opone la de Ulises, quien reivindica el ardid y el ingenio.¹⁸ Privilegiando el primer modelo en detrimento del segundo, una interpretación del hecho guerrero, claramente ideológica, se estructura sobre el presupuesto de que existiría un *ethos* occidental de la guerra, nacido en la Grecia antigua, vigente en Roma, fundado en la fuerza y el coraje cívico y radicalmente opuesto a la «astucia», con todas sus variantes, como la corrupción y la traición.

18 Sobre este punto ver Holeindre (2017) y Girard (1972).

Asociada la «astucia» con el despotismo, la interpretación, que corresponde en parte a la tesis del modelo occidental de la guerra de Victor D. Hanson, implica en sí la institución de una alteridad a nivel estratégico en relación con «Oriente», participando en la invención permanente de este por Occidente.¹⁹

A pesar de que los saberes vinculados a la «astucia» han estado presentes en las prácticas de los ejércitos estatales de Occidente, han sido con frecuencia objeto de miradas peyorativas. Considerada «indigna» o asimilada a una estrategia indirecta evaluada como poco «rentable» —su organización representaría demasiado esfuerzo para la obtención de beneficios aleatorios—, la «astucia» ha sido, en términos generales, desestimada en el plano doctrinal a la excepción notable de los ingleses (Holeindre, 2017). Dicha visión participa, por ejemplo, de la controversia sobre la interpretación de Clausewitz de la «pequeña guerra», que ha conducido a lecturas opuestas, tendientes ya sea a negar, ya sea a destacar su rol de teórico de las luchas nacionales, así como la capacidad de su dispositivo analítico de explicar las transformaciones de la guerra experimentadas con el fin del orden bipolar.

Ahora bien, aunque a nivel de las Fuerzas Armadas, como lo revelan manuales y discursos militares, América Latina ha tendido a recuperar este patrón hegemónico de la guerra europea, en el terreno de las prácticas —pero también en el de las representaciones— la «astucia» aparece como un componente fundamental de lo estratégico. Esta peculiaridad resulta más notoria aún en el caso de actores no institucionalizados que recurren a la violencia. El carácter poco convencional de las guerras del subcontinente, marcadas desde el período independentista por la asimetría de fuerzas y por la composición heterogénea de los contingentes armados, impregna una épica en la que la entrega personal aparece combinada con la exaltación del ingenio, que permite compensar y, eventualmente, superar, las carencias a nivel de efectivos, de organización y de pertrechos. Ese espacio ambiguo entre el «deber ser» de la guerra heredado de occidente y las circunstancias concretas en las que esta se produce habilita tanto los relatos populares de hazañas en las que la «astucia» se impone frente a la «fuerza» como —por el contrario— la descalificación de los combatientes irregulares, a quienes se reprocha el uso del ardid, asimilado a cobardía, disimulo y acto desleal.

Si estas apreciaciones tienen un componente de recurso retórico para justificar posiciones propias y/o deslegitimar al enemigo, reposan igualmente en la polisemia de las nociones de «fuerza» y «astucia». Mientras que el primer término puede referir tanto a la dimensión del coraje, de la gloria y de la entrega personal —cuya expresión paradigmática es el desprecio de la propia vida en nombre de la causa por la que se combate— como a la acumulación de medios materiales —de la demografía al territorio pasando por la industria bélica—, el segundo puede ser pensado positivamente como una cualidad del débil que le permite afrontar una fuerza superior presentada como despótica o ilegítima o, inversamente, es susceptible de ser asociado a la ilegalidad y al deshonor, con el fin de criminalizar al contrincante.

Para quienes se pronuncian en distintos momentos históricos por la lucha armada, la política suele aparecer como el terreno de la «astucia» y de los «conciliábulos», en oposición a la «franqueza» y al coraje que resulta de la acción directa. Vinculado en numerosos países latinoamericanos a la idea de un gobierno «elector» y/o elitista, el espacio de la política puede aparecer asociado a la exclusión de vastos sectores de la población por su pertenencia social, étnica o por sus ideas, generando desconfianza e incentivando la resolución de los asuntos públicos por medio de las armas. En las primeras décadas del siglo xx, con el surgimiento de corrientes antiliberales que

19 En 2007, en el contexto de las tensiones entre Estados Unidos e Irán, la representación de los persas en la película 300, de Zack Snyder, ilustra sobre la vigencia de esta representación.

cuestionan el régimen representativo de gobierno, la política partidaria, en tanto que fachada de un sistema de negociación y discusión basado en la mentira, el engaño y la disimulación, aparece vinculada a la «astucia» y, por ese hecho, deslegitimada.

En países como Argentina, los nacionalismos desde los años 1930 desvalorizan al enemigo denunciando su «astucia», que presentan en oposición neta a la fuerza, percibida, esta última, no ya en términos de recursos materiales a disposición sino, más bien, en su dimensión de coraje, como factor de compensación frente a la asimetría de medios físicos. La denuncia de la «astucia» enemiga actúa al mismo tiempo como instrumento de legitimación de la fuerza y como medio para denigrar al adversario instituido en enemigo. Considerando a este —desde los judíos hasta Inglaterra, pasando por la subversión marxista o el imperialismo «yanqui»— como astuto y pérfido, apunta a poner en evidencia, por contraposición, el propio campo como tributario de los valores opuestos y como depositario del monopolio del binomio fuerza-coraje. La referencia a la «pérfida Albión» es un buen ejemplo. Este discurso se inscribe en una tradición de representación de la alteridad amenazante, en la cual el adversario físicamente poderoso es considerado, al mismo tiempo, moralmente débil. Las sombras, los conciliábulos secretos, la manipulación, la corrupción o el poder del dinero serían mecanismos privativos del oponente. Esta forma de concebir la política se ve facilitada por la circulación de las teorías del complot.

Para amplios sectores de las sociedades latinoamericanas, no solamente para los militares o los grupos de extrema derecha, el modo de operar de las organizaciones politicomilitares revolucionarias aparece, a primera vista, como el extremo opuesto del accionar de los ejércitos estatales, en los cuales el recurso al ardid fue frecuentemente desvalorizado, a pesar de haber estado siempre presente. El desprecio por la «astucia» que se desprende del modelo occidental de guerra se revela a la hora de calificar las tácticas de las guerrillas, consideradas indignas y cobardes, asimiladas a la criminalidad y al terrorismo. Esta perspectiva se percibe en la mención, recurrente, del atentado con bomba. El atentado contra el jefe de la Policía Federal de la dictadura argentina, C. Cardozo es un caso emblemático. En junio de 1976, la militante montonera A. M. González, colocó una bomba en el dormitorio de Cardozo, la que provocó su muerte. González había logrado acceder a la casa por intermedio de la hija de la víctima, compañera de estudio con quien había establecido amistad. Frente al coraje de la combatiente reivindicado por la organización peronista, la dictadura argumentó la bajeza del «demonio subversivo». Central en el dispositivo comunicacional de la dictadura, el hecho participó de las prácticas de deshumanización de la «subversión».

Por su parte, la concepción de la política de las organizaciones politicomilitares —como los movimientos Tupamaros en Uruguay y Montoneros en Argentina— opuso el «coraje» de los «nuestros» a la «astucia» de «ellos», en su acepción de engaño, corrupción y traición asociada no solo con la «vieja política», sino también, fundamentalmente, con la democracia liberal. Al mismo tiempo reivindicarían para sí esta cualidad, en cuanto a capacidad creativa de generar alternativas en un combate asimétrico. De hecho, en el terreno de las prácticas, las guerrillas debieron acudir necesariamente a la «astucia» como recurso del débil para enfrentar una fuerza material ampliamente superior, poniendo en juego el ingenio para vencer con el menor costo y sobrevivir. Así, en términos tácticos, se pronunciaron por la «astucia» en detrimento de la «fuerza».

En el contexto de la Guerra Fría, donde la «fuerza» es conducida al paroxismo —a los extremos en términos clausewitzianos— por el arma atómica, el enfrentamiento bélico se caracteriza, en particular en las «periferias», por conflictos de baja intensidad que ilustran la complementariedad de los dos aspectos. La experiencia de las luchas coloniales en África y Asia y de las guerrillas en América Latina marcó tanto la reflexión y la producción de saberes militares como las prácticas. A partir de ese momento, la «astucia» se vuelve un componente central de la teoría

y de la acción. Los Estados recurren a modalidades de combate distantes de la guerra tradicional. Priorizan el empleo de pequeñas unidades diferenciadas de los ejércitos regulares, constituidas por formaciones —fuerzas— especiales o paramilitares, que cumplían misiones de reconocimiento, de información, de neutralización, procediendo tanto al asesinato selectivo como al desarrollo de acciones psicológicas de propaganda.

Si, por un lado, la política se identifica con la guerra —en la medida en que la acción violenta, el conflicto armado, es el lugar donde se dirimen las relaciones de fuerza—, por otro lado, ella se ubica en el centro de la acción militar, en la medida en que no resulta ya posible pensar la guerra sin esta dimensión, como lo pone en evidencia el conjunto de programas y medidas que involucran directamente a la sociedad civil tomadas por los militares brasileños luego del golpe de Estado de 1964 o por los argentinos a partir del quiebre institucional de 1966. La idea del desarrollo como componente central de la seguridad es el mejor ejemplo. Así, el trabajo de Rodrigo Nabuco de Araujo «Repensando a guerra revolucionária no Exército brasileiro (1954-1975)» analiza la circulación de doctrinas, actores y prácticas entre Francia y Brasil y su incidencia en el proceso de adaptación del Ejército brasileño a las operaciones tácticas de la guerra revolucionaria. En el curso de este, el autor pone de manifiesto la redefinición del papel del militar como «especialista de asuntos sociales» y la implementación de acciones de esta índole en regiones estratégicas, con el fin de conquistar la adhesión de la población brasileña en el marco de la lucha contra la insurrección armada, así como de las operaciones de propaganda psicológica contrarrevolucionaria. Sus reflexiones involucran directamente la problemática que en la presente introducción es evocada mediante la alegoría de la «fuerza» y la «astucia».

En definitiva, la Guerra Fría latinoamericana nos confirma que la oposición entre estos términos es una simplificación ideológica y que ambos, polisémicos, pueden adquirir connotaciones positivas o peyorativas según el lugar desde el cual se pronuncien los actores involucrados en el conflicto. Separarlos priorizando la «fuerza» es una operación que apunta a representarse la guerra sin política. La «astucia» y la «fuerza» son complementarias en los diversos planos de la política, incluido el de la guerra, como lo ilustran las alegorías del león y del zorro en Maquiavelo, quien extrapola en política el saber de las astucias propio de la guerra, inspirándose de la historia militar imperial romana con el objetivo de aplicarla en la praxis política contemporánea. La «astucia», en cuanto recurso estratégico, es empleada tanto por los «fuertes» como por los «débiles»; opera a nivel ofensivo como defensivo. A través de las figuras de Aquiles y Ulises, Homero muestra que ambas no son solamente conciliables, sino que forman parte de un único proceso. Sin embargo, aunque el primero reproche al segundo el uso de la argucia, el caballo de Troya es una obra maestra de la táctica militar y un paradigma de la victoria; la *Iliada*, por su parte, aparece, en términos estratégicos, como una pieza totalizante donde las nociones de «guerra» y «política» son necesariamente complementarias (Holeindre, 2017).

Si la tensión entre ambos términos se mantiene presente, el debate estratégico de la pos Guerra Fría pone en evidencia su carácter complementario. Las military operations other than war con Fuerzas Armadas que dirigen acciones sociales —de la construcción de escuelas a la provisión de salud— nos hablan sin eufemismos de la política en la guerra. A principios del siglo XXI, las reacciones al terrorismo o al tráfico de drogas se centran principalmente en la voluntad de «destrucción» vía la utilización de la fuerza. Sin embargo, de Irak a Afganistán, la «guerra contra el terrorismo» muestra que el despliegue de fuerzas y la superioridad militar no constituyen un factor decisivo de la victoria en enfrentamientos de tipo asimétrico. La situación es similar con respecto a la lógica prohibicionista que alimenta en América Latina la «guerra contra las drogas». Las reacciones frente al terrorismo, que durante el mandato de George Bush hacían

esencialmente referencia a la fuerza y proponían un enfoque militar tradicional de invasión y ocupación, se desplazaron durante la administración de Barack Obama hacia la implementación de programas de contrainsurgencia.²⁰ Los asesinatos selectivos mediante el empleo de drones son, tal vez, en términos tácticos, la expresión de la síntesis de la fuerza —en su acepción de medios materiales/tecnológicos a disposición— y de la «astucia».

La «era» del conflicto. El compromiso a los extremos

En la Guerra Fría latinoamericana, la idea de la «fuerza» en su acepción de capacidad física y de virtud moral impregna el compromiso político de vastos sectores, participando en la vida pública. Coraje, honor, sentido de la gloria y de la trascendencia son valores reivindicados tanto por las guerrillas como por las fuerzas que las combaten. Pensamiento de época, nutre y se nutre de una «lógica de guerra». Dicha «lógica» conduce al paroxismo la idea del sacrificio del ciudadano por la patria, nacida en la Grecia clásica y reinstalada en la Modernidad con la Revolución Francesa. El compromiso es el elemento central de la condición de ciudadano en un sistema hoplítico, cuyo paradigma es el modelo de guerrero propio de la tradición occidental, idealizado, a la vez, como soldado y como ciudadano.

En la *polis*, con la *falange* y el *hoplita*, la guerra se volvía claramente «política», en la medida en que el guerrero cedía paso al ciudadano-soldado para que se hiciera cargo de su defensa. La actividad guerrera se confundía con la vida común del grupo.²¹ Así como en la tradición antigua, en la cual el valor del soldado revelaba las cualidades del sistema político, el coraje del militante comunica la vocación del triunfo. La «fuerza» es virtud moral. Si los enemigos son considerados superiores por los medios materiales de los que disponen, quienes los combaten lo son por su ética, su valor personal y su voluntad. Esta idea sustenta la creencia de que el coraje puede reemplazar la asimetría de medios, presente tanto en las diversas organizaciones politicomilitares como en la propaganda desarrollada por los Estados para combatirlos.²² El «fusil al hombro» es la expresión de una obligación individual ligada al estatuto de pertenencia a la nación. La concepción del militantismo de las organizaciones politicomilitares en la Guerra Fría latinoamericana se inscribe en las consideraciones de Clausewitz sobre el compromiso en la actividad guerrera (1998: 77), ella misma inseparable del ciclo abierto en 1789. Con la enemistad enclavada en el centro de las visiones de la sociedad, la guerra se desvela, su apariencia se hace claramente política. Si la aparición de las guerras de guerrillas es la expresión paradigmática, la reflexión abarca la totalidad de las formas de lucha consideradas de liberación, lo que explica el recurso a Clausewitz de Lenin a Chávez, pasando por Mao y Perón.

La «revolución en las cuestiones militares» que implicó la Revolución Francesa eliminó el carácter mercenario de la mayor parte de los ejércitos europeos, propio del orden monárquico. Mediante la integración de las masas, la guerra no es ya un asunto de aristócratas y de mercenarios, ni puede ser pensada separada de la vida pública. A partir de la Revolución, los Estados-nación se enfrentaron apoyándose en el patriotismo y en la movilización de sus ciudadanos. Como en el mundo griego, la decadencia de la aristocracia se vio acompañada por la llegada del ciudadano en armas. Apelando al nacionalismo, el reclutamiento masivo —conclusión natural de la idea de soberanía del pueblo— transforma y democratiza un oficio que estaba a cargo de profesionales.

20 Sobre este punto puede verse D'Angelo (2015: 56-58).

21 Ver Vernant (1999).

22 Esta idea también puede funcionar en la dimensión del conflicto como *polemos*, estando presente, por ejemplo, en la sociedad argentina durante la Guerra de las Malvinas.

La guerra, como la política, por la integración de las masas, deja de ser una actividad propia de elites para convertirse en la de las naciones y de los ciudadanos. El reclutamiento masivo del 23 de agosto de 1793 fue el prelude de la «nación en armas». Las transformaciones resultantes de la Revolución tienen repercusiones profundas sobre la organización militar y en la relación entre la política y la guerra. La ciudadanía, el derecho al voto, carga con una contraparte, el impuesto en sangre, institucionalizado en el servicio militar. Su resultado es la conscripción, en cuanto relación contractual.

La Revolución Francesa modificó la concepción misma de la estrategia militar. El reclutamiento en masa, legitimado por la idea de la soberanía del pueblo, construye la relación ciudadano-soldado, elemento decisivo en la conformación estratégica del nacionalismo moderno. En la constitución de un ejército de ciudadanos se expresa la mutación en las relaciones sociales. Remitiendo a un modelo de vida pública, la defensa queda ligada a la participación directa de todos los ciudadanos en los asuntos de la *polis*. En la modernidad, el nacionalismo republicano refundó ese ideal promoviendo la identificación del ciudadano con un rol que requiere un alto grado de compromiso personal, hasta llegar al sacrificio de sí (Habermas, 1992). Como sostiene Jürgen Habermas, el nacionalismo exige la institución del espíritu cívico en el gesto del heroísmo nacional. En la disposición a luchar y morir por la patria se revelan igualmente la conciencia nacional y la mentalidad republicana. Esto explica la relación de complementariedad en la que se encuentran originariamente nacionalismo y republicanism. Develado, el proceso de violencia política experimentado en los años sesenta y setenta del siglo xx en diversos contextos latinoamericanos deja ver la recuperación de una antigua tradición donde la guerra se presenta como una prueba natural de la ciudadanía.

El cuestionamiento del servicio militar obligatorio y la externalización de funciones de defensa y seguridad son manifestaciones de la ruptura del vínculo entre ciudadanía e impuesto de sangre como lo entendía la tradición republicana. La proliferación de actores estratégicos privados es una característica del ciclo iniciado en 1989. En particular, el desarrollo de las compañías prestadoras de servicios militares²³ constituye uno de los aspectos más significativos del proceso de transformación de la seguridad en mercancía, cuyo resultado es la privatización de ciertas funciones regalías. Si bien en la América Latina actual, la «Milicia» en Venezuela o los «Ponchos Rojos» en Bolivia nos hablan de compromiso político, también hacen referencia a situaciones de excepción.

Más allá de los debates coyunturales sobre el restablecimiento del servicio militar o de la implementación de un servicio cívico obligatorio, resultante de la problemática del terrorismo islámico en Europa o de la criminalidad en América Latina, en Occidente la guerra parece haber vuelto a ser una función altamente especializada. El personaje del ciudadano soldado cede su plaza al guerrero profesional bajo formas diversas.²⁴ Sin embargo, aunque las transformaciones del desorden global que afectan al Estado-nación inciden sobre la concepción clausewitziana clásica de la guerra estructurada sobre la trinidad gobierno-ejército-pueblo, ellas no afectan en cambio la relación entre los términos de la ecuación. A pesar de que las sociedades y los conflictos se modifican, la guerra se mantiene como un medio de la política. Cada sociedad tiene su guerra. Como lo enuncia Clausewitz (1998), la guerra es un camaleón, en cada caso concreto cambia de carácter. Pensar la guerra implica estar atento a las variaciones concretas que el fenómeno ha manifestado

23 Sobre América Latina y las *Private military companies* ver Manero (2010: 89-116).

24 El paralelo entre temporalidades es interesante. La *polis* griega, con la falange de los hoplitas ciudadanos soldados dejó la plaza, en la época helenística, a los ejércitos de mercenarios reclutados para conquistar imperios. Jean-Pierre Vernant (1999).

históricamente, identificando sus elementos persistentes dados por la estructura del duelo, por la destrucción del adversario, por la constitución de un acto de violencia destinado a obligarlo a ejecutar una voluntad, pero sobre todo por la relación con lo político. Acentuando las modificaciones, Clausewitz reforzó la idea de una esencia inmutable de la guerra dada por su condición de persecución de fines políticos, de la primacía del punto de vista político sobre el militar.²⁵ Si en América Latina la enemistad social está acotada y, por lo tanto, la política tiene márgenes precisos y un relativo control de los procesos conflictuales, la posibilidad del recurso a la violencia continúa participando del poder con todos sus cálculos y sus dilemas. Lejos de ser un acto de pasión sin sentido, está guiada por objetivos.

Entre Prometeo y Narciso

En la «edad de la ideología», la distinción entre política y guerra se desdibuja y la primera tiende a asimilarse a la segunda. Tanto para ciertos sectores conservadores como para otros que cuestionan el *statu quo* social, es en el campo «militar» en el que se dirimen, por medio de la violencia colectiva, las «verdaderas» relaciones de poder. Pensando la guerra como continuación de la política, las relaciones sociales son concebidas en términos de relaciones de fuerza. Dado que la política, bajo las formas de la democracia representativa, no se considera más que engaño, su verdadera naturaleza aparece expresada en la guerra.

En el desorden global, la identificación de la guerra con la política fue fuertemente cuestionada en Occidente y en su «extremo» (Rouquié, 1987), desdibujándose, con ella, la idea de compromiso bajo todas sus formas modernas, invocando la nación o la clase, y su corolario, la apología de la muerte heroica armas en mano. Es el descrédito de esa retórica que vinculaba el colectivo de identificación con el sacrificio supremo, desarrollado por sociedades en las que la práctica política exponía constantemente a ciertos militantes al peligro. Paradójicamente, en las sociedades de Europa occidental, si la actividad y el compromiso político está lejos de ser asociado con el riesgo de muerte violenta, las poblaciones resultan cada vez más preocupadas por la guerra en la medida en que el terrorismo como práctica se instala en la vida social.

América Latina participa de esas transformaciones profundas de las mentalidades con respecto a la guerra y al conflicto —pero también en relación con la política— que caracterizan a las sociedades occidentales contemporáneas. Se trata de un fenómeno que involucra al conjunto de los países desarrollados, pero también, en algunos países periféricos, en particular a los sectores que han alcanzado un cierto nivel de prosperidad. Si la «política» despliega toda su capacidad para construir un orden de forma no violenta relegando la «guerra», se debe a que la sociedad y el mundo cambiaron. El ciclo iniciado en los años ochenta del siglo pasado reposa, por una parte, sobre las transformaciones radicales de la naturaleza de las relaciones internacionales y de la concepción del hombre, de las sociedades y del Estado-nación, suscitadas por los efectos conjugados de la globalización y del fin del orden bipolar; por otra parte, sobre modificaciones de lo político que resultan de la historia regional misma: los efectos pedagógicos de los años de plomo —principalmente en los países del Cono Sur—, el debilitamiento de actores corporativos como la Iglesia, las Fuerzas Armadas y los sindicatos y la marginalización de las demandas antisistema. A pesar de los cuestionamientos del *statu quo*, de la voluntad de refundación del orden económico-social promovida por las nuevas formas de populismos contestatarios, no solo se mantiene el marco del sistema capitalista sino que el modelo de acumulación orientado hacia el mercado externo sigue también siendo hegemónico.

25 Ver Aron (1974; 2009).

La reintroducción, con estos neopopulismos, de una concepción agonística de lo político implicó una polarización radical de la sociedad que generó el recurso a la violencia física y el fantasma de la guerra civil —el caso boliviano y el venezolano son paradigmáticos— sin procurar una «lógica de guerra» ni postular el recurso a la violencia como un componente prioritario del sistema político.

Cerrado el ciclo de los años de plomo, a diferencia de la violencia institucional, la violencia política bajo la forma contestaria se mantiene limitada a acciones esporádicas, puntuales, entre catártica y pulsional, muchas veces instrumentalizada por el Estado vía los servicios de inteligencia con objetivos disciplinarios. El surgimiento de tentativas marginales de organizaciones insurreccionales que vinculan la revolución social con problemáticas propias del nuevo ciclo como la cuestión ecológica o étnica —es el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) mexicano o del Ejército del Pueblo paraguayo— coexiste con la desarticulación de los antiguos movimientos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), a partir de la puesta en marcha de los denominados «procesos de paz». Si la pos Guerra Fría se caracteriza por la emergencia de movimientos indígenas y de afrodescendientes, pocos de ellos reivindican la violencia como modo de operar, si bien pueden integrarla en sus acciones políticas, como el Movimiento Resistencia Ancestral Mapuche. América Latina participa marginalmente de la forma de violencia política que, apelando al etnonacionalismo, caracterizó la inmediata pos Guerra Fría.

A pesar de la puesta en circulación de nociones transfronterizas como la de área cultural y de la creación de organismos indígenas supranacionales, como la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (1984), el Consejo Indígena de Centroamérica (1995) y la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (2006), en general —con excepción de ciertas reivindicaciones en países como Guatemala o Chile—, los movimientos identitarios de las poblaciones originarias aceptan no solamente las fronteras nacionales heredadas de la formación de los Estados poscoloniales, sino que constituyen, además, una pieza importante del nacionalismo defensivo expresado en los movimientos de oposición al Área de Libre Comercio de las Américas, a las instalaciones militares estadounidenses y a las privatizaciones. La reivindicación de un colectivo de identificación nacional sigue siendo central en los movimientos que desarrollaron perspectivas políticas, como es el caso en México, Ecuador y Bolivia (Manero y Salas, 2007).

La pos Guerra Fría es un momento de ruptura. Las mutaciones a nivel estratégico demandan nuevas conceptualizaciones de la paz y de la guerra, de la seguridad y de sus responsables. Rut Diamint, en su artículo «América Latina en torno a los paradigmas de seguridad», presenta un estado de la cuestión de los debates estratégicos a principios del siglo XXI, destacando el bajo nivel de participación de esta región del mundo en ellos, así como sus limitados aportes a la problemática. El trabajo revela el impacto relativo que han tenido en las acciones de los gobiernos, lo que aparece vinculado, en parte, con la ausencia de generación de un pensamiento académico sobre el tema. Al mismo tiempo hace foco en las diversas percepciones de la amenaza. En la visión crítica de los estudios tradicionales de seguridad formulada por esta autora se hace referencia a debates teóricos que involucran la emergencia de «nuevos» actores. Así, de los programas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre la participación de las mujeres en los procesos de paz a los estudios feministas de seguridad, la problemática de género se constituye en un componente del abordaje de la política y de la violencia política en las sociedades periféricas. Ahora bien, el trabajo de Sandra McGee Deutsch que abre este dossier, titulado «Hands Across the Río de la Plata: Argentine and Uruguayan Antifascist Women, 1941-1947», ilustra sobre la profundidad temporal de dichas prácticas en América Latina, poniendo de manifiesto el papel

significativo de los actores civiles en los conflictos bélicos. A partir del análisis de las relaciones y de la colaboración entre dos organizaciones feministas antifascistas, una argentina (la Junta por la Victoria, 1941) y la otra uruguaya (Acción Femenina por la Victoria, 1942), creadas durante la Segunda Guerra Mundial, la autora subraya el rol de las mujeres ligadas a organizaciones de izquierda en la consolidación de la democracia de cara a la construcción de sociedades más inclusivas e igualitarias, capaces de cuestionar la discriminación de género.

Desde diversas perspectivas y marcos temporales, las investigaciones que componen este dossier confirman la vigencia de la cuestión central propuesta. *Corsi e ricorsi* de la reflexión social, lejos del orden posclausewitziano sostenido en la década del noventa del siglo xx por los apolo-gistas de la globalización como ideología, la guerra continúa en el centro tanto de las prácticas como del pensamiento político. Lo estratégico sigue inscribiéndose en un enfoque que, identi-ficando la esencia de lo político con el conflicto y la confrontación —ya sea en el plano de las clases como en el de las naciones, en el de las civilizaciones y en el de las religiones—, exhibe los fundamentos agonísticos de todo poder.

Referencias bibliográficas

- ARENDR, H. (1970). *On Violence*. Nueva York: Harvest-HBJ Book.
- ARON, R. (1974). «La guerre est un caméléon». *Contrepoint*, vol. 15.
- (2009). *Penser la guerre, Clausewitz*, tomo 2: L'âge planétaire, París: Gallimard.
- BLAINEY, G. (1973). *The Causes of War*. Nueva York: The Free Press.
- CAPDEVILA, L. y DESSENS, N. (2016). «Guerres civiles», en BERTRAND, M.; COPPOLANI, B.; VAGNOUX, I. y BLANQUER, J.-M. (dirs.), *Dictionnaire des Amériques*. Col. Bouquins. París: Robert-Laffont.
- CLAUSEWITZ, C. VON (1998). *De la guerre*. París: Les Editions de Minuit.
- COMPAGNON, O. (2013). *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*. París: Fayard, 2013.
- D'ANGELO, V. (2015). «Hostis ante portas. El poder, la guerra y la figura del enemigo en las relaciones internacio-nales». *Revista Unisci/Unisci Journal*, vol. 38, pp. 35-67, mayo. Disponible en: <<https://search.proquest.com/openview/7b967a6ed3e0b879624b6fdf5e437df3/1?pq-origsite=gscholar&cbl=54637>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- DE SAINTE CROIX, G. E. M. (1981). *The class struggle in the ancient Greek world*. Londres: Duckworth.
- DOMÍNGUEZ, J. (comp.) (2003). *Conflictos territoriales y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FISHER, N. (2000). «Hybris, revenge and stasis in the Greek city-state», en VAN WEES, H. (ed.). *War and violence in ancient Greece*. Londres: Classical Press of Whale.
- FOUCAULT, M. ([1976] 1997). *Il faut défendre la société*. Cours au Collège de France. París: EHES-S-Gallimard-Seuil. Edición bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana.
- FREUND, J. (1983). *Sociologie du conflit*. París: PUF.
- FUKS, A. (1984). *Social conflicts in ancient Greece*. Jerusalem: The Magnes Press.
- GIRARD, R. (1972). *La violence et le sacré*. París: Grasset.
- GLUCKSMANN, A. (1979). *Le discours de la guerre*. París: Grasset.
- GRANGÉ, N. (2009). *De la guerre civile*. París: Armand Colin.
- GRAVES, R. (1979). *Les Mythes grecs*. París: Fayard.
- HABERMAS, J. (1992). «Ciudadanía e identidad nacional. Consideraciones sobre el futuro europeo». *Debats*, vol. 39, pp. 11-17.
- HOLEINDRE, J. V. (2017). *La ruse et la force. Une autre histoire de la stratégie*. París: Perrin.
- JAMES, W. (1912). «The Moral Equivalent of War», en *Memories and Studies*. Londres: Longmans.
- JOXE, A. (1991). *Voyage aux sources de la guerre*. París: Presses Universitaires de France.
- KALDOR, M. (1999). *New and Old Wars, Organized Violence in Global era*. California: Stanford University Press.
- KNÜFE, A. (2007). «Métamorphoses d'une formule : La guerre, c'est la politique continuée par d'autres moyens», *Lampe-tempête*. n.º 2. Disponible en: <<http://www.lampe-tempete.fr/Clausewitz.html>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- KRAAY, H. (1997). «Slavery, citizenship and Military Service in Brazil's Mobilization for the Paraguayan war». *Slavery and Abolition. A Journal of Slave and Post-Slave Studies*, vol. 18, n.º 3, diciembre, pp. 228-256.

- LIVIO, T. (2010-2011). *Historia de Roma* (Traducción Antonio D. Duarte Sánchez, 2010-2011). Disponible en: <<http://historicodigital.com/download/tito%20livio%20i.pdf>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- LONIS, R. (1996). «Poliorcétique et stasis dans la première moitié du IV^e s. av. J.-C.», en CARLIER, P. (ed.). *Le IV^eme siècle av. J. C. approches historiographiques*. Nancy: Adra/Ass. Diff. Rech. Antiq.
- LORAUX, N. (1997) *La cité divisée: l'oubli dans la mémoire d'Athènes*. París: Payot.
- MANERO, E. (2002). *L'Autre, le Même et le bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin. Ruptures et continuités dans le désordre global*. París: L'Harmattan.
- (2007). «Strategic Representations, Territory and Border areas: Latin America and global disorder». *Geopolitics*, vol. 12 (1), enero-marzo, pp. 19-56. doi: 10.1080/14650040601031123
- (2010). «De la perception de la guerre en temps linéaire au relativisme stratégique, la conséquence logique d'un regard comparatif», en *Aspects. Revue d'études francophones sur l'État de droit et la démocratie*, vol. 4, París: Agence Universitaire de la Francophonie.
- (2014). *Nacionalismo(s), política y guerras en la Argentina plebeya (1945-1989)*. Colección Ciencias Sociales. Buenos Aires: Unsam Editora.
- y SALAS, E. (2007). *Mondialisation et «Nationalisme des Indes». Contestation de l'ordre social, Identités et Nation en Amérique latine*. Toulouse: Méridiennes-CNRS.
- MARES, D. (2001). *Violent Peace: Militarized Interstate Bargaining in Latin America*. Nueva York: Columbia University Press.
- MÍGUEZ, E. (2017). «Violencia y orden político en la Argentina en la formación del régimen oligárquico», comunicación presentada al Simposio n.º 4, *Congreso Abila*, Valencia.
- POLIBIO (1969). *Histoires*. París: Les Belles Lettres.
- PRICE, J. J. (2001). *Thucydides and Internal War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- REALI, M. L. (2016). *Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas (1897-1929)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ROUQUIÉ, A. (1987). *Amérique latine. Introduction à l'Extrême-Occident*. París: Seuil.
- SCHMITT, C. (1992). *La notion de politique et Théorie du partisan*. París: Champs-Flammarion.
- SERRANO DEL POZO, G. A. (2017). «Las guerras internacionales al servicio de las nuevas repúblicas. El caso de Chile contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839)», comunicación presentada al Simposio n.º 4, *Congreso Abila*, Valencia.
- SIMMEL, G. (1998). *Le conflit*. París: Circé.
- SUMNER, W. G. (1911). *War and Other Essays*. New Haven: Yale University Press.
- TUCÍDIDES (1986). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Orbis. Traducción de Diego Gracián.
- VERNANT, J.-P. (dir.) (1999). *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. París: Éditions de l'Ehess.

Hands Across the Río de la Plata: Argentine and Uruguayan Antifascist Women, 1941-1947

Sandra McGee Deutsch¹

Abstract

The Junta de la Victoria, an Argentine women's antifascist group, arose in September 1941. Inspired by goals resembling those of the Junta, and similarly linked to the Communist party, Acción Femenina por la Victoria was founded in Uruguay in May 1942. Both became Popular Front associations, with thousands of diverse members who produced clothing and supplies for the Allies, defended democratic ideals, and promoted women's citizenship. At first the Junta was Acción Femenina's mentor, yet the relationship shifted into a deeper, more reciprocal alliance that enabled the organizations to fulfill their mission. The intertwined histories of the Junta de la Victoria and Acción Femenina por la Victoria offer an extraordinary example of antifascist women's transnational collaboration.

Keywords: antifascism; women; Uruguay; Argentina

Resumen

La Junta de la Victoria, un grupo de mujeres antifascistas argentinas, surgió en setiembre de 1941. Inspirada por propósitos parecidos a los de la Junta, y del mismo modo relacionada al Partido Comunista, Acción Femenina por la Victoria se fundó en Uruguay en mayo de 1942. Ambas se convirtieron en asociaciones de Frente Popular, con miles de miembros diversos que produjeron ropa y materiales para los Aliados, defendieron ideales democráticos y promovieron la ciudadanía de las mujeres. Al principio la Junta era mentora de Acción Femenina, pero las relaciones entre ellas se convirtieron en una alianza más profunda y recíproca que facilitó la misión de ambas. Las historias entrelazadas de la Junta de la Victoria y Acción Femenina por la Victoria ofrecen un ejemplo extraordinario de la colaboración transnacional entre mujeres antifascistas.

Palabras clave: antifascismo; mujeres; Uruguay; Argentina

¹ Doctor of History, with a certificate in Latin American Studies, from the University of Florida. Professor of History at the University of Texas in El Paso.

I thank Margaret Power for her useful methodology and suggestions, as well as Alex Borucki, Christine Ehrick, Gerardo Leibner, and Adriana Valobra for getting me started on the Uruguayan portion of this project. Ana Laura de Giorgi shared valuable materials and worked side by side with me in the Biblioteca Nacional as we researched overlapping topics. I also appreciate the help and data received from Magdalena Broquetas, Carolina Cerrano, Inés Cuadro, Alicia Fernández, Sebastián Hernández Méndez, Vania Markarian, Emma Massera, Lourdes Peruchena, Rodolfo Porrini, Esther Ruiz, Graciela Sapriza, and Rita Vinocur.

The Junta de la Victoria (Junta, or JV) arose in Argentina in September 1941, several months after the German invasion of the Soviet Union. Years of research had convinced me that this autonomous women's pro-Allied group was unique in Latin America. Then, however, I spotted a brief mention in the press of speeches delivered by members of the Uruguayan *Acción Femenina por la Victoria* (*Acción Femenina*, or AF) at the Junta's national convention of 1943. This intriguing information led me to peruse sources in Montevideo, examine *Acción Femenina*, and analyze the contact between the two women's organizations.

This contact was meaningful for both sides. Inspired by goals resembling those of the Junta, and similarly linked to the Communist party, *Acción Femenina por la Victoria* was founded in May 1942. Both became Popular Front associations, with thousands of members of diverse political, social, and ethnic origins who produced clothing and supplies for Allied soldiers and defended democratic ideals. Starting before and continuing after the creation of AF, JV members shared with it their organizational experience. At first the JV was AF's mentor, yet the relationship shifted over time. As an AF member later noted, it evolved into an alliance that was "más vivo y profundo."² After the Argentine military regime (1943-1945) closed the Junta, the latter secretly funded its Uruguayan counterpart's campaign to make bandages and garments. At considerable risk, Uruguayans accompanied their persecuted "hermanas argentinas" to demonstrations against repression in Buenos Aires in 1945. The intertwined histories of the Junta de la Victoria and *Acción Femenina por la Victoria* offer an extraordinary example of Argentine and Uruguayan cross-border antifascist collaboration.

These histories also contribute to the emerging fields of transnational solidarity and Communist mobilization of women in the Americas. Works on the first topic confined themselves largely to U.S. movements supporting Latin American causes until the last few years, which have witnessed a surge of writings on South-North and South-South networks, such as the one discussed in this paper. Indeed, the Junta and *Acción Femenina* epitomized not only South-South solidarity but South-North solidarity, in that they supported the Allied countries.³ Yet only a handful of the recent publications that decenter solidarity concentrate on women or treat antifascist movements.⁴ Similarly, the growing scholarship on Latin American Communist women has paid little attention to their participation in the transnational antifascist struggle, except in Argentina. Even studies of large Popular Front groups such as the *Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena* and *Frente Unico Pro Derechos de la Mujer* in Mexico focus on their domestic agendas and barely touch on their support for the Spanish Republicans and the Allies, or the ties they may have formed with kindred Latin American movements.⁵ As Gerardo Leibner concluded for the Uruguayan case, however, these solidarity campaigns may have increased Communist prestige and membership, and therefore they merit study (Leibner, 2011: 81).

2 *Diario Popular* (Montevideo), 1 Oct. 1945, 4.

3 For an examination of the Junta and all its transnational connections, see Deutsch, book project in progress.

4 See Zubillaga (2013); Casas (2005); Power (n. d.); Mor (2013); Markarian (2005); Hatsky (2015). Also see Hatsky and Stites Mor (2014), and, in particular, the introductory article, as well as Rein (2014). Of the authors cited, Zubillaga, Casas, and Rein focused on antifascist solidarity; only Zubillaga concentrated on women.

5 On Argentina see Deutsch (2012); Valobra (2005; 2015); Franco (2011); Ardanaz (2009). On Uruguay see Leibner (2011; 57-58 and passim; 2005); Zubillaga (2013). On Chile and Mexico see Roseblatt (2000); Antezana-Pernet (1996); Olcott (2005); Tuñón Pablos (1992). Regarding Communist women in Latin America see Adriana and Yusta Rodrigo (2017).

Furthermore, this essay shows that they advanced women's rights in Uruguay and Argentina. There is a significant literature on feminism in these countries,⁶ yet historians have not explored its relationship with *Acción Femenina* and the *Junta de la Victoria*. Feminists had long advocated pacifism, and many denounced fascism as the principal enemy of peace and women's citizenship. It is not surprising that some found their way into the *Junta* and *AF*. While these two groups' *raison d'être* was antifascism, they promoted the incorporation of women into the polity and expansion of their roles. The *Junta* favored women's suffrage, and *Acción Femenina* gave women political experience just as many were preparing to vote for the first time. Thus both movements boosted women's rights.

As noted above, the relationship between the *Junta* and *Acción Femenina* evolved from mentorship to collaboration to solidarity. That their connection altered over time is but one of the complexities of transnational exchanges between political movements. To dissect the intricacies of this particular network, I draw on Margaret Power's proposed methodology for studying transnational political relationships (Power, 2016: 22-24). Following her guidelines, I start by describing the political contexts of the two countries,⁷ prior political exchanges, and antifascists' familiarity with conditions in the other nation. Next I examine the movements' histories, their interactions, and their understanding of each other's struggles. I discuss their reasons for initiating and continuing these contacts and how these reasons changed, and conclude by determining how the relationship affected the groups and nations in question.

The Political Context

Uruguay experienced a period of sweeping political and social reform under José Batlle y Ordóñez and his wing of the Colorado party in the early twentieth century. The Constitution of 1918 provided for universal male suffrage, yet women's suffrage did not become law until 1932. Political turmoil kept women from making effective use of it until the next decade. Incited by the economic crisis of the late 1920s, foes of leftism, labor unions, Jews and other "unacceptable" immigrants, and extended social legislation began to coalesce. These consolidating rightist forces included anti-Batllista Colorado factions, prominent ranchers and entrepreneurs, and the sector of the National (or Blanco) party led by the ultra-conservative nationalist Luis Alberto de Herrera. They backed a coup in 1933 by the sitting Colorado president, Gabriel Terra, who dissolved parliament and a key governing body, the Consejo Nacional de Administración. The Montevideo police, headed by Terra's brother-in-law Alfredo Baldomir, and the armed forces also supported the coup, although the latter did not play a major role in it. The regime quickly imprisoned and deported political dissidents, including leftists, killing a few of them; some of the opposition also went into exile. Although the government censored the press, restricted labor and rival partisan activities, and often suppressed hostile demonstrations, it did not prohibit any political party. In fact, it tried to legitimize itself through several elections and a plebiscite over a new constitution. Batllistas and Independent Nationalists, a faction of the National party, abstained from the

6 Among the many studies see Lavrin (1995); Ehrick (2005); Miller (1991); Barrancos (2007); Guy (2000); Giordano (2012); Rodríguez Villamil (1992); Rodríguez Villamil and Sapriza (1984); Sapriza (1988); Osta Vázquez (2008); Nari (2005). However, Marino (forthcoming) includes antifascism.

7 The study of the Argentine and Uruguayan contexts inevitably leads to comparisons between the two. Nevertheless, my primary objective is to understand the conditions which gave rise to the *Junta* and *Acción Femenina* and their relationship, rather than focus on national differences and similarities per se – much less reify them. On the liabilities and benefits of comparative and cross-national history, as well as the possible advantages of combining these approaches, see Cohen and O'Connor (2004).

elections of 1933 and 1938, as well as the plebiscite of 1934. Interestingly, Communists went to the polls all three times, accompanied by Socialists in 1934 and 1938. While Terra's policies generally benefited the economic interests that had favored the coup, the need to address the depression resulted in the retention of Batllista projects and its tradition of strong government involvement, much to the business sector's dismay.⁸ Dictatorial and abusive of civil rights, the Terra administration nevertheless was not quite as repressive or as much of a departure from the past as one might have expected.

Nor did it manifest significant fascist influence or enjoy a long legacy. Its rightist views led the regime to break relations with the Soviet Union and the Spanish Republic. Some government officials and close associates sympathized with fascism, and the energetic Italian diplomat Serafino Mazzolini built on these sentiments. Nevertheless, Terra did not create a corporatist state or implement other aspects of fascism beyond the use of force. His successor Baldomir (1938-1943) relinquished his Terrista loyalties and ties to rightists. Heeding public opinion and U.S. pressure, Baldomir nullified some of his predecessor's antidemocratic measures by carrying out his own coup – albeit one respectful of individual freedoms (and supported by the Communist party). At the same time, the small yet vociferous far right contingent gradually faded as Uruguay adopted a non-belligerent stance that favored the United States. The Catholic Church, which had gained some stature under Terra (Hernández Méndez, 2015), tended to support General Francisco Franco and the ideology he represented, but the hierarchy shifted toward the Allies during World War II. Supported by Baldomiristas and Batllistas, President Juan José de Amézaga (1943-1947) completed the transition to democracy and antifascism.

Although Terra's government may not have been fascist, strictly speaking, many saw it as such. Mobilization against this “gobierno de fuerza a [sic] tendencias fascistas”, as the feminist leader Dr. Paulina Luisi characterized it,⁹ took various forms. Attempts to create a Popular Front won support, particularly in the interior, but they ultimately failed, as did a rebellion in 1935 backed by the Communist party (Ruiz and Paris, 1987).

Many women abstained from voting until 1942, but this did not mean they were apolitical. They, too, joined the antifascist and democratic struggle in the interior and capital alike. Solidarity with the Spanish Republic and protests against the deportations awakened the political awareness of many women and challenged the regime's policies. Women intellectuals affiliated with the Uruguayan branch of the Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), the Argentine Popular Front association that sought to defend culture from fascist onslaughts.¹⁰ Women formed a host of peace groups in the mid-1930s that blamed war on imperialism and fascism, including the Comité Popular Femenino Contra la Guerra y el Fascismo, the local branch of the women's section of the World Committee against War and Fascism. Uruguay's delegate to the World Committee, Luisi played a significant role in this activism, as did future members of Acción Femenina. Claiming that Terra's measures would militarize Uruguay and carry it into war, the Comité Popular organized demonstrations against his “dictadura fascistizante.” The Comité Popular and kindred associations, laborers, Communists, and groups from the interior affiliated with the Unión Femenina Contra la Guerra. Under the auspices of this Popular Front

8 For excellent overviews of this period see Broquetas (2014: 33-43); Caetano and Rilla (2006: 215-250); Nahum, Cocchi, Frega and Trochón (1998: 9-71). Also see Reali (2016); Porrini (1994); Jacob (1983); Camou (1988); Bouret, Martínez and Telias (1997).

9 Luisi to Brainerd, June 1936, Box 30, DGo43, Women's International League for Peace and Freedom (WILPF) Papers, Pt. 3: U.S. Section, Series A.4 – Pt. 1, Swarthmore College Peace Collection (scpc).

10 On AIAPE see Pasolini (2013: 35-44 and *passim*); Cane (1997); Bisso and Celentano (2006); Celentano (2006); Oliveira (2012).

organization, 2000 women marched against Italian aggression in Ethiopia in 1935. This and other demonstrations contested fascism overseas and authoritarian rule at home. The Unión Femenina also convened the Primer Congreso Nacional de Mujeres in 1936. Its topics included not only the fascist threat and the prevention of war, but the rights of women, female workers, and children; education; government support for culture; freedom for political prisoners; and the end of regulated prostitution. Women also had a strong presence in the massive march of July 1938, in which the public showed the newly inaugurated President Baldomir its support for democracy.¹¹ These antifascist and democratic activities throughout the country in the 1930s were precedents for Acción Femenina por la Victoria.

The Argentine situation resembled the Uruguayan in some respects and differed in others.¹² After the passage of universal male suffrage in 1912, this nation experienced democratic rule from 1916 to 1930 under the centrist Radical party. Backed by the former oligarchy and other conservative forces, military officers, and the fascist Nacionalistas, General José F. Uriburu overthrew the Radical president Hipólito Yrigoyen (1916-1922, 1928-1930). Unlike Terra's coup, this was a military action, and it installed a dictatorship harsher and more fascist-inspired than the Uruguayan one. Declaring a state of siege, the Uriburu regime (1930-1932) censored the press and imprisoned, tortured, and deported militants without trial. To consolidate Nacionalista factions and subdue his enemies, the general sponsored the fascist Legión Cívica Argentina, which attracted a large and diverse membership, including women, across the country. It and other paramilitary Nacionalista bands assaulted leftists and Radicals in many places.

Uriburu and some of his functionaries were interested in implementing corporatism. Nevertheless, instead of developing a corporatist-style relationship with labor the authorities simply suppressed unions and strikes. Having laid the groundwork for corporatist rule in Córdoba province, Nacionalista appointees urged Uriburu do the same at the federal level. General Agustín P. Justo, who headed the moderate conservative faction of the military, however, forced Uriburu not to impose a new political system through coercion. The president planned to hold provincial elections in stages, leading up to an elected Congress that would convoke an assembly to vote on corporatist changes to the constitution. When the regime's allies lost the first election, Uriburu nullified it yet gave up some of his corporatist dreams. Nor did his nationalistic economic policies go far enough to satisfy the Nacionalistas. The conservatives who had formed part of his coalition emerged supreme.

Voter fraud and the Radicals' decision to abstain from elections enabled Justo, the conservative candidate, to win the presidency (1932-1936). His victory continued a pattern of electoral corruption and exclusion that lasted until 1943. These elections, like those in Uruguay, did not legitimize the administrations of the "Infamous Decade." Accumulating numbers and strength, the Nacionalistas helped weaken liberal ideological hegemony and attacked workers, leftists, and Jews with impunity. Contrasting with its counterpart across the Río de la Plata, the military

11 *El Día* (Montevideo), 27 Jan. 1936, n.p., Carpeta 1936-1938; *El Día*, 3 Mar. 1937, and Primer Congreso Nacional de Mujeres, 17-22 April 1936, programa, Carpeta 1939, Colección Paulina Luisi, Archivo Literario, Departamento de Investigaciones, Biblioteca Nacional (BN), Montevideo. Also see Caja 256, Carpeta 5, nos. 63, 69, 72, 83-90, and Caja 257, Carpeta 1, especially nos. 88 (untitled and undated flyer) and 127, "¡Por una gran jornada femenina antiguerrera el 1 de agosto!", Archivo de Paulina Luisi, Archivo General de la Nación (AGN), Montevideo; Paulina Luisi, "Pro-mitín 23 de Julio 1938", radio address, no. 35, Caja 3, Sección República Española, Fondo Paulina Luisi, Fondo Centro Republicano Español, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República (ACRE), Montevideo; Sapriza (1988: 168-170 and passim); Gravina (1970: 50-51, 53-54); Zubillaga (2013).

12 Among many other works on Argentina during these years, see Deutsch (1999: 193-247); Finchelstein (2014); Nállim (2012); Zanatta (1996); Camarero (2007); Romero (2002: 59-90).

became the power behind the throne in Argentina, and many officers found Nacionalismo attractive. Also strongly influenced by the Nacionalistas, the local Catholic Church assumed much greater prominence in the 1930s than the Uruguayan. A number of leading conservatives such as Governor Manuel Fresco of Buenos Aires province (1936-1940) adopted the Nacionalistas' ideas and at times courted their support. Uriburu had declared the Communist party illegal, and his former minister of the interior, Senator Matías Sánchez Sorondo, sought to formally prohibit the Party in 1932 and 1936. While his bills did not pass congress, and the Justo administration extended some recognition and benefits to labor unions, the authorities continued to target Communists and other leftists. On the other hand, Uriburu and Justo did not hinder Socialist electoral activities. President Roberto Ortiz's (1938-1940) illness and death cut short his attempt to democratize the system, as his successor, Vice-President Ramón S. Castillo (acting president 1940-1942, president 1942-1943), clamped down on freedom, flirted with Nacionalistas, and promoted a neutral stance that tilted toward the Axis. In short, influenced by the far right, Argentina moved away from democracy as Uruguay shifted back toward it.

Leftists identified the Uriburu regime and its successors with fascism, as Uruguayan dissenters had done with Terra's government. Dra. Rosa Scheiner, a Socialist orator and future member of the Partido Obrero Socialista and Junta de la Victoria, in 1934 warned of the Nacionalista militias in the streets and philofascists in the corridors of power.¹³ Linking authoritarianism, subjugation, and imperialism in Argentina to events in Europe, the opposition tried to forge a Popular Front electoral coalition, but had no better luck than its counterpart across the estuary.

As in the Uruguayan case, rightist repression provoked resistance. Communists braved the police by organizing among sectors of industrial and rural workers and small farmers. Anarchists and Communists established semi-clandestine groups in solidarity with political prisoners, in which women played critical and dangerous roles. In general, women were important protagonists in the antifascist and democratic campaigns. They also engaged with non-electoral Popular Front groups organized around the country such as AIAPE, which arose in 1935, and the Agrupación Femenina Antiguerrera (AFA), created in the same year, which resembled the Uruguayan Unión Femenina. Tied to the Communist party, AFA called for reduced military service, an end to militaristic education, diversion of military funding into cultural and social projects, measures to benefit working women, and freedom for antiwar protesters.¹⁴ A 1936 bill that threatened to nullify women's rights specified in the civil code, reminiscent of laws in Fascist Italy and Nazi Germany, galvanized a circle of women in Buenos Aires. They formed the Unión Argentina de Mujeres (UAM), another Popular Front association, which spread to Santa Fe province. UAM mobilized for the defeat of this bill, the expansion of women's rights, including the vote, and improvements for women workers.¹⁵ Solidarity with the Spanish Republic during and after the civil war (1936-1939) assumed massive proportions throughout the nation. One of the largest groups was the Comité Argentino de Mujeres Pro-Huérfanos Españoles (CAMHE), tied to the Communist party, which Fanny Edelman, a Party militant, described as the first mass political organization of women in

13 *La Vanguardia* (Buenos Aires), 23 Feb. 1934, 12.

14 On AFA see Telma Recca, 30 Jan. 1936, to Brainerd, and attached Agrupación Femenina Antiguerrera manifiesto, n.d., Folder Correspondence of Brainerd with Persons in Argentina and Chile, 1937-1938, Box 22, DGo43, WILPF Papers, Part 3: U.S. Section, A,4: Pt. 1, SCPC; C. del Franco, *Mujeres*, 16-18; *¡Mujeres! Órgano de la Agrupación Femenina Antiguerrera*, no. 2 (May 1937); *Vida Femenina* 35 (June 15, 1936), 44; Edelman (1996: 28).

15 On UAM see Oliver (1969: 321-322, 348-357; 1981: 42; 1971: 50-51). Also see Valobra (2015: 138-142); Halperín Donghi (2008: 80; 2004: 209-210); Giordano (2012: 157-163); Quierolo (2004); Cosse (2008: 139-156); Meyer (1979: 135-140); Barrancos (2007: 174-175); Lavrin (1995: 94, 282-283, 316).

Argentina (1996: 28). All these groups faced official harassment and repression. Involvement in these and other movements sparked women's militancy and set many of them on a path to the Junta de la Victoria.

Political Exchanges and Mutual Familiarity

In her methodology for analyzing transnational political relationships, Power stresses the importance of examining prior communications and understandings among activists in the countries under study. Despite the differences, Uruguayans and Argentines shared experiences of dictatorship, resistance, and solidarity, as well as knowledge of each other's circumstances, that would facilitate cooperation between the Junta de la Victoria and Acción Femenina por la Victoria. These two groups also would draw upon a lengthy history of political exchange between their respective countries (Power, 2016; Rilla, Brando and Quirici, 2013). Argentine and Uruguayan politicians fleeing strife and suppression had long sought refuge in each other's nation. Women's movements spanned the Río de la Plata: the Uruguayan freethinker María Abella de Ramírez spent much of her life and feminist career in Argentina, and Paulina Luisi, born in Argentina, was mostly active in Uruguay yet constantly lectured and attended meetings in her birthplace (Lavrin, 1995; Ehrick, 2005).¹⁶ Antifascism strengthened these transnational contacts. For example, Marta Pastoriza of AFA spoke at the Primer Congreso Nacional de Mujeres in Montevideo in 1936, warning of the armed fascist bands in Argentina and the danger of war in the Americas. Socialist Leonilda Barrancos de Bermann described women's struggles in Córdoba, Argentina at the same assembly. In one of her speeches to UAM, Paulina Luisi explained how fascism undermined women's rights. During another sojourn in Buenos Aires, she established ties with the male-led antifascist Acción Argentina, whose members subsequently frequented Uruguay.¹⁷ As noted, AIAPE was active in both countries.

Informed by such communications and the press, Uruguayans and Argentines were familiar with conditions across the estuary. An Uruguayan flyer of the mid-1930s denounced the Argentine armed legions who killed laborers and politicians such as Socialist José Guevara of Córdoba. In another lecture to UAM, Luisi reviewed the history of the oft-thwarted Argentine feminist campaigns, declaring it inconceivable that the women of this culturally advanced nation lacked the vote.¹⁸ In 1942 the antifascist *Argentina Libre* described the Uruguayan women running for parliament and interviewed one of them, Laura Cortinas, future president of Acción Femenina.¹⁹ Understanding of each other's struggles would reinforce the ties between the Junta and Acción Femenina.

16 In fact, as Francesca Miller (1991: 82) noted, "the transnational arena held a particular appeal for Latin American feminists", since they usually were excluded from the formal political systems in their countries and could express themselves and work for change through international meetings.

17 *Uruguay* (Montevideo), 18 and 23 Apr. 1936, n.p., nos. 5 and 15, *El Día*, 22 Apr. 1936, n.p., no. 12, Carpeta 5, Caja 259; *El Día*, 3 Jan. 1942, no. 78, Carpeta 7, Caja 256; Comité de Acción Nacional en Defensa de la Soberanía y la Democracia to Luisi, 28 June 1940, no. 2, Carpeta 7, Caja 252, all in Archivo Luisi, AGN. Also see *La Vanguardia*, 30 Oct. 1938, n.p., Carpeta 1936-1938, Colección Luisi, BN.

18 "Llamado Pro-Congreso de unidad contra el fascismo y la guerra", n.d., nos. 39-40, Carpeta 1, Caja 257, Archivo Luisi, AGN. On the assassination of Guevara, see Deutsch (1999: 210-211). Also see Luisi, "La mujer en la democracia", conferencia en la UAM, 19 Oct. 1938, Buenos Aires, no. 36, Caja 3, ACRE.

19 *Argentina Libre* (Buenos Aires), 14 May 1942, 10.

The Junta de la Victoria

Dissatisfied with their country's official neutrality in World War II, many Argentines pursued means of defeating the Axis. These efforts magnified with the German invasion of the Soviet Union in June 1941, which shattered the German-Soviet Non-Aggression Pact of 1939 and revived the Popular Front strategy. Two Argentine Communists, the mathematician Cora Ratto de Sadosky and writer and UAM co-founder María Rosa Oliver, sprang into action. Their goal was to furnish aid to the Allies, as they and other women had done for the Spanish Republicans. They were among the many who regarded World War II as a continuation of the Spanish Civil War, another transnational conflict that they believed had pitted democracy against fascism. For Ratto and Oliver, assisting the Allies meant saving socialism in the shape of the Soviet Union. First they enlisted progressive friends who participated in UAM and solidarity with Spanish Republicans. Then they proceeded to recruit a broad spectrum of women throughout Argentina along the lines of the Popular Front (Oliver, 1981: 41-42).²⁰ On September 13, twenty-nine women officially inaugurated the Junta at its new headquarters in downtown Buenos Aires. The fledgling organization styled itself as the first Argentine women's group to assist the Allies that attracted adherents of all backgrounds, as previous organizations were structured along ethnic or religious lines.²¹

The Junta addressed national as well as global challenges. At the opening ceremony, Junta president Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero, head of UAM, secretary general of the antifascist Acción Argentina, and chair of the Inter-American Commission of Women (IACW), announced that the war had crossed the ocean, alluding to fascist and authoritarian inroads in Argentina. She saw Russian and British resistance to German attacks and local struggles for democracy as intertwined. Junta members would contribute to the democratic cause overseas by sending clothing and other materials to the Allies, and at home they would reinforce the sense of determination and unity that the country needed to defend its independence and free institutions.²²

Cultivating ties with like-minded women in other nations would strengthen democracy and facilitate victory over the Axis. Starting with the opening festivities, the Junta began these conversations by sending a message of solidarity to British and Russian women and describing its mission.²³ A few weeks later, Schlieper, who was in the United States for an IACW meeting, presented Eleanor Roosevelt with a formal greeting personally signed by Junta members in Buenos Aires.²⁴ Indeed, Schlieper's visit and the salutation she carried demonstrated her wish for closer contact between the democratic United States and Argentina, especially with Argentine women.²⁵ She continued to attend annual IACW gatherings, opened communication with U.S. women's groups, and conferred with U.S. government functionaries on training women for civil defense. The Junta's relationship with Acción Femenina fit within this pattern of transnational exchanges.

20 And interview.

21 *Orientación* (Buenos Aires), 23 Apr. 1942, 1; *La Hora* (Buenos Aires), 14 Sept. 1941, 5.

22 *La Hora*, 13 Sept. 1941, 4, 14 Sept. 1941, 5; Junta de la Victoria, *Primera convención nacional* (Buenos Aires: n.p., 1942), 22.

23 *Critica* (Buenos Aires), 14 Sept. 1941, 4.

24 *La Hora*, 27 Sept. 1941, 5; Junta de la Victoria, "Las mujeres argentinas a la señora del presidente", 1941, and Eleanor Roosevelt to Ana Rosa de Martínez Guerrero, undated telegram, Eleanor Roosevelt Papers, 1941, Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park, New York.

25 *La Voz del Interior* (Córdoba), 1 Oct. 1941, 7.

Meanwhile, the Junta spread among diverse women throughout the country. It was found in every region except the Andean northwest, outside the capitals of Tucumán and Jujuy, and Patagonia, apart from Comodoro Rivadavia and General Roca. By June 1943 it claimed chapters in 135 localities and Buenos Aires neighborhoods and 45,000 adherents throughout Argentina.²⁶ While these numbers surely were overstated, the Junta became the largest women's political organization before Peronism – although to appeal to non-politicized women and assuage the concerns of husbands and the government, it insisted its goal was solidarity rather than politics. Its solidarity, however, was inherently political. There are no surviving membership lists, yet data gathered from a wide variety of sources indicate that professionals, educators, writers, artists, workers and employees, farmers and ranchers, socialites, and housewives of all social classes joined the movement. The Buenos Aires chapters, or secretariats, were found in barrios ranging from lower- to upper-middle class. Working- and middle-class homemakers probably comprised the majority in rural and urban areas alike. The Junta included first- and second-generation immigrants and Catholics, Protestants, Jews, Spiritists, and non-believers, with Jews forming a significant segment in cities and farming communities. It drew upon union militants, feminists, conservatives, Progressive Democrats, Communists, and non-partisan women. Some Radicals and Socialists, particularly in the interior, also joined the organization. Many chapters recruited women of varied income levels, ethnicities, and political allegiances tied by activism, cultural interests, kinship, and friendship. Such links also bound Junta leaders, who included society women, intellectuals, artists, and a few union members; an appreciable number were Communists or sympathizers.²⁷

These diverse Junta members conducted many different activities on the Allies' behalf. They collected used apparel, hospital items, food, goods for recycling, and fabric and thread. In hundreds of Junta workshops, women made clothing, bedding, and bandages and assembled first aid kits, while others sewed or knitted at home. Women of farm families supplied Junta workshops in the countryside with wool from their sheep. First aid courses helped prepare Junta members for civil defense. They raised money to purchase materials and items to be shipped abroad by paying dues; selling magazines, flowers, badges, and tickets to benefits that they organized; and requesting contributions door-to-door, on the streets, and through collection boxes. The Junta coordinated some of its campaigns and events with other antifascist solidarity groups.²⁸

These sewing, knitting, and fundraising duties accorded with customary gender roles, as did the Junta's maternalistic appeals, yet the movement also opened new horizons for women. It affirmed "your rights as a civilized woman ... [and your] human dignity."²⁹ This phrase meant the opposite of barbaric fascism, which denied women access to many professions and government employment. A provincial adherent asserted that freedom and democracy were linked to wom-

26 Ana Rosa Schlieper de Martínez Guerrero, letter to President Pedro Pablo Ramírez, 30 June 1943, in Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), Buenos Aires.

27 *Argentina Libre*, 18 Sept. 1941, 12, indicates the variety of women who congregated at the Junta headquarters. I found names in Buenos Aires and provincial periodicals and Junta publications. Information on individuals came from these sources, biographical dictionaries, social registers, local histories, and consultations with relatives and descendants of Junta members, historians, and residents of provincial areas. The left-of-center Progressive Democratic party was largely based in Santa Fe province.

28 For more details on the Junta's aid and democratic activities, as described in the following paragraphs, see Deutsch (2012).

29 *La Voz del Interior*, 27 Oct. 1941, 7; quote in Junta de la Victoria, *Ayuda de las mujeres argentinas a los países que luchan contra el nazismo*. 13 septiembre 1941 – 13 enero 1942 (Buenos Aires: n.p., 1942), n.p. On the trope of civilization versus barbarism in Argentina, see especially Svampa (1994).

en's ability to learn, think, and perform work useful for the country, in contrast to authoritarian regimes, which prevented women from exercising their rights.³⁰ As male citizenship rested partly on serving in the military (Valobra, 2010: 31 and *passim*), the Junta asserted women's citizenship by fostering participation in civil defense. Fighting fascism meant creating and defending democracy, and as Junta orators noted, without women there was no democracy.

UAM members and other feminists numbered among the core activists, and they saw the incorporation of women into the political system as part of the Junta's democratic mission. As a step toward this goal, the Junta ushered women into its own democratic structure. Schlieper, Ratto, and other spokeswomen emphasized that members were of all origins, classes, and ideologies, and they had laid aside their differences to work together. Thus they exemplified the diversity, mutual respect, and cooperation that characterized democracy. The organization engaged ordinary women in their residences, farms, and barrios, reducing their isolation and preparing them for civic roles. The national headquarters and many chapters rented locales where women not only sewed and knitted but drew up work plans and debated issues in a democratic fashion. The Junta's Buenos Aires provincial convention in October 1942 and national conventions of April 1942 and May 1943 also served as forums for discussions among women. At these larger meetings, representatives elected by the affiliates delivered reports compiled by their members. The delegates chose convention leaders and national officers, voted on work plans and resolutions, and informed their chapters on the proceedings. The leaders of the 1943 convention came from four provinces as well as the federal capital. In this manner the Junta tried to reduce the regional divisions that had long obstructed democracy and national unity. Other Argentine women's groups (and antifascist women's associations in other countries) had also followed representative norms, but had not called particular attention to them. That the Junta did so at this critical moment indicated its emphasis on women's democratic roles in the antifascist struggle.

Yet its discussions of democracy rarely touched upon social issues. Influenced by the Soviet priority of defeating the Axis, Junta spokeswomen claimed that the implementation of egalitarian reform would have to await the end of the war. Victory would usher in a golden age of socioeconomic and political democracy.

Democracy was increasingly threatened in Argentina. In December 1941, after the creation of the Junta and U.S. entry into the war, President Castillo obtained state of siege powers which his government used to limit freedom of assembly and the press and suspend habeas corpus in order to prevent open disagreement with the official neutrality policy (Finchelstein, 2010: 57, 167; Cane, 2011:86). Authorities in the capital and provinces prohibited a number of Junta events and imposed restrictions on others; they also arrested some members. Even if they authorized Junta activities they often would go back on their word. Donors could designate their contributions for Britain, the Soviet Union, the United States, Free France, or China, but those who specified the Soviets experienced mysterious legal problems. Nacionalistas also attacked several Junta chapters.³¹

30 *Mujeres en la Ayuda (1941-1942)*, 20.

31 Peter Wind, interview with author, 2000, Buenos Aires; Oliver, interview. Other pro-Allied groups also experienced repression before June 1943.

Acción Femenina por la Victoria and its Relationship with the Junta de la Victoria

One also can trace the origins of Acción Femenina back to the German invasion of the Soviet Union. Unlike the Junta, it originated as the women's committee of the largely male-run Acción Antinazi de Ayuda a la Unión Soviética y Demás Pueblos en Lucha. Acción Antinazi and its Comisión de Damas were more obviously connected to the Communist party than the Junta, since they grew out of efforts to aid only the Soviet Union, and their leaders were Communists or close to the Party. Noting that Argentine women were amassing goods to ship to the Soviet Union, the Comisión quickly began to imitate their example. It also set about recruiting a broader base in the capital and the interior, calling upon women of the democratic parties – Batllistas, Baldomiristas, Independent Nationalists, Communists, and Socialists – to its first assembly on August 30, 1941. Included in the invitation were Catholics and Protestants (Jews were not mentioned), and Uruguayans and foreigners, along with workers, students, professionals, housewives, and mothers. The Comisión configured its appeal to fit accepted gender roles, insisting that since the assembly was not political in nature, attending it would not hurt women's respectability. Even though Uruguayan women could vote, many had not yet done so, and the Comisión, like the Junta, was trying to overcome their potential fear of political activism and calm possible male concerns. It convened women of different parties and creeds to publicize their struggle for democracy at home and abroad by marching through Montevideo. According to its president, Amalia Polleri, a Communist teacher and artist, their attachment to their hard-won rights and respect for Soviet equality between men and women motivated their hatred of Nazi-Fascism. Their support for Baldomir's shift from the right and for renewed diplomatic ties with the Soviet Union, as well as their call for vigilance against local Nazi sympathizers, also led them to participate. Thousands of women walked through the streets on October 25. By early November the Comisión claimed to have twenty-five committees throughout the country.³²

In December 1941 the Comisión and the Junta initiated contact. Comisión President Polleri and Secretary Sylvia Mainero, a Communist militant, formed part of the Acción Anti-Nazi delegation that delivered the Uruguayan contribution to a Soviet ship in Buenos Aires harbor. Polleri announced that she would converse with JV dignitaries to learn how to expand the "movimiento femenino ayudista." After her return, the Comisión president described in detail how the Junta operated and ensured efficiency in its tasks. The group absorbed these lessons quickly; following the Junta's procedures, the Comisión advised its neighborhood committees that were making sets of clothing for Soviet infants to report how many they had started, how much material they needed or could return to the central office, how they were raising money for this campaign, and how they would meet their stated goals. The Comisión then co-sponsored a visit by Junta officer Rosa Scheiner to trade ideas on women's aid activities. President Gilseno Aguirre and Secretary José Luis Massera of Acción Anti-Nazi, a future national deputy, Communist party leader, and pioneer of mathematical research in Uruguay, attended the Junta's first national convention in April 1942. So, too, did Mainero and Party activist Coca Campistrous of the Comisión. The Uruguayans listened to Junta officers' presentations on organizational and fund-raising matters,

32 *Diario Popular* (DP), 23 Aug., 4, 29 Aug., 8, 5 Sept., 8, 15 Sept., 7, 17 Sept., 7, 24 Oct., 7, 25 Oct., 7, 27 Oct., 7, 7 Nov. 1941, 7 (statistic).

as well as reports by provincial delegates.³³ These encounters gave the Comisión ample opportunities to study its sister movement.

Moving beyond its narrow associations with the Communist party, in May 1942 the Comisión transformed itself into the Popular Front group *Acción Femenina por la Victoria*. Elia Rodríguez Belo de Artucio, a prestigious intellectual, secondary school history professor, and AF officer, declared that the Junta provided the basis of the new organization. Contrasting *Acción Femenina* with earlier groups, which had mobilized along class lines, Rodríguez Belo explained that it wanted to create something resembling the Junta that would bring together women of different social sectors to help the Allies, defend Uruguay, and defeat Nazism. Its first campaign was to make blankets for Allied soldiers, and a workshop had begun to operate in a member's home.³⁴

According to its original manifesto, AF's aim was to clarify the democratic consciousness of Uruguayan women, reducing their isolation in their homes or workplaces, so that they could understand the need to defend national independence, culture, and wellbeing against the fifth column and possible foreign aggression. It was women's duty to defend the nation, insisted *Acción Femenina*, since this task was an extension of defending the home. The group would engage the world front by making and sending aid overseas, and the national front by mobilizing democratic women throughout the country and working with the Ministry of National Defense's civil defense measures. This collaboration included training auxiliary nurses in public schools and stocking official emergency posts with drugs and medical supplies.³⁵ AF proceeded to organize activities that echoed those of its Argentine mentor.

Acción Femenina grew in size and diversity throughout the republic. Branches waxed and waned, but as of September 1944 AF claimed seventeen chapters in the interior, twelve neighborhood and seven affiliated committees in the capital, and a total membership of 6400. Each affiliated committee consisted of women of a particular work category or immigrant community, such as the one of Jews. Personnel of the *Frigorífico Nacional*, along with commercial, telephone, and municipal employees, made up the worker committees. Like the Junta, *Acción Femenina* mounted membership drives that targeted industrial laborers; how successful they were is uncertain, but some joined the neighborhood committees in Montevideo, and textile workers at one time formed an affiliated committee.³⁶ *Comités* were situated in barrios ranging from working – to middle-class. According to Polleri, the movement had spread into the poorest of neighborhoods – but not into the richest.³⁷ While no membership lists are available, most members in the capital probably were lower to middle-sector housewives, matching the Junta's profile.

A member described the Tacuarembó filial as consisting of women of all income levels. It is difficult to judge whether this was accurate or typical of the chapters in the interior. There were no factories or workshops in Colonia del Sacramento, observed the president of the local chapter, so it could not recruit women from such spaces; nevertheless, she claimed that the great majority

33 Ibid, 14 Dec., 7, 22 Dec. 1941, 7, 29 Jan. 1942, 7; Junta, *Primera Convención*, 9. The convention records listed the two women as officers of a *Comité Femenino Uruguayo*, which seems to have referred to the Comisión.

34 *Justicia* (Montevideo), 17 July 1942, 4.

35 Ibid, 3 July 1942, 8; *DP*, 3 July, 54 July 1942, 16.

36 *DP*, 2 Sept. 1942, 5, 24 Oct. 1942, 5.

37 *DP*, 30 Sept. 1944, 2; "Empleadas y obreras trabajan para la causa de la Victoria", in *Acción Femenina por la Victoria, Campaña Argentino-Uruguaya Sanitaria y de Abrigo, 1943-1944* (Montevideo: n.p., 1944), n.p. I thank Ana Laura de Giorgi for this pamphlet and Rodolfo Porrini for information on neighborhoods. Also see *Barrios Pintos* (1971); *DP*, 9 Apr. 1944, 2.

of the members worked.³⁸ They labored in their homes and farms and perhaps in schools, small enterprises (usually alongside their husbands), or the telephone company.

Some leaders were of prestigious backgrounds, such as the first two presidents, María Emilia Mendivil, scion of a wealthy and highly placed Colorado family, and Laura Cortinas. An author well-versed in women's issues, Cortinas was the sister of a high-ranking Independent Nationalist, and she ran for parliament in 1942 on this party's ticket.³⁹ Other eminent members such as national deputy and future senator Julia Arévalo, and Bernarda Martínez, a worker in the shoe industry and union militant, were working-class Communists. Intellectuals, educators, and lawyers figured among the officers. They were loyal to the Communist, Colorado, Independent Nationalist, Socialist, and Blanco-Acedevista (conservative and pro-Terra) parties, in declining order. Many formed part of cultural, friendship, activist, and familial networks.⁴⁰ The Communist presence, political and social diversity, and importance of networks resembled the Junta's ruling circle.

Acción Femenina generally imitated the Junta's (and Communist) view that reforms would have to await the end of the war. However, to a somewhat greater extent than its Argentine counterpart, Acción Femenina melded social concerns with its antifascist messages. According to its initial manifesto, it was vital to decrease the cost of living because poverty led desperate people to seek remedies like fascism. Other spokeswomen claimed that if the Nazis won the war or took over Uruguay, they would halt not only its political evolution but its incipient industrialization. The country would sink back into an "estancia" supplying food for the "raza superior", and its people would become keepers of animals for the masters' meals. (Never mind the fact that Uruguay still depended heavily on agrarian exports.) Aside from destroying women's rights, which both the JV and AF dreaded, Nazism would force women to work at low pay under poor conditions that would harm their ability to bear children. Facilitating an Allied victory would help Uruguay determine its economic future and social policies.⁴¹

Acción Femenina also differed from the Junta in other respects. The most crucial was that the pro-Allied Baldomir and Amézaga administrations and the armed forces supported it, as demonstrated by their sponsorship of AF civil defense activities, and permitted it to operate freely. The president's wife, Sofía Terra de Baldomir, and a representative from the defense ministry bestowed official recognition on AF by attending its opening event, and some AF workshops in Montevideo were located in public schools.⁴² While there were instances of right-wing provocation and street violence, and at least one case of harassment of an AF event in the interior,⁴³ these were minor compared to Argentina. Another difference was that Jews, who were heavily involved in the two movements, organized in distinct ways. The Comité Central Femenino Israelita in Montevideo formed one of the units that partnered with Acción Femenina, and its leader was on the AF board.⁴⁴ In contrast, Jews joined women of other backgrounds in many Junta chapters, although affiliates in the Jewish agricultural colony zones tended to be completely or mostly

38 DP, 23 June 1944, 2, 24 July 1944, 2.

39 On Cortinas see *Argentina Libre*, 14 May 1942, 10.

40 I gleaned names of members and biographical information from DP, biographical dictionaries (which, however, contain little on women), and consultations with historians and Emma Massera.

41 *Justicia*, 3 July 1942, 8; DP, 26 Aug. 1942, 5, 15 Apr. 1944, 2.

42 *Justicia*, 24 July 1942, 5; DP, 20 May 1944, 2.

43 See, for example, DP, 29 Aug. 1941, 3, 23 Nov., 3, 4 Dec. 1942, 1, 17 Mar. 1944, 2.

44 "Autoridades emanadas de la Primera Convención Nacional, Agosto 27-29 de 1943", in *Acción Femenina*, n.p. I found only a handful of names of AF members who might have been Jewish. Similar groups existed in Argentina, and sometimes they cooperated with the Junta, but they did not affiliate with it.

Jewish. *Acción Femenina* also had less contact with antifascist women in other countries besides Argentina during the war, with a few exceptions. For example, the wife of the former British ambassador gave the featured speech at AF's opening ceremony, suggesting ties to this country. Generally, however, its connections with the Junta did not fit within a larger transnational pattern.⁴⁵

Junta leaders frequently crossed the Río de la Plata. Ratto spoke on the Junta's goals and practices at the AF's inaugural event, pointing out that its experience could serve the fledgling organization. Two JV members were among the Argentine representatives who attended the *Conferencia Nacional de Ayuda* in Montevideo in 1942, where men and women discussed how to intensify aid. At an *Acción Femenina* celebration of their presence, one of them, Margot Portela Cantilo de Parker, described the Junta's fundraising and successes. Junta president Schlieper did much the same in a speech she delivered at *Acción Femenina's* benefit *Fiesta de la Solidaridad* in October 1942.⁴⁶

AF and JV had several reasons thus far for interaction. Believing in standing together with democratic women in other countries, the Junta wanted to share its experience with a kindred group to help it organize effectively, and *Acción Femenina* welcomed its expertise. Each wanted to meet the other and promote good relations and possible future coordination. These encounters showed that antifascist aid campaigns were gaining momentum and spreading over national boundaries, and the two movements could use this welcome news to raise publicity and encourage people to jump on the bandwagon. Finally, the relationship seemed a natural extension of customary ties between Uruguayan and Argentine political figures, reinforced by antifascist contacts in the 1930s.

One should note that Uruguayan and Argentine women were not operating in a vacuum, for antifascist men also were in touch with their counterparts across the estuary. An *Acción Antinazi* delegate who had attended a conference of *ayudistas* in Buenos Aires reported that he was participating in its ongoing committee on future tasks. Beyond merely representing Uruguay he had joined "el corazón mismo" of a movement in a neighboring country.⁴⁷

Margaret Power observes that it is important to explain how transnational political relations change over time (Power, 2016). By November 1942, the relationship between AF and Jvevolved in a more collaborative direction. Perhaps influenced by the Junta's displays of paintings and sculptures,⁴⁸ *Acción Femenina* hosted an exhibition and sale of original works donated by Argentine and Uruguayan artists. Half of the price went to the artist's preferred Allied nation, and the other half to that of the purchaser; the entrance fee was a skein of wool that AF would use to make garments for soldiers. Prestigious artists such as the Argentines Antonio Berni, Lino Spilimbergo, Junta sympathizer Raquel Forner, and Junta members María Carmen de Portela de Aráoz Alfaro, Norah Borges, and Cecilia Marcovich contributed their works, as did AF leaders Carmen Garayalde and Amalia Polleri. A lecture series accompanied the fair, in which foreign and Uruguayan intellectuals, including AF officers, expounded on English, French, and Chinese

45 On Lady Effie Millington Drake's speech see *DP*, 3 July, 5, 21 July, 1, 22 July 1942, 8. Heloise Brainerd of the U.S. section of the Women's International League for Peace and Freedom (WILPF) initiated correspondence with *Acción Femenina*, but this was at the war's end. See Laura Cortinas to Brainerd, May 23, 1945, Folder Correspondence of Brainerd with Persons in Uruguay, 1942-1945, Box 30, DG 043, WILPF Papers, Pt. 3: U.S. Section, Series A, 4 - Pt. 1, SCPC.

46 *DP*, 24 July, 6, 20 Sept. 1, 21 Sept. 1, 25 Sept., 3, 2 Oct., 5, 5 Oct., 1942, 5.

47 *DP*, 16 Sept. 1942, 5.

48 See, for example, *La Prensa* (Buenos Aires), 11 Sept. 1941, 15, 14 Sept. 1941, 11, on the exposition and sale of Raquel Forner's works in the Junta headquarters.

art; U.S. films; literature, art, and the war; and women's roles in the struggle for freedom. The exposition also featured Uruguayan poets, who paid tribute to Russian resistance, as well as a book sale and display of items Acción Femenina had made for the Allied armies.⁴⁹ The exhibit not only proved to be an imaginative and successful fundraising venture, but a way of lifting cultural awareness. The JV and AF considered it fundamental to move art out of private salons and into spaces accessible to ordinary people to help create a more just society and oppose fascism, which they thought destroyed culture. Holding cultural events was part of their alternative to fascism. In addition these expositions publicized antifascist artists, especially women (Iber, 2015: 9).⁵⁰

The Bolsas de Navidad campaign of 1943-1944 also was innovative. Acción Femenina distributed empty bags decorated with symbols of the designated countries, to be filled with clothing, shoes, toys, notebooks, and other practical gifts for Allied children. It also encouraged supporters to bring items to fill the bags or purchase items at AF offices to place in them. Leaders praised contributors for their patriotic and energetic work, solidarity, and "fe y odio anti nazi." The word "hatred" did not necessarily accord with popular depictions of women's emotions or with the Bolsas' maternalistic connotations.⁵¹

The Bolsa campaign was not the only instance in which Acción Femenina deployed maternalism and assigned women duties that resembled their tasks in the home. Yet like the Junta it too opened new spaces for women. AF – and Junta – spokeswomen insisted that the goods they supplied to the Allies did not constitute charity, a typical women's pursuit, but rather a form of political struggle. Arévalo, Cortinas, and the parliamentarians mentioned below were among the AF leaders who strongly supported women's rights. AF's goal of clarifying women's democratic consciousness, struggling against fascism, and safeguarding the nation meant politicizing them. Uruguayan women had won the vote, but the Terra dictatorship had restricted freedom of expression, and many women protested by abstaining from elections. In their chapters and annual conventions, women followed democratic practices, organized aid and programs, and gave speeches. Thus AF trained them for political activism within and outside the organization, although it did not call as much attention to these activities as the Junta. Members claimed citizenship by participating in civil defense and calling themselves anti-Nazi soldiers, or "combatientes", who wielded sewing needles instead of rifles. AF offered lectures on international issues and women's roles in the Allied countries, convoked members for marches, and impelled them to work for an Allied victory, which would usher in a new age of democracy, peace, and equality between the sexes and classes. As Garayalde, a university profesor, education oficial, and Communist put it, "la mujer esclavizada por los prejuicios será mañana la constructora consciente a la par del hombre de una vida más feliz y justiciera."⁵² This utopia signified not only a democratic and social aim, but a feminist one.

Its membership, collection of funds, and production of materials steadily increased by early 1943, yet Acción Femenina faced challenges. One was financing its campaigns; another was recruitment. An AF member admitted that many women, particularly workers, identified with the goals of the movement yet had not joined it. The group had to strengthen its ties to popular sectors, espe-

49 DP, 27 Oct., 5, 8 Nov., 3, 12 Nov., 3, 18 Nov., 2, 10 Dec. 1942, 3.

50 DP, 27 Mar. 1944, 2. As Iber noted (: 29-30), fascism did not necessarily destroy culture but created its own variants.

51 DP, 25 Dec. 1943, 1, 15 Feb. 1944, 2, 11 Mar. 1944, 2 (quote); Acción Femenina por la Victoria, "Bolsa de Navidad para los Niños Aliados", flyer. I thank Ana Laura de Giorgi for this document.

52 DP, 10 Oct. 42, 5, 16 Nov. 1942, 4, 29 Nov. 1942, 4, 3 May 1943, 2, 27 Mar. 1944, 2 (quote), 9 Apr. 1944, 2, 9 May 1944, 2

cially through their workplaces.⁵³ The Communist-aligned *Diario Popular* called upon all ayudistas, women and men, to double their efforts in view of the growing repression across the Río de la Plata. In contrast to Argentines, Uruguayans enjoyed freedom and their government opposed fascism and favored the Allies, but they had not taken full advantage of this situation.⁵⁴

Still, the Junta's second annual convention of May 1943, which *Diario Popular* styled as a "jornada de solidaridad rioplatense y antiNazi", manifested a more reciprocal relationship between Acción Femenina and its much larger counterpart.⁵⁵ Acción Femenina enjoyed the honor of sending members who were congresswomen: Arévalo, the first Communist deputy in the hemisphere, and Blanco Acedevista Sofía Alvarez Vignoli de Demicheli, the first woman senator in South America. This time, rather than simply listen to Junta members, Arévalo, Alvarez Vignoli, and the other two AF delegates gave speeches. Raquel Berro de Fierro, member of a traditional Blanco family who had supported the Spanish Republic, and fellow AF officer Dinorah de Echaniz, a secondary school French teacher, intellectual, and Socialist, detailed Acción Femenina's activities. Impressed by JV delegates' reports on peasant and working-class filiales, they wanted to apply these rich experiences to Uruguay. In addition Echaniz underlined the solidarity among women of the two nations and the rest of the world. Picking up on the transnational theme, Arévalo, who also served on Acción Antinazi's executive board, energized the crowd by proclaiming that they represented two peoples linked through histories of liberation who, once again, were united in confronting global problems. Stirred by Arévalo and the thunderous applause she received, the president of the Junta chapter of Corrientes, María Esther Andreau de Billinghamurst, seized the microphone and urged Argentine mothers like herself to defend democracy by imitating the example of their Uruguayan sisters. This reversed the previous pattern, in which AF imitated the Junta. Alvarez Vignoli affirmed her devotion to Catholicism and democracy and exhorted women of the Americas to maintain their sisterly ties.⁵⁶

This encounter highlighted the cross-border solidarity that supplied inspiration, new ideas, and publicity to the two groups. Its women parliamentarians lent prestige to Acción Femenina and reinforced its and the Junta's subtle advocacy of women's rights. The senator's declaration of Catholic faith served the Junta's campaign to recruit pious Catholic women against the wishes of the Nacionalista-tinged Church hierarchy. The convention approved the Uruguayan delegates' proposal to conduct a joint ten-day campaign entitled the "Jornada de mujeres rioplatenses por la ayuda a los aliados" in July.⁵⁷ Now the Junta and Acción Femenina were partners.

The Argentine military coup of June 1943 that overthrew President Castillo, however, interfered with this plan. Heavily influenced by Nacionalistas, these officers established a harsh dictatorship that imprisoned and tortured leftists and union militants, dismissed democratic teachers and Congress, and installed Catholic education in public schools. Officially neutral yet sympathetic to the Axis, the regime closed offices of the Junta and other pro-Allied organizations (Bisso, 2005: 235-236).⁵⁸ The JV notified its Uruguayan counterpart that the police had sacked its headquarters, hauling off monies, clothing, bandages, and materials worth an estimated 300,000

53 *Justicia*, 30 July 1943, 3.

54 *DP*, 16 Mar. 1943, 2.

55 *DP*, 12 May 1943, 2.

56 *La Hora*, 8 May, 6, 9 May 1943, 6; *Orientación*, 13 May 1943, 5.

57 *La Hora*, 10 May 1943, 2.

58 Laurence Duggan, 26 June 1943, 835.00/1575, Record Group 59, General Records of the Department of State, U.S. National Archives, Washington, D.C.; Schlieper, letter to Secretary General of the Federación Obrera Nacional de la Construcción, 12 July 1943, and letter to Ramírez, CeDInCI.

pesos. “Da desesperación pensarlo”, lamented Berro de Fierro, adding that AF had to fortify itself to convince the Argentine government to reopen the Junta. If this did not work, then Acción Femenina would have to fill the gap. AF sent a telegram to President Ramírez of Argentina, urging him to permit the Junta to continue its work. Instead, the dictatorship completely shut down this and other antifascist groups in January 1944, claiming they were Communist (Bisso, 2005: 238).⁵⁹

Yet Argentine solidarity with the Allies did not disappear. Tourists vacationing in Uruguayan beach resorts donated money to Uruguayan ayudistas. Some aid organizations moved their operations to Uruguay, accompanying the political figures who went into exile there. Others continued to function secretly under assumed names; the Junta’s alias was Colmena. Aside from surreptitiously sewing, knitting, and sending goods abroad, the Junta remitted funds it had hidden from the police to Acción Femenina. AF used some of the \$17,355.78 Uruguayan pesos it received to purchase materials for making 25,586 bandages, and it followed the Junta’s wishes on where to send them. Leftover monies were applied to a campaign for making winter garments. The conditions under which their Argentine colleagues contributed this sum and fought for freedom inspired AF women to work “con gran calor y ahínco”, as an officer of one chapter put it. Now a double democratic sentiment motivated them: opposition to Nazism and a bond with the Argentine women.⁶⁰

AF women expressed their admiration for the Junta’s pluck in numerous homages. They exhibited the bandages on May 25, 1944, Argentine independence day, in honor of the Junta. Another act that year commemorated the Junta on July 9, 1816, when Argentine patriots swore their allegiance to autonomy and freedom. Antifascists emphasized the contradiction between this patriotic holiday and the Argentine jails jammed with democratic citizens. AF president Cortinas inaugurated the event in the Ateneo de Montevideo, the premier site of cultural and antifascist gatherings. AF members Alvarez Vignoli, Arévalo, Batllista deputy Magdalena Antonelli Moreno, and Batllista senator Isabel Pintos de Vidal lauded the Junta. Emilio Troise, a distinguished doctor, intellectual, Communist sympathizer, and antifascist and human rights leader, deeply thanked the Junta’s Uruguayan “hermanas y camaradas” for their solidarity, which he predicted would revitalize the Argentine organization’s consciousness and determination.⁶¹

By now this transnational relationship had become vital to both parties. As *Diario Popular* observed, through its partnership with the Junta, Acción Femenina’s renown transcended national boundaries.⁶² The ceremony of July 1944 offered AF an opportunity to showcase Uruguayan women’s increasing political visibility. The collaboration enabled the besieged Junta to keep itself and its mission alive, and Acción Femenina to finance aid programs. Perhaps most crucially, the joint campaign heightened the spirit of cross-border sisterhood so meaningful to the two groups. The ayudistas may well have imagined the faces of distant soldiers and families who wore the garments they made. It was easier, however, to visualize their co-workers across the Río de la

59 *Justicia*, 30 July, 3 (Berro de Fierro); 13 Aug. 1943, 2; *DP*, 30 June 1943, 1, 30 Mar. 1944, 2 (figure).

60 *DP*, 30 Mar., 2, 6 Apr., 2, 27 Apr., 2, 25 July, 2, 1 Aug., 2 (quote), 1 Mar. 1944, 2; Dora Cabello Moya, interview with author, 2011, Buenos Aires. Acción Femenina, n.p., details this joint campaign.

61 *DP*, 27 Apr. 2, 3 July, 2, 4 July, 2, 5 July, 2, 6 July 1944, 4. The text of the women’s speeches did not appear in the press. *DP*, 7 July 1944, 1, claimed that Troise could not attend the event, but his address is found in “Discurso pronunciado en acto organizado por Acción Femenina por la Victoria”, Uruguay, [1944], documento 6, Carpeta 5, Caja 4, Discursos frente a organismos antifascistas, Fondo Emilio Troise, CeDInCI. Troise was born in Uruguay but spent most of his life in Argentina.

62 *DP*, 28 May 1944, 2.

Plata, some of whom they had met, and the intensely personalized solidarity that they shared invigorated their labors.

The End of the War

World War II was nearing its end, and this had consequences for the Junta and Acción Femenina. Uruguayans freely rejoiced the liberation of Paris, but Argentines did not enjoy this luxury. As news of this climactic event swept Buenos Aires on August 25, 1944, Junta leaders secretly convoked women at the Plaza Francia. Many others joined them in a giant protest against fascism abroad and dictatorship at home. At least 200,000 people braved the police as they listened to Berta Singerman, who frequently had performed at Junta benefits, recite the Marseillaise. The authorities suppressed this and other celebrations around the country (Singerman, 1981: 112-115).⁶³ With the imminent Allied victory, the military government allowed the Junta to reopen in April 1945 as part of the postwar democratic opening that led to the 1946 election. No sooner had the dictatorship taken this step, however, than it revoked its approval of a Junta benefit and, in May, imprisoned Schlieper for eight hours.⁶⁴ Repression of the Junta and other democratic forces continued.

The Junta hoped to resume its aid shipments to Europe to supply the Allies, feed and clothe refugees, and contribute to reconstruction. Yet its leaders also recognized that in light of the emerging postwar context, the organization would need to turn its attention to conditions within Argentina. Having reached a similar conclusion, Acción Femenina planned to discuss its future tasks at its second annual convention beginning on October 5, 1944, and it invited Schlieper to attend.⁶⁵ At the same time, various groups, including the Communist party, were organizing a demonstration in Montevideo on October 12 in support of democracy, hemispheric solidarity, and uninterrupted aid to the Allies. The women's mobilizing committee implored AF convention delegates to push for *ayudismo* by attending the demonstration. By October the committee had transformed itself into a new movement, the Unión Nacional Femenina (UNF), which invited women's organizations to its Congreso Nacional Femenino in December. The UNF sought to coordinate these institutions' efforts to implement the three aims of the October 12 demonstration, and it promised to respect their independent identities. It was women's task to improve and strengthen democracy, said one UNF activist, and they could do so by insisting on better conditions for women. Representatives of diverse women's groups in Uruguay and other countries, including many workers, attended the conference. Headed by the Uruguayan president's wife, Celia Álvarez Mouliá de Amézaga, who went on to become the UNF's head, the Congreso pressed for equal pay for equal work, enforcement and extension of existing labor laws, married women's rights, greater recognition of labor unions, a minimum rural salary, agrarian reform, economic diversification, health programs for women workers, aid to the Allied countries, and solidarity with the Argentine people and its political prisoners.⁶⁶

63 F. Edelman, interview, and 1996: 89; *Clarín* (Buenos Aires), 7 July 1985, 16; Ida Halperin, phone interview with author, 2000; *La Prensa*, 25 Aug. 1944, 9-11.

64 *DP*, 7 May, 2, 26 May 1945, 4.

65 *Ibid.*, 7 Oct. 1944, 2.

66 *DP*, 9 Oct., 4, 25 Oct., 1, 3 Nov., 4, 18 Nov., 1, 25 Nov., 1, 29 Nov., 1, 3 Dec., 1, 20-31 Dec. 1944, 1. Also see Unión Nacional Femenina, "Las mujeres nos unimos para el bien de la Patria", flyer, attached to Teolinda Daray Vera to Brainerd, Nov. 1945, in Folder Correspondence of Brainerd with Persons in Uruguay, 1946-1947, Box 30, DG 043, *WILPF Papers*, Pt. 3: U.S. Section, Series A, 4 - Pt. 1, SCPC. I found no mention of Argentine delegates at the Congreso.

AF members participated in the assembly and other UNF endeavors. Lifting Uruguayans out of poverty required laws and government initiatives, and the movement cooperated with the UNF to obtain them. While aid for Europe remained its priority, increasingly it, too, emphasized the consolidation of democracy and social justice. Acción Femenina wrote to the United Nations, at its inaugural meeting in San Francisco in April 1945, urging elimination of “los ejércitos invisibles del Nazismo” that had fostered the class domination, racism, capitalist imperialism, and enmities among nations that led to World War II. AF also demanded the economic, social, political, and cultural equality of women and men. Women were eager to collaborate with men in the construction of a free and equitable world, but not as subordinates.⁶⁷

What Schlieper heard at the AF convention and perhaps read about the UNF may have influenced her thinking on a new strategy for the Junta. The most critical determinant, however, was the Communist party and its evolving needs. After the Allied victory in Europe in May 1945, the Soviet Union was relatively secure, and the Party could turn to the challenges of the upcoming Argentine elections and mobilizing the popular sectors for social change.

Similar to the Congreso Nacional Femenino in Uruguay, the Junta invited women around the country to a meeting in early September 1945 to set its new agenda. Junta members, laborers, students, educators, and members of neighborhood and civic groups attended, as well as two AF representatives. One of them, Angela Mures, spoke at the conference and reported on its proceedings in the *Diario Popular*, noting that AF had to send delegates out of gratitude for the funds it had received from its Argentine sisters. The main topic of conversation at this Asamblea Nacional de Mujeres was the reestablishment of democracy. The military government was still in power, and one of its leaders, Juan Perón, was preparing to run for president. Searching for support, he had granted concessions to labor, and it appeared that he would decree women’s suffrage. Schlieper observed that the dictatorship had closed democratic entities, arrested Junta members, and fired teachers who belonged to the Junta. The Junta wanted women’s participation in the public arena and the recognition of their rights, but this was only possible under democracy. Accordingly, the Asamblea insisted on a return to constitutional rule and refused the vote except if granted through a law passed by an elected congress. It also clamored for higher salaries for women workers, enforcement of the maternity law, assistance for single mothers and their children, reduction of the cost of living, free medical clinics and child care, and secular democratic public education. The Junta started to implement some of these goals by initiating studies of women laborers and poverty in the provinces and establishing kindergartens, clinics, and other projects aimed at working women and their families. The Asamblea gave rise to the Comisión Coordinadora de Asociaciones Femeninas, which declared its support for the Unión Democrática, the alliance of the Radical, PDP, Socialist, and Communist parties against Perón (Barrancos, 2011: 175-198).⁶⁸

The opposition demanded constitutional liberties, proper elections, freedom for political prisoners and students, and an end to the dictatorship, its interference in education, and its state of siege. Defying the mysterious disappearance of public transportation and Perón’s veiled warnings of violence, over 200,000 people, mostly of the upper and middle classes, took part in the largest protest, the *Marcha de la Constitución y la Libertad*, on September 19. Many women, including

67 *El Plata* (Montevideo), 14 Apr. 1945, n.p., clipping in Carpeta de Recortes, 1941-1947, Colección Luisi, BN; Acción Femenina por la Victoria, *Periódico de Ayuda a las Naciones Liberadas por los Fascismos*, no. 1 (1946), 7.

68 *La Nación* (Buenos Aires), 4 Sept. 1945, n.p., clipping in Fanny Edelman Papers, Archivo del Partido Comunista, Buenos Aires; *El Patriota* (Buenos Aires), 17 Aug., 2, 24 Aug., 3, 31 Aug., 2, 7 Sept. 1945, 2, 4; F. Edelman, *Banderas*, 94-95; *DP*, 8 Sept., 2, 1 Oct. 1945, 4. On the Junta’s social projects and investigations see *La Hora*, 22 Nov. 1945, 1; 17 Dec. 1945, 3; 14 Feb. 1946, 7, 12 Mar. 1946, 3.

Junta members, were among them. Meanwhile, student activists around the country occupied universities and went on strike. The authorities imprisoned students, faculty, and administrators and closed the universities of La Plata, Buenos Aires, and Litoral (Santa Fe). Police brutality did not stop Junta members and other women from supporting the beleaguered youth.⁶⁹

AF pledged its deep support to the Argentine people in their struggle for liberty, and particularly to Argentine women. Uruguayan women professors and students, including AF members, met to protest the repression in the neighboring country. They decided to send representatives to Buenos Aires to deliver a letter to the Minister of the Interior insisting on the release of the women among the jailed students, as well as a letter of solidarity to these prisoners. Among the delegates were María Orticochea, member of the AF advisory board and director of Institutos Normales, and Garayalde, secretary of the AF's workshops. Argentine students, including the women who by now had been freed, and Schlieper, Ratto, and other Junta members, greeted the Uruguayans at the port of Buenos Aires on October 12 and took them to the Plaza San Martín, which protesters had completely occupied. A few days before, Perón's military rivals had forced him to leave the government, and on this same day they arrested him. Discussions about Perón and the future of the regime were taking place in the *Círculo Militar*, across the street from the plaza. Garayalde, who headed the delegation, and an Uruguayan student addressed the crowd. As they made their way to the podium, Argentine women hugged and kissed them to show their appreciation for their presence. Later the police fired on demonstrators and killed a doctor who had begun treating the wounded. Having witnessed this bloodshed, the Uruguayans gave flowers to the doctor's mother and accompanied the funeral cortege to the cemetery. The delegates handed the former prisoners the letter of solidarity in a ceremony at the Junta's headquarters. They also interviewed professors and students in Buenos Aires and La Plata, as well as Junta member and jurist Dra. Margarita Argúas, who had negotiated with the police to free the jailed women. When they returned to Montevideo, they related their experiences, the academics' struggle, and police abuses to faculty and student groups, who demonstrated on October 20 in favor of severing diplomatic relations with Argentina. Garayalde and one of the students who had accompanied her spoke at this rally.⁷⁰

Aside from its devotion to its partner who had contributed to its aid and success, the AF had another compelling reason for these actions. Now that the Allies had defeated fascism in most of the world, Latin American antifascists wanted to do the same in their region. As they saw it, the last remaining fascist stronghold, outside of Spain, was Argentina. Sharing this goal, the Junta welcomed the AF's solidarity and used the resulting publicity in Uruguay as a means of evading Argentine censorship.

AF members continued to voice their support for the Junta and the opposition to Perón, but to little avail. The end of the war, Perón's election in 1946, and the granting of women's suffrage in 1947 removed the Junta's main purposes. With the Soviet victory and the onset of the Cold War, the Popular Front no longer suited Communist interests. The *Unión Democrática's* defeat also demonstrated the limits of this strategy. Instead, Argentine Party leaders decided to compete with Peronists for worker backing and reclaim the discourses of social justice, anti-colonialism, and class conflict. Communist leaders Fanny Edelman, a Junta member, and Victorio Codovilla advocated recruiting more women laborers for the Party. They recommended uniting women in

69 *Antinazi*, 27 Sept. 1945, 2; *El Pueblo*, 5-6 Oct. 1945, 1; women's flyers, Nov. 1945, and "¡Por qué están en huelga los universitarios!", flyer, in Folder 4, Box 3, Argentina Subject Collection, Subject File 1939-1944 [sic], Hoover Institution Archives, Stanford. Also see Almaráz (2001); Halperín Donghi (1995).

70 *DP*, 8 Oct., 1, 10 Oct., 1, 11 Oct., 1, 15 Oct., 1, 16 Oct. 1, 17 Oct., 1, 20 Oct., 1, 21 Oct. 1945, 1.

a movement that fought for social welfare, a reduced cost of living, equal salaries, and protective legislation, and tying these issues to the broader struggle against the oligarchy and imperialism. The agenda formulated at the Junta's Asamblea Nacional accorded with these plans, yet the Party decided to create a new organization, one less identified with the upper class, British and U.S. foreign policy, and the resistance to Peronism. The Junta faded away in 1947 and the Unión de Mujeres de la Argentina (UMA) replaced it, although it absorbed existing Junta chapters.⁷¹

This resembled the trajectory of Acción Femenina and the Unión Nacional Femenina, yet the Uruguayan context differed markedly from the Argentine. At the end of the war Communists continued to advocate a Popular Front style unity of classes and parties and an alliance with the democratic government. Unlike its Argentine counterpart, the Party was not competing with a hostile regime, nor did it experience persecution. Communists did well in the 1946 elections, which chose Arévalo as senator and five others as deputies. Meanwhile Communists, workers, and other groups began to assign more importance to internal conditions than external assistance, and UNF emerged as the umbrella organization of women dedicated largely to these local issues. The UNF waxed as AF waned. By 1948, however, Cold War tensions pushed the Party away from the Luis Batlle Berres administration (Colorado, 1947-51) in a narrow orthodox direction that alienated many supporters.⁷² These events take us beyond the framework of this study.

The contact between Uruguayan and Argentine antifascist women increasingly was subsumed under their involvement in a new global organization. Acción Femenina and the Junta, as well as the Unión Nacional Femenina and Unión de Mujeres Argentinas, affiliated with the Communist-led Women's International Democratic Federation (WIDF), founded in 1945, which fought for peace, antifascism, women's and children's welfare, and women's rights.⁷³ The Junta and the UNF coordinated plans for WIDF secretary general Marie Claude Vaillant Couturier's visit. A Communist deputy and concentration camp survivor, Vaillant Couturier spoke in Uruguay and Argentina about the WIDF, her experiences in the French Resistance, and the need for continued aid to war-torn Europe. JV leaders Schlieper and Ratto attended some of the festivities in Montevideo celebrating her presence. Uruguayans and Argentines embarked on the same ships to several WIDF congresses, witnessed the devastation in Europe, and pledged to help alleviate it.⁷⁴ By this point, however, the UNF and UMA were displacing the Junta and Acción Femenina.

Conclusion

Margaret Power asks us to analyze not only the links between organizations in different countries and how they changed over time, but how they influenced these groups and nations (Power, 2016). The evolving relationship between the Junta de la Victoria and Acción Femenina por la Victoria affected them in profound ways. Junta leaders believed that cultivating ties with like-minded women elsewhere would expedite victory over the Axis, and their Uruguayan counterparts came to agree. The Junta served as an organizational model and teacher for Acción Femenina, and as the mentorship faded their cooperation and mutual support facilitated their ability to fulfill their missions. Joint appearances raised favorable publicity for both groups and

71 *Mujeres Argentinas*, 1 Apr., n.p., 15 July, n.p., 1 Aug. 1947, n.p.; F. Edelman, *Banderas*, 99-100, 103; A. Valobra, "Partidos" and "La UMA"; Deutsch (2012): 235-236.

72 On Communist strategies and experiences, see Leibner (2011: 83, 87-88, 101-128). Fernando Aparicio and Roberto García Ferreira (2010) discuss police anti-Communist vigilance.

73 On this organization see Pieper Mooney (2012; 2013); Haan (2010; n. d.); Valobra and Yusta Rodrigo (2017).

74 *Nosotras* (Montevideo), nos. 12 (April 1946), 1, 15 (July 1946), 2, 16 (Aug. 1946), 2, 16; *DP*, 1 Mar. 1946, 1, 23-27 Aug. 1946; *La Hora*, 23 Aug.-12 Sept. 1946.

may have helped attract new members by depicting women's wartime roles as commendatory. In addition Senator Sofia Alvarez Vignoli de Demicheli reinforced the Junta's campaign to convince Catholic women that joining the antifascist cause did not contradict their faith. The Junta furnished the monies that AF needed to make and send materials to the Allies; in turn, financing AF enabled the Junta to continue its efforts despite persecution and clandestinity. Finally, by accompanying Junta members to antigovernment protests in Buenos Aires, Acción Femenina offered solidarity to their Argentine sisters. In doing so AF repaid the Junta for its financial backing and tried to undermine Peronism and military authoritarianism, which they both saw as fascism, although this proved unsuccessful.

The contacts between the Junta and Acción Femenina also influenced their respective nations. AF backed the JV's and Unión Democrática's push for liberal political democracy, but this campaign lost to Perón's brand of socioeconomic democracy. Yet one can argue that in other respects the ties across the Río de la Plata strengthened democracy. Through their joint appearances AF and JV leaders called attention to their diverse membership and thus promoted respect for ethnic, religious, and class pluralism, which is fundamental for this form of government. Furthermore, speakers at these events advocated women's citizenship and accustomed the populace to women occupying public and political roles. The cross-border presence of distinguished figures such as Scheiner, Arévalo, and Alvarez Vignoli de Demicheli demonstrated to women that they could aspire to high-ranking political positions, and it may have helped fuel Argentine campaigns for women's suffrage. As Junta spokeswomen had noted, democracy was incomplete without women.

Antifascism was inherently transnational. People of many countries rose up against Italian Fascism and German National Socialism, and the World Committee against War and Fascism and the Comintern, among other groups, spurred coordination and conversation among them. Solidarity across borders continued with global protests against the Italian invasion of Ethiopia and efforts to aid the Spanish Republic and the Allies. The relationship between the Junta de la Victoria and Acción Femenina por la Victoria is an important example of such collaboration. Perhaps by reading the fine print of newspapers scholars will uncover women's pro-Allied groups in other Latin American nations and the transnational ties that may have nurtured them.

Bibliography and sources

Primary Sources

- ACCIÓN FEMENINA POR LA VICTORIA (s/d), “Bolsa de Navidad para los Niños Aliados”, flyer.
 ——— (1944). *Campaña Argentino-Uruguaya Sanitaria y de Abrigo, 1943-1944*. Montevideo: n. p.
- JUNTA DE LA VICTORIA (1942). *Ayuda de las mujeres argentinas a los países que luchan contra el nazismo. 13 septiembre 1941 – 13 enero 1942*. Buenos Aires: n.p.
- (1942). *Primera convención nacional*. Buenos Aires: n.p., 1942.

Argentine Archives

- Archivo del Partido Comunista.
 Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de las Izquierdas en la Argentina,
 Buenos Aires.

Uruguayan Archives

- Archivo General de la Nación.
 Biblioteca Nacional.
 Fondo Centro Republicano Español, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
 Universidad de la República.

U.S. Archives

- Franklin D. Roosevelt Presidential Library, Hyde Park, New York.
 Hoover Institution Archives, Stanford.
 Swarthmore College Peace Collection, Swarthmore.
 U.S. National Archives, Washington, D.C.

Argentine Periodicals

- Argentina Libre*, 1941-1942.
Crítica, 1941.
El Patriota, 1945.
La Hora, 1941-1946.
La Prensa, 1941, 1944.
La Vanguardia, 1934, 1938.
La Voz del Interior (Córdoba), 1941.
Mujeres Argentinas, 1947.
Mujeres en la Ayuda, 1941-1942.
 ¡Mujeres! *Organo de la Agrupación Femenina Antiguerrera*, 1937.
Orientación, 1942-1943.
Vida Femenina, 1936.

Uruguayan Periodicals

- Acción Femenina. Periódico de Ayuda a las Naciones Liberadas por los Fascismos*, 1946.
Diario Popular, 1941-1946.
Justicia, 1942-1943.
Nosotras, 1946.

Interviews

- OLIVER, M. R. Interview with Leandro Gutiérrez. 1971. Proyecto de Historia Oral del Instituto Torcuato di Tella.
 Buenos Aires.
- WIND, P. (2000). Interview with author. Buenos Aires.

Bibliography

- ALMARÁZ, R. *et al.* (2001). *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-1955)*. Buenos Aires: Planeta.
- ANTEZANA-PERNET, C. (1996). "Mobilizing Women in the Popular Front Era: Feminism, Class, and Politics in the Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCh), 1935-1950". Ph.D. dissertation, University of California-Irvine.
- APARICIO, F. and GARCÍA FERREIRA, R. (2010). "El cine Trocadero, un testigo de la Guerra Fría". *Contemporánea*, vol. 1.
- ARDANAZ, E. (2009). "Con el puño en alto: Sara Fradkin y la lucha antifascista judía", in VALOBRA, A. (ed.). *Mujeres en espacios bonaerenses*. La Plata: Edulp.
- BARRANCOS, D. (2011). "El Partido Socialista y el sufragio femenino, 1947-1951", in BARRY, C. (ed.). *Sufragio femenino: prácticas y debates políticos, religiosos, y culturales en la Argentina y América*. Caseros: Editorial de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.
- (2007). *Mujeres en la sociedad argentina. Una historia de cinco siglos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- BARRIOS PINTOS, A. (1971). *Montevideo: Los barrios*, vol. 1. Montevideo: Nuestra Tierra.
- BISSO, A. (2005). *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo.
- and CELENTANO, A. (2006). "La lucha antifascista de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) (1935-1943)", in BIAGINI, H. E. and ROIG, A. A. (eds.). *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, vol. 2: Obreroismo, vanguardia, justicia social (1930-1960). Buenos Aires: Biblos.
- BOURET, D.; MARTÍNEZ, Á. and TELIAS, D. (1997). *Entre la matzá y el mate. La inmigración judía al Uruguay: Una historia en construcción*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BROQUETAS, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CAETANO, G. and RILLA, J. (2006). *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al siglo XXI*. Montevideo: ClaeH-Fin de Siglo.
- CAMARERO, H. (2007). *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CAMOU, M. M. (1988). *Resonancia del nacional-socialismo en el Uruguay*. Montevideo: FHC, Universidad de la República.
- CANE, J. (2011). *The Fourth Enemy: Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina*. University Park, Penn.: Pennsylvania State University Press.
- (1997). "'Unity for the Defense of Culture': The AIAPE and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943". *Hispanic American Historical Review*, vol. 77.
- CASAS, S. L. (2005). *La guerra civil española y la sociedad política argentina en el marco de la ayuda a la República (1936-1941)*. M. A. thesis, Universidad Nacional de la Plata.
- CELENTANO, A. (2006). "Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista". *Literatura y Lingüística*, no. 17, Santiago de Chile.
- COHEN, D. and O'CONNOR, M. (eds.) (2004). *Comparison and History: Europe in Cross-National Perspective*. New York: Routledge.
- COSSE, I. (2008). "La lucha por los derechos femeninos: Victoria Ocampo y la Unión Argentina de Mujeres". *Humanitas*, no. 34.
- DEUTSCH, S. MCGEE. (1999) *Las derechas: The Extreme Right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939*. Stanford: Stanford University Press.
- (2012). "Argentine Women Against Fascism: The Junta de la Victoria, 1941-1947". *Politics, Religion, and Ideology*, vol. 13.
- (s/d). "Engendering Antifascism: The Junta de la Victoria of Argentina in Transnational Perspective, 1930-1947". Book project in progress.
- EDELMAN, F. (1996). *Banderas. Pasiones. Camaradas*. Buenos Aires: Ediciones Dirple.
- EHRICK, CH. (2005). *The Shield of the Weak: Feminism and the State in Uruguay, 1903-1933*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- FINCHELSTEIN, F. (2010). *Transatlantic Fascism: Ideology, Violence, and the Sacred in Argentina and Italy, 1919-1945*. Durham: Duke University Press
- (2014). *The Ideological Origins of the Dirty War: Fascism, Populism, and Dictatorship in Twentieth-Century Argentina*. New York: Oxford University Press.
- FRANCO, C. DEL (2011). *Mujeres, ese fuego, esas luchas: 1930-1960*. Buenos Aires: Cuadernos Marxistas.
- GIORDANO, V. (2012). *Ciudadanas incapaces. La construcción de los derechos civiles de las mujeres en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en el siglo XX*. Buenos Aires: Teseo.

- GRAVINA, A. (1970). *A los diez años proletaria. Imagen de Julia Arévalo*. Montevideo: Mundo Nuevo.
- GUY, D. J. (2000). *White Slaves and Mothers Alive and Dead: The Troubled Meeting of Sex, Gender, Public Health, and Progress in Latin America*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- HAAN, F. DE (2010). "Continuing Cold War Paradigms in the Western Historiography of Transnational Women's Organizations: The Case of the Women's International Democratic Federation (WIDF)". *Women's History Review*, vol. 19.
- (s/d). "The Women's International Democratic Federation (WIDF): History, Main Agenda, and Contributions, 1945-1991", n.d., Women and Social Movements, International – 1840 to Present, Available at: <<http://wasi.alexanderstreet.com/>>.
- HALPERÍN DONGHI, T. (1995). *Argentina en el callejón*. Buenos Aires: Espasa Calpe-Ariel.
- (2004). *La república imposible: 1930-1945*. Buenos Aires: Ariel.
- (2008). *Son memorias*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- HATSKY, CH. (2015). *Cubans in Angola: South-South Cooperation and Transfer of Knowledge, 1976-1991*. Madison: University of Wisconsin Press, translated by Mair Edmunds-Harrington.
- and STITES MOR, J. (2014). "Latin American Transnational Solidarities: Contexts and Critical Research Paradigms". *Journal of Iberian and Latin American Research*, vol. 20.
- HERNÁNDEZ MÉNDEZ, S. (2015). "Religión, política y sociedad de masas en el Uruguay de los años treinta. La Iglesia uruguaya y el xxxii Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires (1934)". Paper delivered at the *IV Jornadas Catolicismo y Sociedad de Masas en la Argentina del siglo XX*, Mar del Plata, May 21-22.
- IBER, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge: Harvard University Press.
- JACOB, R. (1983). *El Uruguay de Terra, 1931-1938: Una crónica del terrismo*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- LAVRIN, A. (1995). *Women, Feminism, and Social Change in Argentina, Chile, and Uruguay, 1890-1940*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- LEIBNER, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- (2005). "Nosotras (Uruguay, 1945-1953), las contradicciones de la escritura femenina comunista y sus significados sociales", in FORGUES, R. and FLORES, J.-M. (eds.). *Escritura femenina y reivindicación de género en América Latina*. Paris: Mare & Martin.
- MARINO, K. M. (s/d). *La Vanguardia Feminista: Pan American Feminism and the Origins of Human Rights*. Chapel Hill: University of North Carolina Press [forthcoming].
- MARKARIAN, V. (2005). *Left in Transformation: Uruguayan Exiles and the Latin American Human Rights Networks, 1967-1984*. New York: Routledge.
- MEYER, D. (1979). *Victoria Ocampo: Against the Wind and the Tide*. New York: George Braziller.
- MILLER, F. (1991). *Latin American Women and the Search for Social Justice*. Hannover: University Press of New England.
- MOR, J. S. (ed.) (2013). *Human Rights and Transnational Solidarity in Cold War Latin America*. Madison: University of Wisconsin Press.
- NAHUM, B.; COCCHI, J. Á.; FREGA, A. and TROCHÓN, Y. (1998). *Crisis política y recuperación económica, 1930-1958*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- NÁLLIM, J. A. (2012). *Transformations and Crisis of Liberalism in Argentina, 1930-1955*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- NARI, M. (2005). *Políticas de maternidad y maternalismo político, 1890-1940*. Buenos Aires: Biblos.
- OLCOTT, J. (2005). *Revolutionary Women in Postrevolutionary Mexico*. Durham: Duke University Press.
- OLIVEIRA, Á. MEIRELLES DE (2012). "Antifascismo e o ideal de 'defesa da cultura' nos Boletins AIAPE (Uruguai) e Unidad (Argentina)". *Anais Eletrônicos do X Encontro Internacional da ANPHLAC* (São Paulo). Available at: <amphlac.ffch.usp.br/sites/amphlac.ffch.usp.br/files/angela_oliveira2012.pdf> [Accessed: Sept. 23, 2016].
- OLIVER, M. R. (1969). *La vida cotidiana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (1981). *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.
- OSTA VÁSQUEZ, M. L. (2008). *El sufragio, una conquista feminista*. Montevideo: Dobleclik.
- PASOLINI, R. (2013). *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

- PIEPER MOONEY, J. E. (2012). "Fighting Fascism and Forging New Political Activism: The Women's International Democratic Federation (widf) in the Cold War", in PIEPER MOONEY, J. E. and LANZA, F. (eds.). *Decentering Cold War History: Local and Global Change*. New York: Routledge.
- PIEPER MOONEY, J. E. (2013). "El antifascismo como fuerza movilizadora: Fanny Edelman y la Federación Democrática Internacional de Mujeres (FDIM)". *Anuario IEHS*, no. 28.
- PORRINI, R. (1994). *Derechos humanos y dictadura terrista*. Montevideo: Vintén.
- POWER, M. (s/d). "The Puerto Rican Nationalist Party, 1927 to 1954: Anti-Colonialism, Transnational Solidarity, and Gender Transgression" [book project in progress].
- (2016). "Latin American Solidarity with Puerto Rican Nationalism: A Transnational Expression of Anti-Imperialism, 1920s-1950s". Paper delivered at the *Research Cluster on Power and Resistance in Latin America* at the University of Alberta, Winnipeg, Feb. 25.
- QUIEROLO, G. (2004). "La década de 1930 a través de los escritos feministas de Victoria Ocampo", in SALOMONE, A. N. et al (eds.). *Modernidad en otro tono. Escritura de mujeres latinoamericanas: 1920-1950*. Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- REALI, M. L. (2016). *Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas (1897-1929)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- REIN, R. (2014). "A Trans-National Struggle with National and Ethnic Goals: Jewish Argentines and Solidarity with the Republicans during the Spanish Civil War". *Journal of Iberian and Latin American Research* vol. 20.
- RILLA, J.; BRANDO, O. and QUIRICI, G. (2013). *Nosotros que nos queremos tanto. Uruguayos y argentinos, voces de una hermandad accidentada*. Montevideo: Debate.
- RODRÍGUEZ VILLAMIL, S. (ed.) (1992). *Mujeres e historia en el Uruguay*. Montevideo: Grecmu.
- and SAPRIZA, G. (1984). *Mujer, estado y política en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ROMERO, L. A. (2002). *A History of Argentina in the Twentieth Century*. University Park: Pennsylvania State University Press, translated by James P. Brennan.
- ROSEBLATT, K. (2000). *Gendered Compromises: Political Cultures and the State in Chile, 1920-1950*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- RUIZ, E. and PARIS, J. (1987). *El frente en los años '30*. Montevideo: Proyección.
- SAPRIZA, G. (1988). *Memorias de rebeldía. 7 historias de vida*. Montevideo: Puntosur-Grecmu.
- SINGERMAN, B. (1981). *Mis dos vidas*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos.
- SVAMPA, M. (1994). *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo Peronista*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.
- TUÑÓN PABLOS, E. (1992). *Mujeres que se organizan: el Frente Unico Pro Derechos de la Mujer, 1935-1938*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- VALOBRA, A. "Partidos, tradiciones y estrategias de movilización social: de la Junta de la Victoria a la Unión de Mujeres de la Argentina". *Revista Prohistoria*, vol. 9.
- (2010). *Del hogar a las urnas: Recorridos de la ciudadanía política femenina. Argentina, 1946-1955*. Rosario: Prohistoria.
- (2015). "Formación de cuadros y frentes populares: relaciones de clase y género en el Partido Comunista de Argentina, 1935-1951". *Revista Izquierdas*, no. 23.
- and YUSTA RODRIGO, M. (eds) (2017). *Queridas camaradas. Historias iberoamericanas de mujeres comunistas, 1935-1975*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- ZANATTA, L. (1996). *Del estado liberal, a la nación católica: Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*. Avellaneda: Universidad Nacional de Quilmes.
- ZUBILLAGA, C. (2013). *Niños de la guerra. Solidaridad uruguaya con la República Española, 1936-1939*. Montevideo: Linardi y Risso.

Recibido: 16/3/2017. Aceptado: 27/6/2017

Una geografía global del combate. Asia y América Latina en los orígenes de la Guerra Fría

Daniel Emilio Rojas¹

Resumen

Este artículo sostiene que los orígenes de la contrainsurgencia no se inscriben en una tradición militar nacional, sino que resultan de una síntesis de experiencias que se desarrollaron en Europa, Estados Unidos y diferentes regiones de Asia y de América Latina entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la década del sesenta.

Palabras clave: Guerra Fría; insurgencia; contrainsurgencia; Asia del este y del sudeste; América Latina; Guerra de Corea; Colombia; Filipinas.

Abstract

This paper argues that the origins of counterinsurgency are not inscribed in a national military tradition, but result from a synthesis of experiences that were developed in Europe, the USA, and different regions of Asia and Latin America between the end of World War II and the beginning of the 1960s.

Keywords: Cold War; Insurgency; Counterinsurgency; East and South-East Asia; Latin America; Korean War; Colombia; Philippines.

1 Universidad Grenoble Alpes. <daniel.rojas@univ-grenoble-alpes.fr>

Introducción²

El papel dominante de los Estados Unidos (EEUU) en la seguridad internacional de la posguerra ha hecho que algunos analistas interpreten parcialmente los orígenes de la Guerra Fría. Al acentuar el rol del hegemon, pierden de vista la dinámica de conjunto que produjo al mundo bipolar.

En el campo de los estudios de la guerra esa parcialidad se ha hecho patente en los trabajos que observan el conjunto de técnicas, métodos y procedimientos denominados *contrainsurgencia* como el resultado de una transferencia unilateral de saberes militares, que se habría efectuado a inicios de 1960 al resto del mundo desde Fort Bragg, Fort Benning y algunas corporaciones de seguridad estadounidenses. En esa óptica, la contrainsurgencia sería el resultado de la afirmación del intervencionismo y del liderazgo militar de los EEUU entre sus aliados, mientras que el Pacto de Manila y la Alianza para el Progreso habrían creado los canales diplomáticos y militares para la circulación de esos saberes.³

Esta visión vincula acertadamente el surgimiento de la *doctrina* contrainsurgente con la oposición al comunismo mundial, pero le atribuye a las escuelas militares y a las corporaciones de seguridad un papel que no tuvieron. Al maximizar el papel de los EEUU en la historia contrainsurgente se incurre en tres reduccionismos interpretativos serios, que impiden entender por qué y cómo surgió una nueva forma de combatir y de formar al combatiente. El primero está en restringir la contrainsurgencia al mundo de la posguerra, sin tener en cuenta que se trata de una de las diversas manifestaciones de la guerra asimétrica, lo que en última instancia equivale a negar la profundidad histórica y polemológica del fenómeno. El segundo es asociar el surgimiento de la contrainsurgencia a la publicación de los manuales *Counter-guerrilla Operations: the Philippine Experience* (1962) y *Counter-insurgency Warfare: Theory and Practice* (1964),⁴ sin diferenciar críticamente la experiencia que precede cualquier intención de conceptualización militar. El tercero consiste en obviar las diferentes experiencias locales y regionales de combate que constituyeron el insumo empírico de quienes teorizaron los principios de la acción contrainsurgente, ausencia nada desdeñable si se tiene en cuenta que los manuales mencionados se refieren permanentemente a ellas.

El propósito de este estudio es demostrar que los orígenes de la contrainsurgencia no se inscribieron en una tradición militar nacional, sino que resultaron de una síntesis de experiencias desarrolladas en diferentes regiones del mundo, que unieron en una geografía global del combate a Europa, a los EEUU y a diferentes regiones de Asia y de América Latina. Para ilustrar esta tesis es imprescindible estudiar el final de la Segunda Guerra Mundial, la década del cincuenta y desplazar nuestra mirada a las conexiones políticas y militares que se establecieron a lo largo del océano Pacífico.

2 Agradezco los comentarios y sugerencias que mi colega Lisandro Tanzi realizó a una de las versiones finales de este estudio.

3 El Pacto de Manila se firmó al final de la Guerra de Corea (1950-1953) para agrupar a las potencias del Atlántico Norte con Pakistán y los países asiáticos que no habían implantado regímenes comunistas, y la Alianza para el Progreso, creada en 1961, favoreció la ayuda económica de Washington a los países latinoamericanos.

4 BOHANNAN, CH. T. y NAPOLEÓN, V. ([1962] 2006). *Counter-guerrilla Operations: the Philippine Experience*. Westport, Connecticut-Londres: Praeger Security International; GALULA, D. ([1964] 20016). *Counter-insurgency Warfare: Theory and Practice*. Westport, Connecticut-Londres: Praeger Security International.

La encrucijada filipina

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, en Asia del este y del sudeste se cristalizó un nuevo tipo de combate rural e irregular, que tenía precedentes en la oposición a las expansiones japonesas de los siglos XIX y XX, en la Guerra Civil China y en las diferentes formas que asumió la lucha contra el colonialismo europeo. Este tipo de confrontación poseía un elemento novedoso con respecto a experiencias precedentes de guerra asimétrica, pues la respaldaba la emergencia del sentimiento nacional y la construcción del comunismo.

La experiencia filipina de las décadas del cuarenta y del cincuenta es la referencia básica para entender cómo se enfrentó este nuevo tipo de combate. En 1942, en la región del Luzón central, en la isla de Luzón, se formó el movimiento denominado *Hukbalahap*, que se opuso a la expansión del ejército imperial japonés mediante una guerra de guerrillas.⁵ Los *Huks*, como se les conoció popularmente, se implantaron en las provincias rurales de Bulacan, Pampanga, Tarlac y Nueva Ecija, combatiendo a las tropas del mariscal Hisaichi Teraushi junto al Constabulario filipino con la ayuda militar y logística del general MacArthur (Connaughton, 2001). Continuaron combatiendo a los japoneses después de la Batalla de Bataán, que precipitó la retirada de las fuerzas estadounidenses del archipiélago en 1942, y se convirtieron en un poder paralelo al gobierno de ocupación japonés.

Con la derrota de las potencias del eje en 1945 y la creación del Estado filipino independiente en 1946, la guerra de resistencia de los *Huks* se convirtió en un movimiento de rebelión campesina. A pesar de contar con la legitimidad política que les proporcionó su oposición al invasor nipón y de tener un pie de fuerza de aproximadamente diez mil hombres, los *Huks* no fueron invitados a participar en el gobierno. Amparados por la pauperización de las comunidades rurales del Luzón y la nueva realidad geoestratégica del Extremo Oriente, continuaron combatiendo. Según un informe de la CIA publicado en 1946, la rebelión no podía catalogarse como comunista y se apoyaba en una inadecuada distribución de la tierra y de la producción agrícola en el Luzón, cuyos beneficiarios eran los propietarios rurales que apoyaban al primer presidente de la Tercera República Filipina, Manuel Roxas. Sin embargo, los contactos con la China de Mao y el Partido Comunista Filipino se habían estrechado y algunos *Huks*, que se autoproclamaban comunistas, sostenían que la rebelión debía abrazar al conjunto del archipiélago, del Luzón hasta Mindanao.

Hasta 1950 los *Huks* fueron considerados como un brote insurgente que no amenazaba la existencia del Estado filipino, pero esa percepción cambió cuando estalló la Guerra de Corea (1950-1953). Como lo menciona Charles T. Bohannon en un estudio que permaneció inédito hasta hace poco tiempo, los insurgentes se transformaron súbitamente en una amenaza de grandes proporciones para Manila y Washington.⁶ En junio de ese año, cuando iniciaron las hostilidades en Corea, Harry S. Truman desembolsó 9,3 millones de dólares para el gobierno filipino, que se invirtieron mayoritariamente en la creación de batallones móviles de combate polivalentes, dotados de gran autonomía y movilidad, que se asemejaban a los *groupement mobiles* con que los Franceses combatían al Viet Minh en Indochina (MacKlintock, 1992).⁷ La decisión estuvo acompañada, meses más tarde, por el nombramiento de Ramón Magsaysay como ministro de

5 *Hukbalahap* es un 'Hukbo ng Bayan Laban sa Hapon', o 'Armada de la nación contra los soldados japoneses', en filipino. El estudio más completo sobre las causas de la rebelión es el de Benedict Kerkvliet ([1977] 2002).

6 RIDLER, JASON S. (2015). «A lost work of El Lobo: Lieutenant-Colonel Charles T.R. Bohannon's unpublished study of guerrilla warfare and counterinsurgency in the Philippines, 1899-1955», *Small Wars & Insurgencies*, 26: 2, 300.

7 Ver también las diferentes referencias a los *groupement mobiles* en el volumen publicado por Maurice Vaisse (2000).

Defensa, un antiguo guerrillero que había combatido a los japoneses y que poseía una vasta red de contactos en los EEUU.

Un enfoque contrainsurgente civil y militar

Los esfuerzos del gobierno filipino por sofocar la rebelión Huk se conjugaron con un nuevo enfoque de contención del comunismo promovido desde Washington, que buscaba prevenir la aparición de nuevos aliados de la Unión Soviética y de la China por la vía insurreccional y armada. En Filipinas, el problema se resumía en crear una estrategia adecuada para combatir unidades de Huks que, además de contar con el apoyo de la población local, conocían bien el terreno y las tácticas de fuego y movimiento.

A su llegada al ministerio, Magsaysay estaba rodeado de un grupo de asesores militares estadounidenses, liderado por el teniente coronel de las fuerzas aéreas y experto en inteligencia Edward Geary Landsdale. El grupo denominado *Jusmag* —Joint United States Military Assistance Group— capacitaba unidades militares filipinas y canalizaba la ayuda financiera de Washington para programas de modernización militar, agrícola y educativa (Pardo, 2014: 92). Magsaysay y Landsdale crearon un esquema integrado para combatir a los Huks que reunía las experiencias de combate tras las líneas de los aliados en Europa, con aquellas que se habían adquirido *in situ* en la resistencia contra la ocupación japonesa.⁸

El esquema para combatir a los Huks combinaba acciones civiles y militares, públicas y secretas. Contemplaba medidas legales e ilegales para destruir las bases de apoyo de los insurgentes, la formación de grupos de asesoramiento de oficiales y suboficiales reclutados o dirigidos por la CIA, la creación de unidades móviles con capacidad para responder a los grupos guerrilleros con total libertad y para emplear tácticas de guerra psicológica, la ejecución de programas sociales manejados por el gobierno y el ejército destinados a la población civil y programas de modernización de las Fuerzas Armadas (FFAA). Todas las medidas estaban acompañadas de campañas para influenciar la opinión pública y favorecer la imagen del gobierno y de las FFAA entre la población civil.⁹

Se creó una oficina de asuntos civiles bajo el control directo de Magsaysay para manejar el desembolso de recursos estadounidenses al gobierno filipino y supervisar las actividades de propaganda, la Civil Affairs Office (CAO). La CAO creó organizaciones estudiantiles en las que difundía propaganda contra los regímenes comunistas y los Huks a través de periódicos, textos escolares y panfletos. También contrató periodistas independientes y pagó locutores para que se hablara contra los Huks en programas radiales. Las tácticas psicológicas contemplaban la instrumentalización de la religión para que las comunidades rurales rechazaran a los Huks y apoyaran al gobierno. Para ello se pidió a la Far Eastern Broadcasting Company, manejada por misioneros evangélicos estadounidenses opuestos al comunismo, que distribuyeran gratuitamente radios que solo captaran sus emisiones (Blaufarb, 1997).

Un segundo tipo de medidas estaba enfocado a realizar un trabajo ideológico sobre las FFAA filipinas, que se inspiraba en el papel que habían desempeñado los Führungsoffizieren (NSFO) en la Wehrmacht y los Politruks en la Armada Roja.¹⁰ Landsdale y Bohannan insistían en que la guerra contra los Huks debía acompañarse de la difusión de una plataforma ideológica entre los

8 Ridler, o. cit.

9 Ver: Ridler, o. cit.; MacKlintock (1992); Pardo (2014).

10 Un compendio interesante de documentos sobre las actividades de los Führungsoffizieren puede verse en Waldemar Besson, «Zur Geschichte des Nationalsozialistischen Führungsoffizieren», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, enero de 1961. Disponible en la página del Institut für Zeitgeschichte: <http://www.ifz-muenchen.de/heftarchiv/1961_1.pdf> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].

militares, que les diera la seguridad necesaria para respaldar cualquiera de los procedimientos no convencionales empleados en la guerra contra los insurgentes. Los consejeros de la CAO, entre los que se encontraban Landsdale y Bohannon, insistían permanentemente en este factor porque, como lo probaban los métodos de la insurgencia yugoslava o griega durante la Segunda Guerra Mundial, la eficacia de cada operación militar dependía de su dimensión política. Este principio debía aplicarse a todos los estratos de las FFAA, desde el ministro de la defensa hasta las unidades que se encontraban combatiendo en el Luzón.

Finalmente, en el campo operativo, las operaciones encubiertas tenían un papel fundamental. La idea general era actuar con pequeñas unidades móviles —como los Huks—, dirigidas por tres o cuatro oficiales y formadas por menos de veinte hombres, que combinaran la inteligencia, la guerra psicológica y el combate de fuego. Las unidades debían combatir a la insurgencia sin ningún tipo de restricción moral o jurídica, y, en esa medida, el uso del terror para desmoralizar a los simpatizantes de los Huks y el asesinato de sus principales líderes debían tolerarse. Los escuadrones del *Nenita Comand*, una subdivisión contrainsurgente integrada por voluntarios del Constabulario y dirigido por el joven coronel filipino Napoleon Valeriano, fue el primer destacamento entrenado para combatir según estos parámetros.¹¹ Los métodos de acción de los escuadrones *Nenita* incluyeron servirse de las creencias locales sobre los *Aswangs*, vampiros-demonios del folclor filipino, para infundir miedo en las provincias ocupadas por los Huks. Después de capturar y asesinar a algún rebelde, se le realizaban incisiones en el cuello, se le drenaba la sangre y su cuerpo era dejado cerca de los cascos urbanos para que los pobladores asociaran la pertenencia a los Huks con los ataques de los vampiros.

Después de la puesta en marcha de toda la estrategia, los Huks se desmoronaron rápidamente. La ofensiva de las FFAA en el Luzón central, la ausencia de mandos huks jóvenes que relevaran a los más viejos y la incapacidad de los guerrilleros para darle una proyección nacional al movimiento y establecer un punto de contacto con China y la URSS hicieron que la rebelión fuera sofocada en 1954. Luis Taruc, uno de los líderes guerrilleros más importantes, fue capturado en Manila después de un intento fallido de negociación con Magsaysay, quien ese mismo año fue elegido como presidente filipino.

La contrainsurgencia en el Asia del este y del sudeste

Los factores que impulsaron la expansión del enfoque contrainsurgente en Asia del este y del sudeste fueron de diverso orden, pero todos reflejaban la gran alteración geopolítica que estaba provocando el conflicto este-oeste en la cuenca del océano Pacífico.

El primero fue la decisión tomada desde Moscú y Washington de no utilizar armamento nuclear en las zonas de conflicto que existían entonces. En el caso de los EEUU, la decisión de no emplear misiles tácticos o estratégicos en el conflicto coreano creó la necesidad de complementar la disuasión nuclear con una estrategia que uniera tácticas de guerra asimétrica y convencional. Los recelos de muchos miembros del Estado mayor estadounidense a abandonar los procedimientos de la guerra convencional hicieron que los oficiales de la CIA —y no las FFAA— estadounidenses asumieran esa labor.

Un segundo escenario que impulsó la expansión de la experiencia contrainsurgente filipina fue la evolución de la Guerra de Indochina (1945-1954), que enfrentaba a Francia con sus antiguos protectorados en el sudeste asiático. Los franceses fueron derrotados el 7 de mayo de 1954 en el valle del río Dien Bien Phu y Vietnam se dividió en dos Estados diferentes a través del paralelo

11 El nombre *Nenita* fue dado en honor a la novia que Valeriano tenía en ese entonces.

17. Los EEUU, que cooperaban con Francia desde 1950 en el teatro de operaciones, asumieron la defensa de la República de Vietnam del Sur y crearon canales de asistencia política, económica y militar para contener la expansión del comunismo en la península y pelear una guerra de guerrillas contra el Viet Minh (Pardo, 2014; Cadeau, 2013). La Misión Militar de Saigón (SMM, por sus siglas en inglés), encabezada por Landsdale, organizó la contrainsurgencia en Vietnam del Sur bajo parámetros similares a los que se habían empleado en Filipinas para combatir a los Huks. Bohannon, quien también había estado en Filipinas y en Corea, se dirigió a Laos y a Camboya para entrenar unidades militares que debían enfrentar a los comunistas en guerra psicológica y tácticas no convencionales. El informe final de la SMM indica que Magsaysay permitió que Valeriano y otros tres jóvenes oficiales filipinos asesoraran al presidente Ngo Dinh Diem en la organización de las FFAA, mientras una unidad selecta de oficiales vietnamitas se entrenaba en Manila.¹²

Finalmente, los resultados del vigésimo congreso del Partido Comunista de la URSS, en 1956, terminaron por convencer a los gobiernos involucrados en los conflictos asiáticos de que era necesario desarrollar enfoques militares no convencionales. En el curso de las reuniones, Nikita Serguéievich Jruschov modificó la tesis leninista que sostenía que el capitalismo y el comunismo no podían existir sin enfrentarse y proclamó que ambas ideologías podían coexistir pacíficamente. El triunfo del socialismo sobre el capitalismo se haría de manera progresiva, a través del ejemplo que el primero le daría al segundo y no a través de una confrontación militar (Service, 1997). Ese anuncio, sin embargo, no significaba que la URSS dejaba de apoyar insurrecciones o movimientos comunistas en otros continentes y abría la puerta para que otros conflictos de baja y media intensidad se generalizaran en el hemisferio sur.

Corea y Colombia, una conexión inédita

La Guerra de Corea representa una conexión inédita entre la experiencia contrainsurgente del Asia del este y del sudeste, y la que después tendrá lugar en los países de América Central, del Caribe y del área andina. Se trata de un fenómeno cuya dimensión y alcance aún no se ha analizado detalladamente en la historiografía latinoamericana, que tiende a supeditarlo al Plan Cóndor y a la elaboración de las doctrinas de seguridad nacional construidas a partir del Golpe de Estado de 1964 contra el presidente brasileño João Goulart.

La entrada de Colombia en la guerra

Colombia fue el único país latinoamericano en participar como beligerante en la Guerra de Corea con tropas terrestres y material naval. La solicitud para apoyar a la coalición liderada por los EEUU en Corea se elevó ante las Naciones Unidas bajo el gobierno de Eduardo Santos. El Decreto 3230 del 23 de octubre de 1950 dispuso el envío de la fragata colombiana Almirante Padilla, destinada a patrullar las aguas coreanas con la VI Flota estadounidense. En diciembre, un nuevo decreto creó el Batallón de Infantería n.º 1 Colombia, que después de entrenarse en Bogotá y en los EEUU, desembarcó en Pusan el 16 de junio de 1951 para unirse a los demás contingentes del ejército de la Organización de las Naciones Unidas (ONU). El batallón, que se conformó inicialmente con 1051 efectivos, aglutinó durante el conflicto cerca de 150 oficiales, 590 suboficiales y 5100 combatientes. Estuvo en operaciones durante toda la guerra y tras el cese de hostilidades vigiló hasta 1954 el cumplimiento del armisticio de Panmunjom. Las fragatas ARC Capitán Toro y ARC Almirante

12 «Lansdale Team's Report on Covert Saigon Mission in 1954 and 1955», Documento 95. *The Pentagon Papers*, vol. 1, pp. 573-583. Ediciones Gravel.

Brión, de la Armada Nacional Colombiana, participaron en labores logísticas y de patrullaje en los mares Amarillo y del Japón (Atehortúa, 2008 y Vargas Velásquez, 2008).

La participación colombiana en Corea transformó a las FFAA y contribuyó a crear un nuevo paradigma securitario del Estado colombiano. Los analistas militares y los historiadores coinciden en señalar que esa experiencia fue el punto de partida de una cooperación estrecha en materia de seguridad y de defensa que modernizó a las FFAA colombianas en el plano táctico y de equipamiento. Corea definió el alineamiento de Bogotá con Washington en temas internacionales, como se comprobó años más tarde cuando Colombia participó junto a los EEUU en la Crisis del Canal del Suez (1956). Desde Corea, todos los protocolos aéreos y marítimos colombianos para repeler una posible agresión de otro país en las zonas costeras del Pacífico y el Caribe reposan en la cooperación militar con Washington.¹³

La experiencia contrainsurgente adquirida en Asia del este y del sudeste se empezó a diseminar entre las FFAA colombianas a través de oficiales, suboficiales y soldados que viajaban o regresaban de Corea. Una primera muestra de la forma en que empezaban a circular en Colombia los principios de la guerra no convencional se encuentra en textos, manuales y artículos de revistas militares que subrayaban la combinación de acciones civiles y militares para oponerse a las guerrillas liberales y comunistas del país. *Las enseñanzas de la campaña de Corea aplicables al Ejército de Colombia*, de Alberto Ruiz Novoa, comandante del Batallón Colombia en Corea y después ministro de Guerra, se publicaron en Bogotá en 1956. En ellas, además de defender la necesidad de estructurar un sector de las FFAA para combatir a los guerrilleros según sus mismos principios, Ruiz Novoa señalaba que las acciones militares contra los grupos irregulares debían acompañarse de planes de desarrollo y de una apertura a la propiedad agrícola para los campesinos.¹⁴

Para Álvaro Valencia Tovar, capitán del mismo batallón, general de la república y prolífico catedrático en las escuelas y universidades militares de todo el hemisferio, Corea les permitió a los colombianos adquirir y perfeccionar tácticas de fuego y movimiento, mejorar las comunicaciones (sobre todo a través del empleo de radios), introducir la inteligencia y la contrainteligencia en las zonas de combate e instruir las tropas mediante manuales y textos que incluían un alto contenido ideológico por la vía del discurso patriótico (Valencia Tovar y Sandoval, 2001). Los textos de Ruiz Novoa y de Valencia Tovar son una fuente valiosa para entender el desarrollo de la contrainsurgencia a escala global y su adaptación progresiva en América Latina.

Al otro extremo del Pacífico

Desde mediados del siglo XX, Colombia era el escenario de una guerra interna no declarada. Como Filipinas, Colombia poseía una población mayoritariamente rural (cerca del 70 % vivía en el campo) y aproximadamente 3 % de los propietarios monopolizaban el 50 % de la tierra aprovechable para la agricultura. El combate irregular y diversas formas de lo que podría denominarse una contrainsurgencia local existían desde el siglo XIX, pero ambos se habían intensificado por el recrudecimiento del conflicto entre los partidos liberal y conservador en el marco de La Violencia, período de la historia colombiana que se extiende de 1946 a 1958.¹⁵

13 El texto original del acuerdo reposa en el Archivo de la Presidencia de la República bajo el título «Secreto. Plan de los gobiernos de Colombia y de los Estados Unidos de Norteamérica para su defensa común». Embajada de Colombia, Washington, 31 de diciembre de 1951. APR, 1954, Caja 843, citado por Atehortúa (2008).

14 RUIZ NOVOA, A. (1956). *Las enseñanzas de la campaña de Corea aplicables al Ejército de Colombia*. Bogotá: Antares.

15 Diversas formas de insurgencia y contrainsurgencia existían en el siglo XIX colombiano y, de forma general, en todo el espacio andino. Por eso la tesis defendida por autores como Carl Schmitt y Marie-Danielle

El punto de inflexión de La Violencia fue el asesinato del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, quien había adquirido notoriedad entre los campesinos y los trabajadores por ser el portador de las tareas aplazadas de apertura y democratización social en el país. En las semanas posteriores al asesinato, una oleada de terror se desplegó en gran parte del territorio colombiano y con el paso de los meses se convirtió en una guerra civil que dejó miles de muertos en las zonas rurales. La elección a la presidencia del conservador Laureano Gómez en 1949 multiplicó la persecución en contra de los liberales. La expansión del terror afectó a todas las categorías sociales del liberalismo, pero se exacerbó en el campo, ya que las elites dirigentes del partido permanecieron protegidas en las ciudades.

Uno de los procesos clave del período fue el desarrollo de la resistencia rural del liberalismo a través de la guerra de guerrillas. A diferencia de conflictos anteriores de la historia colombiana, ese proceso creó enclaves de guerrilleros liberales enfrentados al gobierno, que no eran controlados por los jefes del partido y que estaban dirigidos por un sector heteróclito de líderes populares, campesinos, miembros de la administración municipal y por algunos obreros. Gonzalo Sánchez, especialista en el período, menciona que se trataba de una guerra dirigida por

campesinos atados a las lealtades partidistas, pero también por campesinos que habían luchado independientemente por la tierra en décadas anteriores; por líderes populares que, para no ir muy lejos, habían tenido experiencias revolucionarias como la del mismo 9 de abril, en calidad de alcaldes, miembros de juntas, de milicias; por policías desertores o destituidos; por luchadores rasos que se habían ganado el respeto y la admiración en el curso mismo del combate; por migrantes, por arrieros y, eventualmente, aunque en mínima parte, por trabajadores de obras públicas y obreros con alguna experiencia sindical urbana (1989: 143).

Las guerrillas liberales tuvieron varios focos de expansión en los valles interandinos y en las zonas montañosas del país, pero el más importante estuvo en los Llanos Orientales (Pardo, 2004: 487). Allí los insurgentes lograron construir una organización militar estable con cadenas de mando definidas; crearon una base de abastecimiento renovable y suficiente basada en la oferta de ganado en pie y en la existencia de cultivos de pancoger de retorno inmediato, y construyeron programas políticos y de gobierno. Los Llanos Orientales llegaron a albergar aproximadamente diez mil hombres en armas (Sánchez, 1989: 144). Sin embargo, esa región hacía parte de la periferia nacional y se encontraba demasiado alejada como para poder incidir en la política nacional o plantear una alternativa de gobierno al poder central.

En Colombia, las guerrillas liberales fueron las primeras en ser atacadas con tácticas no convencionales elaboradas después de la Segunda Guerra Mundial en Europa y Asia. Como había sucedido en Grecia durante la guerra civil de 1951, y como ocurrió después en el Luzón central, el ejército colombiano despobló pueblos enteros para reducir las bases de apoyo de los guerrilleros (MacKlintock, 1992). En 1952, por ejemplo, después de una proposición de amnistía que no fue acogida por los insurgentes, dos columnas de soldados del ejército colombiano se desplazaron a las poblaciones de Puerto López, El Turpial, Las Delicias, El Frío y San Pedro de Arimena para forzar a sus habitantes a cambiar de residencia. Posteriormente, los pueblos fueron bombardeados e incendiados para quitarle a la guerrilla de Dumar Aljure su base de apoyo y de recursos (Ramsey, 1981: 200).

Demélas, según la cual la guerra partisana está profundamente vinculada al mundo hispánico, debe examinarse detenidamente. La publicación del libro de Gildas Lepetit-Castel sobre la conainsurgencia durante la ocupación napoleónica de la península ibérica y el estudio sobre la injerencia de los EEUU en Colombia de Renán Vega Cantor poseen reflexiones sugestivas para ampliar cronológicamente el surgimiento de la conainsurgencia, sin supeditarla al siglo XX. Ver: Carl Schmitt (2002); Gildas Lepetit-Castel (2015); Marie-Danielle Demélas (2007); Renán Vega Cantor (s/f).

La llegada del general Gustavo Rojas Pinilla al poder en 1953 marcó una pausa en la oleada de muerte y terror que se había iniciado desde el asesinato de Gaitán. Rojas emprendió la tarea de desarmar y desmovilizar a todas las guerrillas del país y para ello ofreció una amnistía general e incondicional. En los meses posteriores al inicio de las negociaciones entre el gobierno y los insurgentes liberales, cerca de 3500 hombres depusieron las armas. Sin embargo, en los años precedentes, además de las guerrillas liberales, habían aparecido otras de carácter comunista en las zonas montañosas de los departamentos de Cundinamarca y Tolima, muchísimo menos importantes política y numéricamente, pero que con el tiempo se convirtieron en la vanguardia insurgente del país (Matta Aldana, 1999). La decepción que provocó entre muchos guerrilleros liberales la ausencia de respaldo de su partido para enfrentar la opresión conservadora, y la proximidad entre sus reivindicaciones agrarias y el colectivismo comunista, inclinó a muchos de ellos a unirse a los comunistas. El máximo líder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Manuel Marulanda Vélez, alias Tirofijo, fue uno de ellos (Alape, 1994).

Los comunistas no respondieron a la amnistía de Rojas de la misma manera. En el Tolima y en la región del Sumapaz, cerca de Bogotá, la prédica de la reconciliación se tomó con cautela, pues las promesas de paz y concordia que hacía el gobierno se conjugaban con bombardeos aéreos y delaciones efectuadas por antiguos guerrilleros liberales desmovilizados, que habían sido cooptados por el gobierno y que trabajaban junto a él para persuadir u obligar a los comunistas a desmovilizarse (Sánchez, 1989: 163).

Bajo el gobierno de Rojas, se creó la primera escuela de formación enteramente dedicada al entrenamiento de unidades en guerra no convencional de América del Sur. La Escuela de Lanceros, creada el 6 de diciembre de 1955, anunció el cambio progresivo que experimentaron las FFAA colombianas en la década del cincuenta al supeditar su papel de protectoras de las fronteras externas al de garantes de la seguridad interna. Los primeros efectivos fueron oficiales y suboficiales, varios de ellos veteranos de Corea, que se dirigieron a la base militar de Fort Benning para preparar los cursos de operaciones especiales del 75.º regimiento de Rangers, la unidad de las FFAA estadounidenses donde se entrenaban unidades en técnicas de combate no convencional y guerra psicológica. Ralph Puckett, comandante de los Rangers durante la Guerra de Corea, y después comandante de la división de Rangers de montaña en el marco de la escuela de infantería ranger, se desplazó a Colombia para asesorar la creación de la escuela en 1954 (Puckett, 2017).

Equipos militares y geografía aérea

Durante la Segunda Guerra Mundial, las FFAA de los países latinoamericanos cooperaron con los EEUU para elaborar una estrategia de seguridad hemisférica. El informe de la CIA «Conditions and Trends in Latin America Affecting US Security», publicado en 1952, revela que el gobierno colombiano se comprometió a movilizar las fuerzas y el equipamiento que tuviera a su disposición para defender el Canal de Panamá en caso de ataque de las potencias del eje.¹⁶ Sin embargo, el informe juzgaba que en caso de estallido de una guerra global, ni Colombia ni ninguno de los gobiernos de la región estarían en condiciones de repeler a un poder militar de primera clase sin la ayuda aérea y naval de los EEUU.

Conscientes de esa debilidad, casi todos los gobiernos latinoamericanos iniciaron negociaciones con los EEUU para acceder a la poderosa gama de armamento que quedó disponible en

16 «Conditions and Trends in Latin America Affecting US Security», National Intelligence Estimate, Copy No. 1 for the President of the United States, publicado el 12 de diciembre de 1952. Harry S. Truman Library; Papers of Harry S. Truman; President's Secretary File, p. 5. Disponible en <https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_000010447.pdf> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].

sus reservas después de la guerra. Las dudas en el entorno próximo de Truman sobre la capacidad de pago de los gobiernos latinoamericanos dificultaban cualquier tipo de transferencia de equipos militares, pues desde Washington se exigían pagos de contado, mientras los latinoamericanos se inclinaban por pagos diferidos después de la entrega. Sin embargo, el gobierno colombiano logró que EEUU cambiara de parecer (Atehortúa, 2008: 67).

La negativa generalizada de los gobiernos latinoamericanos a enviar tropas a la península coreana redujo considerablemente el apoyo internacional que Washington esperaba tener para encabezar la coalición contra el bloque comunista. Laureano Gómez aprovechó la situación e hizo saber que Colombia apoyaría a los EEUU si se consideraba el pago a crédito y Truman lo aceptó (Atehortúa, 2008: 67-69). Con el Batallón Colombia y las corbetas en Corea, el presidente Gómez primero y el general Rojas después filtraron rumores entre los medios diplomáticos y militares sobre el posible retiro de las unidades colombianas por falta de fondos y equipamiento. El resultado fue que varios modelos de armas y de equipos militares que se habían empleado en Filipinas y en Corea empezaron a llegar al país por diferentes vías.

Entre 1953 y 1954 llegaron a Colombia el H-23 Raven y el H-13 Sioux, dos modelos de helicópteros de reconocimiento y evacuación que se habían empleado intensivamente en Corea (Ortega, 2006). El aumento del flujo de estos equipos impulsó la creación de la primera base de helicópteros del país y fue el primer paso en la constitución de una red nacional de tropas helicóptero-transportadas.¹⁷ Cuando el general Ruiz Novoa publicó sus *Lecciones de la Guerra de Corea*, desaprobo el empleo de tanques en el país y aconsejó el empleo de helicópteros, siguiendo el patrón de las operaciones aire/tierra que se habían efectuado en Corea.

Junto a los helicópteros, los aviones de transporte y los bombarderos constituyeron durante varios años los principales medios para realizar operaciones aéreas contrainsurgentes en los Llanos Orientales. El C-54 Skymaster de transporte militar, también empleado en Corea, empezó a operar en el espacio aéreo colombiano en 1954. En 1955, la Fuerza Aérea Colombiana (FAC) recibió los bombarderos B-25 y A-26 Invader que se habían empleado en Argelia, Indochina y Corea (Orlando Luna, 2006). Estos dos últimos modelos fueron distribuidos en varios países de la cuenca pacífica como El Salvador, Nicaragua, Colombia, Perú y Chile.

Finalmente, algunos modelos de cazas que se habían distribuido a las FFAA filipinas años atrás, como los Lockheed T-33 Silver Star y los Lockheed F-80 Shooting Star, ambos de motor a reacción, llegaron a la FAC y se destinaron para actividades de combate sobre suelo colombiano. En 1956 llegó el North-American F-86 Sabre, que entró en servicio por primera vez en Corea, y que fue el caza por excelencia utilizado por los aliados para enfrentar a los MiG-15 conducidos por pilotos norcoreanos, chinos y soviéticos.

El poder aéreo transformó la relación entre los combatientes y el teatro de operaciones sustancialmente; aumentó la capacidad de despliegue y reacción de las FFAA y les concedió una ventaja estratégica para enfrentar a los insurgentes. Sin embargo, no fue suficiente para erradicar los enclaves de guerrilleros liberales y comunistas.

Historias conectadas (pero poco conocidas)

A pesar de la pacificación que Rojas impulsó con éxito en su primer año de gobierno, nuevos brotes de violencia estallaron en 1955. No hubo una sola modalidad en el resurgimiento de la violencia rural, pero en la mayoría de los casos se trató de líderes conservadores que ajustaban cuentas con

¹⁷ Se trata, en la actualidad, de la base aérea Teniente Coronel Luis F. Pinto Parra, sede del Comando Aéreo de Combate n.º 4 y de la Escuela Conjunta de Helicópteros de las Fuerzas Militares.

antiguos enemigos liberales. Los guerrilleros que aún no habían entregado las armas se reafirmaron en su decisión de conservarlas y quienes lo habían hecho pensaron que el gobierno les había tendido una trampa (Sánchez, 1989: 162-163). Ese momento coincidió con una nueva migración de liberales a las guerrillas comunistas.

A los brotes de violencia se sumó la estrategia bipartidista de desestabilización del gobierno. El objetivo de alejar a Rojas del poder se cristalizó rápidamente entre los jefes conservadores y liberales por considerar que su discurso de unión entre el gobierno y el pueblo constituía una amenaza para el sistema de partidos sobre el que reposaba toda la organización política del país. Rojas respondió erráticamente a los antiguos jefes políticos, quienes empezaron a cerrarle todos los caminos para que él y sus seguidores continuaran en el gobierno. Cuando anunció su intención de permanecer en la presidencia en 1957, la dirigencia civil del país lo obligó a abandonarla.

El Frente Nacional

La salida de Rojas marcó el inicio del Frente Nacional, la coalición bipartidista que le devolvió a los partidos tradicionales las riendas del poder político y gobernó alternativamente a Colombia durante 16 años. Su primer presidente fue Alberto Lleras Camargo.

En conformidad con la paridad burocrática negociada con los conservadores, Lleras distribuyó los cargos más representativos del ejecutivo entre los dos partidos, autorizó a los gobernadores para que iniciaran acercamientos con los grupos armados y los desmovilizaran, le dio continuidad a la política de colonización de las fronteras internas iniciada por el gobierno anterior para garantizar el acceso a la tierra y combatió a los reductos de las guerrillas liberales y de las bandas delincuenciales. La desmovilización de las guerrillas fue casi total pero, como había sucedido antes, las de orientación comunista continuaron observando con desconfianza el hecho de que uno de los jefes tradicionales del liberalismo llegara al poder.

La llegada de Lleras a la presidencia marcó un período de profundización de las relaciones entre las FFAA estadounidenses y colombianas. Lleras había sido secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) y disponía de muchos más contactos con la administración estadounidense que cualquiera de sus predecesores en el gobierno. Solicitó mayor apoyo de los EEUU para terminar con la delincuencia rural y con los guerrilleros, quienes, a pesar de los esfuerzos del gobierno, continuaban amenazando el orden público del país. La respuesta de la administración Eisenhower fue enviar una misión de expertos militares que debía evaluar dicha solicitud y hacer un diagnóstico de la seguridad interna del país.

La *Survey Team Mission*

La Dirección del Departamento de Estado, ayudada por el Departamento de Defensa, solicitó a la CIA un equipo de especialistas con experiencia en guerra no convencional en Europa y Asia. A la cabeza de la *Survey Team Mission*, como se denominó al grupo, estaba el oficial de la CIA Hans Tofte e incluía al coronel Napoleón Valeriano, al mayor Charles T. R. Bohannon, al teniente coronel Joseph T. Koontz, al coronel Berkeley Lewis y al teniente Bruce Walker. Todos ellos habían sido parte del grupo que Landsdale había dirigido en Filipinas para combatir a los Huks (Rempe, 2002).

Un vistazo a las trayectorias de los integrantes de la misión demuestra cómo el contacto con una esfera mundial de circulación creada por la Guerra Fría permitió la universalización de saberes militares que interactuaban con culturas estratégicas locales. Nacido en Copenhague, Tofte escapó en 1941 de la ocupación nazi en Dinamarca y se unió a una red de inteligencia anglo danesa. En Singapur, trabajó en operaciones tras las líneas en territorios ocupados por los japoneses y entrenó unidades en tácticas no convencionales. En 1943 se unió a la Office of Strategic Services

(OSS), antecedente de la CIA, y realizó operaciones de inteligencia en la Italia de Mussolini. Luego fue asignado a Yugoslavia, donde coordinó una línea de abastecimiento para los partisanos de Tito. Es probable que sus primeros contactos con las tropas colombianas hayan tenido lugar en Corea del Sur, donde también entrenó unidades en guerra no convencional desde el estallido de la guerra.¹⁸

Valeriano, a quien nos hemos referido antes, era un veterano filipino de la Segunda Guerra Mundial que pudo escapar de un campo de concentración japonés. Logró ingresar a las tropas del general MacArthur en Australia y después de la independencia filipina condujo las operaciones contra los Huks. En 1954 se dirigió a Vietnam para participar en operaciones encubiertas contra el Viet Minh. Más tarde visitó la Escuela de las Américas en la zona ocupada del canal de Panamá y después Colombia, con la misión comandada por Tofte. Un año después, en 1960, fue el encargado de entrenar a uno de los grupos que participaron en el desembarco de la bahía de Cochinos (MacKintock, 1992).

Otro caso que vale la pena mencionar es el de Charles Ted Rutledge Bohannon, un estadounidense que adquirió experiencia en la guerra de guerrillas contra los japoneses en Nueva Guinea y en las Filipinas. Después de la Segunda Guerra Mundial, permaneció en Manila como oficial de contrainteligencia de la Jsmag y fue uno de los artífices de la participación filipina en operaciones militares en Laos y Vietnam. En 1962 publicó con Valeriano el manual *Counter-guerrilla Operations: the Philippine Experience*, considerado el primer manual contrainsurgente de la Guerra Fría.

La *Survey Military Mission* llegó a Bogotá el 26 de octubre de 1959 y permaneció durante dos meses recorriendo el país. Sus miembros recopilaban datos a través de encuestas y entrevistas realizadas a políticos, líderes laborales, comandantes militares, delincuentes detenidos y jefes y combatientes guerrilleros para determinar las causas y las posibles soluciones al fenómeno de la violencia. En enero de 1960, la misión finalizó un reporte preliminar y el 25 de mayo le entregó un reporte definitivo al secretario de Estado Christian Herter (Rempe, 2002: 7).

En el informe preliminar se realizó una serie de recomendaciones al gobierno colombiano que incluía tareas militares, de inteligencia y de desarrollo productivo en las regiones. Se aconsejó reorganizar la Policía nacional, crear unidades contrainsurgentes formadas por Lanceros y formar un servicio de inteligencia del Ejército, además de modernizar los servicios de inteligencia civil agrupados en el Servicio de Inteligencia Colombiana (SIC). Como se había hecho en Filipinas con la CAO, había que establecer un servicio gubernamental de información pública dotado de capacidad de combate psicológico encubierto e instaurar programas administrados por civiles dentro de las FFAA que atrajeran a la población y rehabilitaran la empatía de la opinión pública hacia estas. Como en la lucha contra los Huks y el Viet Minh, el plan integral debía acompañarse de programas nacionales de rehabilitación y desarrollo que incrementaran el bienestar de las comunidades rurales. El desarrollo de proyectos agroproductivos manejados por campesinos y apoyados por el gobierno era esencial para reducir la violencia y los núcleos potenciales de otros conflictos.

El informe definitivo completó el preliminar. Ese último documento analizó más detalladamente el fenómeno de la violencia, su relación con la historia reciente y los problemas agrarios, sus diversas manifestaciones regionales y las estrategias que podrían emplearse para estabilizar al país. Aunque las guerrillas comunistas debían ser combatidas, por tratarse de un factor de

18 BARRON, J. (1987). «Hans Tofte, World War II Spy Later dismissed by the C.I.A.». *The New York Times*, 28 de agosto. Disponible en: <<http://www.nytimes.com/1987/08/28/obituaries/hans-tofte-world-war-ii-spy-later-dismissed-by-the-cia.html>> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].

desestabilización en el mediano plazo opuesto a los intereses del gobierno colombiano y al de los EEUU, el informe señalaba que el principal foco de desestabilización era la violencia delincuencial producida en el centro del país. A esto se sumaban otros elementos sociales y políticos que creaban situaciones potencialmente peligrosas como la existencia de una élite demasiado ocupada en defender sus propios intereses; un tipo de propietario rural confinado a una economía de subsistencia y sin posibilidad de entrar en redes de intercambio; poblaciones desplazadas que no habían sido reubicadas después de 1948; analfabetismo rural, inequidad racial y las tasas hemisféricas más importantes de enfermedades tales como fiebre tifoidea, tífus, fiebre amarilla, viruela y lepra (Rempe, 2002: 8). En ese sentido, y como lo había advertido Ruiz Novoa, el componente principal de la acción civicomilitar debía enfocarse en la realización de cambios políticos y económicos estructurales con impacto de largo plazo, no en lo militar.

El informe recomendaba construir un Estado más sólido y eficaz y democratizar el acceso a la tierra y a los servicios públicos, pero no negaba la necesidad de combatir a la insurgencia. Para eso se requería un enfoque político-militar que integrara medidas económicas, sociales y psicológicas en una misma estrategia de seguridad con componentes encubiertos y públicos. La principal era reorientar las FFAA colombianas de su misión de guardianas de la seguridad exterior a la de garantes de la seguridad interna, lo que estaba en consonancia con algunas de las medidas que Rojas y Lleras habían tomado, pero que requería de la cooperación de los EEUU con material militar, personal con experiencia en guerra no convencional y ayuda económica.

Los elementos clave de esa estrategia se enumeraron en el informe preliminar, pero en el definitivo se hizo énfasis en la necesidad del carácter encubierto o semiencubierto de las operaciones. En el corto plazo, EEUU debía designar una misión de asesores encabezada por un consejero que actuara como asistente del embajador de los EEUU en Bogotá. Para evitar cualquier señalamiento de intervencionismo, el equipo de Tofte aconsejaba emplear

nacionales de terceros países contratados por el gobierno colombiano como asesores de las fuerzas de seguridad involucradas en operaciones contraguerrilleras con contratos encubiertos, pero bajo el control encubierto de los EEUU [Los nacionales de terceros países] traerían experiencia y modalidades de entrenamiento poco disponibles en los EEUU y agregarían valor propagandístico adicional al demostrar solidaridad y apoyo internacionales con los objetivos de los EEUU.¹⁹

Después de la visita de Estado del presidente Lleras a los EEUU, en abril de 1960, el presidente Eisenhower dio luz verde al suministro de equipos militares e indicó la necesidad de hacer un estudio más amplio sobre las necesidades de las FFAA colombianas para combatir a la insurgencia y garantizar los planes de defensa conjunta en el hemisferio en caso de ataque comunista. La administración Kennedy guardó continuidad con la orientación que Eisenhower le dio a la política estadounidense hacia Colombia.

Kennedy mantuvo una política que combinaba la asistencia militar y la ayuda económica. Una nueva misión formada por miembros del Centro de Combate Especial del Ejército de los EEUU viajó a Colombia en 1962 bajo la dirección del brigadier general William P. Yarborough; los informes finales de Yarborough coincidían en muchos puntos con los Special Survey Team, pero esta misión inició un enfoque de aplicación de las estrategias contrainsurgentes más inclinado hacia los aspectos militares sin insistir en la necesidad de las reformas sociales. Esa inclinación ilustra un nuevo momento de las relaciones entre Washington y Bogotá y un nuevo período en el desarrollo de la Guerra Fría en América Latina.

19 RUS-15 thru 17, 31; RCST, Part III-RUS, Appendix I, «Analysis of Requirements for U.S. Assistance» to «Recommendations for U.S. Action»; RUS/I-3, en Bohannon Papers, HIA, citado en Rempe (2002: 10).

Conclusiones: una geografía global del combate

A medida que oficiales europeos, estadounidenses, asiáticos y latinoamericanos se desplazan por el mundo para oponerse a la expansión del comunismo y patrocinar la lucha contrainsurgente, se construyó una geografía global del combate. El enfoque civil y militar puesto en práctica en Filipinas bajo los auspicios de Magsaysay y Landsdale para combatir a los Huks sintetizó las enseñanzas de la lucha guerrillera contra el invasor japonés, las tácticas tras la líneas empleadas por los aliados para defender a Europa de la amenaza totalitaria y la necesidad de una apertura económica en el marco del desarrollo capitalista. De las Filipinas, la nueva experiencia contrainsurgente se expandió a Asia del este y del sudeste; desde allí, por intermedio de la alianza entre Washington y Bogotá, atravesó el Pacífico para llegar a Colombia y expandirse al resto del espacio andino.

Como otro tipo de saberes que circulan a escala planetaria, el militar se nutre y se transforma en el contacto con las condiciones locales. La contrainsurgencia surgió como un instrumento militar gubernamental para oponerse a las insurrecciones comunistas de la década del cincuenta, pero se nutrió de experiencias locales de combate insurgente y contrainsurgente que no se restringen al siglo XX y cuyas causas se hallan en viejos conflictos agrarios y políticos del mundo poscolonial. Los oficiales que se encontraban sobre el terreno, y quienes más tarde conceptualizaron los principios de la acción contrainsurgente a inicios de 1960, eran conscientes de que la puesta en práctica de un enfoque integral para oponerse al comunismo no se realizaba en el vacío; sus acciones se inscribían en una continuidad histórica de mayor amplitud y sintetizaban experiencias que tuvieron lugar en diferentes continentes y en diferentes contextos culturales. El rol de articuladores de los oficiales estadounidenses y de la CIA no debe confundirse con el de creadores de nuevos saberes militares. Los escritos de Bohannon, Valeriano, Galula, Ruiz Novoa o Valencia Tovar muestran hasta qué punto la contrainsurgencia resultó de un intercambio de saberes que incluyó a personas del mundo entero.

Si la contrainsurgencia se enmarcó en un movimiento histórico más amplio que el que se le ha atribuido comúnmente, la década del cincuenta le imprimió un alcance sin precedentes que hizo de ella un fenómeno global. La internacionalización de la lucha contra el comunismo creó una unidad de principios que superó las fronteras nacionales y unió a cientos de responsables políticos y militares de todo el mundo en una cruzada contra la amenaza revolucionaria. La esfera de circulación de oficiales, saberes militares y armamento se amplió de forma inusitada durante ese período. Desde luego, el papel de las redes diplomáticas, militares y comerciales de los EEUU fue evidente, pero no fue el único. La contrainsurgencia encontró un terreno fértil en sociedades donde la Iglesia y los grupos políticos promocionaban un anticomunismo de vieja data y donde el Estado no poseía el monopolio de la violencia. Los casos de Filipinas y Colombia comprueban este patrón, pero no son los únicos.

La guerra asimétrica se convirtió en acción contrainsurgente gracias a la integración de diversas tácticas no convencionales en un mismo enfoque de combate. De allí surgió una relación novedosa entre las armas, los soldados y el teatro de operaciones que requirió abandonar muchos de los procedimientos militares y de las limitaciones jurídicas propias de la guerra regular. Aunque esa orientación no fue bien vista por los estados mayores de las FFAA occidentales, terminó por imponerse como una necesidad después del fin de la Guerra de Corea y de la proclamación de la coexistencia pacífica. Desde entonces empezó a expandirse un nuevo perfil de combatiente, una suerte de peregrino internacional más sensible a las diferencias socioculturales y a la necesidad de combinar en cualquier momento y lugar el objetivo militar con la finalidad política.

Sin un trabajo de propaganda en la opinión pública para convertir a los insurgentes en enemigos de la sociedad, el enfoque contrainsurgente no hubiese tenido resultado. Por eso el contenido ideológico fue tan importante como el militar. Fue en el terreno de los valores políticos y morales y, en última instancia, en la defensa de un modelo social con respecto a otro, donde la contrainsurgencia surgió como una dimensión singular de la guerra no convencional. La lucha antiguerrillera se convirtió en lucha contrainsurgente gracias al trabajo ideológico sobre los oficiales de las FFAA y a un dispositivo psicológico que incidió en el conjunto de la sociedad por la vía de la radio, las imágenes y los periódicos. Los creadores de ese dispositivo no solo fueron militares. Decenas de civiles vinculados a las diferentes ciencias sociales y al periodismo convirtieron la libertad de opinión y de asociación en armas para atacar al comunismo.

Además de un trabajo sobre la opinión pública, el enfoque contrainsurgente que se gestó en Asia del este y del sudeste presuponía medidas de democratización social y de acceso a la propiedad que estaban dirigidas a suprimir focos de posibles insurrecciones populares. La concepción de la acción contrainsurgente de Valeriano, Bohannon o Ruiz Novoa era explícita en este aspecto: sin reforma social no habría eficacia militar.

Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en Corea del Sur, Formosa o Malasia, en los casos filipino y colombiano las medidas militares se ejecutaron eficazmente, pero la aplicación de las reformas sociales se postergó. Las FFAA filipinas y colombianas superaron la inferioridad con la que habían enfrentado a la insurgencia liberal y comunista, pero los focos de inestabilidad política y económica continuaron existiendo. En buena medida, esto explica que guerrillas como las FARC y la New People's Army filipina surgieran en 1960 y permanecieran activas hasta hoy. Filipinas y Colombia pertenecen a un conjunto de países del hemisferio sur en los cuales la modernización de las FFAA no se acompañó de una ampliación del acceso a la propiedad rural o a los servicios públicos. Por eso, si en el corto plazo la contrainsurgencia resultó útil como estrategia para erradicar a las fuerzas insurreccionales, en el mediano hizo posible que los grupos insurgentes se fortalecieran. Al no combinar la modernización militar con la reforma social, los insurgentes ganaron legitimidad política; al no ser vencidos definitivamente en el campo militar, adaptaron sus propios procedimientos para enfrentar con éxito a la contrainsurgencia.

Que las reformas sociales necesarias para impedir el surgimiento de focos comunistas se estaban postergando no era un secreto para los EEUU. Los medios decisivos de Washington estaban al tanto de que la eficacia de la cooperación económica de programas como la SEATO (Organización del Tratado del Sudeste Asiático) y la Alianza para el Progreso era limitada. Los informes presentados por los oficiales de la CIA que llegaban a las manos de los mandatarios estadounidenses no ocultaban que los auxilios de los programas de desarrollo patrocinados por los EEUU no se invertían en los rubros para los que eran destinados. En muchas ocasiones, la modernización técnica de las FFAA absorbió recursos que debían orientarse a la inversión social. Esa desviación constituye una de las críticas permanentes contra las administraciones sucesivas que ocuparon la Casa Blanca, pero es explicable en el contexto del conflicto bipolar y, de hecho, es parte de él: la necesidad de fortalecer y mantener alianzas con Bogotá y Manila para evitar el avance del comunismo en el Pacífico, en el Caribe y en espacio andino era el bien supremo al que debían supeditarse todos los demás. Por eso, el apoyo a democracias autoritarias que se oponían al bloque comunista nunca estuvo en discusión.

Bibliografía

Fuentes

- BARRON, J. (1987). «Hans Tofte, World War II Spy Later dismissed by the C.I.A.». *The New York Times*, 28 de agosto. Disponible en: <<http://www.nytimes.com/1987/08/28/obituaries/hans-tofte-world-war-ii-spy-later-dismissed-by-the-cia.html>> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].
- BESSON, W. (1961). «Zur Geschichte des Nationalsozialistischen Führungsoffizieren». *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, enero. Disponible en la página del Institut für Zeitgeschichte: http://www.ifz-muenchen.de/heftarchiv/1961_I.pdf [Consultado el 20 de noviembre de 2017].
- BOHANNAN, CH. T. y VALERIANO, N. ([1962] 2006). *Counter-guerrilla Operations: the Philippine Experience*. Westport, Connecticut-Londres: Praeger Security International.
- «Conditions and Trends in Latin America Affecting US Security», National Intelligence Estimate, Copy No. 1 for the President of the United States, publicado el 12 de diciembre de 1952. Harry S. Truman Library; Papers of Harry S. Truman; President's Secretary File, p. 5. Disponible en <https://www.cia.gov/library/readingroom/docs/DOC_000010447.pdf> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].
- GALULA, D. ([1964] 2006). *Counter-insurgency warfare: Theory and Practice*. Westport, Connecticut-Londres: Praeger Security International.
- «Lansdale Team's Report on Covert Saigon Mission in 1954 and 1955». *The Pentagon Papers*, vol. 1, Doc. 95, pp. 573-583, Ediciones Gravel.
- RIDLER, J. S. (2015). «A lost work of El Lobo: Lieutenant-Colonel Charles T.R. Bohannan's unpublished study of guerrilla warfare and counterinsurgency in the Philippines, 1899-1955». *Small Wars & Insurgencies*, vol. 26 (2).
- RUIZ NOVOA, A. (1956). *Las enseñanzas de la campaña de Corea aplicables al Ejército de Colombia*. Bogotá: Antares.
- RUS-15 thru 17, 31; RCST, Part III-RUS, Appendix I, «Analysis of Requirements for U.S. Assistance» to «Recommendations for U.S. Action». RUS/I-3, en Bohannan Papers, HIA.

Bibliografía

- ALAPE, A. (1994). *Tirofijo: los sueños y las montañas, 1964-1984*. Bogotá: Planeta.
- ALDRICH, R. (2007). «Jonhatan Nashel. Edward Lansdale's Cold War». *The American Historical Review*, abril, n.º 2, vol. 112, pp. 532-533.
- ATEHORTÚA, A. L. (2008). «Colombia en la Guerra de Corea». *Folios*, n.º 27, Universidad Pedagógica Nacional
- BLAUFARB, D. (1977). *The Counterinsurgency era: U.S. doctrine and performance, 1950 to the present*. Nueva York: Universidad de Michigan/Free Press.
- CADEAU, I. (2013). *Diên Biên Phu. 13 mars - 7 mai 1954*. París: Éditions Tallandier.
- CONNAUGHTON, R. (2001). *MacArthur and Defeat in the Philippines*. Nueva York: The Overlook Press, 2001.
- DEMÉLAS, M.-D. (2007). *Nacimiento de la guerra de guerrilla: el diario de José Santos (1814-1825)*. La Paz: Plural Editores e Instituto Francés de Estudios Andinos.
- KERKVLIE, B. ([1977] 2002). *The Huk Rebellion. A Study of Peasant Revolt in the Philippines*. Lanham: Rowman & Littlefield.
- LEPETIT-CASTEL, G. (2015). *Saisir l'insaisissable. Gendarmerie et contraguerrilla en Espagne au temps de Napoleon*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes y Service historique de la défense.
- MACKLINTOCK, M. (1992). *Instruments of Statecraft: U.S. Guerrilla Warfare, Counterinsurgency, and Counter-Terrorism, 1940-1990*. Michigan: Universidad de Michigan-Pantheon Books.
- MATTA ALDANA, L. A. (1999). *Colombia y las FARC-EP: orígenes de la lucha guerrillera. Testimonio del comandante Jaime Guaracas*. Navarra: Editorial Txalaparta.
- ORLANDO LUNA, A. (2006). «Historia de la Fuerza Aérea Colombiana Parte 1». Disponible en <[http://unffmm.com/Articulos/Historia de la FAC 1.pdf](http://unffmm.com/Articulos/Historia%20de%20la%20FAC%20I.pdf)> [N. de C.: Al momento de la edición de este volumen la dirección se encontraba inactiva].
- ORTEGA, P. (2006). «Historia de las Fuerza Aérea Colombiana. Breve reseña histórica». Disponible en: <<http://www.aviacol.net/historia-militar/historia-de-la-fuerza-aerea-colombiana-fac.html>> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].
- PARDO, R. (2004). *La historia de las guerras*. Bogotá: Ediciones B.
- (2014). *Entre dos poderes. De cómo la Guerra Fría moldeó a América Latina*. Bogotá: Taurus.
- PUCKETT, R. (2017). *Ranger: a Soldier's Life*. Lexington: Universidad de Kentucky.
- RAMSEY, R. W. (1981). *Guerrilleros y soldados*. Bogotá: Ediciones del Tercer Mundo.

- REMPE, D. (2002). *The past as a prologue? History of U.S. Counterinsurgency policy in Colombia, 1958-1966*. U.S. Army War College, Strategic Studies Institute (ssi). Disponible en: <<https://ssi.armywarcollege.edu/pubs/display.cfm?pubID=17>> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].
- SÁNCHEZ, G. (1989). «Violencia, guerrillas y estructuras agrarias», en TIRADO MEJÍA, Á. *Nueva Historia de Colombia*, tomo II: Historia política. Bogotá: Planeta.
- SERVICE, R. (1997). *A history of Twentieth-century Russia*. Londres: Penguin Books.
- SCHMITT, C. (2002). *Theorie des Partisanen. Zwischenbemerkung zum Begriff des Politischen*. Berlín: Duncker & Humblot.
- VAÏSSE, M. (ed.) (2000). *L'armée française dans la Guerre d'Indochine (1946-1954): adaptation ou inadaptation?* París: Editions Complexe.
- VALENCIA TOVAR, Á. y SANDOVAL, J. (2001). *Colombia en la Guerra de Corea. La historia secreta*. Bogotá: Planeta.
- VARGAS VELÁSQUEZ, A. (2008). «La lenta marcha en el siglo xx hacia un ejército profesional moderno en Colombia», en TORRES DEL RÍO, C. y RODRÍGUEZ, S. M. (coords.). *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- VEGA CANTOR, R. (s/f). «Injerencia de los EEUU, contrainsurgencia y terrorismo de Estado». *Informe presentado al Centro Nacional de Memoria Histórica*. Disponible en: <http://www.rebellion.org/docs/195465.pdf> [Consultado el 20 de noviembre de 2017].

In arms' way. The 1960s Latin American New Left thinking on war and politics

Eugenia Palieraki¹

Abstract

This essay focuses on the theoretical debates about the relationship between politics and war within the Latin American “New Left” during the 1960s. Although these debates cannot by themselves explain the revolutionary mind-set of this new generation of political activists, they did contribute decisively, I argue, to its emergence including support to the armed struggle. Thus, my perspective moves away from one of the dominant interpretations, according to which the 1960s’ New Left was a direct result of previous and successful revolutionary experiences, such as the Cuban Revolution in particular. Following a critical approach, I will here propose an overview of the main theoretical inspirations of the 1960s Latin American New Left, detailing at the same time their uses and impact.

Keywords: New Left; 1960s; armed struggle; guerrilla warfare.

Resumen

El presente ensayo se enfoca en los debates teóricos sobre la articulación entre guerra y política que se produjeron en el seno de la «nueva izquierda» latinoamericana de los años sesenta. Mi hipótesis central es que —si bien dichos debates no son un factor explicativo único—, sí contribuyeron de forma decisiva en la conformación de un imaginario revolucionario nuevo y marcadamente generacional que llevó a sectores mayoritarios de la «nueva izquierda» a adherir a la lucha armada. Mi interpretación se separa, por lo tanto, de una de las explicaciones predominantes que ve en la militarización de la «nueva izquierda» sesentista un efecto de las experiencias revolucionarias exitosas del mismo período, en particular de la Revolución Cubana. El objetivo aquí es proponer una presentación sintética y crítica de las principales referencias teóricas del período, especificando al mismo tiempo los usos que les reservó la «nueva izquierda».

Palabras clave: nueva izquierda latinoamericana; años 1960; lucha armada; guerrilla.

1 University of Cergy-Pontoise / AGORA

Introduction

Exploring the links between politics and war is like entering a minefield. It is no coincidence that the social sciences have for long been reluctant to consider the political implications of war and violence. When they do, they first draw a radical distinction between State and non-state use of force and consider the former as the sole legitimate – and often necessary – type of violence (Gurr and Graham, 1969: 10 and following).

Over the past two decades, legitimist theories on violence have prevailed in Western countries. Today, the “neutrality of State-issued violence” axiom meets with broad social consensus. Based on the doctrine of “killing well”, government discourses describe the uncritical use of autonomous weapons systems as a “humanitarian war” (Chamayou, 2016). At the same time, governments and the main media discourses criminalize regardless of practices, reasons and ideologies, evict from the political field all violence originating in non-institutional agency, and ban non-state use of force even in the case of low-intensity violence taking place during social protests. All the above rarely give rise to important reactions among civil society.

The gap between current social representations of political violence and those of forty or fifty years ago is quite remarkable. During the 1960s and the 1970s, broad political and social sectors considered either State or non-State violence as a legitimate path towards political change. The 1960s Latin America is no exception: back then, right- and left-wing political organizations shared the belief that war and politics are closely interlinked. Yet, since the establishment of military dictatorships in Latin America and the 1970s-1990s civil wars in Central America, the very fact that this belief was shared has been silenced.

In this essay, I will focus on the support to the armed struggle by sectors of the 1960s-1970s Latin American left either in discourse or on a practical level. I argue that this is a central facet of its history, a history that deserves to be understood in depth, without yielding to current biases. In other words, the essay resonates with recent studies (Franco and Levín, 2007; Oikión, Rey Tristán and López Ávalos, 2014; Marchesi and Yaffé, 2010: 95-118; Palieraki, 2016: 249-266) that take the risk of opposing decades of either silence or uncritical condemnation of non-State violence and subsequent support of State repressive practices. These studies have allowed historians to question dominant biased presumptions, such as the persistent attribution of political violence to the New Left. In this respect, it has been demonstrated that a wide range of individual and collective actors (often right-wing) were theorizing, legitimizing and using violence politically (Franco, 2012). Other studies have broadened the concepts of “revolutionary left” and “new left” by including in these categories organizations that, during the 1960s-1970s, did not resort to armed struggle (Torti, 2006: 19-32). Recent studies have also addressed the lack of historical context in previous research and have invited us to consider support for armed struggle not as a permanent and stable feature of certain organizations or ideologies, but rather as an unforeseeable and dynamic process.

In this paper, that partly builds on my research on the Chilean MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria - Movement of the Revolutionary Left) (Palieraki, 2014), I focus on one of the factors that most contributed to the 1960s-1970s new left’s support to armed struggle, namely the theoretical texts on the relation between politics and war which, during the 1960s, helped impose revolutionary warfare as a legitimate means to a radical social and political change.

The 1960s-70s *New Left*: a shift both generational and ideological

The theoretical debate on war and politics is central to the understanding of the “Long 1960s”, for several reasons: firstly, most studies have failed to understand how important these debates were in providing support to armed struggle.² Instead, they have been focusing on some emblematic and victorious revolutionary experiences, such as the Cuban Revolution or Vietnam. I argue that if revolutionary war occupied a significant place in the minds and actions of the 1960s-1970s New Leftists, it was not as much due to victorious historical experiences as to their theorization and schematization, and even more to theoretical texts on revolutionary warfare published from the 19th century to the early 1960s. The relevance of this debate is also due to its sub-continental scope: it can be traced throughout Latin America with minor variations. In other words, during the 1960s-1970s, a new revolutionary grammar emerged throughout the region, in which politics and war were viewed as intertwined phenomena, even if the interaction between theory, national context and political practices varied across countries (Marchesi, 2009; Nercesian, 2013). For instance, there were considerable differences between the Chilean MIR – that, up to the 1973 coup, limited its armed actions to some bank robberies without victims and abandoned armed struggle before Allende’s victory in the 1970 Presidential elections – and its fellow Southern Cone organizations, mainly the Argentinian PRT-ERP and the Uruguayan Tupamaros, that led numerous armed actions with victims both among members and the Police or the Army. Despite these differences, the theoretical debates here discussed apply homogeneously to all the 1960s-70s Latin American New Left and, even more so, to the Southern Cone organizations.

These debates were often the result of a generation gap. The Latin American New Left comprised of different organizations, political tendencies and generations.³ Confluence was possible due to the uniform condemnation of the “electoral and peaceful road to socialism” and the equally common belief that armed struggle was the only way for the revolution to succeed. However, initial consensus rapidly dissolved into divisions, evictions and in some occasions, into the creation of new organizations. Discrepancies were mostly revealed once members of the organizations addressed the practicalities of armed struggle and presented the first steps toward its implementation.

Today, debates on the technical forms of armed struggle – rural or urban guerrilla, mass revolutionary upheaval or a vanguard leading irregular warfare – may seem futile and even absurd. But at the time, they induced a fundamental question, the very definition of the political field, determined by its relation to war and violence. These disagreements also represented a generational conflict.⁴ Older generations of New Left activists –that eventually ended up being expelled from

2 I believe that the main cause for historiography’s lack of interest in theoretical debates that focus on revolutionary warfare is because this object of study is often connected to a liberal vision of history. Indeed, liberal historiography has focused on ideology (“communist” or “totalitarian”) as the sole or the main cause for using political violence and for mass crimes. My approach clearly differs. Even though I consider the activists’ theoretical stance on revolutionary warfare as a pre-condition for supporting armed struggle, I argue that the actual armed uprising depends on a diversity of factors. As for ideology, it is constantly interacting with the local and global socio-political context, as well as with political practices. Thus, it is necessary to focus on ideology, but without prejudging its practical outcome. On interaction between theory and armed practices in the case of the Chilean MIR, see Palieraki (2008).

3 Trotskyists were a majority amongst Latin American New Left’s activists of the older generation. Coggiola (1993).

4 On the concept of generation see Mannheim (1952: 276-320) and Edmunds and Turner (2005).

the organizations they belonged to—, were seeking inspiration in Clausewitz, Lenin, Trotsky or even Mao Zedong when producing theoretical texts on revolutionary warfare. Their main goal was to oppose traditional left-wing parties (namely the Communists and the Socialists) on their faith in elections and hence justify the need for a New, revolutionary left. In their writings, even though they argued for armed struggle, they clearly distinguished between the goal (socialist revolution) and the means (non-violent, electoral or armed struggle).

During the 1960s,⁵ a new conception of the relations between war and politics emerged through a younger generation of activists who ended up controlling most of the Latin American New Left. The younger militants identified goals with means, whereas they viewed armed actions as having a political meaning per se. Therefore, technical discussions on armed struggle (rural or urban guerrilla, popular warfare or foco theory) gained major relevance.

The lengthy hermeneutical essays of major theorists of revolutionary warfare such as Clausewitz, Lenin, Trotsky, Mao, Ho Chi Minh, Giáp, Guevara, Fanon, Debray and Marighella played a decisive role in this still slow but irreversible process of internal and generational division of the Latin American New Left.⁶ It was indeed the war of words that helped specify and further consolidate each generation's stand on the appropriate relation between revolutionary politics and violence. It was this same war of words that allowed the emergence of a new political culture and imagination, with which revolutionary warfare became increasingly central.

Thus, this essay will discuss important theories on revolutionary warfare in order to better understand the 1960s-70s Latin American New Left's political thought. The question of how the New Left used and interpreted these texts will also be examined.

For clarity reasons, I group these theoreticians into four different categories. The first one comprises all those that the older generation read and cited and that the younger generation criticized the most: Clausewitz, Lenin and Trotsky. All three of them share a common Universalist ambition and make a neat distinction between the military and the political fields, considering the former as being subordinate to the latter. The second group of authors includes Mao and Giáp. Their influence on the Latin American New Left was important, but selective and sometimes inconsistent with the original texts. Both Mao and Giáp preach a concept of politics that systematically integrates the use of violence, as well as a non-universalist vision, more suited to “peripheral” and “precapitalist” countries and regions. Both principles – the close relation between politics and war, and the desire to invent a theory on revolutionary warfare adapted to local contexts – become even more obvious in the writings of the third-worldist Fanon and of the Latin Americanist Guevara (prior to “Message to the Tricontinental”).

All aforementioned authors contributed to shaping the Latin American New Left's revolutionary thought either as examples or as counterexamples and constituted a major theoretical support to armed struggle. As a final preliminary observation, I would like to refer here to an interesting paradox with regard to the authors that inspired the 1960s New Left: the less universalist and the more supposedly adapted to local context was their theory on revolutionary warfare, the greatest was the importance they attributed to the military field, thus allowing a higher level of abstraction and disconnection from the social, political and ideological environment.

5 The process that I describe here takes place in the Caribbean, Central America and the Northern part of South America during the early 1960s, and in the Southern part of South America in the mid-1960s.

6 There is no space to develop here the dissemination of these theoretical texts nor their reception and adaptation to local contexts. Both topics have been analysed in Palieraki (2014: ch 5 and 6; 2008).

Politicizing the War: The Classics

The belief that politics were subordinated to warfare structured the theory and practice of a great part of the 1960s Latin American New Left. As soon as this principle was adopted, all political debate was reduced to a discussion on the technicalities of revolutionary warfare. The presumption that politics was subordinated to warfare largely stemmed from a critique of the theorists that informed the political education of the previous militant generations. Indeed, the younger generations of the New Left proposed different interpretations of classical authors from the ones offered by the Communists, the Socialists or the Trotskyists. It is, therefore, necessary to present the main ideas of these classical authors before explaining the way the New Left interpreted them.

The Prussian officer Carl von Clausewitz, founder of the modern military doctrine, inadvertently inspired the most important theorists of revolutionary warfare. Lenin and Trotsky, among others, were imbued with clausewitzian conceptions on war and its relation to politics. As Raymond Aron notes, Clausewitz is the first to propose the thesis of the “primacy of politics over strategy, of the head of State over the Commander-in-Chief, of the political goal over the military goal” (Aron, 2005: 45). Clausewitz made a sharp distinction between goals and means: the goals should be political, the means could be military, but in all cases subordinated to political goals (Clausewitz, 1995: VIII, 703). Furthermore, for Clausewitz war was a matter of State(s). Only when the latter exhausted all diplomatic and peaceful means, was it time for war. But war was in no case a substitute for politics.

Although he took war to be a State affair, the Prussian officer was among the first to theorize irregular warfare, also called guerrilla, popular or partisan warfare. A century later, when writing about partisans in China, Mao Zedong was to find inspiration in Clausewitz’s writings on guerrilla warfare. For Clausewitz, this form of war was useful and valuable because of its nature, which was both “vaporous and flowing”. As such, it allowed to escape from the enemies, while causing them important losses with the use of surprise attacks (Clausewitz, 1955: VI, 554 and following; Derbent, 2004).

Contrary to Mao, Clausewitz believed that partisan war is but a small war subordinated to a much more serious matter: the war between States and the confrontation between regular and professional armies. Clausewitz –who was a keen observer– nevertheless noted that an important additional feature of guerrilla warfare is the strong interrelation between the political and the military level. This feature would be a constant trademark of revolutionary thought from Mao Zedong onwards. For Clausewitz, revolutions are necessarily partisan wars. By calling for an armed people, revolutions transform men into soldiers, even before they become active citizens (Clausewitz, 1955: VI, ch. 6).

Lenin – a true disciple of Clausewitz – also stands for the subordination of warfare to politics, and for the clear distinction between goals and means (Derbent, 2004⁷). At first, the revolutionary party would need political leadership as well as a subordinate military wing. If class struggle intensifies and becomes a revolutionary war, then the revolutionary leadership has to develop an accurate strategy and manage every aspect of war, but it must also remain a political leadership. Even at the highest level of class struggle, war is but a means to an end.

In Clausewitz’s as well as in Lenin’s military thought, the State is the central figure. However, Lenin’s conception of the state is completely different; he aspires to a revolutionary and socialist state. Therefore, the protagonist of revolutionary war is the army under the commandment of the proletarian State, namely the Red Army. But the revolutionary army had to be perfectly pro-

7 In its appendix were published the notes that Lenin took while reading Clausewitz.

fessionalized and not a partisan army (Lenin, 1975: vol. 1, 233). According to Lenin, the turning point for any revolution is the moment when the old State's army is divided and partly joins the revolutionary cause (Lenin, 1970). For Lenin, partisan war is an option only in case of civil war or of resistance to a foreign occupation.

The Leninist conception of the relation between war and politics had concrete consequences for the Communist parties. On the one hand, it made them hold in contempt guerrilla warfare, a stand that lasted until the Cuban Revolution. On the other hand, it strongly influenced the Communist Parties' internal structure. The military apparatus was indeed always separate from the rest of the party structures, and subordinated to the decisions of the political leadership.

However, it is worth mentioning that the Bolshevik military thought owed less to Lenin than to the organizer of the Red Army, Leon Trotsky. His thesis on revolutionary warfare and more precisely, on insurrection, to which he dedicated a whole chapter in his *History of the Russian Revolution*, was basically inspired by his personal experience (Trotsky, 1985: vol. 11, 357-378). In this chapter, Trotsky theorizes the Russian experience and thus proposes a new influential revolutionary model. Trotsky's military thought was intertwined with two strictly political matters: firstly, the objective conditions that could allow an insurrection; secondly, the relation between the Party, the State and the masses.

Like his predecessors, Trotsky subjects warfare to politics (Trotsky, 1985: 361). For him, insurrection should occur only when the political means are exhausted. The depletion of political resources raises another important question: which are the preconditions for an insurrection? According to Trotsky, the first condition is "passive": absolute crisis of the established order. During the 1960s, Trotsky's first precondition provoked passionate discussions in Latin America and was heavily criticized by the New Left. The second precondition is to raise awareness among the masses and to foster their willingness to sacrifice and struggle. The third one is petit-bourgeois disillusionment and growing impatience amongst the wealthy, who will end up committing themselves to the poor, as the crisis worsens. Finally it is necessary that a vanguard party takes up a leading role in the on-going revolution (Trotsky, 1985: 362-363). According to Trotsky, the second and the last conditions determine the socialist character of a revolution. For Trotsky, and for the Communist and Trotskyist parties throughout the 20th century, revolution could only take the shape of a mass insurrection, and more precisely that of an insurrection of the urban masses assisted by the rural poor. This last point raises another relevant one, that of the relation between the vanguard party and the masses.

The masses and the party are the two main components of a revolution, but their strength only lies in their alliance and collaboration. According to Trotsky, the party without the masses and the masses without a party are the two main pitfalls of a revolution. Blanquism is a perfect illustration of the first one: a small group of conspirators organized a revolution by themselves, as they believed that the perfect mastery of the "art of insurrection" consisted of succeeding with neither popular support and participation nor any objective preconditions favourable to revolution. This conception of insurrection strongly resembles Guevarism.

But for Trotsky, mass insurrection is not a guarantee for success either. Drawing on the 1905 experience, Trotsky came to the same conclusion as Lenin in *What is to be done?* (1902): masses need a conscious vanguard to show them the way and to instil in them a common ideology. Organization requires centralization. Given that the last stage of insurrection should be armed confrontation, insurgent masses should convert to regular and proletarian armed forces, prepared to confront the professional army of the bourgeois State. In this respect, Trotsky does not differ from Lenin. They are both convinced of the importance of regular armed forces, which ex-

plains why revolutionary militias rapidly converged into a professionalized Red Army. Also, both Trotsky and Lenin were convinced of the importance of dividing the bourgeois Armed Forces and of their partial integration into the new revolutionary army.

Thus, for Trotsky, revolution depends on the objective pre-conditions that could bring about a mass insurrection led and centralized by the vanguard Party. In this way, popular insurrection can become a regular army that would attract a part of the Old Order's professional armed forces. Trotsky radically opposed the idea of irregular warfare that other Bolshevik occasionally defended (Beuvain, 2005: vol. 1, 51 and following; Deutscher, 1962).

War and Revolution in the Third World

Whereas Trotsky was always looking toward Europe, Mao Zedong put Asia in the eye of the revolutionary storm and of his theory on revolutionary warfare. One of Mao's goals was indeed to question Eurocentrism, which was still in his time a main feature of revolutionary thinking.⁸ This is likely one of the main reasons why Mao had a decisive influence on the early 1960s Latin American New Left. Mao somehow modernized Lenin's and Clausewitz's thought on revolutionary warfare.

Mao Zedong adhered to all technical principles that Clausewitz attributed to irregular warfare. His technical observations on guerrilla warfare were all borrowed from the Prussian official. Yet, Mao moved away from Clausewitz's ideas regarding the relevance of partisan warfare (Aron, 2005). Contrary to Clausewitz, Mao considers revolutionary war as a popular war, at least in its first stage. Therefore, guerrilla warfare is of central importance rather than an appendix to regular war (Mao, 1994: 478-480). As a consequence, the State is no longer the central figure of war but, instead, the main enemy, that needs to be defeated by irregular, dispersed and mobile revolutionary troops. In addition, the revolution's main space is no longer the cities, but the rural areas. As for the revolution's protagonist, peasants take the place of the proletariat (Mao, 1994: 480-481).

Ultimately, Mao Zedong calls into question the Marxist association between revolutionary warfare (and revolution, in general) and Western political and economic modernity. The countryside, which, according to Mao, is the central arena of revolution, is also the segment of the national territory most distant and remote from modernity. More importantly, according to Mao, the peasants are not only destined to instigate revolution, but also to use the countryside to surround and take the cities. In other words, pre-modernity is destined to invade, occupy and triumph over modernity (Pizarro, 1995: 396 and following). This is how Mao adapts the theory of socialist revolution to countries considered as "semi-colonial" (Mao, 1994: 478).

Mao also stated that the socialist revolutions to come would not take place in advanced or capitalist societies, but rather in the periphery. In the same way that the countryside would revolutionize the city, the Third World would invade capitalist countries, which will be the last ones to experience socialist revolution (Johansson, 2017).

Mao developed an additional argument to prove his thesis on peripheral revolution and its victory over the Western world. He noted the huge gap between political and economic development in China and concluded that this gap was a necessary pre-condition of a revolution. In brief, Mao's theory on revolutionary warfare does not focus on Western countries. Rather, it seeks immediate viability in all nations marked by this misalignment between political and economic development.

8 I will mainly refer to Mao Zedong's "Problèmes stratégiques de la guerre révolutionnaire en Chine" published in 1936. Extensive fragments were published in Mao (1994: 478-501).

The gap between political and economic development points to another crucial feature of Mao's military thought, the relation between politics and warfare. For Clausewitz, Lenin and Trotsky, war (revolutionary war, in the case of the latter two) would occur during the last stage and would be the "continuation of politics by other means". On the contrary, for Mao Zedong inequalities and the gap between political and economic development suffice to start a revolutionary war. In other words, for Mao, even though the goal is political (the overthrow of the existing regime), the means are always military (Chaliand, 1994: 26 and following).

The close connection between politics and warfare also appears in two other points that Mao makes. For him, the first stage of revolutionary warfare is necessarily a guerrilla war, thus an armed conflict actively involving civil population. Therefore, revolution is no longer a confrontation between regular armed forces – the revolutionary and the counterrevolutionary – leaving people aside. On the contrary, revolutionary war involves civil population by definition. Hence, revolutionary war is intrinsically "popular", a feature that the Great Helmsman stresses in all his military texts. In the countryside, the peasants' enrolment in the Red Army was also their first participation in national political life. This meant that peasants became full-fledged citizens or political beings mainly through war.

The close link between politics and warfare is also evident in the political role that Mao attributed to the Red Army. Indeed, for him, the Red Army was destined to play the role that Lenin and Trotsky attributed to the Marxist-Leninist party. For Mao, as for Lenin, the party was at the centre of decision-making. It was responsible for policing and mobilizing the population, for propaganda and for diffusing the common revolutionary ideology, thus providing unity and cohesion to the revolutionary camp (Chaliand, 1994: 24-26). But, contrary to Lenin, Mao did not consider the party as an organization separate and distinct from the Army. In Maoism, the Red Army is at the same time the armed force that would beat the enemy in the military field, and the political organization that would organize and mobilize civil population while shaping its ideology (Mao, 1994: 481-482).

The interconnection between politics and war in Mao's thought had an important consequence: considering that revolution does not have to wait for the existing regime to be in deep crisis before initiating the war against it, and that war undergoes all stages of revolution, revolutionary war is bound to be a long one (Mao, 1994: 484-490 and following). "Prolonged (or protracted) war" is yet another of Mao's contributions to revolutionary warfare theory, as far as it introduces the notion of time, absent from previous theoretical literature. According to Mao, there is no "decisive battle" that can determine the end of the war; revolutionary war is instead a long-term persecution of the enemy, that will eventually and as time elapses result both in the consolidation of the revolutionary camp and in the weakening of its enemies.

It did not take long before Mao Zedong's theory crossed the border of China. Indeed, his theory on revolutionary warfare could easily be adapted to all countries considered as peripheral. This ability to adapt to other contexts explains the enormous influence that Mao had on the Latin American Left. But the 1960s New Left chose to selectively read Mao's texts, disregarding several essential components of his theory. First of all, for the 1960s Latin American Left, the presence of a foreign invader in national soil, that Mao considered crucial in leading civil population to actively support the Red Army, was not an important factor for a revolution to begin.

The Latin American New Left also chose to forget about the Chinese revolutionary army's asset and historical power. Indeed, the Red Army was a political and military organization well-structured and highly disciplined, capable of controlling a considerable segment of the Chinese national territory, as well as hundreds of thousands or even millions of people. In

addition, popular support for the Red Army was not a result of armed struggle, but rather a pre-condition to armed confrontation to the State.

Finally, Mao viewed irregular war as the only possible form of popular war in the first stage of revolution. As soon as the Red Army was consolidated, the partisans would have to join it and participate in a regular war against the existing State. Mao did not consider that irregular and mobile war would have to go on for a long time. On the contrary, he insisted that it was necessary to centralize the revolutionary army and to eliminate the partisan mentality after the first stage of revolutionary war (Mao, 1994: 481-482, 485).

The Vietnamese political-military vision, as developed in the texts of Ho Chi Minh and Võ Nguyên Giáp, was similar to Mao Zedong's, in particular with regard to the partisan war and the need to combine it with regular warfare (Ho, 1994: 471-477; Giáp, 1994: 502-516).⁹ Nevertheless, the two Vietnamese theorists also introduced innovative features in their theories. Giáp's valorisation of the combatant's subjectivity was highly influential in Latin America. According to Giáp, morality, pugnacity, and solidarity among combatants could determine the outcome of a battle (Giáp, 1994: 505-506). The Latin American New Left received enthusiastically this idea, since it allowed them to insist on the importance of moral qualities rather than on the objective requirements, which were rarely met.

Giáp made another important theoretical contribution with regard to the relation between people and guerrilla war. "Guerrilla", he said, "is the form of armed struggle for the broad masses of people" (Giáp, 1994: 508). The popular nature of guerrilla war – a form of war much more accessible to non-professional combatants – was also obvious to Clausewitz and Mao Zedong. Nevertheless, for Giáp, this type of war allowed the formation of a new power, the "popular power" (Giáp, 1994: 506). This new form of power that Lenin attributed to the Soviets, was, according to Giáp, an intrinsic feature of partisan troops, something that strengthens even more the link between politics and war. The slogan "*crear, crear poder popular*" that the 1970s New Left shouted in the streets of Santiago was more of a tribute to Giáp than to Lenin.

However, the Vietnamese contributions more enthusiastically received by Latin American activists were of a practical nature. The first one was the determination of the enemy, namely US imperialism, which had shown his true face in Vietnam. The common enemy automatically created a direct connection between the Vietnamese and the Cuban, and more generally the Latin American revolutions.

In addition, Latin American New Left activists became extremely fond of Vietnamese weaponry. Having extremely limited resources, Vietnamese guerrilla fighters showed great creativity when fabricating weapons. Mini-manuals with designs and instructions on how to construct Vietnamese popular weaponry were edited and published in Cuba and then exported to the rest of Latin America.

Moralizing the War, Militarizing Politics

For Mao and Giáp, warfare has a crucial role to play in political action, while political violence is central to Third World revolutions. Other theorists of revolutionary warfare took one more step away from the classical texts of Clausewitz, Trotsky and Lenin: Not only do they state that revolutionary politics and warfare cannot be separated, but they also consider that the former should subordinate to the latter. Among them, the case of Frantz Fanon is of great importance not only because he served as a bridge between Latin America and the rest of the Third World, but also

9 See also Võ Nguyên Giáp (1968).

for having proposed a philosophical and ethical approach to revolutionary warfare rather than a theoretical or technical analysis of the process.

The Wretched of the Earth, first published in French in 1961 by François Maspero, and in Spanish in 1963 by Fondo de Cultura Económica (Fanon, 1991),¹⁰ proposes a philosophical and anthropological approach of war, as well as of revolutionary – and thus popular – violence. In a way, Fanon inaugurated a romantic and radical vision of violence, peculiar to the 1960s-70s New Left worldwide (Devés, 2003: 196-197). In addition, *The Wretched of the Earth* popularized a more expansive understanding of violence amongst the 1960s-70s New Left. Opposing the idea of the State's monopoly of the legitimate use of physical force, Fanon calls for a legitimate use of revolutionary anti-State violence. He considers injustice, social inequalities and colonialism as forms of violence used by the colonial or imperialist States and believes that these forms of totally illegitimate violence can only be eliminated by revolutionary violence. His argument was used by the 1960s-1970s New Left in Latin America, Europe, the United States and elsewhere in order to ethically and philosophically justify the revolutionary use of violence against the State (Fanon, 1991: 67-69, 126).

Fanon, a Martinican writer fully committed to the Algerian national struggle for independence, identified imperialism with colonialism. The bringing together of historically remote phenomena allowed him to attribute a revolutionary content to his third-worldist way of thinking.

Fanon's theses were adopted by the Cuban revolutionary government and popularised throughout Latin America, mainly thanks to the 1962 Second Declaration of Havana and the Tricontinental Conference (1966). For the Latin American New Left, Fanon's identification of imperialism with colonialism allowed to associate Latin American political struggles with the national liberation wars in Africa and in Asia, and to understand Latin America's fight as part of a Third World combat for national liberation. This is also what led the Latin American New Left to search for inspiration in the experiences of armed struggle in regions under decolonization, without however taking into account the important differences between their continent and Africa or Asia (Chaliand, 2004: 72 and following; Bensaïd, 2004: 194 and following).

Like Mao and Giáp, Fanon considers revolutionary violence as key to the popular classes' integration in the national community. According to Fanon, in colonised countries, the arms are the only equalitarian and unifying instrument peoples had in their possession: it is their way to participate in the process of liberation from the yoke of colonialism, and in the building of a new nation. But, in the Latin American context, the Fanonian vision of popular violence amounted to recognition of the States' failure to integrate popular masses into democratic and electoral procedures of decision-making after a century and a half of independent political life. This is how Fanon's texts paved the way to Latin American New Left's return to an old figure, which traced back to the independence wars: the people in arms.

Fanon does not only consider revolutionary violence as a response to the social violence of unjust political and economic structures, but he also recognizes in this form of violence a quasi-mystical essence. For Fanon, shedding blood is an action that goes beyond purely political goals, such as the liberation of a colonized country or its unification. Violence is intrinsically liberating; it is the foundation of the future nation (Fanon, 1991: 126). He also believes that "liberating violence" is a dormant seed in people's minds. It only needs a brief awakening before blooming and invading the whole community. In other words, for Fanon, it would suffice to show the arms to the people, in order for them to be able to violently confront their oppressors. Fanon's

¹⁰ FANON, F. (1963). *Los condenados de la tierra* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica. I have used here the French version (Fanon, 1991).

ideas inspired 1960s-1970s Latin American armed movements, whose activists became convinced that the urban and rural poor only were naturally inclined to violence, in spite of considerable proof to the contrary.

Another essential thought that Fanon shared with other 1960s cult authors, is the identification of war with politics. "Tactics and strategy mingle", Fanon says, "the art of politics simply becomes art of war. The political activist is the combatant. Make war and make politics is one and the same" (Fanon, 1991: 170). By eliminating the differences between politics and war, between goal and means, Fanon makes of violence a liberating force. By assimilating the use of violence with the liberation of the oppressed, Fanon releases armed struggle from all need for legitimation, contextualization or political leadership. According to him, the armed struggle has an inherent political meaning, and thus the means replace the goal.

From this point of view, Fanon's ideas match perfectly with those of Ernesto Guevara, no matter how Guevara's texts were influenced by Maoism. Indeed, Guevara was indebted to Mao for the central role of guerrilla warfare (which had to be rural), the definition of the stages of revolution (first irregular war, and then regular) (Guevara, 1964: 87), the notion of strategic defence and offensive tactics and the belief that popular support was necessary for the guerrilla to succeed (: 81-169).

Nevertheless, there were also important differences between those two theorists, which became increasingly acute as Guevara simplified and theorized his personal experience in the Cuban guerrilla. These differences appeared more clearly in Debray's *Revolution in the Revolution?* (Debray, 1969) There is no doubt that Guevara and Castro supported this text, possibly written by all three of them (Castro, Guevara and Debray) (Childs, 1995: 593-624).

Guevara's first disagreement with Mao concerns the necessary pre-conditions to a successful and popular revolutionary war. Mao's essay focuses on the distinctive social, political and economic context of China in order to prove the relevance of revolution in his country. Guevara, on the contrary, contents himself with two pre-conditions: regime crisis and the escalation of peasants' demands, meaning access to the land. According to Guevara, these two conditions present in the Cuban case were enough to initiate revolution throughout Latin America.

Regarding the regime crisis, Guevara's stand is quite contradictory. On the one hand, he considers that when a government is nominated by election – regardless of whether the election was fraudulent or not –, in other words, when civic and peaceful means are not exhausted, guerrillas cannot win the battle (Guevara, 1964: 88). On the other hand, he often states that there are always enough objective pre-conditions to create a guerrilla focus (Guevara, 1964: 87-88). This internal contradiction present in Guevara's texts explains why regime crisis does not constitute anymore a pre-condition to the creation of a guerrilla. In the end, after the creation of a guerrilla, there will still be time to find the failures of the system in such a way as to guarantee the survival of the guerrilla with the support of the population.

But what truly differentiates Guevara from Mao Zedong, is Guevara's belief that the peasants' economic condition is sufficient for the popular support of a guerrilla. Whereas Mao takes into account economic, social, political and even ideological factors, Guevara focuses exclusively on the economic dimension of the equation, a dimension further limited to the land problem, which effectively was one of the main social issues in Latin America but not the only one.¹¹

At the same time, Guevara disregards all the pre-conditions that, according to Mao, explain the Chinese Red Army's success or the Vietnamese revolutionaries' massive base support. For

11 See Guevara (1964: 142): "Es esto un boceto, que transcribe lo que fue pasando en las distintas etapas de la guerra de liberación cubana, pero que tiene aproximadamente un contenido universal".

instance, Guevara considered the Japanese presence in China as a “parenthesis” (Guevara, 1964: 90)¹² and not as a crucial element which led peasants to join the Red Army. In brief, Guevara emphasises a general element (peasants’ access to the land) and removes every specific feature of the Cuban revolutionary experience that could oppose the general applicability of his revolutionary warfare theory.

Guevara’s exclusive focus on economic conditions has important limits. On one hand, Guevara’s theory is vulnerable, as far as he minimizes in the extreme the “objective pre-conditions” for a guerrilla. On the other hand, he subordinates all political analysis to military considerations. Therefore, according to the Guevarist theory, if a reduced group of determined combatants or revolutionary elite, initiated armed struggle in a tense economic context (which was the case in all Latin American countries), the popular masses would simply follow. In other words, military action is enough to generate political legitimacy and popular support.

The Guevarist thesis on the guerrilla could recall the Leninist notion of revolutionary vanguard. However, in Lenin’s and Trotsky’s understanding, the people’s relation to the revolutionary vanguard is crucial: the vanguard’s *raison d’être* is to lead the masses towards revolution. In other words: no masses, no vanguard. Mao and the Vietnamese are not really different from Lenin and Trotsky in this respect: they just replaced the Leninist party by the Red Army.

For all these theorists of revolutionary warfare, the ideology imparted to the masses is not a superstructural element, but rather the base and a necessary condition for the preservation of unity and internal cohesion within the revolutionary camp. On the contrary, the guerrilla, led by an armed revolutionary elite, is responsible for creating favourable conditions for the revolution. In this sense, Guevara’s politico-military conception is closer to Blanquism than to Leninism. There are no suggestions in Guevara’s texts on how to connect and articulate the revolutionary elite and the peasants’ masses that are supposed to support it. For “Che”, popular support should rise automatically. The notion of time, crucial in Mao’s thought, is absent from Guevara’s writings. As for the relation between politics and war, politics should come from military actions, as if by magic.

This over-simplifying vision is further radicalised in Régis Debray’s *Revolution in the Revolution?*, where we can find the famous saying that drove numerous Latin American Marxists-Leninists to despair: the revolutionary party should not exist before the guerrilla, but rather it should come from the guerrilla (Kaufmann, 1973: 20 and following). Extreme volunteerism, excessively optimistic assessment of the guerrilla’s capabilities, subordination of politics to warfare, and the belief that a guerrilla nucleus would rapidly manage to conquer: this is the main legacy of Guevarism to the Latin American New Left. These features are to be found – in different proportions and combinations – in all 1960s-1970s Latin American New Left organizations, before successive failures led them to question the basic hypotheses of the Guevarist theory on revolutionary warfare.

Conclusion

Many are the researchers who viewed the rise of armed revolutionary movements in the 1960s-1970s Latin America exclusively as a result of the Cuban Revolution that other countries’ revolutionaries would have tried to imitate and reproduce in their own nations. This paper’s aim was not to deny the decisive influence that the Cuban Revolution had on the 1960s-70s Latin

12 “En ambos casos [China y Vietnam], hay un paréntesis de guerra patriótica contra el invasor japonés, pero no se desvanece la base económica de lucha por la tierra [...]”.

American New Left; an influence that certainly needs to be interpreted as an active process and placed in its historical and geographical context (Palieraki, 2017: 117-136).

Instead, this paper focuses on the 19th and 20th century European, Asian and Latin American theoretical writings on war and revolution that were key to the foundation of the 1960s-70s Latin American New Left's revolutionary thought. This has led me to explore the theoretical foundation of the New Left's support to armed struggle. Indeed, even in the case of the Cuban revolution, it is not so much the revolutionary experience per se, but its subsequent theorization, which makes it influential and "transferable" to other realities.

Of course, the 1960s-1970s New Left's theoretical background does not suffice to explain its support for armed struggle. We would also need to examine who are the cultural mediators—the revolutionary States such as Cuba or China, who pay for translations, impressions and the texts' dissemination or the militant publishers— and what their motivations are. In addition, we would need to reflect on the variety of political functions within the revolutionary organizations performed by support for armed struggle. And we should probably ask ourselves to what extent the identification between violence and politics operated by the 1960s-1970s New Left in Latin America consolidated its presence in the media and public debate. How are theoretical debates on the relation between war and revolutionary politics related to the divisions and reconfigurations of the New Left during the 1960s, 70s and 80s? What was their impact on those activists that undertook armed struggle and the ones who did not? Or even, was the support for armed struggle compatible with the respect for the legal and democratic framework and the participation in elections?

All these questions go beyond the scope of the paper, but call for further exploration, which is necessary for a critical and complex approach to the history of the 1960s-1970s Latin American New Left.

Bibliography

Books

- ARON, R. (2005). *Sur Clausewitz*. Brussels: Ed. Complexe.
- BENSAÏD, D. (2004). *Une lente impatience*. Paris: Stock.
- BEUVAIN, CH. et al. (eds) (2005). *Révolution, Lutte armée et terrorisme*. Paris: L'Harmattan.
- BRAUD, PH. (ed.) (1993). *La violence politique dans les démocraties occidentales*. Paris: Ed. de l'Harmattan.
- CHALIAND, G. (1979) *Mythes révolutionnaires du tiers monde. Guérillas et socialisme*. Paris: Seuil, 1979.
- CHAMAYOU, G. (2016). *Teoría del dron. De la guerra en el siglo XXI*. Buenos Aires: Futuro Anterior - Ned.
- CLAUSEWITZ, C. VON (1955). *De la Guerre*. Paris: Ed. de Minuit.
- COGGIOLA, O. (1993). *El trotskismo en América latina*. Buenos Aires: Ed. Magenta.
- DEBRAY, R. (1969). *¿Revolución en la Revolución?*. La Habana: Casa de las Américas.
- DERBENT, T. (2004). *Clausewitz et la guerre populaire*. Brussels: Ed. Aden.
- DEUTSCHER, I. (1962). *Trotsky Vol. I Le prophète armé 1879-1921*. Paris: Julliard.
- DEVÉS, E. (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: entre la modernización y la identidad*, tomo II: Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1999). Buenos Aires: Biblos.
- FANON, F. (1991). *Les damnés de la terre*. Paris: Gallimard.
- FRANCO, M. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- and LEVÍN, F. (eds.) (2007). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- GIÁP, V. N. (1968). *El hombre y el arma*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- GUILLÉN, A. (1969). *Desafío al Pentágono: la guerrilla latinoamericana*. Montevideo: Ed. Andes.
- GURR, T. and GRAHAM, H. D. (1969). *The History of Violence in America: historical and comparative perspectives*. New York: Bantam Books.

- HODGES, D. (ed.) (1973). *Philosophy of the urban guerrilla: the revolutionary writings of Abraham Guillén*. New York: Ed. Morrow and Co.
- LENIN, V. I. (1970). *La Cuestión militar y el trabajo político en las Fuerzas Armadas*. Buenos Aires: Ed. Independencia.
- MARIGHELLA, C. (1971). *Escritos de Marighella. La guerrilla en Brasil*. Santiago: Ed. Prensa Latinoamericana.
- NERCESIAN, I. (2013). *La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay: 1950-1970*. Buenos Aires-Río de Janeiro: Clacso-Flacso Brazil.
- OIKIÓN, V.; REY TRISTÁN, E. and LÓPEZ ÁVALOS, M. (eds.) (2014). *El estudio de las luchas revolucionarias en América Latina (1959-1996). Estado de la cuestión*. Michoacán-Santiago de Compostela: El Colegio de Michoacán-Universidad de Santiago de Compostela.
- PALIERAKI, E. (2014). *¡La revolución ya viene! El MIR chileno en los años 1960*. Santiago de Chile: LOM.
- WRIGHT, TH. (2001). *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*. London: Ed. Praeger.

Book chapters

- CHALIAND, G. (1994). "Introduction", in CHALIAND, CH. (ed.). *Stratégies de la guérilla*. Paris: Ed. Payot.
- GIÁP, V. N. (1994). "Guerre du peuple et art militaire", in CHALIAND, Ch. (ed.). *Stratégies de la guérilla*. Paris: Ed. Payot.
- GUEVARA, E. (1964). "La Guerra de guerrillas", in *Guerrilla y contraguerrilla*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- HO, CHI-MINH (1994). "Le travail militaire du parti parmi les paysans (1928)", in CHALIAND, Ch. (ed.). *Stratégies de la guérilla*. Paris: Ed. Payot.
- LENIN, V. I. (1975). "Sur le mot d'ordre désarmement", in BROSSAT, A. and POTEL, J.-Y. *Antimilitarisme et Révolution: Antologie de l'antimilitarisme révolutionnaire*. Paris: 10/18.
- MANNHEIM, K. (1952). "The Problem of Generations". In *Essays on the Sociology of Knowledge*. London: Routledge and Kegan Paul Ltd..
- MAO, Z. (1994). "La guerre révolutionnaire", in CHALIAND, Ch. (ed.). *Stratégies de la guérilla*. Paris: Ed. Payot.
- PIZARRO, E. (1995). "La insurgencia armada: raíces y perspectivas", in SÁNCHEZ, G. and PEÑARANDA, R. (eds.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: IEPRI.
- TROTSKI, L. (1985). "El arte de la insurrección", in TROTSKI, L. *Historia de la Revolución Rusa*. Madrid: SARPE.

Articles in scientific journals

- ALEXANDER, R. (1972). "El trotskismo en América Latina". *Problemas Internacionales*, XIX/3 (May – June).
- CHILDS, M. D. (1995). "An historical critique of the emergence and evolution of Ernesto Che Guevara's 'foco' theory". *Journal of Latin American studies* 27/3.
- EDMUNDS, J. and TURNER, B. (2005). "Global Generations: Social Change in the Twentieth Century". *British Journal of Sociology*, vol. 56, n.º 4.
- JOHANSSON, P. (2017). "China, Vietnam, and the European 1968: A Note on Chronology and World Revolution". *Monde(s)*, vol. II, n.º 1 (May).
- KAUFMANN, E. (1973). "Las estrategias de las guerrillas". *Problemas Internacionales*, vol. XXI, n.º 1 (enero-febrero).
- MARCHESI, A. (2009). "Geografías de la protesta armada: Nueva izquierda y latinoamericanismo en el cono sur. El ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria". *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, vol. 25.
- MARCHESI, A. y YAFFÉ, J. (2010). "La violencia bajo la lupa: una revisión de la literatura sobre violencia y política en los sesenta". *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, vol. 19, n.º 1.
- PALIERAKI, E. (2008). "La opción por las armas. Nueva izquierda revolucionaria y violencia política en Chile (1965-1970)". *Polis*, vol. 19.
- (2016). "Écrire l'histoire des années 1960-70 chiliennes. Vieilles controverses et nouvelles pistes historiographiques". *Atlante. Revue d'Études Romanes*, vol. 4.
- (2017). "De Pékin à La Havane. La gauche radicale chilienne et ses révolutions, 1963-1970". *Monde(s)*, vol. II, n.º 1 (May).
- TORTTI, M. C. (2006). "La 'nueva izquierda' en la historia reciente de la Argentina". *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, n.º 3.

Recibido: 5/4/2017. Aceptado: 6/6/2017

Repensando a guerra revolucionária no Exército brasileiro (1954-1975)

Rodrigo Nabuco de Araujo¹

Resumo

O escopo principal deste artigo é rever os principais aspectos da doutrina da guerra revolucionária, através o estudo de textos, regulamentos e relatórios militares. Fontes francesas e brasileiras põe em evidência as transferências de conceitos e entidades chave da doutrina colonial francesa e revelam nexos entre o pensamento militar brasileiro e ideais colonizadores do Exército francês. Sob o olhar atento de oficiais franceses veteranos das guerras coloniais observa-se o processo de adaptação do Exército brasileiro às operações táticas da guerra revolucionária.

Palavras-chave: doutrina militar; guerra revolucionária; guerra psicológica; operações contraguerrilha.

Summary

The purpose of this paper is to review the main aspects of the French counterrevolutionary doctrine, through a study of texts, laws and military memorandums. French and Brazilian sources emphasize the transfer of French colonial doctrine keys' concepts and expose connections in between Brazilian military thinking and French army colonizing ideals. Under the scrutiny of the French colonial officers, the Brazilian army prepared itself for the counterrevolutionary war.

Keywords: military doctrine; revolutionary warfare; psychological warfare; contra-guerrilla operations.

1 Universidad de Reims Champagne-Ardenne.

Atualmente as forças militares empregam distintas armas e tecnologias tanto para o combate urbano como para a conquista da adesão das populações. O emprego cada vez mais frequente de helicópteros no apoio a tropas em ações urbanas e de Ações Cívico-Sociais ilustram a contemporaneidade de doutrinas militares desenvolvidas em contexto colonial. Assim no combate ao crime organizado e nas ações psicológicas empregam-se táticas elaboradas nos anos de 1960, no âmbito da doutrina da guerra revolucionária, que associava conquista das populações e operações de guerrilha urbana no combate a insurreições armadas.

As experiências coloniais europeias estão com efeito no centro das doutrinas contemporâneas que levaram militares latino-americanos a reconfigurarem suas identidades políticas. Fontes e depoimentos coletados por historiadores e sociólogos apontam nesse sentido e indicam doutrinas francesas e britânicas como ponto de convergência do pensamento militar, em particular na geração que tomou o poder nos anos 60 em distintos países da América Latina. Na literatura, no cinema, em trabalhos universitários, a presença de oficiais franceses especializados na guerra revolucionária se tornou um tema crucial para se entender a formação e a atuação de oficiais latino-americanos durante as ditaduras de segurança nacional. Nos últimos quinze anos, teses, dissertações e trabalhos acadêmicos se dedicaram ao estudo das doutrinas coloniais, em particular a da guerra revolucionária.

A doutrina francesa da guerra revolucionária é o resultado dos esforços de uma geração de oficiais coloniais que lutaram para preservar a coesão do império francês, após a Segunda Guerra Mundial. Síntese de um pensamento colonial elaborado em escolas militares desde fins do século XIX, a doutrina da guerra revolucionária foi elaborada no âmbito de operações contra insurreições armadas, com o intuito de ser imediatamente aplicada em territórios tão diversos quanto o Vietnã, Argélia, Madagascar, Camarões. A versatilidade da doutrina é sua força e sua principal característica é a de associar as três armas em prol da defesa interna, priorizando a guerra interna, em detrimento de operações exteriores. Heterogênea, a DGR é formada por um conjunto díspar de textos, conferências, livros, regulamentos, sem unidade própria, que encontram aplicação no âmbito da luta contra o inimigo interno. A guerra revolucionária é infinitamente pequena e nesse sentido se opõe à guerra nuclear, oferecendo aos militares latino-americanos a oportunidade de repensar suas funções em um novo contexto internacional (Martins Filho, 2006). Suas teses contemplam representação do mundo marcada pelo medo permanente de um levante comunista, em particular no marco da Revolução Cubana de 1959.

O objetivo deste artigo é rever determinados aspectos da doutrina francesa. Aponta-se elementos para compreender os modos de circulação e de apropriação das doutrinas pelos militares brasileiros, com enfoque no papel desempenhado pelos adidos militares franceses. Busca-se evidenciar fontes diplomáticas e militares, priorizando aquelas coletadas nos arquivos franceses. Nos últimos anos, a produção bibliográfica sobre a doutrina francesa cresceu bastante, com a abertura de arquivos e o interesse cada vez maior despertado na opinião pública sobre a presença de oficiais franceses durante operações de repressão na América Latina. A diversificada produção bibliográfica reflete uma doutrina que se apresentava desde o início sob diversas formas, buscando fazer a síntese de quase cem anos de domínio colonial.

Leituras plurais da guerra revolucionária

O cientista político Alfred Stepan foi um dos primeiros a situar a Escola Superior de Guerra (ESG), criada em 1949, como centro de recepção, estudo e reapropriação de doutrinas, redefinindo as relações entre civis e militares após a Segunda Guerra Mundial.² A ESG evoluía no espectro das direitas anticomunistas e garantia retransmissão de linha de pensamento conservador. Como o *National War College* e o *Institut des Hautes Études de Défense Nationale*, fundados respectivamente em 1946 e 1949, a ESG reunia as elites no intuito de criar bases para repensar a segurança e a defesa nacionais, ao associar industriais, juristas, professores, políticos e oficiais das três armas em torno de temas contemporâneos, em particular aqueles que envolviam a guerra e seus desdobramentos políticos.

A ideologia da segurança nacional era o marco inicial do pensamento na ESG, em que se destacam quatro formas de poder vislumbradas por civis e militares: econômico, político, militar e psicossocial. Ela posicionava as forças armadas na linha de frente da batalha contra o comunismo, forma revisada do inimigo interno que os exércitos buscavam combater no campo ideológico. Oriunda de pensamento conservador dominante no meio militar, a segurança nacional encarava os conflitos sociais como fonte de desordem e, logo, os caracterizava como incompatíveis com o projeto de desenvolvimento econômico. Também situava os militares como espinha dorsal do Estado, representando-os como os melhores intérpretes do interesse nacional. Seu conteúdo era, no entanto, indeterminado e variava entre operações táticas que envolviam tortura e massacre de oponentes ao regime e esquemas estratégicos que davam corpo a ideais contrarrevolucionários.³ As doutrinas coloniais eram um dos eixos centrais da segurança nacional.

A doutrina francesa chegou ao Brasil por múltiplos canais e redes, o que explica a pluralidade de interpretações. Seria equívoco pensá-la desconectada da história das relações franco-brasileiras. Duas missões militares francesas atuaram no âmbito das forças policiais e militares: a missão para a força pública do estado de São Paulo (1906-1913) foi a precursora e criou a estrutura da polícia militar daquele estado, ao formar também seus principais oficiais; a militar de instrução para o Exército, aliás missão Gamelin (1920-1940), orientou os trabalhos do estado-maior do Exército, formou centenas de oficiais e transmitiu as principais doutrinas francesas.⁴

Muitos livros e regulamentos foram traduzidos por oficiais familiarizados com o idioma francês. Dentre os principais volumes deve-se citar *A função social do oficial*, traduzida por Benício da Silva, e de autoria de Hubert Lyautey, oficial colonial no comando da conquista militar de Madagascar. As ideias desenvolvidas no livro caíam como uma luva para os jovens oficiais que assistiam ao curso de estado-maior nos anos de 1930. Lyautey escreveu: “quando o setor atribuído a uma companhia for pacificado e quando o ultimo tiro for disparado, esta companhia deixa de representar uma unidade militar [...] para tornar-se o primeiro elemento da valorização colonial”.⁵ Os germes das doutrinas contemporâneas em que os militares seriam levados a assumir as mais altas funções políticas e administrativas encontravam-se nos primeiros manuais divulgados pelos missionários franceses.

A partir dos anos de 1940, pode-se afirmar que grande parte da elite militar detinha diploma da missão francesa. Paris encontrava-se na rota de muitos oficiais que contribuíram a exportar a

2 STEPAN, A. (1975). *Os militares na política. Changing patterns in Brazil*. Rio de Janeiro: Artenova.

3 COMBLIN, J. (1977). *Le pouvoir militaire en Amérique latine: l'idéologie de la sécurité nationale*. Paris: Jean-Pierre Delarge éditions universitaires

4 Para maiores detalhes sobre a missão militar francesa, ver: Bellintani (2009).

5 LYAUTEY, H. (1938). *A função social do Oficial*. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército.

doutrina francesa. Cabe aqui mencionar ao menos dois: Humberto de Alencar Castelo Branco, além de comandante da ESG, se tornou o primeiro presidente do regime militar (1964-1967); Aurélio de Lyra Tavares, autor de artigos e livros sobre a França e sua relação com o Brasil, foi ministro da Guerra (1967-1968), membro do triunvirato que governou o país de agosto a outubro de 1969 e embaixador na França (1970-1974). Além disso, parte da oficialidade mantinha laços familiares com a França, muitas vezes transmitidos por gerações, como no caso de Alfredo Souto Malan e de Moacir Barcelos Potyguara, respectivamente, filho do adido militar na França (1917-1920) e de oficial veterano da Primeira Guerra Mundial. Ambos ocuparam as mais altas funções no comando das forças armadas, como chefe do estado-maior e ministro de Guerra. Após a Segunda Guerra Mundial, o estágio na França se manteve como tradição na formação da elite militar, que compartilhava experiências e projetos de desenvolvimento. Apesar da baixa frequência dos intercâmbios militares, observa-se que durante o período de mais alta efervescência contrarrevolucionária e de duros combates contra a oposição armada, entre 1966 e 1974, ao menos quinze oficiais frequentaram as escolas militares francesas (Araujo, 2012).

Além do papel desempenhado pelos oficiais das forças armadas que levaram em suas bagagens ideias acerca das guerras coloniais, os próprios adidos franceses planejavam a divulgação de sua doutrina. Após a reorganização da embaixada francesa, em 1946, o adido militar passou a ter por missão divulgar bibliografia especializada em assuntos militares, de modo a chamar a atenção para as doutrinas e o material francês. Em 1948, foram distribuídas 5 000 revistas militares, volume que desabou a 250 em 1954, antes de subir novamente a 2 000 em 1958. Quando a guerra revolucionária se tornou assunto da mais alta importância, 60% das publicações conservadas nas bibliotecas do Exército provinham de autores franceses.⁶

Revistas e demais publicações militares tiveram papel crucial na divulgação do pensamento francês, pois alcançavam público amplo e variado que ficava livre para interpretar o conteúdo político dos textos. Artigos e resenhas foram traduzidos e publicados nas principais revistas, como *A Defesa Nacional*, *Mensário de Cultura Militar do Estado-Maior do Exército*, *Revista do Clube Militar*, por oficiais que tinham estagiado na França. Moacir Barcelos Potyguara, Alfredo Souto Malan, Aurélio de Lyra Tavares se tornaram eminentes especialistas da guerra revolucionária, publicaram inúmeros textos e pronunciaram várias conferências.

A doutrina da guerra revolucionária não chegou a formar uma escola de pensamento homogênea, muitos autores, civis e militares, apropriaram-se de suas teses e buscaram expressar suas próprias ideias. Contudo, ela se tornou tema recorrente nas análises de conjuntura antes do golpe de 1964 e principal doutrina veiculado pelo governo militar após a conquista do poder. Entre 1955, data em que fora pela primeira vez mencionada em conferência na Escola Superior de Guerra, até 1959, quando Augusto Fragoso inaugurou um ciclo de estudos sobre o tema, poucos trabalhos tiveram por foco a doutrina francesa. A doutrina francesa tampouco chegou ao Brasil num bloco, pois já vinha sendo discutida em artigos e conferências sobre as guerras coloniais.

A reapropriação da doutrina francesa pela Escola Superior de Guerra

Desde a guerra da Indochina (1947-1954), nas escolas militares, já se estudava o tipo de guerra que ameaçava a existência do centenário império colonial francês. Buscava-se compreender quais soluções foram encontradas pelos franceses e tinha-se interesse particular pelos instrumentos de

6 NORMAND, A. (1958). *Relatório de informe, "Rôle des forces armées françaises dans l'effort de propagande et d'expansion actuellement appliqué sur le Brésil"*. Vincennes: Service Historique de la Défense (SHD), 10 T 1108.

governança colonial. Após a derrota contra a guerrilha Viêt Minh, oficiais coloniais buscaram codificar o comportamento de seus subordinados e sedimentar experiências adquiridas a duras penas. Extensa produção bibliográfica tinha por objetivo discutir a legitimidade dos métodos de combate contra os movimentos de independência e definir o conteúdo político das guerras coloniais (Périès, 2001).

Na ESG, docentes e discentes buscavam também compreender esse novo tipo de guerra e seus desdobramentos políticos. Em 1955, o curso superior de guerra abriu-se com conferência do coronel Herrera, militar envolvido em diversas atividades políticas, marcadamente anticomunista. Herrera abria discussões acerca dos conceitos então empregados para caracterizar os conflitos no pós-guerra, onde “o conceito de paz tornou-se de tal modo confuso, que temos dificuldade em riscar os limites que a separam do estado de beligerância – limites que perdem cada vez mais, a forma de uma linha simples”. Partindo do constato que o vocábulo guerra não mais reveste um único significado e vem sempre acompanhado de novo adjetivo, ele fixa como objetivo preliminar o estudo das formas contemporâneas de guerra. Nesse sentido, insiste na importância da guerra colonial, cuja particularidade reside na dissimetria entre os beligerantes: “para o mais forte, a luta se assemelhava a uma expedição, com poucas chances de comprometer sua segurança nacional”, já no caso do beligerante mais fraco, “a mobilização de todos os recursos confere a seus esforços as características de guerra total”.⁷ Já estava claro aos oficiais brasileiros que o exército colonial francês travava uma guerra sem linhas de frente, uma guerra total, na qual participava toda a população.

A crise que se abatia sobre o império colonial francês dava impulso ao pensamento militar. Os estudos sobre as guerras coloniais ainda se encontravam em estado embrionário, mas já contribuíam a revitalizar correntes conservadoras que, desde os anos de 1930, rejeitavam os milhões de indivíduos que emergiam das lutas sociais e que reivindicavam maior participação política e o direito de escolher pelo voto seus representantes. O desenvolvimento dos estudos sobre as guerras coloniais coincidia com o ressurgimento do pensamento contrarrevolucionário que colocaria em prática a guerra psicológica, conceito chave da contrarrevolução que se preparava.

O conceito havia sido elaborado nas escolas para oficiais coloniais e estava sendo experimentado na Argélia, onde o Exército francês criara distintos instrumentos de pacificação, à exemplo das *Sections Administratives Spécialisées* e do *5^e Bureau d'Action psychologique*: tratava-se de conquistar corações e mentes, manipular a opinião pública e influenciar a maneira como os cidadãos encaravam a situação política. Circulares, regulamentos, tratados buscavam criar normas e explorar a propaganda como arma de guerra. A ação psicológica aparecia desde o início intimamente associada à guerra revolucionária, cujo objetivo era conquistar a adesão da população (Villatoux, 2005: 44).

Sob o comando de Humberto de Castelo Branco, a ESG organizou o primeiro curso exclusivo para oficiais sobre a arma psicológica. O pioneiro nesse campo era Antônio Carlos Pacheco e Silva, professor de psiquiatria na Universidade de São Paulo, diplomado de neurologia pela Universidade de Paris. Renomado especialista em higiene mental, Pacheco tinha sido político ativo, notório militante anticomunista. O escopo de suas conferências na ESG e de seus seminários na Federação das Indústrias do estado de São Paulo era a ação psicológica nas guerras modernas. Arma cujo alvo é a população.

Pacheco buscou inspiração nos trabalhos de Serge Tchakhotine, psiquiatra alemão de origem russa, cujos trabalhos acabavam de ser reeditados em 1953, e seriam traduzidos ao português anos mais tarde sob o título *A Mistificação das Massas pela Propaganda Política*. Pacheco buscava

7 HERREIRA, H. A. (1955). *Concepção moderna da guerra. Formas de guerra*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C-24-55, p. 31.

reaver as leituras do psiquiatra alemão para pensar a estratégia contrarrevolucionária e tecer análises sobre o modo de infiltração soviética, comparando-a a expansão de uma doença. O autor de *Guerra psicológica* defendia representação organicista da sociedade, na qual toda ameaça à coesão social era considerada como uma invasão por corpos estrangeiros e encarava a intervenção militar como remédio terapêutico.⁸

Pacheco apontava também para os estudos de Gabriel Bonnet, fazendo suas as afirmações do oficial francês, para quem só um país socialmente robusto teria probabilidades de resistir às tentações e aos assaltos da guerra revolucionária. Afirmava por fim que a pátria é, antes de tudo, a paz social, a concórdia de todas as classes, a união total entre as forças armadas e a Nação.⁹ Os conflitos sociais eram interpretados como sintomas de uma doença, resultado da reprodução no interior do corpo social de elementos invasores cuja finalidade era provocar o colapso da sociedade. Nesse sentido, os encarregados da divisão psicológica das forças armadas deveriam dedicar-se ao estudo aprofundado da psiquiatria para assim poderem agir junto à sociedade como especialistas. Acrescentava por fim que o militar deveria garantir a saúde do corpo social para evitar que população optasse pela luta armada. Terminava com citação de Joost Merloo, autor liberal norte-americano de obra controversa *O rapto das mentes*: “a guerra moderna levou o perigo ao umbral de cada casa e a última frente se situa no espírito de cada cidadão”.¹⁰ A guerra psicológica criava um elo entre o pensamento militar moderno e as doutrinas coloniais, onde o oficial era antes um defensor da ordem interna e da coesão social do que um militar treinado para o combate fora das fronteiras nacionais.

Ao pronunciar junto a oficiais do curso de estado-maior e comando das forças armadas conferências sobre a guerra psicológica, em particular sobre as virtudes da intervenção militar para solucionar males sociais, Pacheco sabia encontrar público cativo. Suas teses teriam forte impacto e desde o ano seguinte a arma psicológica entraria na grade curricular do curso superior de guerra. Oficiais das três armas não tardariam a adotar o ponto de vista defendido pelo psiquiatra paulista, buscando em referências francesas fontes de inspiração.

Os estudos sobre a guerra revolucionária e seus desdobramentos insurrecionais e psicológicos tomariam novo impulso. Augusto Fragoso pronunciou em maio de 1959 conferência inaugural sobre o tema, em que se apoiava em extensa bibliografia de oficiais franceses, como Roger Trinquier e Charles Lacheroy (Martins Filho, 2008). O autor retomava a definição de Gabriel Bonnet, segundo a qual a guerra revolucionária seria o resultado da guerra de *partisans* e da guerra psicológica. Após passar em revista a bibliografia francesa, Fragoso indicou que apesar da variedade de interpretações, existia consenso em torno de cinco fases que permitiam identificar o grau de implantação da guerra revolucionária em um país: constituição de núcleos ativos, instituição de organizações urbanas e rurais, constituição de milícias locais, implantação de redes de apoio espalhadas por todo o país com a criação de um território libertado e a última fase, de confrontação armada, combinando operações de guerra de posições com ações de guerrilha. Sólidas referências bibliográficas davam vazão às dificuldades em fincar os limites que separam a paz do estado de beligerância: “a guerra não é mais a continuação da política, a guerra agora acompanha a política

8 PACHECO E SILVA, A. C. (1958). *Guerra Psicológica*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-15-58.

9 PACHECO E SILVA, 1958, o. cit., p. 22.

10 PACHECO E SILVA, A. C. (1961). *Ações psicológicas na guerra moderna*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-07-61, p. 34.

e serve de apoio a esta, sem a política, a guerra tornar-se-ia absurda".¹¹ O fim último da guerra não é destruir, mas persuadir.

Por dois anos, a DGR seria tratada por diversos oficiais entusiasmados com as ações preconizadas pelos oficiais franceses. Grande profusão de análises criava confusões na interpretação do conteúdo político da doutrina francesa, de modo que Aurélio de Lyra Tavares propôs, pela primeira vez, importante síntese da bibliografia nacional sobre o tema e utilizou a guerra revolucionária como instrumento para analisar a conjuntura brasileira. Para ele, a guerra revolucionária era o conjunto de ações com vistas a conquistar o Estado por vias militares, por isso, sugeria substituir o adjetivo *revolucionária* por *insurrecional* que se prestaria melhor para caracterizar ações destrutivas, pois, no contexto brasileiro, o termo revolução teria caráter positivo.¹² Analogias organicistas comparam o Estado a um corpo e a revolução a um câncer. Para consolidar a metáfora médica, um quadro associa cada órgão vital à sua instituição correspondente no Estado: sistema militar/sistema muscular, sistema psicossocial/aparelho sensorial, sistema econômico/aparelho circulatório, sistema político/sistema nervoso, governo/cérebro. Nesse quadro, a luta do proletariado contra o patronado poderia paralisar o sistema de circulação de riquezas, o amortecimento do culto das tradições comprometeria o setor psicossocial, a infiltração de elementos suspeitos poderia contaminar o sistema político.¹³

Por fim, ele atribui a Lênin a autoria das cinco fases, transformando o que antes era uma doutrina francesa, em outra genuinamente soviética. Ele se espelha em seu inimigo idealizado para explicar a politização da cultura militar e denunciar a instrução militar soviética como instrumento de doutrinação: "as bibliotecas das unidades do Exército Soviético são orientadas por vários órgãos políticos que se incumbem da instrução ideológica militar".¹⁴

Ao parafrasear Paul Henri Spaak, pensador político liberal belga, Tavares expressa sua opinião a de seu auditório:

A democracia não está ameaçada no campo de batalha, mas no reduto das suas próprias instituições, em suas universidades desvirtuadas, nos seus sindicatos contaminados, nos seus jornais infiltrados, nas suas associações influenciadas, na cegueira de suas elites e na mistificação das suas massas populares.¹⁵

Lyra Tavares foi mais além do que Augusto Fragoso, ao preconizar comportamento específico para as forças armadas em cada uma das etapas de conquista do poder. A atuação política dos oficiais tende a aumentar conforme a guerra revolucionária se desenvolve, de preferência associada à atuação das polícias civis. Contudo, a repressão fica sob a autoridade militar que pode legitimamente pedir a intervenção de um país aliado em caso de deflagração de guerra convencional.

Os estudos sobre a guerra revolucionária deram às forças armadas tecnologia política capaz de agir diretamente na sociedade. Oficiais de alta patente se espelhavam no suposto modo de ação comunista para organizarem-se em grupos de trabalho espalhados por todo país, onde militares compartilhavam o trabalho de reflexão com civis, tal como haviam experimentado na ESG. *Think thanks* como os Institutos de Pesquisas e Estudos Sociais (IPES), instituição financiada por organismos privados, rapidamente se espalharam pelas grandes cidades, editando panfletos

11 FRAGOSO, A. (1959). Introdução ao estudo da guerra revolucionária. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C-85-59, p. 9.

12 TAVARES, A. DE LYRA (1961). *A guerra revolucionária e a conjuntura brasileira*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-30-61, p. 13.

13 *Ibidem*, p. 5.

14 *Ibidem*, p. 20.

15 *Ibidem*, p. 21.

políticos, divulgando falsas informações, manipulando a opinião. Foram muito além disso, como sugere René Armand Dreifuss, tanto a ESG como os IPES criaram o cimento ideológico para consolidar o pensamento das direitas que emergiam no pós-guerra (Dreifuss, 1981: 74). O anticomunismo das elites era menos um programa político que uma forma de reativar o desprezo secular das oligarquias tradicionais pelas classes populares, encaradas então como classes perigosas, à imagem da maneira como o Exército colonial encarava as massas colonizadas.

Sem entrar no detalhe da crise que se abatera sobre o governo de João Goulart (1961-1964), cabe dizer que após dois anos de tentativas frustradas de governar sob regime parlamentar, em janeiro de 1963, Goulart logrou voltar ao presidencialismo, com o intuito de estancar a crise econômica e financeira que enfrentava o país. Os péssimos resultados obtidos pelos planos de reajustes criaram ambiente de forte mobilização popular, o presidente orientou à esquerda seu programa político e se apoiou em reformas sociais para conquistar o apoio de partidos e movimentos de esquerda. Goulart escolheu o Rio de Janeiro como foco de sua campanha em prol das reformas sociais e reuniu na antiga capital as principais organizações de sua base militante em comícios, passeatas, manifestos, onde exortava a participação popular. Em comício no dia 31 de outubro de 1963, clamou a aliança entre estudantes e operários, das cidades e dos campos, fustigava a justiça social e pedia plenos poderes para impedir grave crise intestina com caráter de guerra civil. A partir daí a relação entre o Executivo e o Congresso, já seriamente comprometida, levaria ao estopim da crise, com a consolidação de aliança política entre congressistas e militares.

Poucos meses antes do golpe civil e militar deflagrado contra o governo Goulart, o IPES de Porto Alegre publicou o *Livro Branco da Guerra Revolucionária*.¹⁶ Greves, motins, insubordinação de suboficiais das forças armadas, comícios e lutas sociais criavam, segundo os autores, o clima propício para a vitória das forças comunistas. O país já na fase de organização do movimento revolucionário caminhava para a organização de milícias nos estados do Sul, governado por Leonel Brizola, genro de Goulart. Era o momento calculado pelos autores para lograr a aliança entre as forças armadas e as demais instituições na defesa da democracia.

Nas palavras do adido militar francês, que observou de perto o desdobramento da situação, “o Brasil tinha chegado a uma situação prerrevolucionária clássica à qual não faltaram nem a desgaste da Autoridade, nem a queda das finanças públicas, nem a pauperização crescente das classes médias e da massa popular”.¹⁷ O golpe foi obra de correntes conservadoras da sociedade que dominariam aos mais altos postos de governo. Muitos dos oficiais que participaram da conspiração tinham eram antigos alunos da ESG de Paris: Aurélio de Lyra Tavares, Penha Brasil, Alfredo Souto Malan, Jurandyr Bizarria Mamede, dentre muitos outros.

Depois do golpe, a doutrina da guerra revolucionária permaneceu como referência para a ação política das forças armadas.

Reapropriações da guerra revolucionária

A aplicação metódica da guerra revolucionária pode ser dividida em quatro atos que correspondem aos estágios de preparo das forças armadas. O primeiro ato começa desde antes do golpe civil e militar de 1964 nas grandes metrópoles industriais: a conquista da população foi planejada com o intuito de fragilizar o governo Goulart, por meio de violenta propaganda que o acusava de submissão ao Movimento Comunista Internacional. O segundo ato começa com a reorganização

16 BRASIL, PEDRO (1964). *Livro Branco da Guerra Revolucionária*. Porto Alegre: Livraria do Globo.

17 LALLART, P. (1965). *La Révolution brésilienne d'avril 1964*. Vincennes: Service Historique de la Défense, maio-julho, caixa 14S537.

dos serviços de informações após o golpe, num movimento de centralização da informação e de consolidação da estrutura de defesa interna do território. O terceiro ato é a consolidação das operações psicológicas, através das Ações Cívico Sociais (ACISO) e da formação de batalhões de choque das polícias militares, com a transferência de métodos das forças especiais para as polícias civis. O último ato marca o envolvimento das forças armadas na contraguerrilha, simultaneamente em zonas urbanas e rurais, onde foi aplicado de maneira sistemática o extermínio de militantes de esquerda.

Diante de seus interlocutores no ministério francês da Defesa, em seu relatório anual sobre a situação no Brasil, o adido militar Pierre Lallart afirmou que o golpe civil e militar no Brasil normalizou a situação política do país e insistiu no anticomunismo como cimento das forças da oposição à Goulart, mas também na forte capacidade de organização de grupos militares clandestinos.¹⁸ Testemunha ocular do golpe, segundo ele, o trabalho de propaganda e organização, conduzido pelos distintos grupos conspiradores, neutralizou o governo Goulart, numa operação que deveria se tornar um modelo a ser exportado:

Muito bem elaborado, executado em dois dias e através de um país 17 vezes maior que a França, quase sem confrontações nem derramamento de sangue, esta operação foi tecnicamente exemplar. [...] Se a ação dos grupos de choque parece ter sido reduzida durante os acontecimentos, no entanto as redes têm desempenhado um papel bastante importante de infiltração, propaganda, inteligência e infraestrutura. [...] Depois da Revolução, esses grupos clandestinos autônomos podem representar um problema para o Exército, sem dúvida, preocupado com a multiplicidade de organizações cuja ajuda foi inestimável, mas cuja atuação escapa de seu controle.¹⁹

Primeiro de uma série de golpes que marcaram a guerra fria na América Latina, o golpe civil e militar de 1964 aparecia como um novo modelo, inscrito na tradição de intervenções militares na política: revolução para uns, em referência à que ocorrera no Brasil trinta anos antes, golpe preventivo para outros, aludindo às manobras políticas do governo Goulart. Realizado em menos de três dias, com telefonemas, movimento de tropas e cálculos de poder, o golpe confirma a importância desempenhada pelas forças militares na política nacional. Lallart reconheceria um ano depois: “o Exército acaba de mostrar que além de seu papel de Poder Moderador, se ergueu ao nível de verdadeiro Poder Militar, praticamente como um dos três poderes”.²⁰

Após o primeiro ímpeto repressor, o regime tendeu a se institucionalizar, com progressiva militarização das forças policiais e reforma do Conselho de Segurança Nacional. A Defesa Interna do Território (DIT) foi planejada desde antes do golpe, pelo estado-maior das forças armadas e concretizada na criação do Serviço Nacional de Informações.

Ao partir do pressuposto de que o Brasil poderia se tornar palco de guerra interna de natureza insurrecional e revolucionária, diante de um público exclusivo de oficiais do curso superior de guerra, Mário David Andreazza, adjunto da divisão de assuntos doutrinários e de coordenação da ESG, oficial que viria a ocupar importantes cargos políticos, defendia o SNI como entidade primordial da DIT e preconizava “nos casos de comoção intestina grave, o estabelecimento de Zonas de Operações, sob a jurisdição e legislação militares, as quais, no significado militar, podem ser assemelhadas aos Teatros de Operações tradicionais”.²¹ Nessas zonas onde não se aplicavam as leis ordinárias, as operações de manutenção da ordem incumbiam aos governadores dos estados,

18 Ídem.

19 LALLART, 1965, o. cit.

20 Ídem.

21 ANDREAZZA, M. D. (1964). *Estrutura da segurança nacional*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C. 06-64.

mas a autoridade de fato se concentraria entre as mãos dos comandantes das regiões militares. Nos primeiros dias do governo Castelo Branco (1964-1967), a criação do Sistema Nacional de Informações coordenou a ação dos diversos e variados serviços de informação que já existiam. Comandado por Golbery do Couto e Silva, o SNI respondia à exigência de colher informações sobre a oposição e de centralizar o processamento de informes.

A defesa contra a guerra revolucionária baseava-se, fundamentalmente, no conhecimento da situação do país e dos movimentos sociais. Prova viva da adaptação do Exército aos métodos preconizados pelos franceses, o oficial de informação se tornava junto com o oficial de ação psicológica a encarnação da nova guerra que o ministério da Guerra procura levar a todo o Brasil. A informação era a principal preocupação do governo militar e os serviços de informação possuíam elementos infiltrados em diferentes organismos da oposição e em muitos grupos clandestinos armados.²² O SNI viria a ser tornar, nas palavras do adido francês Paul Aussaresses, dez anos depois, o equivalente do SDECE, da CIA um pouco da Gestapo.²³

A estrutura repressiva do regime seria erguida sob a pressão de oficiais particularmente ativos, marcadamente à direita, conhecidos como linha dura. O movimento se intensificaria com a entrada no ministério da Guerra e na chefia do estado-maior de generais formados em escolas francesas. Sob o comando de Aurélio de Lyra Tavares, o ministério da Guerra editou seu primeiro *Manual de Campanha da Guerra Revolucionária*, posto em execução em 9 de julho de 1968 e remetido em 31 de outubro de 1968 à grandes unidades e unidades militares, aos ministérios da Marinha, da Aeronáutica e da Justiça, ao Superior Tribunal Militar, à inspetoria geral das polícias militares e a todas as escolas militares. Em 1972, sob a chefia de Alfredo Souto Malan, o estado-maior do Exército associaria estreitamente a oficiais franceses.

O Manual do estado maior do Exército propunha síntese clara e completa das principais discussões no âmbito da ESG. Seu objetivo era fornecer um instrumento de análise da situação política que permitisse a cada um avaliar a conjuntura e estabelecer um julgamento. Além de caracterizar o conceito de guerra revolucionária, o texto definia distintas categorias de suspeitos, de maneira a orientar a busca e processamento de informações por oficiais e autoridades competentes. Foram descritas categorias como cripto-comunistas, simpatizantes, oportunistas, inocentes úteis, companheiros de viagem e agentes de influência, cada com seu respectivo grau de periculosidade. À hierarquia de suspeitos, seguia a hierarquia de ideologias: nacionalismo, pacifismo, neutralismo, anti-imperialismo, anti-colonialismo. Quadros e diagramas completam o documento, explicando, em particular, o funcionamento das hierarquias paralelas.²⁴

A ação contrarrevolucionária dividia-se em três fases: prevenir, para que não se formasse no país clima revolucionário; impedir, a fim de evitar formação e atuação de movimento revolucionário; eliminar e exterminar líderes revolucionários já em ação. Diferença central é estabelecida entre guerra revolucionária sem violência e com violência. No caso de guerra revolucionária sem violência, preconizava-se a maior vigilância sobre a atividade dos suspeitos. Também era prevista a adaptação do sistema judiciário, o fortalecimento da administração pública, das forças armadas e da polícia civil e dos estados. Por fim, era priorizada a infiltração do movimento rebelde para tentar torná-lo ineficaz. Em caso de violência, em particular de terrorismo, previa-se: cerrar o controle sobre a circulação, estabelecer barreiras nas entradas das cidades, vigiar aeroportos, isolar

22 LALLART, 1965, o. cit.

23 AUSSARESSES, P. (1975a). *Rapport de fin de mission*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 6 de outubro, caixa 14S535.

24 MINISTERIO DO EXÉRCITO (1968). *Manual de campanha da guerra revolucionária*. Brasília: Gráfica do Quartel general do Exército - Estabelecimento General Cordeiro de Farias, abril de 1969.

áreas onde pudessem ocorrer atendados, interrogar elementos suspeitos ou atuantes, recensear e fichar a população, responsabilizar os que deram apoio aos terroristas, realizar rápido julgamento para punição imediata dos envolvidos com a ação terrorista, explorar o ato através de um sistema de contrapropaganda, exercer vigilância sobre o comércio de armas, estimular a organização de um sistema de autodefesa.²⁵

As operações eram minuciosamente expostas, com indicações precisas de qual decisão tomar, em cada uma das fases de desenvolvimento da organização rebelde, indicando que o principal objetivo era a destruição da estrutura política rebelde e a proteção da estrutura nacional. Além da importância do meio ambiente e do equipamento militar, o estado-maior sublinha a importância da organização da tropa, no que diz respeito a operações táticas, preconizando o emprego de grandes unidades e helicópteros para o reconhecimento aéreo e transporte de tropa. A pedagogia do documento, que buscava levar ao funcionário pouco informado sobre a DGR elementos de compreensão da situação segundo a ideia dominante no âmbito das forças armadas revela suas fontes. O documento termina com citação de Joost Merloo, adaptada ao objetivo do manual: “a guerra revolucionária leva o perigo comunista ao umbral de cada casa, e a última frente se situa no espírito de cada cidadão”.²⁶

A portaria de execução do Manual precedia de dois meses a instauração do Ato Institucional Número 5, que pôs um fim às liberdades fundamentais, em 13 de dezembro de 1968, pelo governo Costa e Silva (1967-1969), abrindo maior espaço para a repressão política. O AI5 era a reação do Executivo militar à ação de deputados que se indignavam diante da violenta repressão: os poderes foram concentrados nas mãos das Forças Armadas, principalmente o Exército, as liberdades democráticas foram suprimidas e o Congresso nacional fechado. Apesar da riqueza de detalhes, não havia menção a exemplos concretos e pouco ou quase nada era dito acerca da criação de entidades paralelas sem menção à nenhuma entidade de luta contrarrevolucionária.

A ação contrarrevolucionária já estava planejada e pode ser dividida em três aspectos: contraguerrilha urbana, contraguerrilha rural e operações psicológicas. O movimento de reorganização das estruturas repressivas começava de fato. Desde 1968, ocorreram em São Paulo explosões de bombas artesanais, uma delas em frente ao Departamento de Ordem Política e Social (DOPS), assaltos a bancos e ao trem pagador. Contudo, segundo observadores franceses, “o resultado das investigações dirigidas pelos serviços estaduais e federais foi particularmente insignificante”.²⁷ Poucas semanas depois, em janeiro de 1969, a deserção do capitão Carlos Lamarca, do 4º regimento de infantaria, em Quintaúna, no estado de São Paulo, que deixou o quartel no volante de um caminhão carregado de armas e munições destinadas a oposição, provava aos olhos dos oficiais mais exaltados a ineficácia das entidades de busca e processamento de informações. Em junho do mesmo ano, nascia a Operação Bandeirantes (Oban) como reação à audácia de Lamarca. São Paulo se transformaria no primeiro laboratório brasileiro de operações contraguerrilhas.

Os anos de chumbo: da teoria à prática

As operações contraguerrilha foram os mais expressivos exemplos de reapropriação de instrumentos de combate contrarrevolucionário, no entanto, não foram os únicos exemplos, pois ações psicológicas também foram executadas com grande êxito pelas forças armadas.

25 Ídem.

26 Ídem.

27 LATOUR, JEHAN DE (1968). *Terrorisme et agitation sociale à São Paulo*. Paris: Archives du Ministère des Affaires Étrangères et Européennes, julho, caixa 133

A historiadora Mariana Joffily elencou matrizes francesas e norte-americanas na criação da Operação Bandeirantes (Oban), a primeira de grandes proporções a ser aplicada na cidade de São Paulo na luta contra a guerrilha urbana. Ela sublinhou sua tripla função: captura, interrogatório e propaganda. Joffily estabeleceu concordâncias entre siglas de estruturas de cunho político-militar nos regulamentos da OBan e nos do Exército francês, ao comparar a atuação da Oban com a de organizações clandestinas criadas durante a Batalha de Argel, um dos principais palcos da guerra revolucionária, imortalizada pelo filme de mesmo nome dirigido por Gillo Pontecorvo, em que oficiais franceses particularmente exaltados brutalizam militantes da Frente de Libertação Nacional em busca de informações que permitissem localizar líderes revolucionários a fim de eliminá-los (Joffily, 2008). A engrenagem da violência contra os colonizados era arastada pelos hábitos brutais da polícia e do Exército colonial, reflexos da representação veiculada pela administração colonial, na qual o sujeito colonizado vivia condição de subalterno, sem acesso aos direitos fundamentais reservados aos cidadãos franceses (Maran, 1989). A prática da tortura foi nesse caso legitimada por uma doutrina que sistematizava sua utilização.

A atuação do Exército francês na Argélia se fundamentou em um complexo sistema de informações que passava por profunda reestruturação desde a Segunda Guerra Mundial. O SDECE e estruturas como o 11º batalhão de Choque nasceram ao final da guerra, com o objetivo de transmitir a experiência adquirida de combate ao nazismo. As complexas e variadas estruturas de busca e processamento de informações associavam métodos desenvolvidos em distintos momentos, experimentados em múltiplos episódios de confrontação violenta, levados de um teatro de guerra a outro.

A criação de estruturas vinculadas ao Exército para combater a Frente de Libertação Nacional respondia ao imperativo de eficácia e de rapidez. Em 1957, surgiu o serviço *Renseignement Action Protection* (RAP), fundamentado no princípio de associação operacional de forças militares e policiais para buscar informações, processar informes, interpellar imediatamente militantes nacionalistas e proteger a população de colonos. O RAP era subordinado ao *Détachement Opérationnel de Protection* e atuava sob a autoridade do *Centre de Coordination Interarmées* que, segundo a historiadora Raphaëlle Branche, agia como cobertura oficial à entidade clandestina. As forças armadas conduziam as investigações, identificavam os suspeitos e julgavam os culpados, concentrando os poderes de polícia e justiça, agindo dentro das fronteiras nacionais, no âmbito interno, transformado em campo de batalha (Branche, 2001).

No caso do Brasil, a coordenação das operações estava a cargo de duas entidades, cujo nome, dali em diante, viria sempre associado à luta contrarrevolucionária: o Destacamento de Operações de Informações e o Centro de Operações de Defesa Interna (DOI-CODI). A missão de ambos era combater ações violentas no quadro da guerra revolucionária. Subordinado diretamente ao Executivo militar federal, as duas entidades se superpunham às demais estruturas de segurança interna e, por isso, gozavam de maior autoridade e autonomia. Além da captura e interrogatório de militantes de esquerda, tratava-se de organizar a ação psicológica junto à população (Joffily, 2008). Como no caso francês, a sociedade era dividida em dois lados e somente aqueles que não aderiam à oposição tinham o direito de gozar da plena cidadania, os demais eram tratados como inimigos.

Em dezembro de 1969, seis meses após o sucesso da Operação Bandeirantes, chegava ao Brasil o adido francês Yves Boulnois, ex-assessor militar junto ao estado-maior do Exército argentino. Veterano das guerras da Indochina e da Argélia, ele acompanhou de perto o preparo das forças armadas à guerra revolucionária e comentou:

A preparação das unidades do Exército para a luta contra a subversão encontra-se em estado avançado e já deu alguns resultados positivos. Acompanhando há vários meses um treinamento apropriado, cada unidade encontra-se pronta para participar

de uma operação de contraguerrilha, qualquer que seja sua missão específica. [...] Apesar de atuar sob a autoridade dos generais no comando do Exército, o DOI conta com a participação de outras forças, entre elas a polícia. As regiões militares possuem um Centro de Operações de Defesa Interna, verdadeiro posto de comando para as operações contraguerrilha.²⁸

Jean-Louis Guillot assumiria o cargo após Yves Boulnois e também comentaria a atuação das entidades de intervenção direta. Ex-membro do corpo docente do IHEDN, indicaria em seu relatório: “a luta contra o terrorismo urbano foi dura e eficaz (eliminação dos líderes e principalmente de Marighella e Lamarca)”.²⁹ Como observa Guillot, a guerrilha urbana foi o principal cenário da guerra revolucionária, concentrada nos estados industriais, onde foram duros os combates contra os grupos guerrilheiros, dentre os quais se destacavam a Ação Libertadora Nacional de Carlos Marighella e a Vanguarda Popular Revolucionária de Carlos Lamarca. O adido recém-chegado completa um mês depois: [em São Paulo], as Forças Armadas, incluindo sua ilustre Polícia Militar, talvez mantenham o controle quase absoluto da situação, mas, de alguma forma, elas estão sitiadas dentro de uma trama urbana particularmente permeável às ações terroristas. É uma verdadeira batalha de Argel”.³⁰ E conclui seis meses depois, “várias células terroristas foram destruídas em diversas cidades, cada operação marcada por dezenas de vítimas, membros do PCB, do PCBR e da VPR. [As operações] mostram que a atual tática da polícia é a de exterminar os grupos clandestinos e não mais a de fazer prisioneiros políticos.”³¹ Desde 1973 o extermínio da oposição armada parecia ser um dos objetivos da comunidade de segurança, como afirmou João Roberto Martins, “com a guerrilha urbana praticamente suprimida, graças à atuação dos DOI, o Exército descobriu, em 1972, o embrião de guerrilha rural do Partido Comunista do Brasil na região de Xamboiá, no sul do Pará, perto do rio Araguaia” (Martins Filho, 2012). Durante a guerra do Araguaia (1974), onde a maioria dos guerrilheiros fora massacrada, segundo o adido francês, teria sido praticada uma política de eliminação de todos os militantes.

Antes da extinção dos grupos armados urbanos, o Exército já havia estendido a luta às zonas rurais que se tornariam outra importante arena da guerra revolucionária. Até então, somente algumas regiões tinham sido palco de guerrilhas, como a que ocorreu na Serra do Caparaó, no limite entre os estados de Rio de Janeiro e Espírito Santo, entre 1966 e 1967. A ação contraguerrilha foi dirigida pela polícia militar de Minas Gerais, que, segundo Pierre Lallart, buscava provar sua eficácia, antes de ceder ao Exército o comando das ações.³² O movimento armado seria rapidamente desmantelado, quase sem confrontações, graças às informações obtidas através do contato com a população. Grande parte das informações provinha de denúncias, o que indica por um lado a precária implantação local da guerrilha e sugere que o trabalho de busca e processamento por parte das forças militares teve pouca ou nenhuma importância. Por outro lado, sugere que a contraguerrilha foi muitas vezes precedida por ações psicológicas. Enquanto a polícia militar do estado de Minas Gerais reunia as informações, o Exército atuava junto à população, buscando conquistar sua adesão e isolar os militantes.

28 BOULNOIS, YVES (1970b). *Rapport de l'attaché militaire pour juillet 1970*. Vincennes: Service Historique de la Défense, agosto, caixa 14S534.

29 GUILLOT, JEAN-LOUIS (1972a). *Rapport mensuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, janeiro, caixa 10T112.

30 GUILLOT, J.-L. (1972b). *Rapport de la visite du general Alain de Boissieu*. Paris: Archives du Ministère des Affaires Étrangères et Européennes, abril, caixa 184.

31 GUILLOT, J.-L. (1973). *Rapport de l'attaché militaire pour janvier 1973*. Vincennes: Service Historique de la Défense, fevereiro, caixa 14S534.

32 BINOCHE, JEAN (1967). *Opération antiguerrillas dans l'Etat de Minas Gerais*. AMAE, abril, caixa 132.

Embora menos estudada que suas vertentes urbanas, a contraguerrilha rural encontrou certo sucesso junto às forças armadas. Y. Boulnois observou em particular a Operação Registro, iniciada alguns meses após a Operação Bandeirantes e poucos meses antes das operações psicológicas na região Sul, em abril de 1970. O DOI-CODI da IIª Região militar, estabelecido no estado de São Paulo lançou grande ofensiva contra o campo de treinamento da Vanguarda Popular Revolucionária.

A operação, sob a responsabilidade do General Canavarro Pereira, Chef do IIº Exército tinha por objetivo limpar a região compreendida entre o vale do rio Ribeiro e o mar, onde a subversão tinha instalado uma zona de refúgio e possuía um campo de treino. As unidades do Exército cercaram e limparam o quadrilátero formado pelas cidades de Cananea, Eldorado Paulista, Registro e Iguapé, enquanto a aviação bombardeava com explosivos e napalm as zonas menos acessíveis, com apoio de tropas no solo por helicópteros armados. A operação está virtualmente terminada, apesar da zona ainda permanecer sob vigilância terrestre e aérea, com a participação de elementos da 5ª Região Militar (PC de Curitiba). As principais dificuldades encontradas pelas forças de ordem foram três: o terreno escolhido pelos rebeldes, a ação adversa razoavelmente bem dirigida e executada, a ausência de documentos de identidade para muitos moradores, entre os quais podiam se refugiar guerrilheiros. Ao menos quinze elementos importantes da Vanguarda Popular Revolucionária e talvez o ex-Capitão Lamarca, que provavelmente tinha assumido o comando da ação, escaparam.³³

As cenas descritas lembram indiscutivelmente a guerra da Argélia: cercos, apreensão de suspeitos, bombardeamento com napalm das regiões inacessíveis, helicópteros armados com metralhadoras. A operação contou com mais de 2954 oficiais, em associação com o Centro de Informações do Exército, regimentos de infantaria, paraquedistas das forças especiais, polícias militares, além da Marinha e da Aeronáutica e comprovou a eficácia dos métodos de contraguerrilha no Brasil.

Cenas semelhantes ocorreram também na Argélia, contra o Exército de Libertação Nacional que atuava em zonas rurais de difícil acesso. Helicópteros militares foram empregados contra a guerrilha rural desde 1957, os modelos Bell e Alouette 2 faziam o reconhecimento aéreo, mas também auxiliavam as tropas no solo, enquanto os modelos para transporte de homens eram equipados com metralhadoras Browning que apoiavam pelo fogo as manobras terrestres.

Yves Boulnois narra os acontecimentos poucas semanas apenas após a conclusão da operação e observava detalhes, dificuldades e falhas. A principal dificuldade era a identificação dos guerrilheiros que, segundo ele, estavam bem integrados à população. Analisaria ainda outras ações, afirmando que após a morte de Marighela a luta contra a subversão se mantinha sob suas mais variadas formas. Desde sua chegada, observa-se grande riqueza de detalhes na descrição das operações repressivas, o que supõe maior acesso às informações num momento de fortalecimento do poder da comunidade de segurança e informações. As ameaças que pairavam sobre os diplomatas europeus, sobretudo após o sequestro do embaixador dos Estados Unidos e do da Suíça, contribuíram também a consolidar a cooperação entre serviços de inteligência franceses e brasileiros (Araujo, 2012).

Na guerra que o Exército travava contra movimentos guerrilheiros, a população era um dos eixos centrais. Desde os primeiros focos de guerrilha, em 1966, o Exército coordenaria operações psicológicas, buscando conquistar a adesão da população. O treinamento começou em abril de 1966, no sul do estado de Minas Gerais, onde se tivera notícia da implantação da primeira guerrilha nacionalista de resistência à ditadura. O controle social e médico da população se con-

33 BOULNOIS, Y. (1970a). *Rapport mensuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 8 de julho, caixa 14S534.

solidava como um dos pilares da política de combate à oposição armada, estendendo ainda mais o espectro da propaganda contrarrevolucionária.

Desde abril de 1967, no Alto Caparaó, foram realizadas as primeiras operações psicológicas chamadas de Ações Cívico-Sociais (ACISO). Como nas várias outras que a seguiriam, a ACISO do Alto Caparaó forneceu gratuitamente à população consultas médicas e odontológicas, prestou serviços veterinários, organizou atividades religiosas, realizou palestras e sessões cinematográficas. Buscava-se conquistar a simpatia da população de forma a obter informações sobre militantes e guerrilheiros. Outras ACISO seriam dirigidas em regiões estratégicas, em particular nas zonas de fronteira, nos estados do Sul, por onde transitavam membros da oposição, entre Uruguai e Argentina. Uma das principais ações desse tipo, observadas por Y. Boulnois foi coordenada pelo IIIº Exército, localizado em Porto Alegre, e a Vª Região militar, situada nos estados do Paraná e de Santa Catarina: a ACISO 70 contou com a participação das três armas, “durante essa operação psicológica foi dispensada assistência gratuita à população, com, 8690 consultas médicas, 4874 consultas odontológicas, 14895 vacinações, 61863 remédios distribuídos, 20247 artigos escolares, 325 bandeiras do Brasil distribuídas, 21 filtros d’água distribuídos e 48 filmes”.³⁴ Através das Ações Cívico-Sociais, o Exército dispunha de dispositivo total de controle da população, pois ela engloba praticamente todos os aspectos da sociedade, na escala de um território, aparentemente aberto, que, no entanto, está cercado por todos os lados. Buscava-se levar a população para dentro da esfera de influência das forças armadas.

A atuação das Ações Cívico-Sociais coordenadas pelas forças armadas deve ser comparada às *Sections Administratives Spécialisées* do Exército francês. Aliás, desde 1967, o estado-maior do Exército brasileiro enviou à França pedido de informações acerca de tais entidades.³⁵ As SAS têm longa tradição colonial na África do Norte e na Indochina, onde estabeleciam o elo entre o Exército colonial e a população colonizada. Eram o instrumento político pelo qual as forças armadas buscavam pacificar os territórios conquistados. A população que auxiliava o Exército na pacificação se tornava ator da luta contrarrevolucionária. Para alcançar esse objetivo, um dos principais instrumentos, no caso da Argélia, foram os *Harkis*, auxiliares incorporados às tropas paramilitares que ajudavam o Exército na busca de informações sobre a atuação da organização rebelde. Por outro lado, esperava-se dos oficiais atuando nos SAS que estivessem convictos de sua missão civilizadora, aqueles nascidos nos territórios coloniais, com o fim da guerra e a retirada das tropas, continuariam a luta pela Argélia francesa por outros meios, ao entrarem para a *Organisation de l’Armée Secrète* (OAS). As SAS cessariam suas atividades com o fim da colonização, deixando lugar ao *Groupement Interarmées Actions Civilo-Militaires*.

As SAS levavam os serviços do Estado a regiões que até então tinham concentrado pouca ou nenhuma atenção dos serviços públicos. Sua ideia-força partia do pressuposto que a insurreição armada se apoiava na população que vivia em condição de subdesenvolvimento. No Brasil, os territórios alvo das Ações Cívico-Sociais não eram colônias e sua população não era colonizada, logo, forte viés ideológico nutria tais operações. O Exército devia assumir de fato a administração dos serviços públicos e, nesse sentido, ia muito além de seu papel de braço forte, o que caía como uma luva para oficiais politizados que aspiravam a construir um novo país.

As ACISO tiveram vida longa e continuam a ser aplicadas sob a coordenação do Ministério da Defesa, antecedendo ou sucedendo a operações com caráter repressivo, envolvendo militares, policiais e agências de inteligência, visando a prevenir e combater atividades ilícitas. As de maior dimensão ocorreram durante a Operação Ágata que desde 2011 atua nas zonas de fronteira, com

34 BULNOIS, 1970b, o. cit.

35 AUSSARESSES, P. (1975b). *Rapport annuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, caixa 14S35

o intuito de manter o controle sobre essas regiões, em particular a Amazônia, alvo da Ágata 4, e a região Sul, alvo da Ágata 5, zonas onde a presença de organizações criminosas era atestada e onde o Estado era considerado pouco presente. Por outro lado, o Exército buscou conquistar a adesão da população após operações repressivas em zonas urbanas, como no Complexo do Alemão, em 2012, quando tropas das forças especiais do Exército foram diretamente transferidas de operações exteriores, no caso a missão de paz no Haiti, a operações internas, ao invadirem comunidades da periferia do Rio de Janeiro.

Considerações finais

A doutrina da guerra revolucionária e seus desdobramentos é um objeto de estudo já consolidado há vários anos, principalmente nos países onde as forças armadas utilizaram-na como recurso para orientar a ação política de seus oficiais, seja em operações externas seja em operações internas. Do deslocamento dos conceitos iniciais, desenvolvidos por oficiais franceses confrontados a guerras irregulares em contexto colonial, até a criação de novas tecnologias de combate, como helicópteros armados de metralhadoras para garantir a ordem interna, seus distintos segmentos foram dissecados por oficiais diplomados das mais prestigiosas escolas militares.

Os conceitos chave defendidos por oficiais coloniais que contribuíram a propagar essa doutrina reiteraram a maneira como os oficiais brasileiros encaravam seu papel na sociedade, ao dar importância aos aspectos político e social de sua missão. A genealogia colonial do pensamento militar revela assim a permanência de métodos de governança colonial e o ressurgimento de ideais contrarrevolucionários. O papel desempenhado pela missão militar francesa (1920-1940) foi crucial, ao propor nova leitura do papel social do oficial do Exército, encarregado da missão de pacificar e civilizar. De braço forte, o oficial se transforma em mão amiga, levando aos confins do território nacional os serviços básicos, à exemplo dos colonizadores franceses do século XIX.

A doutrina francesa orientou a construção do inimigo interno de forma ampla o suficiente para servir às mais variadas situações. No cerne das guerras da Indochina e da Argélia foi elaborada a imagem idealizada de um inimigo que correspondia aos medos e anseios da elite civil e militar. As soluções encontradas pelos exércitos europeus nas guerras coloniais serviam de modelo para a guerra que os mais exaltados oficiais pretendiam travar contra movimentos comunistas. Ao imaginar o inimigo, preparavam-se para a guerra, elaborando regulamentos, escrevendo artigos e editando manuais, cujo objetivo era orientar os oficiais em sua missão. A adoção de nova doutrina foi além de imaginar um inimigo interno e no âmbito da Escola Superior de Guerra o papel do militar na sociedade foi redefinido, no sentido de torna-lo um especialista de assuntos sociais capaz de agir sobre a população.

A DGR propunha ferramentas que davam às forças armadas a capacidade de fazer o diagnóstico da sociedade e propor uma cura. Através de políticas destrutivas, como a contraguerrilha, e construtivas, como as ações psicológicas, buscava-se curar os males sociais. A metáfora de oficiais como especialistas capazes de compreender a sociedade e agir em consequência conferia cientificidade e legitimidade ao discurso militar.

A ação contrarrevolucionária foi observada com atenção por oficiais franceses, renomados especialistas dos Serviço de Documentação Exterior e de Contraespionagem. Pierre Lallart mapeou redes militares que agiram durante o golpe e cuja atuação fora crucial na reorganização dos serviços de informação. Jean Wartel observou a criação das principais escolas do serviço de informação. Yves Boulnois acompanhou de perto a evolução da luta anti-subversiva e seus desdobramentos urbanos e rurais. Jean-Louis Guillot estendeu a colaboração ao nível do estado-maior.

Por fim, Paul Aussaresses concluiu período de forte colaboração ao atuar no Centro de Operações da Selva e de Ações de Comando, em Manaus.

Observa-se o emprego de expressões herdadas do universo colonial, nas operações civis e militares e seus desdobramentos atuais através das ACISO. Nessas operações, a fronteira nacional é deslocada até o limite onde se estabelece a competência dos responsáveis pelas operações. Verdadeiras operações de conquista da população, as Ações Cívico-Sociais vêm diretamente do universo de referência contrarrevolucionário, em que o objetivo não é mais destruir, mas persuadir, quer dizer, conquistar a adesão da população. As ACISO são uma herança direta dos tempos ditatoriais, quando se fazia a política do Exército.

Bibliografia e fontes

Fontes

- ANDREAZZA, M. D. (1964). *Estrutura da segurança nacional*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C. 06-64.
- AUSSARESSES, P. (1975a). *Rapport de fin de mission*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 6 de outubro, caixa 14S535.
- (1975b). *Rapport annuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, caixa 14S535.
- BINOCHÉ, J. (1967). *Opération antiguérillas dans l'Etat de Minas Gerais*. AMAE, abril, caixa 132.
- BRASIL, P. (1964). *Livro Branco da Guerra Revolucionária*. Porto Alegre: Livraria do Globo.
- BOULNOIS, Y. (1966). *Relève du lieutenant-colonel Boulnois, Accesseur Militaire français à l'État-Major général de l'Armée argentine*. Vincennes: Service Historique de la Défense, março, caixa 14S534.
- (1970a). *Rapport mensuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 8 de julho, caixa 14S534.
- (1970b). *Rapport de l'attaché militaire pour juillet 1970*. Vincennes: Service Historique de la Défense, agosto, caixa 14S534.
- COMBLIN, J. (1977). *Le pouvoir militaire en Amérique latine : l'idéologie de la sécurité nationale*. Paris: Jean-Pierre Delarge éditions universitaires.
- FRAGOSO, A. (1959). *Introdução ao estudo da guerra revolucionária*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C-85-59.
- GUILLOT, J.-L. (1972a). *Rapport mensuel*. Vincennes: Service Historique de la Défense, janeiro, caixa 10T1112.
- (1972b). *Rapport de la visite du general Alain de Boissieu*. Paris: Archives du Ministère des Affaires Étrangères et Européennes, abril, caixa 184.
- (1973). *Rapport de l'attaché militaire pour janvier 1973*. Vincennes: Service Historique de la Défense, fevereiro, caixa 14S534.
- HERREIRA, H. A. (1955). *Concepção moderna da guerra. Formas de guerra*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C-24-55.
- LALLART, P. (1965). *La Révolution brésilienne d'avril 1964*. Vincennes: Service Historique de la Défense, maio-julho, caixa 14S537.
- (1966). *Rapport de fin de mission au Brésil*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 11 de agosto, caixa 10T1112.
- LATOUR, J. DE (1968). *Terrorisme et agitation sociale à São Paulo*. Paris: Archives du Ministère des Affaires Étrangères et Européennes, julho, caixa 133.
- LYAUTEY, H. (1938). *A função social do Oficial*. Rio de Janeiro: Biblioteca do Exército.
- MINISTERIO DO EXERCITO (1968). *Manual de campanha da guerra revolucionária*. Brasília: Gráfica do Quartel general do Exército - Estabelecimento General Cordeiro de Farias, abril de 1969.
- NORMAND, A. (1958). *Relatório de informe "Rôle des forces armées françaises dans l'effort de propagande et d'expansion actuellement appliqué sur le Brésil"*. Vincennes: Service Historique de la Défense, 10 T 1108.
- PACHECO E SILVA, A. C. (1958). *Guerra Psicológica*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-15-58.
- (1961). *Ações psicológicas na guerra moderna*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-07-61.
- STEPAN, A. (1975). *Os militares na política. Changing patterns in Brazil*. Rio de Janeiro: Artenova.
- TAVARES, A. DE LYRA (1961). *A guerra revolucionária e a conjuntura brasileira*. Rio de Janeiro: Escola Superior de Guerra, C2-30-61.

Bibliografia

- ARAUJO, R. NABUCO DE (2008). “A Guerra Revolucionária : afinidades eletivas entre oficiais brasileiros e a doutrina francesa (1957-1974)”, em D’ARAUJO M. C. et al. (dir.). *Defesa, segurança internacional e Forças Armadas*. Campinas: Mercado de Letras.
- (2011). *Conquête des esprits et commerce des armes : la diplomatie militaire française au Brésil (1947-1974)*. Tese de Doutorado em História. Toulouse: Université de Toulouse 2 – Le Mirail.
- (2012). “L’art français de la guerre. Transferts de la doctrine française de la guerre révolutionnaire”. *Cahiers des Amériques Latines*, no. 70, pp. 39-58.
- BELLINTANI, A. Iop (2009). *O Exército brasileiro e a missão militar francesa : instrução, doutrina, organização, modernidade e profissionalismo (1920-1940)*. 2 v. Tese de Doutorado em História. Brasília: Universidade de Brasília.
- BRANCHE, R. (2001). *La torture et l’armée pendant la guerre d’Algérie 1954-1962*. Paris: Gallimard.
- DREIFUSS, R. A. (1981). *1964: a conquista do Estado. Ação política, poder e golpe de classe*. Petrópolis: Vozes.
- JOFFILY, M. (2008). *No centro da engrenagem. Os interrogatórios na Operação Bandeirante e no DOI de São Paulo (1969-1975)*. Tese de Doutorado em História. São Paulo: Universidade de São Paulo.
- MARAN, R. (1989). *Torture. The role of ideology in the French-Algerian War*. New York-Westport-London: Praeger.
- MARTINS FILHO, J. R. (2004). “A educação dos golpistas: cultura militar, influência francesa e golpe de 1964”, artigo apresentado no congresso *«The culture of dictatorship»*, University of Maryland.
- (2006). “Tortura e ideologia: os militares brasileiros e a doutrina da guerre révolutionnaire (1959-1974)”, texto apresentado no *Congresso da Latin American Studies Association*, San Juan de Porto Rico.
- (2008). “A influência doutrinária francesa sobre os militares brasileiros nos anos de 1960”. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, vol. 23, no. 67.
- (2012). “A conexão francesa. Da Argélia ao Araguaia”. *Varia História*, vol. 28, no. 48, pp. 519-536.
- PÉRIÈS, G. (1999). *De l’action militaire à l’action politique. Impulsion, codification et application de la guerre révolutionnaire au sein de l’armée française*. Tese de Doutorado de História. Paris: Université Paris 1 – Panthéon – Sorbonne.
- (2001). “Construire l’ennemi intérieur”. *Cultures & Conflits*, no. 43, pp. 100-112.
- (2004). “Un modèle d’échange doctrinal franco-argentin : le Plan Conintes 1951-1966”, em FREGOSI, R. (org.). *Armées et pouvoirs en Amérique Latine*. Paris: CREDAL-IHEAL.
- ROBIN, M. M. (2004). *Les escadrons de la mort. L’école française*. Paris: La Découverte.
- VILLATOUX, M.-C. (2002). *La Guerre et l’action psychologique en France (1945 – 1960)*. Tese de Doutorado em História. Paris: Université Paris 1 – Panthéon – Sorbonne.
- VILLATOUX, P. & VILLATOUX, M.-C. (2005). *La République et son armée face au péril subversif – Guerre et action psychologiques en France (1945-1960)*. Paris: Les Indes Savantes.

Recibido: 7/4/2017. Aceptado: 29/6/2017

América Latina en torno a los paradigmas de seguridad

Rut Diamint¹

Resumen

Los estudios de seguridad representan un aspecto central de las relaciones internacionales. Las corrientes tradicionales y los aportes de las nuevas escuelas de pensamiento impactaron tanto en la disciplina como en las acciones concretas de los Estados del sistema internacional. Las potencias occidentales se han caracterizado por fomentar los debates académicos y por incluir esos conceptos en las definiciones estratégicas de sus políticas. En cambio, en América Latina, los aportes al debate sobre la seguridad internacional han sido limitados y de un relativo impacto en las acciones de gobiernos. En este texto se efectúa un repaso de las escuelas de pensamiento en seguridad y se lo vincula a las decisiones nacionales y regionales. Se argumenta que esas prácticas no estuvieron acompañadas por la generación de un pensamiento académico propio de la región sobre la seguridad internacional.

Palabras clave: escuelas de pensamiento; seguridad internacional; América Latina; defensa.

Abstract

Security studies represent a central side of international relations. Both, traditional movements and the contributions of the new schools of thought, had an impact both on the discipline and on the concrete actions of the States of the international system. Western powers have been characterized by fostering academic debates, and by including such concepts in the strategic definitions of their state policies. On the other hand, in Latin America, contributions to the debate on international security have been limited and have a relative impact on government actions. This text reviews the schools of thought in security and links it to national and regional decision-making. It is argued that these practices were not accompanied by the generation of an regional academic thought about international security.

Keywords: Schools of Thought; International Security; Latin America; Defense.

¹ Profesora de la Universidad Torcuato Di Tella, investigadora principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet).

Introducción

La seguridad global, lo que anteriormente se denominaba *alta política*, se organizaba en torno a los asuntos de guerra y paz. Dos indicadores de la centralidad que han tenido los asuntos de defensa en el sistema internacional se reflejan, por ejemplo, en el hecho de que el antecedente de la asociación europea haya sido la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, de 1951, que regulaba los sectores del carbón y del acero, elementos esenciales para la producción de armamento. Asimismo, la firma del tratado de roma, que estableció la CCE, propuso una unión sin fisuras entre los países europeos, al que se sumó el tratado Euratom. La cooperación política estaba estrechamente vinculada a los acuerdos de seguridad. Un segundo ejemplo se evidencia en que la primera potencia mundial, Estados Unidos, concentra el 34 % del gasto militar mundial. Las relaciones internacionales se amoldaron a estas prioridades. Incluso, propiciaron una extensa producción académica sobre seguridad internacional con pujantes debates orientados a asegurar las capacidades estatales.

En América Latina esas argumentaciones alimentaron las concepciones de las fuerzas armadas, pero tuvieron un impacto mucho menor en el pensamiento de los internacionalistas. La producción intelectual de la región no se caracterizó por la generación de teorías o análisis ajustados a la realidad local. Los actores políticos llevaban a cabo acciones que reflejaban la toma de posición afín a las conceptualizaciones imperantes entre las potencias. Dentro de estas, la que predominó sería el realismo, asociado casi siempre a las ideas soberanistas.

En tiempos de la Guerra Fría, la naturaleza bipolar se expresaba por medio del pensamiento realista y ello daba centralidad a los medios militares como recurso de poder. Un interregno de expectativas institucionalistas facilitó la aparición de otras corrientes que evalúan la proyección de un estado teniendo en cuenta distintas capacidades, en términos de recursos humanos, materiales, financieros, así también como pronósticos ambientales, climáticos, culturales, etcétera.

Hipotéticamente, cuando un país diseña sus planes a futuro mira la agenda global, ya que las decisiones de otros Estados afectan directa o indirectamente a los demás. Tradicionalmente, la estrategia era el procedimiento que permitía partir de un escenario actual para, escalonadamente, alcanzar los objetivos de mediano y largo plazo. En las escuelas anglosajonas, la estrategia ha sido relegada por los estudios de seguridad. Ambas doctrinas influenciaron las decisiones de la dirigencia latinoamericana. Sin embargo, esas decisiones no estuvieron acompañadas por la generación de un pensamiento académico autónomo sobre la seguridad internacional.

En este artículo se revisan esos conceptos tradicionales y los nuevos aportes sobre seguridad, a la luz de las tendencias políticas en América del Sur. Primero, reconociendo el impacto de la estrategia y la geopolítica en la conformación del pensamiento militar. Segundo, abordando los nuevos planteos sobre seguridad y su implementación en los organismos hemisféricos y regionales. En tercer lugar, se examinan las miradas críticas sobre seguridad y su correspondencia con movimientos políticos de la última década. El siguiente apartado evalúa el impacto de la seguridad humana en la región. En los comentarios finales se retoma la idea de que en América Latina faltan paradigmas conceptuales para diseñar su defensa y su inserción internacional.

Estrategias de poder

La estrategia nació como un concepto militar a pesar que su gran desarrollo en el siglo xx se produce en el ámbito de la economía y la negociación. Sin alejarnos hasta el siglo v o iv a. C., cuando Tucídides, analizando las guerras del Peloponeso y Sun Tzu, indagando sobre el arte de la guerra, elaboraron las primeras reglas de la táctica aplicadas a la política (Sun Tzu, 1984; Tucídides, 1996),

numerosos estudios basados en el pensamiento realista explican cómo conducir una guerra. Baylis y otros (2013: 4) explican en la introducción de su libro que Carl von Clausewitz (2004), Basil Liddell Hart (1991) o André Beaufre (1965) se enfocaban en una definición estrecha de estrategia, relacionada con la fuerza militar y los objetivos de la guerra, mientras que los conceptos actuales se orientan a aplicar el uso o la amenaza del uso de la fuerza para alcanzar objetivos políticos, coordinando todos los recursos de la nación, no solamente los medios militares. La ampliación de la agenda de seguridad y la aparición de actores internacionales no estatales restaron relevancia a los estudios de estrategia, dando mayor preeminencia a los estudios de seguridad. Especialmente, la centralidad de la información y la inteligencia como herramientas primordiales para enfrentar los conflictos, dejó a la estrategia en un nivel militar, o empresarial, pero menos importante para examinar la realidad mundial.

El estudio de la estrategia sigue estando vigente. Quienes deban definir una operación militar, presentando opciones a los decisores gubernamentales, continúan utilizando sus principios. Bernard Brodie, ante un evidente deterioro del papel de la estrategia, decía: «Aunque idealmente el enfoque militar de los problemas estratégicos debe ampliarse y modificarse según la visión relevante de los hombres de Estado, esas visiones comúnmente están subdesarrolladas entre los funcionarios civiles o políticos» (Brodie, 1959: 8). Su visión es que los políticos no conocen la estrategia. Es cierto que en muchos países los funcionarios de los ministerios de Defensa no están capacitados para planificar el uso del instrumento militar. Pero también es cierto que trasladar las ideas de la guerra al campo de los intereses amplios del Estado lleva a sintetizar la política en vencer, ganar, derrotar, disuadir (Luttwak, 1987; Gray Colin, 1999). La política entre naciones comprende acciones más sutiles y complejas que los tradicionales estudios de estrategia no incluyeron entre sus preceptos.

Una peculiaridad de la estrategia es que sus propuestas a futuro se elaboran analizando las respuestas que las naciones estructuraron para defenderse en las guerras pasadas. Sopesando aciertos y errores de una contienda específica, modifican la preparación y las acciones militares próximas para no repetir las equivocaciones. Pero cada guerra contemporánea incorpora nuevas tecnologías, el uso de medios de comunicación alternativos, nuevas categorías de combatientes y por ello sus pronósticos no son suficientemente válidos. Vinculado a la noción de estrategia, otros análisis prospectivos se realizaron desde la visión de la geopolítica. Esta mirada sobre el poder mundial tiene sus raíces en el inicio de la época moderna con la conquista de territorios y la construcción de imperios extraterritoriales. El autor clásico Friedrich Ratzel percibía al espacio geográfico como una variable decisiva de las decisiones estatales (Ratzel en Hunter, 1983). Su pensamiento tuvo una amplia influencia entre los ejércitos latinoamericanos que tomaban el ejemplo alemán como modelo para la profesionalización de sus fuerzas. La rivalidad entre Estados se conjugaba por medio del dominio de tierras y los conflictos por límites eran la razón de muchas guerras. Alfred Mahan (1987) extiende las ideas al dominio de los mares. Collins y Waller (2000: 51) la definen como una teoría del desarrollo estatal militarcentrada, es una teoría sobre la dinámica del control estatal sobre el territorio (: 53).

Las críticas a la geopolítica se centran en su carácter determinista además de quedar asociada con el nazismo. Se sostenía que fomentaba las visiones imperialistas y agresivas (Derlugian y Greer, 2000; Child, 1985; David, 2008; Kelly y Pérez, 2007). A ello se sumaría el argumento de que la aceleración de los flujos comerciales y financieros globales ha tendido a debilitar la noción de frontera territorial, mientras que los numerosos acuerdos subregionales disminuyen las potestades de la soberanía estatal, haciendo que las visiones geopolíticas pierdan carácter explicativo.

Hacia fines de los años setenta se comienza a rehabilitar el concepto que Edward Luttwak (1990), el conocido estratega norteamericano, traduce como geoeconomía.

Otros académicos han retomado el concepto de geopolítica, especialmente para analizar el cambio de eje eurocéntrico hacia Asia. El reconocido político Zbigniew Brzezinski comentaba: «Como la influencia de China crece y como otros poderes —Rusia o India o Brasil, por ejemplo— compiten entre sí por recursos, seguridad y ventajas económicas, los errores de cálculo y de conflicto aumentan. En consecuencia, los Estados deben tratar de dar forma a un marco geopolítico más amplio para una cooperación constructiva en la arena global (2013: 11-12).

Con el impulso de un nuevo pensamiento, como el de Yves Lacoste (1990), a fines de los años setenta, quien proponía que la geografía es un arma para la guerra o los aportes de finales de los años noventa de la geopolítica crítica, que incorpora la noción de mistificación espacial de las identidades y de la nación, la geopolítica intentó revitalizarse, abarcando otros campos además de lo territorial. Estas corrientes incorporan lo simbólico en las representaciones estatales, afirmando que el discurso constituye o inscribe su objeto. Han servido para instalar nociones como la lógica sur-sur de las relaciones internacionales.²

Michael Klare incorpora la visión de la geopolítica sustentada en los recursos naturales y el control de rutas para acceder a ellos: «Las rutas marítimas y la infraestructura costera que las apoyan son la tabla de salvación de la economía global actual» (2008). La posición de Klare es claramente geopolítica, realista, donde la competencia por el poder pasa por los recursos más que por la mirada tradicional del territorio:

El aumento de la competencia por el acceso a las principales fuentes de petróleo y gas, la creciente fricción por la asignación del suministro compartido de agua y la guerra interna por los valiosos productos primarios de exportación, han producido una nueva geografía del conflicto, una cartografía reconfigurada en la que los flujos de recursos, más que las divisiones políticas e ideológicas, constituyen los principales problemas (Klare, 2001).

De todas las escuelas realistas tradicionales, los análisis de Klare han sido los que mayor influencia ejercieron en las políticas sudamericanas en estos últimos años. Ello se hizo evidente en el Consejo Sudamericano de Defensa (CDS) de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), impulsado por el pensamiento brasileño de la escuela de guerra (Escola Superior de Guerra, ESG). En esa dirección, el exdirector del Centro Estratégico de Estudios de la Defensa de la Unasur, Alfredo Forti, expresaba: «la abundancia de recursos en nuestra región tiene como contracara la escasez y la apetencia de los mismos para actores extra regionales».³ Para contrarrestar esta debilidad, Forti proponía la doctrina que debería sustentar la defensa de esos recursos: «el proceso iniciado apunta a configurar a futuro un esquema regional cooperativo fundado en una doble categoría: “cooperación hacia dentro” y “disuasión hacia fuera”».⁴ En esa visión de la Unasur, guiada por la ideología del socialismo del siglo XXI que expresaban varios gobiernos de la región, el «afuera» es un campo de enemigos con vocación imperialista y anhelos de conquista o expansión.

2 Entre otros, se puede citar a Agnew (2005) y a Taylor y Flint (2002).

3 FORTI, A. (2014). *La defensa y los recursos naturales en Suramérica. Aportes para una estrategia regional*, p. 18. Disponible en: <<http://www.ceedcds.org.ar/Espanol/09-Downloads/DEF-RRNN-ALFREDO-FORTI.pdf>>. Por cierto, los doce países de la Unasur poseen en conjunto grandes cantidades de reservas de minerales (en porcentajes del total mundial): de litio (65 %), plata (42 %), cobre (38 %), estaño (33 %), hierro (21 %) y bauxita (18 %), así como altas reservas de petróleo. Además, la región presenta aproximadamente un tercio de los recursos hídricos renovables del mundo, una alta concentración de biodiversidad y millones de hectáreas de tierras cultivables. Ello no implica que las potencias piensen movilizar a sus ejércitos para capturar esos recursos.

4 Ídem.

Retomando, tanto la estrategia como la geopolítica comparten el enfoque estadocéntrico, asociado además a la metodología positivista del realismo de las relaciones internacionales. La lógica que prima es de un juego de suma cero, perspectiva que queda clara en las palabras de Stephen Walt: «El conflicto entre Estados es siempre una posibilidad» (1991: 212). El uso de la fuerza es un instrumento permanente de la proyección de sus intereses.

Debido al imperio de las fuerzas armadas, en América Latina el pensamiento estratégico, geopolítico y de base realista predominó en las agendas de seguridad. Las publicaciones de los centros militares dedican un amplio porcentaje de sus artículos a visiones que contrastan con las expresiones políticas contenidas en los Libros Blancos de la Defensa. Una revisión de alguna de ellas, como la *Revista da Escola Superior de Guerra* de Brasil; *El Observador Aeronáutico* de Chile; *Perú Defensa*; Revista Militar, del Círculo Militar argentino; revista militar *Armas* de México; revista militar *Armas* de Colombia; entre muchas otras, desafían las proposiciones integracionistas de las autoridades diplomáticas y políticas. Esas publicaciones se inclinan por temas técnicos y de combate, donde la visión del enemigo no se ha modificado.

Incluso, mientras que el arco político promueve la cooperación regional, en la prensa pueden encontrarse acciones de militares que aún consideran a los países vecinos como eventuales contendientes. Por ejemplo, hubo una tensión diplomática entre Chile y Perú por un supuesto caso de espionaje en el que estarían implicados tres oficiales de la Marina peruana, quienes habrían sido cooptados entre 2006 y 2011 por militares chilenos, a quienes entregaban información clasificada (Diamint, 2015). En numerosas ocasiones, los militares colombianos denunciaron que el presidente Chávez podría utilizar un ataque a Colombia para cohesionar a su propia población,⁵ mientras que Venezuela, por su parte, ha acusado a Colombia por acciones de grupos paramilitares de ese país en la frontera venezolana.⁶ El pensamiento tradicional no fue superado entre la mayoría de las fuerzas armadas latinoamericanas.

Los estudios de securitización

La mayoría de los escritos sobre seguridad plantean que el conflicto es parte de la naturaleza, y se traslada a los vínculos entre naciones. Por lo tanto, se trate de conflictos ideológicos, religiosos, étnicos, económicos, sociales, etc., representan en realidad una lucha de poder. Desde 1945 no hubo guerras mayores, pero fueron numerosos los conflictos entre Estados e intraestatales. Las respuestas a esos conflictos se diversificaron. Dada la existencia de una realidad inédita, era esperable que se modificara también la forma de entender y estudiar la seguridad internacional.

Las nuevas corrientes de pensamiento en seguridad que surgen luego del fin de la Guerra Fría amplían la visión realista, incluyendo amenazas de carácter no militar como son las cuestiones ambientales, las migraciones o los derechos humanos. Se alejan de la visión estadocéntrica para considerar la seguridad de los individuos. En conjunto, estos textos incorporan una serie de problemas, como las cuestiones de identidad, los conflictos étnicos, las luchas civilizatorias, la insuficiencia de los recursos naturales y el nuevo tipo de terrorismo internacional. Centralmente, los nuevos estudios de seguridad incorporan el cambio y «la forma en que el uso de la fuerza afecta

5 OTÁLVORA, E. C. (2007). «¿Van Venezuela y Colombia hacia una guerra?». *Noticias 24*, 29 de julio 2007. Disponible en: <<http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/6653/%C2%BFvan-venezuela-y-colombia-hacia-una-guerra/>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

6 «Venezuela infiltrada por paramilitares colombianos», *Telesur*, 26 de agosto 2015. Disponible en: <<http://www.telesurtv.net/telesuragenda/Venezuela-infiltrada-por-paramilitares-colombianos-20150826-1326.html>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

a los individuos, los Estados, y las sociedades, y las políticas específicas que los Estados adoptan para prepararse, prevenir o enrolarse en una guerra» (Walt, 1991: 212).

La extensa producción que comienza en los años ochenta cuestiona los determinantes epistemológicos desarrollados por las escuelas realista y liberal traspasando la seguridad estatal y militar al campo de las relaciones sociales. Especialmente, Buzan y Wæver hacen una inversión de las nociones tradicionales remarcando que lo que se debe asegurar es el individuo y no el Estado. Estos enfoques generan perplejidad y, en palabras de Steve Smith, una creciente inseguridad de los estudios de seguridad (2000: 73-75), que reclama análisis más sistemáticos y verificables de los riesgos que afrontan las sociedades, menos atados a las necesidades de los *policy makers*.

Suele considerarse que los estudios de seguridad comienzan a despegarse de la visión más militar de la estrategia con los textos de Ullman (1983) y Tuchman Mathews (1989). Había una relativa insatisfacción con el positivismo dominante (Smith, 2000: 76) y con la comprobación de que los análisis realistas, neorealistas e institucionales no daban cuenta de los problemas de seguridad que padecía la mayor parte del mundo.

Barry Buzan (1995) incorpora cinco sectores que comprenden la seguridad de un Estado: militar, político, económico, societal y ambiental. Todos estos factores operan de forma conjunta y además Buzan resalta: «Los ciudadanos enfrentan muchas amenazas que emanan tanto directa como indirectamente del Estado» (1991: 44). Si bien su libro *People, Fear and State* no se aparta de varios elementos del realismo, su aporte y su evolución posterior fueron centrales para el desarrollo de la Escuela de Copenhague. Especialmente a partir de su colaboración con Ole Wæver y su conceptualización sobre la securitización.

Una particularidad de estas nuevas corrientes de pensamiento es que se inician en los países europeos y no en los Estados Unidos que habían dominado la producción académica tanto realista como liberal. Wæver lo explica del siguiente modo: «En Europa hay un vibrante debate entre una serie de escuelas contrincantes en los estudios de seguridad: estudios críticos de seguridad, la escuela de Copenhague, postmodernistas radicales, feministas, enfoques inspirados en Bourdieu y posiciones más tradicionales y realistas», mientras que en la academia de Estados Unidos «Es factible que el debate principal sea la polémica intra-realista entre el realismo ofensivo y el defensivo» (Wæver, 2004: 4).

La mirada de la seguridad societal permite, por una parte, incorporar una serie de temas que estaban excluidos de la agenda realista, como la cuestión de las migraciones, las amenazas derivadas de problemas medioambientales o las diferencias étnicas. Por otra parte, construye un concepto que se diseminó en la opinión pública: la securitización de los problemas sociales. Ole Wæver reflexiona acerca de cómo determinados actores construyen una amenaza cuando le asignan un sentido de urgencia e importancia ante lo cual solo los decisores políticos o los militares tiene capacidad de respuesta. Wæver propone desecuritizar esos asuntos, desplazándolos de la agenda de seguridad hacia la agenda política (1995: 46-86).

Por supuesto, este enfoque generó reacciones entre los tradicionalistas. John Mearsheimeres, el representante más cabal que se opone a los criterios europeos, sostiene que la teoría crítica enfatiza que es imposible predecir el futuro apostando a cambios pacíficos, pero este objetivo es irrealizable «porque la estructura del sistema internacional fuerza a los estados a comportarse como egoístas. Anarquía, capacidades ofensivas, e intenciones inciertas se combinan para dejar a los Estados con pocas opciones salvo competir agresivamente con el otro» (1994/1995: 40). Mearsheimer, gran exponente del realismo ofensivo, identifica el sistema internacional como un escenario de conflictos, impredecible respecto a la conducta de otros estados que a su vez com-

piten por tener mayor autonomía. En consecuencia, resulta lógica su prédica para que Estados Unidos maximice su poder y se convierta en el actor más fuerte, en el hegemón (2001: 61).

Más allá de estas críticas, la noción de securitización alcanzó una vasta repercusión en América Latina. Sin que necesariamente se conocieran los postulados de Wæver sobre la seguridad societal, o la desecuritización, el término fue utilizado por políticos y periodistas. En la mayoría de los casos refería a los procesos de reconversión de los militares para ocuparse de la seguridad pública, donde la securitización aludía a la militarización de la agenda pública. Justamente, Wæver alerta sobre las consecuencias de securitizar un problema ya que el Estado asigna roles especiales que suprimen o parcializan los derechos ciudadanos (1995: 54). Su contribución fue esencial para incorporar actores no estatales, comunidades y grupos de individuos en la agenda de seguridad. En los países latinoamericanos sirvió para legitimar tanto la intervención de una comunidad epistémica civil en defensa, como para incluir la cuestión de los derechos humanos en el campo de la seguridad nacional.

Una expresión concreta de la securitización se llevó a cabo con la implementación del concepto de seguridad multidimensional, incluida como doctrina de seguridad por la Organización de Estados Americanos (OEA). El concepto de seguridad multidimensional fue aprobado por la comunidad hemisférica en la Asamblea General de la OEA, realizada en Bridgetown, Barbados, el 4 de junio de 2002. En esa declaración se aceptó que:

... las amenazas, preocupaciones y otros desafíos a la seguridad en el Hemisferio son de naturaleza diversa y alcance multidimensional y que los conceptos y enfoques tradicionales deben ampliarse para abarcar amenazas nuevas, que incluyen aspectos políticos, económicos, sociales, de salud y ambientales.⁷

Esta declaración recoge las demandas de los pequeños Estados del Caribe, cuyos problemas de defensa tienen un carácter particular, vinculado directamente a los problemas de desarrollo. En respuesta a estas demandas, se creó la Secretaría de Seguridad Multidimensional (SSM) en 2005, con el objetivo de dotar a la OEA de un nuevo perfil de seguridad incluyendo las cuestiones que amenazan a los ciudadanos de América Latina y Caribe, y que en muchas ocasiones dista de ser un problema que se resuelva con el uso de las fuerzas armadas. El embajador Adam Blackwell, ex secretario de Seguridad Multidimensional, resumía la visión de la SSM, afín a los conceptos de la escuela de Copenhague:

... en la Secretaría comenzamos a diseñar e implementar una metodología a la que yo llamo seguridad inteligente un enfoque que ofrece respuestas constructivas y sustentables a los mandatos que nos han encomendado y que a su vez impulsa un multilateralismo moderno.⁸

No obstante, es necesario llamar la atención sobre efectos negativos de la seguridad multidimensional, que puede convertirse en un puente hacia la securitización de los problemas socioeconómicos y la consiguiente militarización de sus soluciones (Wæver, 1995: 54). Chillier y Freeman señalan cuatro factores que abonan este riesgo (Chillier y Freeman, 2005: 1): primero, la tendencia histórica de intervención política de las fuerzas armadas durante los regímenes autoritarios. Segundo, la «guerra» de EEUU contra las drogas, que promueve un rol más amplio de las fuerzas armadas en ocasiones contrariando el principio del sistema legal. Tercero, las crisis de los sistemas de seguridad pública de la mayoría de los países de la región. Cuarto, «la guerra contra el

7 ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (OEA) (2002). *Draft Declaration of the Special Conference on Security*, CP/CSH-558/03 rev. 3, Disponible en: <<http://www.oas.org>>.

8 BLACKWELL, A. (2013). «Sobre la Implementación de la Resolución AG/RES. 2735 (XLII-O/12): Promoción de la seguridad hemisférica: Un enfoque multidimensional», intervención en la *IV MISPA*. Medellín: 21-22 noviembre. Disponible en: <https://www.oas.org/dsp/documents/MISPAIV/speeches/MISPA_IV_SMS-AdamBlackwell_Nov21-2013.pdf> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

terrorismo» lanzada por Estados Unidos, que promueve una definición expansiva y nebulosa del terrorismo. O sea, estos aportes, que en las potencias occidentales tuvieron el efecto de «humanizar» la seguridad, en América Latina desencadenan, a falta de mejores instrumentos, acciones militarizadas. La securitización nuevamente autoriza a las fuerzas armadas a actuar en ámbitos que no se corresponden con la defensa nacional. Además, se alienta a las fuerzas armadas a que cumplan con un nuevo papel, estigmatizando como enemigos a los migrantes, a los pobres o a las catástrofes naturales. Justifica la utilización de las fuerzas armadas en seguridad pública, como extensivamente está sucediendo en el combate al crimen, a las maras, al narcotráfico. Finalmente, evita que las instituciones estatales desarrollen capacidades propias para solventar las demandas sociales.

En suma, en América Latina se tomó el concepto de securitización pero no se desarrolló el aspecto más importante propuesto por Wæver: la desecuritización (1995: 67). De forma simplificada, este autor propone que los Estados respondan simultáneamente a la seguridad nacional y a la seguridad societal. Para ejemplificar ese enfoque realiza un análisis sobre las migraciones y las cuestiones identitarias (Wæver, 1993), estudio de 1993, que ahora ante las crisis migratorias de Medio Oriente vuelven a retomar su vigencia.

En América Latina se revela una serie de prácticas securitarias. Es decir, ante un problema, los actores estatales lo nominan como una amenaza y ello permite que el Estado pueda asignarse un papel especial y convenza a la población de la necesidad de bloquear esa situación utilizando la fuerza. Numerosos ejemplos abonan esta práctica ante la criminalidad común y organizada. Es evidente que los asuntos de seguridad pública han sido securitizados en América Latina. Tanto en los casos en los que las fuerzas armadas intervienen directamente como policías (por ejemplo, México, Guatemala, Colombia, Ecuador, etc.) como en aquellos en los que interviene esporádica o parcialmente (como en Argentina, Brasil, Chile, Perú), el crimen se ha constituido como la mayor amenaza al Estado y a la población en la región. La desecuritización implica desandar ese camino y redefinir el problema en términos sociales, de desarrollo, evitando nombrarlo como un asunto militar. El rotundo fracaso de las fuerzas militares para resolver la inseguridad pública es una demostración suficiente del error de securitizar problemas institucionales.

Desecuritizar no solo implica un discurso no militarista. También involucra la inclusión de actores no estatales en las propuestas de solución. Por ejemplo, grupos sociales o la prensa pueden deslegitimar las medidas excepcionales que recurrentemente aducen los gobiernos para establecer más controles sobre la ciudadanía. Esos grupos se constituyen como actores de veto, para deslegitimar ante la población el discurso securitizante. Las migraciones interregionales es otro de los aspectos que han sido securitizados en la región, estigmatizando a distintas comunidades como peligrosas y portadoras del delito.

Más inconcebible es aún la securitización de los recursos naturales, que, como se señaló anteriormente, figura como la principal amenaza definida en el marco del Consejo Suramericano de Defensa de la Unasur (CDS). El ex secretario general de la Unasur, Alí Rodríguez Araque, expresaba: «Todo recurso natural está alojado en la tierra, es decir el acceso del recurso natural convoca a un problema territorial, la defensa y la protección de la soberanía».⁹

Estas afirmaciones fantasiosas no detallan cómo serán invadidas por potencias extranjeras las tierras de la Unasur para extraer los recursos naturales. Tampoco existe una doctrina que fije el tipo de entrenamiento militar necesario para responder a esa amenaza. La securitización de los

9 RADIO MUNDIAL (2014). «Alí Rodríguez Araque inauguró en Argentina conferencia La Defensa y los Recursos Naturales». Disponible en: <<http://www.radiomundial.com.ve/node/492>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

recursos naturales no es en sí misma una ideología, sino una construcción social de la realidad. Pero a través de ese acto discursivo, capacidades de orden económico se convierten en un potencial foco de conflicto. Al presente no se han generado maniobras para retroceder en la securitización de los recursos naturales, argumento que concordaba con la visión antipotencias occidentales de varios gobiernos de la región. Pues ahora, la orientación política de los nuevos gobiernos de los países de la Unasur podría suponer modificaciones respecto de la centralidad de los recursos naturales como centro de la defensa regional. Pero la virtual parálisis de la Unasur no dio lugar a discutir cambios de alineación política.

Las miradas críticas sobre la seguridad

Los Escuela Crítica de Estudios de Seguridad también desafían los supuestos realistas, rechazando el determinismo de la anarquía por una concepción en la cual el sistema internacional está socialmente construido y tiene capacidad de transformar las relaciones de poder (Snyder, 1999: 4; Lynn-Jones, 1999: 58-61). Conocida también como la Welsh School o Aberystwyth School, surge en Gran Bretaña. Tiene una visión radicalmente detractora del pensamiento realista e institucionalista (Booth, 2005; Krause y Williams, 1997; Wyn Jones, 2005a). Su mirada es marxista, especialmente basada en las *Tesis sobre Feuerbach* de Karl Marx y los aportes de la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt,¹⁰ y las contribuciones del académico Jürgen Habermas acerca de la comunicación y las interacciones que conducen a la emancipación de la sociedad (Wyn Jones, 2005b). En consecuencia, propone que la seguridad de los individuos se alcanza por medio de la emancipación y la resistencia, dentro de un marco normativo que permite distinguir lo bueno de lo malo de ciertas prácticas. El conocimiento está mediado por la experiencia y por una praxis concreta de una época determinada. El conocimiento no es una simple reproducción conceptual de los datos sino una formación y constitución de la realidad. El poder y el orden nunca ofrecerán realmente seguridad, y el Estado es, por lo tanto, el principal causante de la inseguridad. Esa seguridad no puede entenderse solo por medios militares. La paz no implica solo ausencia de guerra sino el imperio de la justicia. Así se alcanza la sobrevivencia que implica también amenazas ambientales, crisis económicas, migraciones, crecimiento geométrico de la población, problemas que no se resuelven por medio de las respuestas tradicionales. Para solventar estas cuestiones, la agenda de seguridad tiene que expandirse. Para la Welsh School, la seguridad de los ciudadanos tiene que estar en el centro de los argumentos de seguridad.

La Welsh School sugiere que la política mundial no es estática y que tanto sus estructuras como las identidades están construidas y admiten la posibilidad de cambio (Krause y Williams, 1997: 11). O sea, los estudios críticos no aceptan que el mundo y las relaciones de poder son algo dado, ni que la anarquía es parte de la propia naturaleza del sistema internacional. Por ello, ponen el acento en los procesos más que en la estadística; en el discurso más que las capacidades militares.

Si se busca encuadrar las definiciones de seguridad en América Latina, relacionadas con este pensamiento, se pueden ubicar dos fuentes. Primero, pueden encontrarse indicios vinculados a algunas de las características señaladas en los acuerdos surgidos del Mercado Común del Sur (Mercosur) y de la Unasur que establecen que sus miembros conforman una zona de paz. La propuesta de construir una identidad suramericana de defensa se aprecia en la Declaración de

10 El Instituto para la Investigación Social en Frankfurt fue la cuna de esta escuela, cuyos fundadores fueron Max Horkheimer, Theodor Adorno, Walter Benjamin, y Herbert Marcuse que proponían una revisión no dogmática del marxismo.

Santiago.¹¹ Esta declaración apunta a una instancia simbólica de pertenencia a una comunidad de valores y a una historia compartida. Supone que la subregión afronta desafíos comunes y que debe prepararse para dar respuestas conjuntas, por medio de la identificación de amenazas y un entrenamiento combinado de las fuerzas armadas.

Sería arriesgado suponer que los funcionarios que estuvieron a cargo de lograr los acuerdos de Ushuaia y de Potrero de los Funes¹² tenían conocimiento acerca de esta escuela. Es más probable que esas iniciativas respondieran a la voluntad de desmilitarizar la cooperación regional, en tiempos en los que las fuerzas armadas de cada uno de los países tenían aún excesivo poder y autonomía. Eliminando, por ejemplo, el uso de armas de destrucción masiva de la región, disminuían eventuales percepciones de amenaza e inseguridad.

El segundo caso se percibe en las definiciones de defensa de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), que proponía construir una «doctrina latinoamericanista e independentista» en los ejércitos de la región Bolivariana. El objetivo era contrarrestar la influencia y la doctrina militar extranjera, especialmente de Estados Unidos y su perspectiva guerrera y realista. En ocasión de la inauguración de la Escuela de Defensa del ALBA,¹³ la ex ministra de Defensa de Bolivia, María Cecilia Chacón, señaló que el objetivo es «formar líderes militares y civiles orientados a la defensa y la seguridad de manera integral y definirá el nuevo rol de las Fuerzas Armadas de nuestros países».¹⁴ La exministra anunció que la escuela acogerá a «militares, indígenas, campesinos, intelectuales y todos los patriotas que quieran construir la patria grande, no solo para preservar nuestra independencia sino también para proteger a la Madre Tierra».¹⁵ La doctrina latinoamericanista es también una construcción simbólica que podría vincularse a los argumentos de la teoría crítica, aunque tampoco en este caso se pueda atribuir al conocimiento de la literatura europea.

Compartiendo algunos principios, pero con un acento diferenciado, también ha surgido la escuela de seguridad del Tercer Mundo. Coinciden en sus críticas a las teorías realista y liberal. Esta corriente profundiza sus reparos respecto de la lógica de la Guerra Fría y el impacto que tuvo en las naciones en desarrollo. Amitav Acharya señala que el realismo promueve un orden que es

11 «Construir una identidad suramericana en materia de defensa, que tome en cuenta las características sub-regionales y nacionales y que contribuya al fortalecimiento de la unidad de América Latina y el Caribe». Primera Reunión de Ministras y Ministros de Defensa del cds de la Unasur-Declaración de Santiago de Chile. 9 y 10 de marzo de 2009, Santiago de Chile, Chile, <<http://www.resdal.org/ultimos-documentos/declaracion-santiago-chile-mar09.html>>.

12 El Protocolo de Ushuaia, firmado el 24 de julio de 1998 en la ciudad argentina de Ushuaia, por los países miembros del Mercosur (Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay) y dos Estados asociados (Bolivia y Chile) reafirma el compromiso democrático entre los Estados firmantes, estableciendo la «Cláusula Democrática» que determina la exclusión del bloque del país donde se quiebre el orden democrático, incluso aplicar sanciones comerciales o el cierre de fronteras. La declaración de Potrero de los Funes, efectuada en la Cumbre de julio de 1996 del Mercosur, en la provincia de San Luis, se establece también el respeto a los principios democráticos y la plena vigencia de las instituciones democráticas como un elemento esencial de la organización y plantea la creación de un mecanismo conjunto de registro de compradores y vendedores de armas de fuego, municiones, explosivos y otros materiales relacionados.

13 En la Escuela podrán cursar estudios militares y oficiales de Cuba, Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Honduras, Antigua y Barbuda, Dominica, San Vicente y las Granadinas.

14 PAULLIER, J. (2011). «¿Qué busca la academia militar del ALBA?». *BBC Mundo*, Caracas, 15 de junio. Disponible en: <http://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/06/110614_alba_escuela_defensa_militar_jp.shtml> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

15 TÉLAM (2011). «Escuela de defensa del alba para fortalecer América Latina». Disponible en: <<https://es-us.noticias.yahoo.com/escuela-defensa-alba-fortalecer-america-latina-051601510.html>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

compatible con el espíritu de la era de la Guerra Fría pero que desconoce las realidades del Tercer Mundo, que ha sido el escenario de la escalada y la prolongación de ese conflicto entre potencias. Según Acharya, la escasez de recursos, la superpoblación, el subdesarrollo y la degradación ambiental están en el centro de la inseguridad en el Tercer Mundo (Acharya, 1997: 304-306). Genera más inseguridad que una mujer de una tribu del Tercer Mundo acceda a alimentos y agua para sus hijos que el papel que cumplan las fuerzas armadas. En línea coincidente, Caroline Thomas criticaba la visión autocentrada de los estudios de seguridad como una de las mayores causas de inseguridad en el Tercer Mundo. Thomas enfatizaba las diferentes visiones del mundo de Occidente y del Tercer Mundo (Thomas, 1987: 4), en donde se debían incluir temas económicos, políticos y ambientales en sus agendas de seguridad. Kalevi J. Holsti, refiriéndose a los Estados del Tercer Mundo, agregaba:

Sus problemas esenciales analíticos y políticos están en contraste con el enfoque clásico de la teoría de las relaciones internacionales de las guerras interestatales, y están relacionados con la cohesión comunitaria, la integridad del Estado y el desarrollo económico, social y político (1998: 107).

Los estudios feministas de seguridad, cuya máxima exponente fue Ann Tickner (2004), se vinculaban con esa visión crítica respecto de los estudios tradicionales de seguridad. Esta corriente recibió numerosos reparos, especialmente por considerar que la creación de una categoría especial de género, no integra a las mujeres en los problemas generales de seguridad (Dalby, 1997: 6-9). No obstante, fue útil para denunciar numerosos abusos de *peacekeepers* en operaciones de las Naciones Unidas. En parte, fue un impulso para que las Naciones Unidas aprobaran la Resolución 1325 de 2001, que refleja el impacto devastador de las guerras en las mujeres y sus familias y la lucha femenina por la paz. Esta escuela tuvo amplia repercusión en África, donde lograron instalarse como activistas ante la violencia. En América Latina tuvieron menor repercusión ya que muchas de las banderas levantadas por los estudios feministas estaban cubiertas por los grupos defensores de los derechos humanos.

En la región, esta mirada tercermundista tuvo sus seguidores pero en relación con el desarrollo económico y no con el campo de la seguridad (Cardoso y Faletto, 1997; García, 2006). Arlene Tickner explicaba: «... la fusión de los conceptos de la teoría de la dependencia, el realismo y la interdependencia constituye un modelo latinoamericano híbrido que se convirtió en fundamental para el análisis de las cuestiones globales en muchos países de la región» (2003: 331). La debilidad académica en investigaciones de seguridad se debe a que los países de América Latina no integran la agenda global. En palabras de Barry Buzan: «... estos Estados débiles están amenazados por su inhabilidad tanto para desligarse de, como acordar con un sistema internacional diseñado y manejado por la vanguardia de los Estados» (1995: 201). En todo caso, la respuesta más común de la región ha sido defender férreamente la noción de soberanía y no injerencia en asuntos internos, principio que prácticamente no se ha modificado.

Una derivación de este enfoque está presente en las ideas de cooperación regional. El multilateralismo genera una protección y defensa de los intereses nacionales que sería más difícil de imponer desde las capacidades de un solo Estado. Se encuentran, tanto en los discursos de la Unasur como en ALBA, reiteradas referencias a la imposición de poder desde las potencias: «El ALBA se fundamenta en la creación de mecanismos para crear ventajas cooperativas entre las naciones que permitan compensar las asimetrías existentes entre los países del hemisferio» (Declaración de principios del ALBA, 2006). También son comunes las expresiones referidas a que la unidad de la región genera fuerza y más poder, en un contexto desfavorable para los países en desarrollo. En palabras de Evo Morales: «Cuando hay amenazas de intervención, es importante para cualquier pueblo, Estado o nación, primero esté la dignidad y la soberanía, y eso les obliga

a unirse».¹⁶ Es la reafirmación de los Estados débiles ante un supuesto interés imperial de las potencias. Además, es un signo de una relativa atenuación del concepto soberanía, tan presente en los antecedentes realistas de la región.

Seguridad humana

En relación con los criterios anteriores, emerge otra corriente propuesta por Canadá: el concepto de seguridad humana. La noción surgió del informe de 1994 del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD, o UNDP, por sus siglas en inglés), que trataba de centrar los problemas en los países en desarrollo en la seguridad del individuo y no solo en la seguridad estatal. La preocupación de Mahbub ul Haq era que la asistencia ofrecida en países en conflicto generalmente no atendía a los sufrimientos y las penurias de los sectores más débiles de la sociedad. En el *UNDP Human Development Report* propagó estas ideas acerca del desarrollo humano y el empoderamiento de las mujeres. El ministro de Relaciones Exteriores de Canadá, Lloyd Axworthy lo convirtió en el eje de su política de cooperación internacional y promovió su aceptación en otros países (2001: 19-23). La iniciativa canadiense resalta la responsabilidad de los Estados de proteger a sus poblaciones y de crear las condiciones para su desarrollo, atendiendo no solo a la defensa por medio del instrumento militar, sino sumando además otras vulnerabilidades que afectan a los individuos de un Estado.¹⁷

El primer principio del enfoque de seguridad humana tiende a asegurar el respeto a los derechos humanos. «Es el concepto clave y el más diferente radicalmente, de lo militar, del uso clásico de la fuerza militar... Para los militares significa que el primer objetivo es proteger a los civiles en vez de derrotar a un adversario» (Kaldor y otros, 2007: 283). El informe de 1994 especifica su visión sobre la paz:

La batalla de la paz debe librarse en dos frentes. El primero es el frente de la seguridad, en que la victoria significa libertad respecto del miedo. El segundo es el frente económico y social, en que la victoria significa libertad respecto de la miseria. Solo la victoria en ambos frentes puede asegurar al mundo una paz duradera (PNUD, 1994: 3).

La seguridad humana surge respecto a un cambio que se percibe luego del fin de la Guerra Fría, como documenta Mary Kaldor, donde la guerra se fragmenta e informaliza, y se acentúa el carácter doméstico de los conflictos armados (2001: 135).

Nuevamente, a pesar de las honestas motivaciones para dar un contenido más humano, más societal a los problemas de desarrollo, la seguridad humana fue entendida en la región como una tarea de las fuerzas armadas, y se tendió a securitizar los asuntos de bienestar social básico, generando los efectos contrarios a sus preocupaciones iniciales.

Por cierto, no todas han sido consecuencias negativas. Se reconoce que, gracias a la transferencia de las preocupaciones de la seguridad hacia las relaciones sociales, se admitió que nuevos actores no estatales influenciaran las cuestiones internacionales. Ello se refleja sustancialmente con el papel de las ONG en la vida mundial. Estas entidades, cuyos objetivos tienden al bien común, incorporan al individuo en el juego internacional, tratando de superar los déficits democráticos de las sociedades en desarrollo (Keck y Sikkink, 1998: 1-37; Held, 1997; Kaldor, 2001; Florini y Simmons, 1998). Las redes y coaliciones, los movimientos sociales y las comunidades epistémicas impulsan una agenda afín a sus intereses en una escala global, difunden principios democráticos

16 «Evo pide a los libios unirse ante las “potencias” que buscan su petróleo», *Opinión*, Cochabamba, Bolivia, 10 de marzo de 2011. Disponible en: <<http://www.opinion.com.bo/opinion/articulos/2011/0310/noticias.php?id=4400>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

17 Para impulsar esta agenda, la ONU creó la Commission on Human Security en enero de 2001.

y fortalecen —en función de la credibilidad que alcancen— la expectativa de una gobernanza mundial (Karns y Mingst, 2004: 213-224). No se puede concebir el Tratado sobre el Comercio de Armas (TCA) sin reconocer el papel de las ONG latinoamericanas en divulgar y concientizar a los delegados que en el marco de las Naciones Unidas promovieron el tratado.

Asimismo, desde los reinicios democráticos se fue conformando una incipiente comunidad epistémica de profesionales que, siguiendo a Charles-Philippe David podríamos llamar *los securitarios* (David, 2008: 57). Ella se ha ocupado de difundir y analizar las cuestiones de seguridad nacional y regional desde una perspectiva no militar, y en muchas ocasiones se convirtió en una voz crítica al denunciar ante las autoridades las consecuencias de securitizar la agenda social.

El primer país latinoamericano que adhirió a los preceptos del PNUD fue Chile. Los gobiernos de Canadá y Noruega firmaron la Declaración de Lyso en 1998 sobre la seguridad humana. Un año después invitan a Austria, Chile, Eslovenia, Grecia, Holanda, Irlanda, Jordania, Noruega, Suiza, Sudáfrica, Tailandia y Mali, a establecer una asociación informal destinada a promover la seguridad humana. Para llevar a cabo este compromiso, la cancillería chilena creó la Unidad de Promoción de la Seguridad Humana, con foco en la seguridad y no en el desarrollo:

El concepto de «seguridad humana» se preocupa particularmente de la seguridad de las personas, incluyendo las amenazas a la integridad personal derivadas de los conflictos armados internos, los actos de los agentes del Estado y en general aquellas conectadas con la violencia social cotidiana, la disponibilidad de armas pequeñas y ligeras y el crimen organizado.¹⁸

Gracias a su compromiso, Chile asumió la presidencia anual de la «Red de Seguridad Humana» de las Naciones Unidas, para el período 2013-2014. No obstante, el Ministerio de Defensa de Chile no incorpora estos criterios en su doctrina.

Otros países han adoptado los principios de la seguridad humana, tal como se informa en la memoria «Desarrollo y Promoción del Concepto de Seguridad Humana en América Latina» (2011). En Perú, ante desastres naturales, se impulsó entre las poblaciones indígenas entre Cusco y Puno la libertad para vivir sin miedo, la libertad para vivir sin miseria y la libertad para vivir con dignidad. El Salvador desarrolló un programa para el fortalecimiento de la seguridad humana a través del fomento de la convivencia y mejora de la seguridad ciudadana en tres municipios de Sonsonate. Colombia también desarrolló programas enfocados en la seguridad humana en Soacha.

La aceptación por parte de varias naciones del hemisferio de esta propuesta queda vinculada a los Objetivos del Milenio de las Naciones Unidas, en los cuales hay un mayor componente de desarrollo y son menores las respuestas militares. Así se comprueba en el informe del Fondo Fiduciario de las Naciones Unidas para la Seguridad Humana:

Si bien la seguridad nacional sigue siendo un elemento indispensable para la paz y la estabilidad, la complejidad y la interrelación de las antiguas y las nuevas amenazas —desde la pobreza crónica y persistente hasta los conflictos violentos, el cambio climático, la trata de las personas, las pandemias y las crisis económicas y financieras— revelan nuestra vulnerabilidad común frente a un creciente riesgo de amenazas de amplia difusión e intersectoriales. Debido a que tales riesgos se pueden propagar rápidamente en los países y a través de ellos y desembocar en una crisis de más difícil resolución, la seguridad humana subraya la necesidad de contar con una nueva estruc-

18 MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE (s/f). *Unidad de Promoción de la Seguridad Humana*. Disponible en: <<http://www.minrel.gov.cl/unidad-de-promocion-de-la-seguridad-humana/minrel/2008-08-29/155448.html>> [Consultado el 23 de noviembre de 2017].

tura que combine los programas de paz y seguridad, desarrollo y derechos humanos, de manera más eficaz, eficiente y orientada a la prevención.¹⁹

Esta corriente responde a una iniciativa política y no teórica. No alcanzó el mismo grado de difusión y debates que han tenido los estudios señalados anteriormente. Sin embargo, ha logrado un impacto en los gobiernos de la región.

Comentarios finales: América Latina definiendo su inserción

En los últimos 15 años un tema central de los debates internacionales refiere a la distribución mundial de poder. Pasados más de veinte años del fin de la confrontación entre el bloque occidental y soviético, la discusión se encaminó a elucidar si hay una hiperpotencia o si, por el contrario, el mundo se ha convertido en un escenario multipolar. Las diferencias entre especialistas y nacionalidades derivan en una relativa perplejidad e imprecisión acerca de quienes definen la agenda global. Coexisten miradas que confían en el dominio de bloques junto con quienes auguran un cambio radical en el eje de poder. Se suceden perspectivas que avalan el poder blando mientras otros retornan al más puro realismo y el armamentismo. Van en paralelo quienes argumentan que los Estados han perdido potestades frente a las normativas globales y regionales y quienes predicán que nada ha cambiado en el sistema internacional regido por las naciones. Se pondera el poder de las asociaciones civiles para influenciar las agendas y también se celebra el desarrollo de nuevas tecnologías sofisticadas para destruir objetivos específicos. Avanza la democracia en el mundo y avanza el accionar de un fundamentalismo islámico particularista y radicalizado. Se enaltece el poder de la información y las comunicaciones y también se exagera el nacionalismo.

Ante estos escenarios inciertos, para América Latina explicitar una visión estratégica de largo plazo resulta más urgente. La región tiene concepciones estratégicas heterogéneas. Estamos ante un escenario más pacífico, dado que las fuerzas armadas, en general, ya no desafían a la ciudadanía y participan de acuerdos regionales de defensa. El instrumento militar ya no es central en la toma de decisiones políticas. Pero los gobiernos no hicieron mucho para crear un pensamiento sobre la seguridad internacional.

Entre las varias razones que explican la limitada relevancia de la seguridad en las naciones latinoamericanas, hay dos justificaciones que logran un mayor nivel explicativo. Primero, suele decirse que los países de la región han tenido un papel secundario ante los grandes conflictos mundiales. Dado que la seguridad internacional no era un asunto vital, los países no contaban con recursos propios para pensar su propia estrategia nacional (Mares, 2001; Kacowicz, 1998; Domínguez, 1998). Jorge I. Domínguez apuntaba que el aislamiento de América Latina respecto del sistema internacional funcionaba como un condicionante de la peculiaridad de la región, en donde predomina una visión de corto plazo y una inconsistencia de las políticas exteriores (Domínguez, 2003: 22 y 41-42). Arlene Tickner señalaba que si bien los problemas internacionales se originan sobre todo en lo que se llama el Tercer Mundo, o sea la periferia, los principales debates sobre anarquía, soberanía, el poder y el Estado, los discursos académicos predominantes, excluyen al Tercer Mundo (Tickner, 2002: xii). El retraso de las naciones latinoamericanas en formar parte de la agenda global se debe tanto a la marginalidad de varias de ellas para los centros de poder como al carácter convulsionado de sus agendas internas. Las categorías analíticas de los países desarrollados no se corresponden con las realidades del sur (Ayoob, 1998: 31-54). «Tales acrobacias semánticas tienden a imponer el modelo de las políticas occidentales contemporáneas

19 FONDO FIDUCIARIO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA SEGURIDAD HUMANA (2015). *La seguridad humana en las Naciones Unidas*. Nueva York: ONU, p. 3. Disponible en: http://www.un.org/humansecurity/sites/www.un.org/humansecurity/files/untfhs_booklet_-_spanish.pdf [Consultado el 23 de noviembre de 2017].

—de Estados nacionales que han resuelto en gran medida su problema de legitimidad...— que están muy alejadas de las realidades del Tercer Mundo» (Ayoob, 1997: 127).

También influyó en esa baja prioridad del tema la ausencia de control civil democrático de las fuerzas armadas. La defensa quedaba siempre en manos militares. A pesar de que las instituciones militares diseñaban hipótesis de conflicto, generalmente con alguno de los países vecinos, sus actividades se concentraban en la política interna, el seguimiento a militantes políticos y el ejercicio directo del poder.

Finalmente, a pesar de la vocación pacífica de la región y de la voluntad de los gobiernos de construir un marco regional seguro, América Latina tiene los índices de violencia más altos del mundo, encabezados por Colombia (147 entre 163), segundo Venezuela (143) y tercero México (140), según el *Global Peace Index Records, Less Peaceful and More Unequal World*.²⁰ Según el informe anual del Consejo Ciudadano para la Seguridad Pública y la Justicia Penal,²¹ 17 ciudades latinoamericanas figuran entre las veinte más violentas del mundo. La primera es Caracas, seguida por San Pedro Sula en Honduras y San Salvador. Entre esas veinte figuran cinco de Venezuela, cinco de Brasil, dos de Honduras, dos de Colombia, dos de México y una de El Salvador. En el *Fragile States Index* de 2015, Haití figura como de máxima alerta en el puesto 11. Los siguientes países latinoamericanos son Colombia (61) y Guatemala (64).²² Al mismo tiempo —paradójicamente— América Latina tiene los índices más bajos de conflictos armados entre Estados. Ello no supone que no hay tensiones vecinales. De 2001 a la fecha, Latinoamérica ha presentado 13 disputas ante la Corte, casi el doble que el continente que lo sigue, Europa, con siete demandas presentadas, según el reporte de la consultora global Oxford Analytica. En tercer lugar, se ubica África, con tres litigios.²³ Algunos análisis atribuyen esa recurrencia a la Corte Internacional de La Haya a la ineficacia de la diplomacia tradicional y de organizaciones regionales como la OEA y la Unasur. Otros sugieren que es la expresión de la carencia de poder real de los países de la región.

Sea cual sea el escenario, no puede obviarse que los gobiernos latinoamericanos desestiman la riqueza de aportes que la academia puede brindar para diseñar la seguridad nacional e internacional. A lo largo de este texto se presentaron las corrientes actuales de pensamiento en seguridad y cómo ellas han influenciado algunas decisiones en la región. Sin embargo, en casi todas las ocasiones son interpretaciones posteriores a los hechos. En democracia y con el avance de los procesos de integración, las viejas hipótesis de conflicto prácticamente han desaparecido. Pero los gobiernos de América Latina no estructuran sus sistemas de defensa en función de un paradigma conceptual diferente. Pese a un apreciable avance en la conducción civil de las fuerzas armadas, no han creado una carrera burocrática de civiles expertos en asuntos de defensa y seguridad internacional. La academia cuenta en muy raras ocasiones con estudios de posgrado en estos temas. La comunidad sigue alejada de estas cuestiones. Así, la combinación política más utilizada suele ser la improvisación y la prescindencia.

20 *Global Peace Index Records* (2016). Disponible en: <<http://reliefweb.int/report/world/global-peace-index-2016>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

21 CCSPJP [CONSEJO CIUDADANO PARA LA SEGURIDAD PÚBLICA Y JUSTICIA PENAL A. C.] (2015). *Caracas, Venezuela, es la ciudad más violenta del mundo*. Disponible en: <<http://www.seguridadjusticiaypaz.org.mx/biblioteca/prensa/send/6-prensa/230-caracas-venezuela-es-la-ciudad-mas-violenta-del-mundo>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

22 THE FUND FOR PEACE (2015). *The Fragile States Index*. Disponible en: <<http://fundforpeace.org/fsi/>> Consultado el 14 de noviembre de 2017].

23 HOLA CHAMY, C. (2014). «América Latina, la región con más disputas en La Haya». *BBC Mundo*, 15 de abril.

Bibliografía y fuentes

Fuentes

- BLACKWELL, A. (2013). «Sobre la Implementación de la Resolución AG/RES. 2735 (XLI-O/12): Promoción de la seguridad hemisférica: Un enfoque multidimensional», intervención en la *IV MISPA*. Medellín: 21-22 noviembre. Disponible en: <https://www.oas.org/dsp/documents/MISPAIV/speeches/MISPA_IV_SMS-AdamBlackwell_Nov21-2013.pdf> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- CCSPJP [CONSEJO CIUDADANO PARA LA SEGURIDAD PÚBLICA Y JUSTICIA PENAL A. C.] (2015). *Caracas, Venezuela, es la ciudad más violenta del mundo*. Disponible en: <<http://ceed.unasurg.org/Espanol/09-Downloads/Biblioteca/DEF-RRNN.pdf>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- Declaración de principios del ALBA*. Disponible en: <<http://www.alternativabolivariana.org>>.
- «Evo pide a los libios unirse ante las “potencias” que buscan su petróleo», *Opinión*, Cochabamba, Bolivia, 10 de marzo de 2011. Disponible en: <<http://www.opinion.com.bo/opinion/articulos/2011/0310/noticias.php?id=4400>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- FONDO FIDUCIARIO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA SEGURIDAD HUMANA (2015). *La seguridad humana en las Naciones Unidas*. Nueva York: ONU. Disponible en: <http://www.un.org/humansecurity/sites/www.un.org/humansecurity/files/unthfs_booklet_-_spanish.pdf> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- FORTI, A. (2014). *La defensa y los recursos naturales en Suramérica. Aportes para una estrategia regional*. Disponible en: <<http://www.ceedcds.org.ar/Espanol/09-Downloads/DEF-RRNN-ALFREDO-FORTI.pdf>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- INSTITUTO INTERAMERICANO DE DERECHOS HUMANOS (IIDH) y PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) (2011). *Taller de seguridad humana en América Latina: Memoria*. Disponible en: <<https://www.iidh.ed.cr/IIDH/media/1563/taller-memoria-2011.pdf>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- Global Peace Index Records* (2016). Disponible en: <<http://reliefweb.int/report/world/global-peace-index-2016>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- HOLA CHAMY, C. (2014). «América Latina, la región con más disputas en La Haya». *BBC Mundo*, 15 de abril.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DE CHILE (s/f). *Unidad de Promoción de la Seguridad Humana*. Disponible en: <<http://www.minrel.gov.cl/unidad-de-promocion-de-la-seguridad-humana/minrel/2008-08-29/155448.html>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- OTÁLVORA, E. C. (2007). «¿Van Venezuela y Colombia hacia una guerra?», 29 de julio 2007. *Noticias 24*. Disponible en: <<http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/6653/%C2%BFvan-venezuela-y-colombia-hacia-una-guerra/>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- ORGANIZACIÓN DE ESTADOS AMERICANOS (OEA) (2002). *Draft Declaration of the Special Conference on Security*, CP/CSH-558/03 rev. 3, Disponible en: <<http://www.oas.org>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- PAULLIER, J. (2011). «¿Qué busca la academia militar del ALBA?». *BBC Mundo*, Caracas, 15 de junio. Disponible en: <http://www.bbc.com/mundo/noticias/2011/06/110614_alba_escuela_defensa_militar_jp.shtml> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- RADIO MUNDIAL (2014). «Alí Rodríguez Araque inauguró en Argentina conferencia La Defensa y los Recursos Naturales». Disponible en: <<http://www.radiomundial.com.ve/node/492>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- TÉLAM (2011). «Escuela de defensa del alba para fortalecer América Latina». Disponible en: <<https://es-us.noticias.yahoo.com/escuela-defensa-alba-fortalecer-america-latina-051601510.html>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- TELESUR (2015). «Venezuela infiltrada por paramilitares colombianos», 26 de agosto. Disponible en: <<http://www.telesurtv.net/telesuragenda/Venezuela-infiltrada-por-paramilitares-colombianos-20150826-1326.html>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- THE FUND FOR PEACE (2015). *The Fragile States Index*. Disponible en: <<http://fundforpeace.org/fsi/>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].

Bibliografía

- ACHARYA, A. (1997). «The Periphery as the Core: The Third World and Security Studies», en KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. (eds.). *Critical Security Studies*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- AGNEW, J. (2005). *Geopolítica: una revisión de la política mundial*. Madrid: Trama.

- AXWORTHY, LL. (2001). «Human Security and Global Governance: Putting People First». *Global Governance*, vol. 7, n.º 1, pp. 19-23. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/27800284?seq=1#page_scan_tab_contents> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- AYOUB, M. (1997). «Defining Security: A Subaltern Realist Perspective», en KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. (eds.). *Critical Security Studies*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- (1998). «Subaltern Realism: International Relations Theory Meets the Third World», en NEUMAN, S. G. (eds.). *International Relations Theory and the Third World*, Nueva York: St. Martin's Press.
- BAYLIS, J.; WIRTZ, J. y GRAY, C. S. (2013). *Strategy in the Contemporary World*. Oxford: Oxford University Press.
- BEAUFRE, A. (1965). *Introduction to Strategy*. Nueva York: Praeger.
- BOOTH, K. (2005). «Beyond Critical Security Studies», en BOOTH, K. (ed.). *Critical Security Studies and World Politics*. Boulder: Lynne Rienner.
- BRODIE, B. (1959). *Strategy in the Missile Age*. R.-335. Princeton: The Rand Corporation.
- BRZEZINSKI, Z. (2013). *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power*. Nueva York: Basic Books.
- BUZAN, B. (1991). *People, States and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*. Birmingham: Harvester Wheatsheaf.
- (1995). «Security, the State, the «New World Order», and Beyond», en LIPSCHUTZ, R. D. (ed.). *On Security*. Nueva York: Columbia University Press.
- CARDOSO, F. H. y FALETTO, E. (1997). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CHILD, J. (1985). *Geopolitics and Conflict in South America*. Nueva York: Praeger.
- CHILLIER, G. y FREEMAN, L. (2005). «El nuevo concepto de seguridad hemisférica de la OEA: Una amenaza en potencia», en *Informe Especial de WOLA*, julio, p. 1. Disponible en: <https://www.wola.org/sites/default/files/downloadable/Regional%20Security/past/El%20nuevo%20concepto%20de%20seguridad_lowres.pdf> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- CLAUSEWITZ, C. VON (2004). *De la Guerra*. Buenos Aires: Agebe.
- COLLINS, R. y WALLER, D. (2000). «Predictions of Geopolitical Theory and The Modern World-System», en DERLUGUIAN, G. y GREER, S. (eds.). *Questioning Geopolitics. Political Projects in a Changing World-System*. Westport y Londres: Praeger.
- DALBY, S. (1997). «Contesting an Essential Concept: Reading the Dilemmas in Contemporary Security Discourse», en KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. (eds.). *Critical Security Studies*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- DAVID, CH.-PH. (2008). *La guerra y la paz. Enfoque contemporáneo sobre la seguridad y la estrategia*. Barcelona: Icaria.
- DERLUGUIAN, G. y SCOTT, G. (eds.) (2000). *Questioning Geopolitics. Political Projects in a Changing World-System*. Westport y Londres: Praeger.
- DIAMINT, R. (2015). «¿Cooperación o competencia? Políticas exteriores y políticas de defensa». *Relaciones Internacionales*, n.º 30, octubre, pp. 51-71.
- DOMÍNGUEZ, J. I. (1998). *International Security and Democracy: Latin America and the Caribbean in the Post-Cold War Era*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- (2003). «Conflictos territoriales y limítrofes en América Latina y el Caribe», en DOMÍNGUEZ, J. I. (comp.). *Conflictos territoriales y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FLORINI, A. y SIMMONS, P. (1998). *The New Security Thinking: A Review of the North American Literature*. Nueva York: Rockefeller Brothers Fund.
- GARCÍA, L. A. (2006). *La estructura del atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.
- GRAY, C. S. (1999). *Modern Strategy*. Oxford: Oxford University Press.
- HELD, D. (1997). *La democracia y el orden global. Del Estado moderno al gobierno cosmopolita*. Buenos Aires: Paidós.
- HOLSTI, K. (1998). «International Relations Theory and Domestic War in the Third World. The Limits of Relevance», en NEUMAN, S. G. (ed.). *International Relations Theory and the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.
- HUNTER, J. M. (1983). *Perspective on Ratzel's Political Geography*. Lanham: University Press of America.
- KACOWICZ, A. M. (1998). *Zones of Peace in the Third World. South America and West Africa in Comparative Perspective*. Nueva York: Suny Series in Global Politics.
- KALDOR, M. (2001). *Las nuevas guerras: Violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets.
- MARTIN, M. y SELCHOW, S. (2007). «Human security: a new strategic narrative for Europe». *International Affairs*, vol. 83, n.º 2, pp. 273-288.
- KARNS, M. y MINGST, K. A. (2004). *International Organizations. The Politics and Processes of Global Governance*. Boulder y Londres: Lynne Rienner.

- KECK, M. E. y SIKKINK, K. (1998). *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca y Londres: Cornell University Press.
- KELLY, PH. y PÉREZ, L. (2007). «Una revisión de la geopolítica crítica». *Revista Argentina Global*. Buenos Aires, Argentina, octubre.
- KLARE, M. (2001). «The New Geography of Conflict». *Foreign Affairs*, mayo-junio.
- (2008). «La nueva geopolítica de la energía». *The Nation*, 1.º de mayo. Traducido por *Sin Permiso*. Disponible en: <<http://www.sinpermiso.info/textos/la-nueva-geopolitica-de-la-energia>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. (1997). «Preface: Toward critical security studies», en KRAUSE, K. y WILLIAMS, M. (eds.). *Critical Security Studies*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- LACOSTE, Y. (1990). *La geografía: un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.
- LIDDELL HART, B. H. (1991). *Strategy*. Nueva York: Meridian/Plume.
- LUTTWAK, E. (1987). *Strategy: The Logic of War and Peace*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press
- (1990). «From Geopolitics to Geo-Economics». *The National Interest*, verano, pp. 17-23.
- LYNN-JONES, S. (1999). «Realism and Security Studies», en SNYDER, C. (ed.). *Contemporary Security and Strategy*. Gran Bretaña: Macmillian Press.
- MAHAN, A. T. (1987). *The Influence of Sea Power Upon History, 1660-1783*. Boston: Dover Publications.
- MARES, D. (2001). *Violent Peace: Militarized Interstate Bargaining in Latin America*. Columbia University Press.
- MEARSHEIMER, J. (1994-1995). «The False Promise of International Institutions». *International Security*, vol. 19, n.º 3, invierno.
- (2001). «The Future of the American Pacifier». *Foreign Affairs*, vol. 80 n.º 5.
- NEUMAN, S. (ed.) (1998). *International Relations Theory and the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.
- PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO (PNUD) (1994). *Informe sobre Desarrollo Humano. Nuevas Dimensiones de la Seguridad Humana*. Nueva York: Oxford University Press.
- SMITH, S. (2000). «The Increasing Insecurity of Security Studies: Conceptualizing Security in the Last Twenty Years», en CROFT, S. y TERRIFF, T. (eds.). *Critical Reflection on Security and Change*. Londres: Frank Cass.
- SNYDER, C. (1999). «Contemporary Security and Strategy», en SNYDER, C. (ed.). *Contemporary Security and Strategy*. Basingstoke: Macmillian Press.
- SUN TZU (1984). *El arte de la guerra. Estrategia militar en la China clásica*. Barcelona: Mitre.
- TAYLOR, P. y FLINT, C. (2002). *Geografía Política. Economía-Mundo, Estado-Nación y localidad*. Madrid: Trama.
- THOMAS, C. (1987). *In Search of Security: The Third World in International Relations*. Brighton: Harvest Wheatsheaf.
- TICKNER, A. (2002). *Los Estudios Internacionales en América Latina ¿Subordinación intelectual o pensamiento emancipatorio?* Bogotá: Alfaomega-Universidad de los Andes.
- (2003). «Hearing Latin American Voices in International Relations Studies». *International Studies Perspectives*, vol. 4 (4), pp. 325-350, noviembre.
- TICKNER, J. A. (2004). «Feminist Responses to International Security Studies». *Peace Review*, n.º 16, n.º 1, pp. 43-48. Disponible en: <<http://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/1040265042000210148>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- TUCHMAN MATHEWS, J. (1989). «Redefining Security». *Foreign Affairs*, vol. 68, n.º 2.
- TUCÍDIDES (1996). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- ULLMAN, R. (1983). «Redefining Security». *International Security*, vol. 8, n.º 1.
- WÆVER, O. (1993). *Identity, migration and the new security agenda in Europe*. Nueva York y Londres: Palgrave Macmillan.
- (1995). «Securitization and Desecuritization», en LIPSCHUTZ, R. (ed.). *On Security*. Nueva York: Columbia University Press.
- (2004). «Aberystwyth, Paris, Copenhagen New “Schools” in Security Theory and their Origins between Core and Periphery», trabajo presentado a la *Annual Meeting of the International Studies Association*. Montreal, 17 al 20 de marzo.
- WALT, S. (1991). «The Renaissance of security Studies». *International Studies Quarterly*, vol. 35, n.º 2, pp. 211-239. Disponible en: <<http://www.jstor.org/stable/2600471?origin=jstor-pdf>> [Consultado el 14 de noviembre de 2017].
- WYN JONES, R. (2005a). «On emancipation: Necessity, capacity, and concrete utopias», en BOOTH, K. (ed.). *Critical Security Studies and World Politics*. Boulder: Lynn Rienner.
- (2005b). «“Message in a bottle”? Theory and praxis in critical security studies». *Contemporary Security Policy*, vol. 16, n.º 3, diciembre, pp. 299-319. doi: 10.1080/13523269508404119.

Entre la reforma y la unidad. Las elecciones internas de 1965 de la Lista 15 del Partido Colorado

Matías Rodríguez Metral¹

Resumen

El presente artículo busca reconstruir el proceso de la Lista 15 del Partido Colorado entre 1964 y 1965, a partir de la muerte de Luis Batlle Berres. En un contexto nacional de gran inestabilidad, signado por una crisis económica, la posibilidad de un golpe de Estado y la aplicación de medidas prontas de seguridad ante la movilización social, la fracción batllista nombrada se embarcó en la realización de un congreso en 1965, que derivó en elecciones internas. A partir de la competencia interna, en especial en Montevideo, el quincismo fue fragmentándose y terminó dividiéndose en tres sectores, en parte por la cuestión de una reforma constitucional que modificaría el formato colegiado del Poder Ejecutivo. En este marco, donde se procesaba la adaptación política de la fracción, apareció una lectura liberal de la inflación.

Palabras clave: Partido Colorado; Lista 15; elecciones internas; inflación.

Abstract

This article seeks to reconstruct the process of the Lista 15 of the Partido Colorado between 1964 and 1965, after the death of Luis Batlle Berres. In a national context of great instability, marked by an economic crisis, the possibility of a coup d'état and the application of prompt measures of security in the face of social mobilization, the batllista faction appointed embarked on a congress in 1965, led to internal elections. From the internal competition, especially in Montevideo, quincismo was fragmented, and ended up being divided into three sectors, partly by the question of a constitutional reform that would modify the collegiate format of the Executive Power. In this context, where the political adaptation of the fraction was processed, a liberal reading of inflation appeared.

Keywords: Partido Colorado; Lista 15; internal elections; inflation.

¹ Profesor de Historia egresado del Instituto de Profesores Artigas. Magíster en Historia Política egresado de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Una experiencia inédita: el Partido Colorado y el ejercicio de la oposición²

Las elecciones de 1958 y 1962 supusieron, en muy diferente grado, sendas derrotas para el Partido Colorado. La primera de ellas significó un cambio profundo en la política uruguaya, con el triunfo arrasador del Partido Nacional aliado a la Liga Federal de Acción Ruralista de Benito Nardone. En 1962 la derrota colorada fue por un margen mucho menor, pero no dejó de significar la prolongación de una experiencia inédita —liderar la oposición, en «el llano»— para un partido político que consideraba al gobierno como un lugar propio (Rilla, 2008). En estas circunstancias la principal fracción colorada, la Lista 15 liderada por Luis Batlle Berres,³ debía transitar un nuevo camino como oposición, que ha sido abordado por diferentes trabajos, buscando explicar los cambios tanto en la dirigencia como en las propuestas programáticas del quincismo entre 1958 y 1966.⁴ Este proceso también puede ser analizado desde la perspectiva de una adaptación política, por la que se entiende el conjunto de cambios de un partido político ante un desafío externo —en este caso una derrota—, generalmente con el objetivo de conquistar el poder.⁵ Sin embargo, las posibilidades de una renovación, tanto de la dirigencia como del programa —que incluyera una evaluación de la última administración quincista entre 1955 y 1959—, se vieron obturadas por el rol de Batlle Berres, que confiaba en la potencialidad del sector y de las propuestas batllistas. Esto significó en 1962, por ejemplo, la escisión de Zelmar Michelini, un relevante diputado del sector que formó su propia lista dentro del Partido Colorado.

En el país ocurrían cambios significativos, tanto en el plano político como en el económico. Por un lado, el acceso a la mayoría de cargos en el Consejo Nacional de Gobierno por parte de la coalición herreroruralista, en 1959, y de la alianza de la Unión Blanca Democrática con el herrerismo ortodoxo, en 1963, constituyó un avance de los posicionamientos políticos de derecha, lo que se tradujo en diversos intentos de imponer nueva normativa de control político y el recurso a las medidas prontas de seguridad como forma de enfrentar una conflictividad social creciente.⁶ En el plano económico, por otro lado, el primer período de gobierno nacionalista estuvo marcado por la implementación de la Ley de Reforma Cambiaria y Monetaria, que implicó un giro liberalizador en la economía uruguaya (Alonso y Demasi, 1986: 64-76). Este rumbo, sin embargo, comenzó a ser enmendado a partir de la segunda gestión blanca, que impulsó medidas intervencionistas en el comercio exterior y emprendió la elaboración de planes de desarrollo a través de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE).⁷

2 Este artículo se basa en una sección de la tesis de Maestría en Historia Política del autor, «En el llano. Adaptación política y renovación de la Lista Quince del Partido Colorado. 1958-1966», elaborada bajo la tutoría de Jaime Yaffé y defendida en junio de 2017. La investigación que da origen a los resultados presentados en la presente publicación recibió fondos de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación bajo el código POS_NAC_2014_I_102844. Para acercarse al enfoque usado, que toma el concepto de adaptación política, se puede ver Rodríguez Metral (2016).

3 Presidente de la República entre 1947 y 1951, miembro del Consejo Nacional de Gobierno entre 1955 y 1959 y sobrino de José Batlle y Ordóñez, fue el principal líder de la fracción batllista Lista 15 hasta su muerte en 1964.

4 Una reseña de las perspectivas desarrolladas por los diferentes trabajos que han hecho contribuciones sobre los cambios en el quincismo se pueden ver en Rodríguez Metral (2016: 94-97).

5 Para un acercamiento inicial al concepto de adaptación política, véase Kitschelt (1996) Levitsky (2005).

6 Véase Broquetas (2014: 199-234).

7 Véase Garcé (2002).

En este marco, durante el año 1964 desaparecieron algunos líderes políticos. En marzo falleció Benito Nardone y en julio, con pocos días de diferencia, murieron Luis Batlle Berres y el consejero Daniel Fernández Crespo.⁸ Como han señalado Rosa Alonso y Carlos Demasi (1986: 34-37), el fallecimiento de estos dirigentes supuso la emergencia de las «fuerzas centrífugas», antes contenidas por el líder y su carisma, que existían dentro de las diferentes fracciones políticas, especialmente a través del accionar de los «caudillos menores».

La muerte de Luis Batlle Berres y la paralización de la 15

La muerte de Batlle Berres el 15 de julio de 1964, más allá de sus antecedentes cardíacos,⁹ tomó por sorpresa al país, especialmente por lo inmerso que estaba en la actividad política, tal como lo demuestra la cargada agenda del último día de su vida.¹⁰ Más allá del problema de la sucesión —que según Alonso y Demasi (1986: 35) se podía ver dilatado por la perspectiva de un triunfo quincista en los comicios de 1966—, el inmediato efecto de la muerte de Batlle Berres fue la paralización de la Lista 15, cabeza de la oposición colorada e integrante del Ejecutivo colegiado.

Quizás las consecuencias que produjo la muerte de Batlle Berres se pueden ilustrar con un episodio ocurrido en 1963. En una nota enviada a aquel y a los consejeros por el quincismo, Alberto Abdala y Amílcar Vasconcellos, Glauco Segovia, que integraba la Delegación a la Organización de Naciones Unidas, informaba que había temas de discordancia con el delegado permanente, Carlos María Velázquez, pero aclaraba que sobre ellos no les había escrito a los consejeros, sino «al Sr. Batlle».¹¹ Y ante otra negociación sobre las instrucciones que recibiría la delegación, Enrique Rodríguez Fabregat y Segovia habían decidido «el envío de un cable en ese sentido al Sr. Batlle».¹² Claramente, más allá de las posiciones institucionales, gran parte de las decisiones estaban centralizadas en las manos de Batlle Berres.

Pocas semanas después del deceso del líder quincista, dos informes diplomáticos estadounidenses que trataban de aclarar el panorama dentro del sector permiten acercarse a algunas de las primeras reacciones.¹³ Por un lado, se resaltaba el rol insustituible de Batlle Berres por su autoridad a la interna de la 15, se informaba de la creación de una comisión política —integrada, entre otros, por Vasconcellos, Abdala, Segovia, Luis Hierro Gambardella, Manuel Flores Mora y Carlos Fischer—, y se destacaba la importancia de este último y de Alberto Zubiría. Por el otro, se advertía que los diputados de la «generación más joven» habían decidido «empujar suavemente» a Jorge Batlle Ibáñez, hijo de Batlle Berres, hacia el liderazgo del quincismo —buscando evitar

8 Integrante del Consejo Nacional de Gobierno desde 1963, había sido presidente del Concejo Departamental de Montevideo entre 1959 y 1963 y era uno de los principales referentes de la Unión Blanca Democrática.

9 En abril de 1959 y en abril de 1960 tuvo sendos infartos. Véase Sanguinetti (2014: 147).

10 Véase Sanguinetti (2014: 148-149) y Archivo General de la Nación (AGN), Colección Luis Batlle Berres, Agenda de 1964, Caja 19.

11 Carta de Glauco Segovia a Luis Batlle Berres, Amílcar Vasconcellos y Alberto Abdala, Nueva York, 16 de noviembre de 1963, AGN, Colección Luis Batlle Berres, Caja 47. Documento sin numerar.

12 Ídem.

13 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 30», 25 de julio de 1964, NARA, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2790, y U.S. DEPARTMENT OF STATE, «The Lista 15 colorados without Luis Batlle», 2 de agosto de 1964, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2792, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017]. En la tesis sobre la cual se basa este artículo, se hizo un uso profuso de las fuentes diplomáticas disponibles, para poder realizar aproximaciones a la perspectiva de los contemporáneos sobre la dinámica del sector estudiado y la realidad del país.

una ruptura con la «vieja guardia»—,¹⁴ a la vez que se recalca el rol de este último como «líder intelectual» de la nueva generación quincista, no obstante se dudaba de que, por su «personalidad», pudiera reemplazar a su padre.¹⁵

Esta acefalía de «la 15» se hizo más patente ante la necesidad de definir la postura del país frente a los incidentes ocurridos ese mismo año entre Cuba y Venezuela. Ante la denuncia por parte de esta última de una agresión patrocinada por el gobierno de la isla caribeña, la Organización de Estados Americanos determinó, luego de la IX Reunión de Consulta de Cancilleres, la ruptura de relaciones diplomáticas con Cuba.¹⁶ En el seno del Consejo Nacional de Gobierno se dio un duro debate, ya que algunos sectores del Herrerismo no eran proclives a acatar la decisión; por lo tanto, era necesario un posicionamiento de los consejeros quincistas, que se demoró dos meses dado que no parecía haber un mecanismo de toma de decisiones dentro de la fracción, una vez desaparecida la decisiva influencia del líder (Alonso y Demasi, 1986: 35). Como destacaba *Marcha*, la adopción de una posición ante la ruptura con Cuba generó múltiples fricciones en el sector, al punto que Vasconcellos admitía «la existencia de opiniones diversas», pero descartaba «una escisión» en la fracción.¹⁷ Incluso, el ofrecimiento de Rodríguez Fabregat de venir a Montevideo para ayudar a resolver el diferendo terminó agravando la situación, por lo que el nombrado consejero tuvo que darle a entender al embajador que su intento de evitar la ruptura con Cuba «traería graves consecuencias a la unidad preelectoral de la 15», dado que «la falta de liderato» había provocado «un aflojamiento de la disciplina partidaria».¹⁸

Por su parte, poco después del fallecimiento de Batlle Berres, en un informe enviado a su país, el embajador belga advertía que sus consecuencias eran difíciles de pronosticar. Algunos «optimistas» pensaban que dicho deceso, junto al retiro de César Batlle Pacheco¹⁹ por motivos de salud, facilitarían la «reunificación» del Partido Colorado, mientras que otros, «más numerosos» y entre los que se encontraba él mismo, consideraban que con la desaparición del líder quincista se iniciaría el «desmenuzamiento» de dicha colectividad en «numerosas fracciones rivales sino hostiles».²⁰

Crisis bancaria, inflación y rumores golpistas: el «año terrible»

La búsqueda de un nuevo liderazgo y la definición de una estrategia para triunfar en los siguientes comicios serían para la Lista 15 aún más complejas por la realidad del país. A finales de 1965, *Marcha* definía lo vivido como un «año terrible».²¹ La situación del país se deterioró de forma

14 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 30», 25 de julio de 1964, NARA, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2790, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

15 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «The Lista 15 colorados without Luis Batlle», 2 de agosto de 1964, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2792, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

16 ALDRIGHI, C. (2012). *Conversaciones reservadas entre políticos uruguayos y diplomáticos estadounidenses*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, pp. XL-XLIII.

17 «Sin ruptura, por ahora», *Marcha*, 4 de setiembre de 1964.

18 «Vasconcellos a Rodríguez Fabregat: “no venga”», *Marcha*, 21 de agosto de 1964.

19 Miembro del Consejo Nacional de Gobierno entre 1959 y 1963, era hijo de José Batlle y Ordóñez y uno de los principales referentes de la batllista Lista 14 del Partido Colorado, que se integró a la Unión Colorada y Batllista para las elecciones de 1962. Se retiró de la vida política poco después, especialmente por su mala salud, y falleció en 1966.

20 Informe de Marc Jottard, embajador de Bélgica, del 17 de julio de 1964, numerado 450 en NAHUM, B. (2000), *Informes diplomáticos de los representantes de Bélgica*, tomo II: 1947-1967, vol. III: 1964-1967. Montevideo: Departamento de Publicaciones, Universidad de la República, pp. 82-84.

21 «El año terrible», *Marcha*, 31 de diciembre de 1965.

sensible durante ese año, al combinar un agravamiento de la situación económica con el aumento de la inestabilidad política.²²

Por un lado, en abril estalló una grave crisis bancaria, que supuso el cierre de un total de diez instituciones financieras, entre ellas el segundo banco privado del país, el Traslántico.²³ Más allá de sus efectos económicos, entre los cuales no es menor la extensión en la sociedad de la noción de crisis (Demasi, 2009: 6), también hubo consecuencias políticas, derivadas de la incapacidad del Gobierno para enfrentar el riesgo de una corrida bancaria —fueron los empleados bancarios los que, huelga mediante, cerraron las instituciones financieras— y de las sospechas de corrupción entre dirigentes políticos. A esta situación había que agregar la aceleración de la inflación, que a finales de año alcanzaría al 88 %, frente a la cual el Gobierno parecía no encontrar una respuesta adecuada (Astori, 2003: 83). No deja de ser relevante que, a mediados de 1965, un documento diplomático belga señalara que «la vida política está dominada por los problemas económicos».²⁴ En ese marco, la misma mayoría gobernante sentía el desgaste generado por las dificultades económicas, al punto que el consejero nacionalista Carlos Penadés se quejaba en julio de las críticas que recibía el Gobierno desde la oposición, pero también lamentaba la «anarquía en el pensamiento de los técnicos», dado que «cada uno de ellos presenta una solución distinta», sentando «principios y teorías que chocan unos con otros».²⁵

Por otra parte, a las dificultades de acuerdo entre las fracciones del partido gobernante se sumaron insistentes rumores de golpe de Estado.²⁶ Desde el quincismo se vio esta posibilidad con preocupación, especialmente por parte del consejero Vasconcellos, que tendió a denunciar esta amenaza.²⁷ Asimismo, cabe destacar la inquietud de la Embajada estadounidense, que comenzó a impulsar la propuesta de un cambio constitucional.²⁸ El contexto regional también era influyente, tanto por el golpe de Estado en Brasil de marzo de 1964 como por la intervención estadounidense en República Dominicana en 1965.

Finalmente, durante 1965 el nacionalismo gobernante apeló en tres ocasiones al uso de las medidas prontas de seguridad, especialmente para contener la movilización social en octubre y diciembre. Como lo había hecho en instancias anteriores, «la 15» fue crítica del uso de la legislación de excepción. Así, en diciembre acusó al Gobierno nacionalista de ser «el gran agitador que sufre el país»²⁹ y afirmó que «la invocación al sentido revolucionario de los paros [...] carecía de fundamento»,³⁰ a la vez que ratificaba su compromiso con «las libertades fundamentales y los

22 Las dificultades que enfrentaba el país, especialmente en el orden económico, se arrastraban desde mediados de la década del cincuenta. Para ver un abordaje que tome las diferentes lecturas que se fueron haciendo de la crisis que afectaba el país, en parte impugnando el rol del batllismo, está el reciente trabajo de Ximena Espeche (2016: especialmente 48-79).

23 Sobre la crisis bancaria, véase Vaz (1995).

24 Informe de Francis de la Barre, Encargado de Negocios de Bélgica, del 12 de junio de 1965, numerado 472 en Nahum, o. cit., t. II, vol. III, pp. 170-174.

25 Actas del CNG, 20 de julio de 1965, acta 288.

26 Sobre la posibilidad de un golpe de Estado entre 1964-66, véase especialmente Aldrighi (2012), López Chirico (1985: 136-138), Alonso y Demasi, (1986: 37-38), y Broquetas (2014: 131-138 y 142-143).

27 Sobre su denuncia acerca de un intento en junio, véase el Documento firmado por Briggs del 1.º de junio de 1965, numerado 65, en Aldrighi, o. cit., 2012, pp. 119-121.

28 Véase documento enviado a Thomas C. Mann por el embajador Wymberley Coerr del 29 de noviembre de 1964, numerado 35 en Aldrighi, o. cit., 2012, p. 66.

29 «Reiterando el error», *Acción*, 7 de diciembre de 1965.

30 «En la boca del volcán», *Acción*, 8 de diciembre de 1965.

principios de la justicia social». ³¹ Empero, a nivel privado, en las conversaciones con funcionarios de la embajada estadounidense empezaban a aparecer posturas proclives a enfrentar la movilización social. Allí, en octubre Abdala señalaba su acuerdo con las Medidas Prontas de Seguridad para contener la «amenaza comunista» ³² y los diplomáticos destacaban la influencia de los conflictos sindicales que afrontaba el gobierno colorado en Montevideo para aumentar «la comprensión del papel que están jugando los comunistas». ³³

Ante esta situación del país, donde debía procesar su propia renovación, el quincismo no cesó en su postura opositora, criticando con dureza a la administración nacionalista. Desde *Acción* no se dudaba en catalogar a la gestión gubernamental como «la peor de la historia», ³⁴ solo preocupada por «emitir [billetes] y nombrar [funcionarios]», ³⁵ y se afirmaba al final del año que «los blancos no saben gobernar para el bien de la República». ³⁶ También se dirigieron críticas hacia la obra de la CIDE, considerada como una «manía planificadora» ³⁷ y una «planificación literaria» que «se extendió estéril en un río de tinta», ³⁸ al mismo tiempo que se reconocía el «valioso aporte» hecho por dicho organismo y el rol del contador Enrique Iglesias. ³⁹ Sin embargo, en algunas instancias críticas, como durante la crisis bancaria, existieron dinámicas de colaboración, tanto en el tratamiento legislativo como en la conformación de una delegación que negociara asistencia externa con organismos internacionales. ⁴⁰

Además, el quincismo seguía cuestionando la política liberalizadora que, en 1959, había comenzado con la reforma cambiaria y monetaria. Ante la pregunta de un reportero sobre la unidad del Partido Colorado, Batlle Ibáñez no dudaba en afirmar que el Gobierno nacionalista «se ha ido enterrando por aferrarse a un principio nefasto para el país como es la liberación del comercio exterior y la reforma cambiaria», y señalaba que el decreto de liberalización del 3 de agosto de 1956 les había costado «la elección en 1958». ⁴¹

El camino hacia las elecciones internas

En marzo de 1965 el semanario *Marcha* analizaba la interna quincista, señalando la existencia de dos sectores, encabezados por Vasconcellos y Abdala, que tenían sus fuerzas en el interior y en Montevideo, respectivamente. En el primero se destacaba Flores Mora, mientras que en el segundo estaban varios de los senadores del sector, como Segovia, Roballo, Justino Carrere Sapriza y Héctor Grauert. En ese marco, existía un número importante de indefinidos, entre los que se encontraba Batlle Ibáñez. Los motivos principales de la división eran las elecciones internas del batllismo, impulsadas por Abdala, pero que generaban temor por la posible «agudización de las

31 «Sin autoridad», *Acción*, 12 de diciembre de 1965.

32 Documento firmado por Hoyt del 7 de octubre de 1965, numerado 90 en Aldrighi, o. cit., 2012, p. 162.

33 Documento firmado por Hoyt del 29 de octubre de 1965, numerado 98 en Aldrighi, o. cit., 2012, p. 175.

34 «El peor gobierno de la historia», *Acción*, 12 de julio de 1965.

35 «¿Qué es lo que quieren?», *Acción*, 13 de julio de 1965.

36 «El “Período Beltrán”», *Acción*, 27 de diciembre de 1965.

37 «Planes de papel», *Acción*, 10 de setiembre de 1965.

38 «El Partido Colorado», *Acción*, 1 de octubre de 1965.

39 «Ponderable esfuerzo», *Acción*, 23 de octubre de 1965.

40 Desde el vespertino quincista, se destacaba la colaboración con el gobierno en las jornadas críticas por la crisis bancaria. Véase «Oposición de la 15», *Acción*, 7 de mayo de 1965.

41 «En la hora de la verdad», *Marcha*, 2 de julio de 1965.

rencillas internas» y la «no concurrencia de otros grupos», y la reforma constitucional,⁴² también sostenida por aquel, aunque muy resistida por Vasconcellos.⁴³

En sí, lo que se empezaba a visualizar era el estado interno de la Lista 15 que estaba sufriendo un vacío de poder y la existencia de una pluralidad de voces, provenientes de los miembros del Ejecutivo colegiado, los parlamentarios más destacados y los medios de prensa partidarios —la *Radio Ariel* y el vespertino *Acción*—. Los informes de los diplomáticos estadounidenses explicaban esta situación, en gran parte, por la postura misma de Batlle Berres, que había impedido que otros dirigentes logaran una prominencia tal que les permitiera disputar su liderazgo, a la vez que destacaban que los líderes más prestigiosos —Arroyo Torres, Zubiría, Fischer, Grauert— no deseaban asumir aquel lugar, y advertían respecto del peso que podrían tener las «rivalidades personales». Al mismo tiempo, esa fuente subrayaba las posibilidades de Batlle Ibáñez, por su apellido, el control de medios de comunicación del sector y el apoyo que tenía de los diputados más jóvenes, resaltando además que era el «mejor versado en asuntos económicos», aunque su postura podía parecer «conservadora» por creer que debía disminuirse el peso del Estado sobre la industria.⁴⁴ Finalmente, cabe destacar que, en la memoria de varios dirigentes y militantes del sector, parece existir la convicción de que era Vasconcellos el que poseía las mejores posibilidades de convertirse en el nuevo líder del sector, incluso desde algunos gestos simbólicos tras la muerte de Batlle Berres.⁴⁵

En este marco, a principios de junio Batlle Ibáñez en su audición en *Radio Ariel*, «Dialogando con usted», planteó «a título personal» la necesidad de una «constitución más fuerte» y, previa aclaración de que «los inconvenientes de las instituciones» no debían servir para «justificar los errores del gobierno», demandó que «el pueblo» se pronunciara antes de las elecciones de 1966 sobre diversos aspectos de la carta magna, entre los cuales, al final, nombraba «la estructura constitucional del Poder Ejecutivo». Claramente, dado que esa era la cuestión más difícil a tratar, el joven diputado quincista insistió en que «nadie puede sostener que este sea el colegiado ideado por Batlle y Ordóñez» —en referencia al Consejo Nacional de Gobierno instituido por la Constitución de 1952— y en que era imperioso elaborar una fórmula que evitara «un Ejecutivo

42 La cuestión de la reforma de la constitución, en especial la eliminación del formato colegiado del Poder Ejecutivo, estaba presente en el debate político del país desde bastante tiempo atrás (en 1958 y en 1962 se habían plebiscitado proyectos en ese sentido, propuestos por el herrerismo y el ruralismo). Dicha cuestión era especialmente difícil para los batllistas, ya que el colegiado era una propuesta del mismo Batlle y Ordóñez, planteada en 1913. Para el período particular que aborda este trabajo, cabe señalar que en 1964 ya había sido planteado dicho asunto, por parte del senador colorado Carlos Mora Otero. Para una visión contemporánea del proceso de reforma constitucional, se puede ver Sanguinetti y Seré (1967: 9-22). También se debe destacar la perspectiva planteada por Pablo Ferreira sobre el impacto del pensamiento liberal conservador en el proyecto interpartidario que se aprobará en 1966. Véase Ferreira (2014: 5).

43 «La 15 por dentro», *Marcha*, 12 de marzo de 1965.

44 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Internal situation in the Colorado Party», 10 de mayo de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

45 En tres entrevistas realizadas para la tesis del autor de este artículo se señaló que circuló en el sector el relato de que, muerto Batlle Berres, su familia le había entregado a Vasconcellos la «ametralladora» con la cual el fallecido líder estaba dispuesto a resistir el rumoreado golpe de Estado. Entrevistas del autor con Manuel Flores Silva, 17 de noviembre de 2016, con Luis Hierro López, 16 de diciembre de 2016 y con Julio María Sanguinetti, 6 de febrero de 2017. El recuerdo de Juan Adolfo Singer, citado por Daniel Chasquetti, quien era el redactor responsable de *Acción*, coincide con el lugar que tenía Vasconcellos. Véase Chasquetti (2006: 13). También Batlle Ibáñez, en una entrevista de 1989, destacaba a Vasconcellos como «el primer hombre del partido». Véase «Jorge Batlle, la refundación del batllismo», *La República*, 28 de setiembre de 1989.

fuerte y arbitrario o un Consejo irresponsable». ⁴⁶ A partir de ese momento, el tema de debate en el quincismo pasó a ser fundamentalmente la reforma constitucional, que implicaba la discusión sobre el Ejecutivo colegiado, y *Acción* comenzó a publicar innumerables cartas de adhesión a Batlle Ibáñez, que en abrumadora mayoría respaldaban su propuesta. Desde allí se editorializó sobre «unidad y reforma» como grandes «anhelos» de la población para «buscar un nuevo camino», lo que suponía un «Partido Colorado unido» para triunfar en 1966 y «una Constitución para revolucionarse dentro del orden y de la ley». ⁴⁷

Dados estos posicionamientos, en ese mismo mes de junio se convocó a un congreso del sector en Maldonado, donde se abordaría la cuestión de la reforma. ⁴⁸ Y a finales de mes Vasconcellos en Salto reclamaba «apasionadamente» las elecciones internas para dotar al sector de «organización» que permitiera sustituir al líder fallecido, reconocía que era «reformista», dada la difícil relación de la 15 con la constitución de 1952, ⁴⁹ pero señalaba que la discusión sobre la reforma planteada por «el diputado Jorge Batlle y el consejero Abdala» llevaba a «una lucha entre nosotros». Por lo tanto, llamaba a que se dieran primero las internas, luego la «unidad del Partido» y por último una «Constituyente», y advertía que «no habrá nadie que tenga el ánimo traidor de quebrar la 15». ⁵⁰

El congreso del «Arcobaleno» —por el sitio donde se desarrolló— sesionó el 31 de julio y el 1.º de agosto de 1965 entre múltiples llamados a la unidad, y estuvo signado por las discusiones acerca de la reforma constitucional. Sus resoluciones apuntaban a la unidad del sector y del Partido Colorado, a la convocatoria a elecciones internas de toda la colectividad, y a que la reforma constitucional debiera ser estudiada por parte de las «autoridades partidarias». ⁵¹ La diplomacia estadounidense siguió con atención el devenir de esta reunión partidaria, dado que consideraba que allí podrían visualizarse las perspectivas que tendría un proceso reformista. ⁵² Una vez finalizado el Congreso, en esa fuente se destacaba que todos los senadores y la mayoría de los diputados quincistas deseaban llevar adelante la reforma, mientras que Vasconcellos, de la

46 «Sobre la reforma constitucional», *Acción*, 5 de junio de 1965. Esta indefinición entre una reforma del Ejecutivo vigente o la vuelta al formato unipersonal parece haber existido durante parte de 1965, probablemente como una forma de eludir la espinosa cuestión de la eliminación del colegiado, tan central en la tradición política del batllismo. Véase la conversación de Batlle Ibáñez con funcionarios estadounidenses del 22 de mayo de 1965, donde defiende un nuevo formato de Ejecutivo colegiado, en documento firmado por William J. McDonough, numerado 63 en Aldrighi, o. cit., 2012, pp. 114-117. A finales del año, en cambio, parecía claro que, dado el apoyo popular a las posiciones reformistas, se había identificado reforma constitucional con Ejecutivo unipersonal. Véanse las declaraciones de Collazo tras las elecciones internas de noviembre de 1965, donde dice que la «reforma significa presidencia», en «Collazo: Presidente, pero de la 15», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

47 «Unidad y Reforma», *Acción*, 14 de junio de 1965.

48 «Noticias políticas», *Acción*, 23 de junio de 1965. Eran convocados todos los cargos electos del sector y las autoridades partidarias.

49 Sobre esta relación, véase el «Discurso político pronunciado en Paysandú» por Batlle Berres el 12 de agosto de 1951, en ROMPANI, S. (1965). *Pensamiento y acción*, tomo I, Montevideo: Alfa, pp. 255-264.

50 «El batllismo en marcha», Discurso pronunciado por Amílcar Vasconcellos en Salto el 29 de junio de 1965. AGN, Colección Amílcar Vasconcellos. Caja 21, documento sin numerar, pp. 7-12 y 15-16. El hecho de que dicho discurso se haya impreso demuestra la intencionalidad de difundir estas declaraciones.

51 «Declaración unánime: elecciones internas y reforma», *Acción*, 2 de agosto de 1965.

52 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 30», 31 de julio de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

mano de Flores Mora, Guzmán Acosta y Lara y los dirigentes de menor nivel, habían logrado anteponer a aquella las elecciones internas.⁵³

Desde su editorial, *Acción* no ocultaba que «la reforma constitucional» era un «tema esencialmente polémico», y que las resoluciones del Congreso convocaban solo a una «consideración exhaustiva [...] en los organismos partidarios».⁵⁴ De cualquier manera, en esos mismos días también se buscó afirmar, en un contrapunto con Vasconcellos, que lo resuelto implicaba «un mandato» para «estudiar una Reforma Constitucional en lo político, en lo económico y en lo social», buscando evitar toda condicionalidad posible sobre el asunto.⁵⁵ El citado consejero contestó poco después que la reforma constitucional era un «error político» ya que iba «contra la búsqueda de formas de unidad» del Partido y explicitó cómo se habían tomado las resoluciones en el Congreso, dado que, previo a la resolución final que había sido adoptada por aclamación, la moción más apoyada había sido una que planteaba una «posición contraria a encarar el tema de la reforma constitucional» que se sustentaba en las palabras de Batlle Berres. Solo al final se había elaborado la resolución definitiva, que, en opinión de Vasconcellos, suponía que «los Congresales se reservaban el derecho de examinar en una nueva instancia el tema».⁵⁶ Por lo tanto, las mismas resoluciones del Congreso pasaban a ser discutidas.

La realización de elecciones internas suponía la explicitación de los alineamientos internos, que deberían organizarse y comenzar a pensar en la competencia electoral. No es casual, por tanto, que en ese mismo mes de agosto se diera un sonado incidente que supuso rupturas y desavenencias a la interna del quincismo. La disputa se dio en torno a los medios de comunicación del sector, especialmente a *Radio Ariel*, cuando el 9 de agosto Batlle Ibáñez reemplazó a Flores Mora en la audición «Hora de lucha colorada».⁵⁷ Dicho espacio radial se había constituido en 1962, con gran retransmisión al interior como una estrategia de Batlle Berres para enfrentar a Nardone, y le había dado gran prestigio a su titular.⁵⁸ En una nota de *Marcha* que abordaba el incidente se señalaba que era difícil que no se lo viera como un «cisma definitivo» en el sector, dado que Batlle Ibáñez esgrimía que «alguna vinculación» tenía con la emisora y que la audición, que era «libre para todos los batllistas», ahora pasaba a estar «con la unidad y por la reforma». Allí ya se exhibía una clara polarización entre una tendencia encabezada por Abdala y Batlle Ibáñez, que poseía «el apellido y el dominio pleno de los medios de difusión» del sector, frente a otra liderada por Vasconcellos y Flores Mora, de «amplio respaldo popular», a la vez que los senadores Roballo, Segovia, Tróccoli y Carrere Sapriza permanecían «a la expectativa». Mientras que el primer grupo insistía en la reforma constitucional, el segundo hacía énfasis en las elecciones internas, aunque ambos «reclamaban para sí la inspiración del pensamiento de Luis Batlle» y negaban que el choque tuviera «motivos ideológicos».⁵⁹

Los funcionarios de la embajada estadounidense tampoco dejaron pasar desapercibido en sus informes aquel incidente, al señalar que la «reconciliación» en el sector se hacía más difícil a partir

53 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 31», 7 de agosto de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

54 «Un fecundo congreso», *Acción*, 2 de agosto de 1965.

55 «Con el consejero A. Vasconcellos», *Acción*, 6 de agosto de 1965.

56 «Del consejero Dr. Amílcar Vasconcellos», *Acción*, 9 de agosto de 1965.

57 Ya en marzo la influencia de Flores Mora en *Acción* se había visto disminuida por la llegada a la subdirección de Julio María Sanguinetti. Véase «La 15 por dentro», *Marcha*, 12 de marzo de 1965.

58 Entrevistas del autor con Manuel Flores Silva, 17 de noviembre de 2016, y Julio María Sanguinetti, 30 de noviembre de 2016.

59 «Pugna en la 15: el micrófono de la discordia», *Marcha*, 13 de agosto de 1965.

de esta situación, y que existía una creencia de que había cercanía entre Batlle Ibáñez y el general Óscar Gestido, líder de la Unión Colorada y Batllista.⁶⁰

Además, destacaban que también comenzaban a estar en pugna diferentes estrategias políticas, ya que desde el entorno de Vasconcellos se sostenía que lo primordial era la derrota de los blancos, mientras que Batlle Ibáñez destacaba que la reforma constitucional debía emprenderse «por el bien del país», a la vez que señalaba que si no se la tomaba como bandera, lo haría el partido gobernante para poder ganar las elecciones de 1966.⁶¹

Ante esta creciente polarización interna, no tuvo buena recepción un intento conciliador de Rodríguez Fabregat, que viajó al país a finales de agosto a fin de acercar a las partes. Ya en ese momento, en un reportaje que le hizo *Marcha*, se advertía que una de las discusiones era sobre el momento de la reforma —antes o después de las elecciones nacionales— y el embajador admitía que las divergencias que existían en el sector eran «importantes», aunque era optimista sobre su unidad, y sugestivamente decía que «el Partido Colorado se está recomponiendo en el llano, después de la derrota».⁶²

Las elecciones internas, que en Montevideo se fijaron para el 28 de noviembre,⁶³ tendrían singulares características, determinadas por la Carta Orgánica del Partido Colorado Batllismo.⁶⁴ Pocos días antes de los comicios, *Marcha* explicaba que la votación sería en 592 circuitos —distribuidos en las 48 zonas electorales en que se dividía la capital—, se presentarían 1800 listas y se elegirían delegados a la Comisión Departamental y a los comités ejecutivos por zona, en un número algo superior a 11.000. Especial importancia tendría el primero de dichos organismos, ya que en una elección de «segundo grado» elegiría a los 15 miembros del Comité Ejecutivo Departamental y a los delegados montevideanos a la Convención y a la Comisión Nacional, de la que saldría el Comité Ejecutivo Nacional. Finalmente, cabe destacar que podrían votar todos aquellos ciudadanos que previamente firmaran su adhesión a la Carta Orgánica y al programa del Partido Colorado Batllismo.⁶⁵

60 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 32», 14 de agosto de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

61 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Political battle rages on constitutional reform», 14 de agosto de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2793, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

62 «La multiunidad y las palabras», *Marcha*, 17 de setiembre de 1965.

63 «Un mandato: las elecciones internas», *Acción*, 9 de agosto de 1965. También se realizaron elecciones internas en Durazno, el 21 de noviembre de 1966, donde se presentó la lista de Guzmán Acosta y Lara, y en Soriano, el 28 de noviembre de 1966, donde arrasó la agrupación conducida por Luis B. Pozzolo, alineada con Abdala y Batlle Ibáñez, que obtuvo más de 6000 votos, frente a los 1700 que obtuvieron los otros grupos. Véase «Noticias políticas», *Acción*, 23 de noviembre de 1965, y «Otro rotundo triunfo de Unidad y Reforma», *Acción*, 29 de noviembre de 1965. Luego de los resultados de los comicios en la capital, y con la progresiva fractura del sector, se dejaron de lado las elecciones en el resto del país.

64 Partido Colorado Batllismo. *Carta orgánica y programa del partido. Partido Colorado Batllismo* (Montevideo: sin fecha). En su texto se establece que fue aprobada en 1949, pero contiene también modificaciones introducidas en 1950. También se realizó un reglamento para las elecciones internas. Véase «La C. deptal. del batllismo aprobó modificaciones al reglamento que regirá las elecciones internas», *Acción*, 28 de setiembre de 1965.

65 «Los detalles», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965. Similares detalles se pueden ver en una serie de notas de Singer, que reclamaban desde *Acción* algunas modificaciones. Véase «El problema de la “circunscripción única”», *Acción*, 10 de agosto de 1965, «Objeciones a la circunscripción única», *Acción*, 11 de agosto de 1965 y «Reformas a la Carta Orgánica», *Acción*, 14 de agosto de 1965.

En el camino a esta competencia interna se fueron delineando las agrupaciones que competirían dentro de la Lista 15, que serían fundamentalmente tres.⁶⁶ En primer lugar, Por la Ruta de Luis Batlle era el sector encabezado por Vasconcellos y Flores Mora, donde también se destacaba Collazo, que defendía que la reforma constitucional debía quedar pospuesta hasta luego de las elecciones de 1966. Además, sus dirigentes recelaban de los planes de Batlle Ibáñez, al punto de denunciar que «Jorge quiere entregar la 15 a Gestido».⁶⁷ Mientras que Flores Mora enfatizaba que era «un problema de hombres», para Vasconcellos la elección interna era «una lucha para organizar el Partido, dotándolo de mayor calor popular», aunque ambos coincidían en la «confianza en el éxito» y en acusar que «los que están rompiendo la 15 [son los que] hablan de unidad».⁶⁸

En segundo lugar, Unidad Quincista-Por Luis Batlle era el grupo que se había formado alrededor de los expectantes senadores de agosto —Segovia, Roballo, Tróccoli, Carrere Sapriza—, sin «líder visible» pero aglutinante de «bastiones electorales poderosos» y carente de «posición única sobre la Reforma».⁶⁹ Proponiéndose como «factor de equilibrio» que pudiera «evitar un cisma definitivo», poseían pluralidad de voces internas, ya que, por un lado, Roballo definía al «batllismo como una fuerza socializante, izquierdista, populista», a la vez que, por otro, Segovia destacaba que se estaban «plebiscitando» tanto hombres como ideas, y estas últimas deberían ser discutidas «sin dogmatismos ni novelorías».⁷⁰

En tercer lugar, Lealtad a Luis Batlle-Unidad y Reforma estaba encabezado por Abdala y Batlle Ibáñez y agrupaba entre otros a Hierro Gambardella, Paz Aguirre, Julio María Sanguinetti, Grauert, Fischer, Zubiría y Arroyo Torres, los que eran llamados, desde filas opuestas, «la corte de Luis Batlle».⁷¹ Este sector defendía la necesidad de «unidad para triunfar y reforma para gobernar» y entendía a la elección interna como un «plebiscito» sobre esas ideas, para pensar más adelante en el marco del Partido Colorado tanto un «acuerdo» como la posibilidad de la «unidad total». Sin embargo, también presentaba bastante irritación con los otros sectores quincistas, en particular con Flores Mora, planteándose Batlle Ibáñez quizás como el menos dialogante, al señalar que le pertenecían «el apellido, el diario, la radio», y manifestar un «despecho» tal con «hombres que se deben a mi padre» que estaba dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias, «aunque parta a la 15».⁷²

Este último grupo, por poseer los medios tradicionales del sector, pudo monopolizar su uso y encarar su campaña de forma más definida. En ella cobró particular importancia la figura de Sanguinetti que, además de editorializar en *Acción*, llevó adelante una serie de intercambios epistolares ficticios bajo seudónimo, en los cuales a veces también participaban otros dirigentes con su firma, que buscaba acercar la propuesta de Unidad y Reforma a los votantes.⁷³ En ese espacio se definía a las internas como un «plebiscito de orientaciones»⁷⁴ y se destacaba como esencia del

66 Había además otros tres pequeños grupos batllistas que participaban, de muy poca incidencia; los sectores liderados por Gestido y Michelini decidieron ya en agosto no concurrir.

67 «Un prólogo conjetural», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

68 «Por la ruta de Luis Batlle», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

69 «Un prólogo conjetural», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

70 «Unidad Quincista - Por Luis Batlle», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

71 «Un prólogo conjetural», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

72 «Lealtad a Luis Batlle - Unidad y Reforma», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

73 Entrevista del autor con Julio María Sanguinetti, 30 de noviembre de 2016. Los seudónimos más usados eran «Peñaloza», «Sanabria» y «Monterroso»; los dos primeros eran los que habitualmente dialogaban.

74 «En la lucha por la unidad», *Acción*, 4 de noviembre de 1965.

batllismo el carácter «racionalista» y «avanzado», lo que suponía rechazar «dogmas» y «tabús».75 A través de este y otros medios, se afirmaba que el grupo no pedía «votos en favor de personas», prometiendo no descender «a la lucha personalista», a la vez que proponía centrarse en la discusión ideológica, mostrándose como único representante de la reforma constitucional, para que «voten por esas ideas en nuestras listas».76 Además, buscó impulsar un ambiente de renovación ideológica, de una «nueva revolución batllista», que fundamentalmente implicaba la actualización del batllismo a la realidad y a la problemática del país.77 En ese sentido, cuando se empezó a precisar el contenido de la reforma, se afirmó la necesidad de que supusiera «un nuevo y definido rumbo ideológico al batllismo y al país».78 Contaban para ello, entre otras cosas, con un conjunto de símbolos que facilitaban la renovación, que se usaron para establecer continuidades. Tanto la figura de Batlle Ibáñez, hijo del fallecido líder, como la de Matilde Ibáñez de Batlle Berres, que participó en algunos actos, seguramente fueron importantes.79

Las elecciones internas significaron un esfuerzo significativo por parte del quincismo, con una importante movilización «solo comparable [a la que generan] las elecciones nacionales».80 Sin embargo, no había acuerdo entre los observadores contemporáneos sobre su resultado, al punto que los periodistas de *Marcha* solo se ponían de acuerdo en que Unidad Quincista ocuparía el segundo lugar en los resultados.81 Por su parte, los diplomáticos estadounidenses transmitían a sus superiores la opinión de Michelini, que en una conversación sostenía que el «desmembramiento» del sector únicamente se daría si Batlle Ibáñez «triumfara con una rotunda victoria», lo que podría llevar a que «alguno de los otros sectores [...] rehusara aceptar su liderazgo».82 Además, se destacaba en esa misma fuente que la competencia era por el «liderazgo dentro de la lista» y la «reforma constitucional».83

Las lecturas del resultado y el estallido del sector

El resultado de la elección montevideana presentó dos lecturas diferentes, dado que las internas quincistas acumularon algo más de doscientos mil votos, muy por encima de lo esperado,84 a la vez que supusieron el triunfo de Unidad y Reforma.85 La evaluación de dicho desenlace, que para varios

75 «El liberalismo frente al conservadorismo», *Acción*, 5 de noviembre de 1965.

76 «Nuestra actitud en la lucha interna», *Acción*, 15 de noviembre de 1965.

77 «Para ustedes muchachos...», *Acción*, 9 de noviembre de 1965.

78 «Reformas económicas y sociales», *Marcha*, 9 de agosto de 1965,

79 Sobre la figura de la viuda de Batlle Berres, Flores Silva destacó su actuación a favor de su hijo en la entrevista ya citada. Entrevista del autor con Manuel Flores Silva, 17 de noviembre de 2016. Además, participó en actos, como se ve en «Doña Matilde recibe el saludo fervoroso de la vibrante multitud del batllismo», *Acción*, 22 de noviembre de 1965.

80 «Los detalles», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

81 «Un prólogo conjetural», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965.

82 Documento firmado por William J. McDonough del 23 de octubre de 1965, numerado 97 en Aldrighi, o. cit., 2012, p. 173.

83 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 47», 27 de noviembre de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

84 Según *Marcha* se esperaban unos 110.000 votantes. Véase «Los detalles», *Marcha*, 27 de noviembre de 1965. En 1962, el sector había obtenido un poco menos de ese número de votos en Montevideo.

85 Al terminar el escrutinio final, había 81.628 votos para «Unidad y Reforma», 60.128 para Unidad Quincista y 56.445 para Por la Ruta de Luis Batlle. Véase «Resultados definitivos y oficiales de las elecciones internas del batllismo», *Acción*, 22 de enero de 1966.

actores quincistas era sorprendente —«esas cosas no pasan», había respondido un dirigente de Por la Ruta de Luis Batlle ante la pregunta sobre un posible triunfo de Unidad y Reforma—⁸⁶ no fue fácil. Desde el lado del grupo triunfante, algunos buscaron rápidamente la reunificación del sector, llamando como Grauert a la «pacificación de los espíritus batllistas», mientras que otros, encabezados por Batlle Ibáñez, buscaron resaltar el triunfo de la «reforma que está aclamando el país», llevando a cabo, incluso, una «caravana de la victoria» por la capital.⁸⁷ Por parte de los grupos derrotados aparecieron algunos cuestionamientos sobre los procedimientos ocurridos en la elección, tanto en relación con ofrecimientos de «empleos y otras prebendas» como a la falta de los coches prometidos por la «patronal de taxímetros» para el traslado de votantes, de la cual solo se había salvado al parecer Unidad y Reforma, a la vez que comenzaron a exigir a los triunfadores que explicitaran los aspectos principales de la reforma constitucional, lo que suponía disyuntivas costosas en la elección entre una reforma del Ejecutivo colegiado o la vuelta al formato unipersonal. Además, se comenzaron a analizar los factores explicativos de victoria de Unidad y Reforma, entre los que se destacaba la combinación de la «férrea ocupación» de la prensa tradicional del sector y su «casi ilimitado respaldo financiero» con la propuesta de cambiar la constitución, que «pareció prender firmemente en el ánimo de los votantes potenciales».⁸⁸ Por último, no era menor que el «aluvión»⁸⁹ de votos reafirmaba una confianza ya existente en el quincismo acerca de la victoria en las elecciones de 1966, ya que expresaba lo que «el pueblo [...] piensa de este gobierno blanco».⁹⁰

Desde la embajada de los Estados Unidos, los resultados fueron leídos como un «importante paso» para fortalecer las posturas reformistas dentro del Partido Colorado, a la vez que destacaban la posición de Abdala y Batlle Ibáñez para afirmarse como líderes de aquel, y emprender negociaciones en torno a la modificación de la constitución.⁹¹ En el mismo sentido, señalaron que el resultado era una expresión de apoyo a la reforma constitucional y, más específicamente, un impulso al retorno al Ejecutivo unipersonal.⁹²

Entre diciembre y febrero se dieron, al menos, tres procesos que impactaron en la fracción quincista, donde se había abierto «una grieta» que se había ido «ensanchando».⁹³ Primero, la definición reformista se extendió entre la dirigencia del sector, al punto de que un lector de *El Día* exclamó que «ahora resulta que todos son reformistas»,⁹⁴ mientras que Collazo, que había formado parte de Por la Ruta de Luis Batlle, afirmaba estar «dispuesto a acatar este veredicto electoral» que era «una expresión de ánimo reformista».⁹⁵ Segundo, y derivado de lo anterior, poco a poco se produjo la ruptura entre Vasconcellos y Flores Mora,⁹⁶ dado que este quería aceptar el mandato popular por la reforma y proclamó «su decisión irrevocable de postular la reforma

86 «Elecciones internas del batllismo», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

87 «U y R: ¿ahora Colegiado?», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

88 «Elecciones internas del batllismo», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

89 «El aluvión y sus interpretaciones», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

90 «Algo más sobre las elecciones del domingo», *Acción*, 4 de diciembre de 1965.

91 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Joint weeka No. 48», 4 de diciembre de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2791, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017]

92 U.S. DEPARTMENT OF STATE, «Results of the Colorado Party internal elections», 8 de diciembre de 1965, RG59.SNF.1964-1966.PD.BOX2792, en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy>> [Consultado el 2 de febrero de 2017].

93 Entrevista del autor con Julio María Sanguinetti, 30 de noviembre de 2016.

94 «Elecciones internas del batllismo», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

95 «Collazo: Presidente, pero de la 15», *Marcha*, 3 de diciembre de 1965.

96 La división terminó produciéndose en febrero de 1966, con la salida, entre otros, de Flores Mora y Acosta y Lara. «Hechos políticos del momento», *Hechos*, 16 de febrero de 1966.

constitucional»,⁹⁷ mientras que el consejero, quizás por su carácter, pero también por la definición colegialista proveniente de las tradiciones del batllismo, se negó a apoyar ese cambio.⁹⁸ Tercero, Unidad y Reforma se convirtió en un movimiento nacional, comenzó a faltar a algunas instancias orgánicas del quincismo, y dio inicio a negociaciones con las fracciones de Gestido y Michelini para elaborar un proyecto de reforma constitucional,⁹⁹ que estaría pronto para febrero de 1966. En palabras de Batlle Ibáñez, ese movimiento pasaba a tener «carácter nacional» para llevar adelante la «reforma constitucional que están reclamando los nuevos tiempos».¹⁰⁰ Por su parte, desde su audición el consejero Abdala hablaba de un «mandato» de llevar adelante la reforma constitucional, que evitara tanto «el colegiado irresponsable» como «la presidencia omnímoda y prepotente», y afirmaba que el batllismo era «doctrina de adecuar los principios a la realidad nacional».¹⁰¹ Y, a la hora de pensar la unidad, desde *Acción* se exigía que fuera «alrededor de nuestras banderas de principios», criticando que otros dirigentes habían «conspirado contra ella»,¹⁰² y que se reconociera a Batlle Ibáñez como el iniciador de la renovación y la reforma.¹⁰³

De esta forma, la Lista 15 como tal comenzaba a fragmentarse de forma clara, y aumentaban los movimientos internos en todos sus ámbitos. Como ejemplo, a mediados de diciembre Juan Adolfo Singer renunciaba al puesto de redactor responsable de *Acción*, en parte por su afinidad con Segovia, y era sustituido por Francisco Forteza (hijo).¹⁰⁴ Al mismo tiempo, en el seno del Consejo Nacional de Gobierno Abdala y Vasconcellos comenzaban a tener diferencias y, significativamente, a votar por separado. Incluso, en la sesión del 20 de diciembre, ante las quejas de Vasconcellos por la no convocatoria a una reunión del Ejecutivo colegiado, el presidente del Consejo, Washington Beltrán le respondía que «él no tenía la culpa de que [...] no hubiera podido lograr otra firma», en referencia a Abdala, y ante la previsible e iracunda respuesta de aquel, insistía en que «no tenía la culpa de que el señor consejero Vasconcellos sintiera amargura por sus recientes insucesos [sic] políticos».¹⁰⁵

La nueva lectura de la inflación y la importancia de la emisión monetaria

Durante 1965, en el marco de la combinación del ejercicio de la oposición con la competencia interna en la fracción, aparecieron algunas novedades en los planteamientos de la 15, especialmente por parte de Unidad y Reforma. Por un lado, el impulso al proyecto de reforma constitucional suponía, más allá de ciertas idas y vueltas, la eliminación del Ejecutivo colegiado y el retorno al

97 «Hechos políticos del momento», *Hechos*, 4 de diciembre de 1965.

98 La ruptura con el colegiado fue difícil para la dirigencia batllista, y generó muchas resistencias, algunas insalvables. La referencia al carácter de Vasconcellos se introduce dado que fue invariablemente nombrado por todos los entrevistados que lo conocieron personalmente. Su antiguo secretario, Walter Santi, recordaba la «enorme inflexibilidad» del consejero. Entrevista del autor con Walter Santi, 14 de diciembre de 2016.

99 «Hechos políticos del momento», *Hechos*, 15 de diciembre de 1965.

100 «Noticias políticas», *Acción*, 15 de diciembre de 1965.

101 «Dialogando con usted», 2 de diciembre de 1965. AGN, Colección Alberto Abdala. Caja 34. Carpeta 11. Documento sin numerar.

102 «Cada vez que nos hemos juntado...», *Acción*, 30 de diciembre de 1965.

103 «Un buen año Peñaloza», *Acción*, 31 de diciembre de 1965.

104 «Francisco A. Forteza», *Acción*, 18 de diciembre de 1965. En las entrevistas con Alberto Bensi6n y Alejandro Vegh Villegas, se destacó la cercanía de dicho dirigente con Batlle Ibáñez. Entrevistas del autor con Alberto Bensi6n, 15 de noviembre de 2016, y con Alejandro Vegh Villegas, 11 de noviembre de 2016.

105 Actas del Consejo Nacional de Gobierno (CNG), 20 de diciembre de 1965, acta 342.

formato unipersonal. Por otro lado, en el contexto de las graves dificultades económicas que atravesaba el país, el quincismo comenzó a difundir y defender una lectura particular de la inflación, en donde se la asociaba a la emisión monetaria. Esta perspectiva se reiteraría de forma permanente en las páginas de *Acción*, donde se denunciaba que «la devaluación era el peor de los caminos», por ser «una medida netamente inflacionista», comparable a «la morfina» por generar una enfermedad que sería «más peligrosa aún que los males que se querían combatir», y que perjudicaba a aquellos que estaban «atados a ingresos fijos». ¹⁰⁶ Asimismo, se hablaba de «plaga inflacionaria» que se prolongaría mientras la «moneda no sea sana», a la vez que tangencialmente se criticaba al sindicalismo por impulsar reclamos que el gobierno enfrentaba con la «máquina de imprimir billetes», lo que llevaba al editor a añorar en cierta forma los tiempos del «liberalismo económico» y el «patrón oro». ¹⁰⁷ En ese sentido, se consideraba a la inflación como un factor principal de la situación económica ¹⁰⁸ y se destacaban sus consecuencias, al señalarla como «el gran agitador» que había en el país. ¹⁰⁹ Incluso, se hablaba de que el «emisionismo» y el «inflacionismo» dominaban el «escenario nacional», y se hacía referencia a la crisis alemana de 1923. ¹¹⁰

En las constantes críticas a la gestión nacionalista, desde *Acción* se sostenía que el aumento de precios estaba claramente vinculado a una política que aumentaba el gasto estatal y que proclamaba, pero no llevaba adelante, políticas de austeridad. De esta manera, se planteaba que «los factores que más pesan en el enorme incremento de los gastos públicos» y en el «déficit presupuestal» eran las «creaciones de cargos» y los aumentos de «partidas para contrataciones», por lo que era necesario «parar esa irresponsable política de burocratización». ¹¹¹ Esto suponía que, a su vez, aparecieran en la prédica del vespertino posturas críticas hacia el tamaño del Estado y llamados a la necesidad de la limitación de su accionar. Incluso, a la hora de abordar la cuestión de la planificación, señalaba que si se llegaba al «máximo intervencionismo» se daba «la enajenación de la libertad humana», por lo que proponía una «dirección» de la economía, que era una «idea más liberal». ¹¹²

En apoyo a esta visión del espiral inflacionario se recurrió en diversas ocasiones a las columnas de Daniel Rodríguez Larreta en *El País*, que eran un espacio de defensa y divulgación de las ideas liberales en el Uruguay de los sesenta. Sus opiniones eran retomadas para criticar la «expansión monetaria», ¹¹³ pero también para cuestionar la obra de la CIDE, a la cual tachaba de «cantineña del desarrollo» a la vez que atacaba la «planesmanía» del gobierno. ¹¹⁴ Además, se llegó a citar al economista austríaco Ludwig von Mises en un editorial, para poder fundamentar la explicación

106 «Otra devaluación», *Acción*, 19 de marzo de 1965.

107 «Salarios y precios», *Acción*, 13 de mayo de 1965.

108 Este énfasis en la inflación también puede ser considerado un rasgo propio en la prédica del sector, aunque habría que compararlo con los posicionamientos de otros actores políticos en el mismo período. Sin embargo, es significativo que en un texto de Luis Faroppa publicado en 1965 no había un abordaje directo del fenómeno inflacionario, por lo que no parecía dársele una especial relevancia. Véase FAROPPA, L. (1965). *El desarrollo económico del Uruguay: tentativa de explicación*. Montevideo: Cecea.

109 «La inflación, el gran factor de agitación», *Acción*, 11 de noviembre de 1965.

110 «Retroceso a toda marcha», *Acción*, 12 de noviembre de 1965.

111 «La careta de la austeridad», *Acción*, 3 de julio de 1965.

112 «Los planes y los hombres», *Acción*, 16 de setiembre de 1965.

113 «Contra el reavalúo», *Acción*, 20 de diciembre de 1965.

114 «Surgen las censuras», *Acción*, 22 de setiembre de 1965.

de la inflación que llevaba adelante el vespertino quincista y descartar que la especulación fuera la causante de la depreciación monetaria.¹¹⁵

Esta interpretación de la inflación, que poseía clara influencia del pensamiento económico liberal,¹¹⁶ se alejaba de la que predominaba entre las visiones estructuralistas¹¹⁷ y parecía ser novedosa en el sector.¹¹⁸ Sin embargo, no era hegemónica en los posicionamientos del quincismo, que todavía mantenía cierto carácter ecléctico en sus definiciones, combinando estas lecturas más novedosas con definiciones batllistas tradicionales —como la reivindicación del dirigismo y el fin de la «libre importación»¹¹⁹ o la promoción industrial—. ¹²⁰

Comentarios finales

La muerte de Batlle Berres, más allá de su efecto paralizante en la toma de decisiones del quincismo, permitió el inicio de una competencia interna, en la que no se disputó solamente el liderazgo sino también la estrategia de lucha contra el Partido Nacional. En un agitado contexto económico, político y social, la disputa acerca de la reforma constitucional constituyó un punto de ruptura dentro de la Lista 15, cuya unidad no sobrevivió a las elecciones dentro de la fracción. Significativamente, los promotores de la modificación de la constitución lograron sortear los frenos que imponía la orgánica quincista y, elecciones mediante, empujar su propuesta al primer plano nacional. Esto era, de cierta manera, una forma de responder a las dificultades que afrontaba el país y elaborar una propuesta alternativa para la competencia electoral que ya se vislumbraba en 1966. Asimismo, el liderazgo de Batlle Ibáñez comenzó a despuntar de la mano de Unidad y Reforma.

Junto a la cuestión constitucional, el quincismo comenzó a difundir una lectura de la inflación, en el complejo escenario económico nacional, que suponía rupturas e innovaciones respecto a su tradición precedente. Al asociar inflación con emisión de moneda y gasto estatal, esta lectura emparentada al pensamiento económico liberal supondría nuevas definiciones de política económica, que se harían visibles hacia 1966. Entre otras cuestiones, estas nuevas definiciones llevaban a redefinir el rol del Estado en la economía, en el afán de enfrentar la suba de precios. Se abría, así, una senda de renovación del programa económico.

Finalmente, cabe preguntarse acerca de los orígenes que tienen estas innovaciones económicas en el discurso económico quincista. Si bien el acercamiento a la circulación de ideas econó-

115 «Crisis y especulación», *Acción*, 16 de abril de 1965.

116 Tomando el análisis que hace Sergio Morresi, esas ideas se emparentarían con la vertiente neoliberal de esa corriente de pensamiento económico, especialmente con las escuelas austríaca y de Chicago. Véase Morresi (2013: 17-25).

117 Las visiones sobre la inflación en Uruguay, según publicaciones del período, estaban vinculadas a las perspectivas más estructuralistas, que le daban preeminencia, entre otras cosas, a la dependencia económica, o a las políticas del Fondo Monetario Internacional, alineadas con el pensamiento económico neoliberal, que pensaban la suba de precios como consecuencia de un exceso de demanda y de capacidad monetaria, relacionado con el Estado, los bancos y los asalariados. Tomado de Instituto de Economía (1969: 202-211).

118 En un debate de 1963, la relación entre emisión de moneda e inflación no parecía ser tan clara en su direccionalidad, al menos en un planteamiento de Abdala, que señalaba que «el país está perjudicado por la inflación, y no por el aumento de circulación monetaria que aquella provoca. Son dos cosas distintas. Esta medida [impuestos que se estaban discutiendo] va a provocar un alza de precios inmensa». Y que «la demanda monetaria debe ir acompañada de una aumento paralelo de producción de bienes». Actas del CNG, 28 de mayo de 1963, acta 33.

119 «Después del chaparrón», *Acción*, 1.º de junio de 1965.

120 «Un plan industrial», *Acción*, 12 de agosto de 1965.

micas liberales queda por fuera del objeto de este trabajo, cabe destacar la relevancia de uno de los líderes ascendentes en el fragmentado quincismo, Batlle Ibáñez, que era muy cercano a dichas definiciones por su propia trayectoria personal. A la vez, las aciagas circunstancias económicas vividas durante 1965 ampliaron las posibilidades de explicitación de dichas definiciones sobre el rol de la emisión de moneda y del Estado en el proceso inflacionario, para poder enfrentar las dificultades que afrontaba el país.

Fuentes y bibliografía

Fuentes inéditas

Archivo de Alberto Abdala. Archivo General de la Nación.

Archivo de Amílcar Vasconcellos. Archivo General de la Nación.

Archivo de Luis Batlle Berres. Archivo General de la Nación.

National Archives and Records Administration (NARA) - Washington D.C. (Estados Unidos) – Record Group 59 (1963-1967). En sitio web de Grupo de Estudios Interdisciplinarios sobre el Pasado Reciente. Disponible en <<http://www.geipar.udelar.edu.uy/>> [Consultado el 2 de febrero de 2017]

Fuentes editas

Actas del Consejo Nacional de Gobierno (1965).

Fuentes hemerográficas

Acción (1965).

Hechos (1965, 1966).

La República (1989).

Marcha (1964, 1965).

Otras fuentes editas

ALDRIGHI, C. (2012). *Conversaciones reservadas entre políticos uruguayos y diplomáticos estadounidenses*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

FAROPPA, L. (1965). *El desarrollo económico del Uruguay: tentativa de explicación*. Montevideo: Cecea.

NAHUM, B. (2000). *Informes diplomáticos de los representantes de Bélgica*, tomo II: 1947-1967, vol. III: 1964-1967. Montevideo: Departamento de Publicaciones, Universidad de la República.

PARTIDO COLORADO BATLLISMO (s/f). *Carta orgánica y programa del partido*. Montevideo: Partido Colorado Batllismo.

ROMPANI, S. (1966). *Luis Batlle. Pensamiento y acción. Discursos y artículos*, tomo I. Montevideo: Alfa.

Entrevistas

Alberto Bensión, 15 de noviembre de 2016

Alejandro Vegh Villegas, 11 de noviembre de 2016.

Julio María Sanguinetti, 30 de noviembre de 2016 y 6 de febrero de 2017.

Luis Hierro López, 16 de diciembre de 2016.

Manuel Flores Silva, 17 de noviembre de 2016.

Walter Santi, 14 de diciembre de 2016.

Referencias bibliográficas

ALDRIGHI, C. (2012). «El discreto encanto de la tutela norteamericana. Políticos uruguayos y amenazas de golpe de Estado». *Huellas de Estados Unidos. Estudios y debates sobre América Latina*. Disponible en <<http://www.huellasdeeu.com/ediciones/edicion2/articulo%206.pdf>> [Consultado el 4 de febrero de 2017].

ALONSO, R. y DEMASI, C. (1986). *Uruguay 1958-1968 Crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

ASTORI, D. (2003) «Estancamiento, desequilibrios y ruptura, 1955-1972», en NAHUM, B. (dir.), *El Uruguay del siglo XX*, vol. I: La economía. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-Instituto de Economía, FCEA, Universidad de la República.

- BROQUETAS, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechos y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CHASQUETTI, D. (2006). «¿Cómo se renuevan los partidos políticos en Uruguay? Examen de la “resurrección” del Partido Colorado en los años sesenta». *I Jornadas de Historia Política de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República*, Montevideo: FCS, Universidad de la República.
- DEMASI, C. (2009). «El camino uruguayo hacia la dictadura», en DESTOUET, Ó. (coord.), *Memoria, dictadura y derechos humanos: Ponencias del curso Memoria, Dictadura y Derechos Humanos: una aproximación al estudio de un pasado reciente, realizado entre el 10 y el 31 de agosto de 2009*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.
- ESPECHE, X. (2016). *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados de siglo XX*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- FERREIRA, P. (2014). «El otro viraje. Democracia y ciudadanía en el discurso de la lista quince ante los debates constitucionales de 1951 y 1966». *Contemporánea*, n.º 5.
- GARCÉ, A. (2002). *Ideas y competencia política en Uruguay (1960-1973). Revisando el «fracaso» de la CIDE*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- INSTITUTO DE ECONOMÍA (1969). *El proceso económico del Uruguay. Contribución al estudio de su evolución y perspectivas*. Montevideo: Universidad de la República.
- KITSCHOLT, H. (1996). *The Transformation of European Social Democracy*. Nueva York: Cambridge University Press.
- LEVITSKY, S. (2005). *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LÓPEZ CHIRICO, S. (1985). *Estado y fuerzas armadas en el Uruguay del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MORRESI, S. (2013). *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*. Buenos Aires: UNGS-Biblioteca Nacional.
- RILLA, J. (2008). *La actualidad del pasado, usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate.
- RODRÍGUEZ METRAL, M. (2016). «La aparición de contenidos liberales en la campaña de la Lista 15 del Partido Colorado en 1966: ¿Un viraje a la derecha?» en BOHOSLAVSKY, E., BROQUETAS, M. y ECHEVERRÍA, O. (eds.) *Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del VII Taller de discusión*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento. Disponible en <<http://www.ungs.edu.ar/derechas/wp-content/uploads/2016/11/actas-7D.pdf>> [Consultado el 20 de mayo de 2017].
- SANGUINETTI, J. M. (2014). *Luis Batlle Berres. El Uruguay del optimismo*. Montevideo: Sudamericana.
- y PACHECO SERÉ, A. (1967). *La nueva constitución*. Montevideo: Alfa.
- VAZ, D. (1995). «La crisis bancaria uruguaya de 1965», ponencia presentada a las *I Jornadas de Historia Económica*. Montevideo.

Recibido: 3/6/2017. Aceptado: 20/8/2017

«Ese momento no ha de tardar»: *Época*, la construcción de sentidos acerca de la revolución y los nexos con la izquierda armada uruguaya en formación (1962-1964)

Marina Cardozo¹

A Gutemberg Charquero
In memoriam

Resumen

Periódico matutino de la izquierda autoconsiderada independiente, no comunista, *Época* constituyó entre 1962 y 1967 una experiencia clave de nucleamiento, intercambio, debate y sociabilidad de la militancia de izquierda socialista y anarquista, y también de los nuevos grupos de izquierda creados en estos años, en particular del Coordinador, red de grupos políticos de izquierda radical que realizaba acciones armadas coordinadas. Durante el período analizado (1962-1964), militantes del Coordinador participaron en la administración de *Época*, como trabajadores gráficos, escribiendo notas y artículos o colaborando de diversas maneras.

El presente artículo analiza los vínculos entre la experiencia político-editorial de *Época* y la configuración de una nueva identidad política encarnada en el Coordinador, reconstruyendo en particular las formas en que *Época* contribu-

Abstract

Between 1962 and 1967, *Época*, daily of the self-considered independent, non-communist left, constituted a key experience of nucleation, exchange, debate and sociability of the socialist and anarchist left, but also of the New Left groups created in these years, in particular the Coordinador, a network of radical left political groups that carried out coordinated armed actions. During the period analyzed (1962-1964), militants of the Coordinador participated in the administration of *Época* as graphic workers, writing notes and articles, or collaborating in different ways.

This paper analyzes the links between the political-editorial experience of *Época* and the configuration of a new political identity embodied in the Coordinador, reconstructing in particular the ways in which *Época* contributed to think (and act) the revolution. The convergence of militants from different strands of the

¹ Profesora de Historia (Instituto de Profesores Artigas, Uruguay); máster en Derechos Humanos (Università degli Studi di Siena, Italia) y doctoranda en Ciencias Sociales (Universidad Nacional de General Sarmiento e Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina). Docente e investigadora en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, y en la Facultad de Ciencias Sociales (Universidad de la República, Uruguay). Este texto forma parte de la investigación para mi tesis de Doctorado, bajo la dirección de Elizabeth Jelin y Álvaro Rico. Una versión anterior fue presentada en las Jornadas Memoria, Historia y Presente de la Izquierda en Uruguay realizadas en Montevideo en setiembre de 2016.

yó a pensar (y actuar) la revolución. La convergencia de militantes de diferentes vertientes de la izquierda política en *Época* permite explorar en los diversos nutrientes e intercambios que conformaron las ideas, representaciones y prácticas de la izquierda armada en formación en un momento histórico, donde la revolución se presentaba como una perspectiva cierta y posible. Articulada en relación íntima con la experiencia cubana, la noción de revolución como antítesis de reforma sostenida en *Época* en este período resulta central para la comprensión de la trayectoria de la izquierda armada uruguaya en los tempranos sesenta.

Palabras clave: *Época*; revolución; Coordinador; izquierda armada.

political left at the time, allows to explore the various nutrients and exchanges that formed the ideas, representations and practices of the armed left in formation, in a historical moment where the revolution was considered a certain and possible perspective. Articulated in intimate relation with the Cuban experience, the notion of revolution as an antithesis of reform, supported by *Época* in this period, is central to understand the trajectory of the Uruguayan armed left in the early sixties.

Keywords: *Época*; revolution; Coordinador; armed left.

Introducción

El presente texto analiza, utilizando fuentes escritas y testimonios orales, los vínculos entre la experiencia politicoeditorial de *Época*, periódico matutino de la izquierda autoconsiderada independiente, y la configuración de una nueva identidad política encarnada en el *Coordinador*, red de grupos políticos de izquierda radical que configuró el inicio de la izquierda armada en el Uruguay de los años sesenta. El artículo se ocupa, en particular, de reconstruir las formas en que *Época* contribuyó a pensar (y actuar) la revolución en los años referidos.

Época constituyó, entre 1962 y 1967, una experiencia clave de nucleamiento, intercambio, debate y sociabilidad de la militancia de izquierda socialista y anarquista, pero también de los nuevos grupos de izquierda creados en estos años y, en particular, del *Coordinador*. Durante el período analizado (1962-1964), militantes del *Coordinador* participaron en la administración de *Época* como trabajadores gráficos, escribiendo notas y artículos o colaborando de diversas maneras.

La convergencia de militantes de diferentes vertientes de la izquierda política en *Época* permite explorar en los diversos nutrientes e intercambios que conformaron las ideas, representaciones y prácticas de la izquierda armada en formación, en un momento histórico donde la revolución se presentaba como una perspectiva cierta y posible.

Trayectorias políticas e influencias en la conformación de la izquierda armada uruguaya

Hacia fines de 1962 comienzan las primeras reuniones de militantes políticos que en 1963 darán lugar al denominado *Coordinador*, constituido por un conjunto de núcleos, de movimientos y de militantes pertenecientes a la izquierda radical: el Movimiento de Apoyo al Campesino (MAC), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), militantes del Partido Socialista del Uruguay (PSU), miembros de la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), militantes anarquistas no organizados y otros integrantes no vinculados específicamente a ningún sector (pero autodefinidos como independientes o ligados a la izquierda radical). Algunos de los grupos que inicialmente integraron esta red participaron más tarde en la fundación de la organización denominada *Tupamaros*. Otros grupos, como por ejemplo el MIR o la FAU, no adhirieron a la propuesta y continuaron su militancia por otras vías, al considerar que la lucha armada podía sustentarse únicamente en un importante trabajo a nivel de sectores sociales movilizados y no únicamente en una estructura de carácter político-militar.

El *Coordinador*, como inicio de la izquierda armada en Uruguay, expresa la diversidad política e ideológica de la izquierda uruguaya en los tempranos sesenta, período fermental donde múltiples alternativas se planteaban como posibles, animadas al influjo de algunas experiencias de orden regional e internacional, en especial la Revolución Cubana (Cardozo Prieto, 2010). Como eco y respuesta a la Revolución Cubana se conformaron en Uruguay *comités de apoyo* o solidaridad que tenían como cometido la realización de actividades de difusión y de defensa de la revolución. Estos comités se alimentaron de una nutrida participación de personas de diferentes orígenes y simpatías políticas, cristalizándose paulatinamente en su seno dos posturas divergentes: una de ellas más cercana a la izquierda radical, que consideraba pensar las alternativas y dilemas de la revolución y sus perspectivas de cambio en relación con posibles proyecciones en Uruguay, y la otra, ligada al Partido Comunista del Uruguay (PCU), que aun afirmando su apoyo a Cuba, sostenía que no era adecuado descontextualizar la experiencia de la revolución o trasladar sus dilemas y desafíos al Uruguay (Rey Tristán, 2005: 81-90).

Además de la importante influencia de la revolución cubana, ejercieron igualmente un peso significativo en la izquierda uruguaya, y en particular en la izquierda de corte radical, el derrocamiento en Guatemala del gobierno de Juan Jacobo Árbenz (1952-1954) y el conocimiento de la experiencia de reformas socioeconómicas realizadas en este país entre fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta.² La caída de Árbenz tuvo a su vez fuerte repercusión local y regional, a raíz del exilio del expresidente guatemalteco en Uruguay.³

Asimismo, los golpes de Estado en Paraguay (1954) y en Brasil (1964) conmocionaron a la izquierda uruguaya, que se nutrió de los relatos y experiencias de los exiliados políticos de estos países, muchos de los cuales se radicaron en Montevideo. Más lejos en el tiempo y sin embargo presente en la formación política de los militantes armados, encontramos el influjo de narraciones y relatos de exiliados republicanos españoles en Uruguay.⁴

En el plano local, por su parte, la actividad sindical iniciada en los años cincuenta y sesenta por algunos dirigentes del psu con los trabajadores agrícolas del norte y este del país, generó la aparición de sectores de jóvenes en Montevideo comprometidos con el apoyo a estos trabajadores. Desde 1962 las marchas de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), impactaron fuertemente en la militancia de izquierda. Influenciados por diversas experiencias (familiares, vinculadas al nacionalismo blanco; formación cristiana juvenil)⁵ y abrevando en diferentes experiencias políticas (anarquismo, militancia temprana en el Movimiento Revolucionario Oriental o MRO, entre otras), algunos militantes conformarán el denominado MAC. Su centro de actividades se desarrollará en el barrio obrero de La Teja. El MAC sería uno de los grupos centrales en la experiencia política del Coordinador.

A su vez, desde los años cincuenta del pasado siglo, los partidos de mayor tradición de la izquierda uruguaya, el psu y el pcu, y muy particularmente el primero, sufrieron importantes transformaciones que determinaron el fortalecimiento de ideas tales como el nacionalismo latinoamericanista y el antimperialismo a partir de la prédica del dirigente socialista Vivian Trías (Rey Tristán, 2005). Los cambios en la izquierda partidaria coincidieron con las manifestaciones de malestar social a raíz de la crisis económica de mediados de los años cincuenta y, a su vez, con los debates de la intelectualidad crítica que impulsaron su cuestionamiento al batllismo y a la noción de la excepcionalidad uruguaya (Espeche, 2010). Intelectuales como Roberto Ares Pons, Alberto Methol Ferré, Arturo Ardao, Carlos Quijano, Carlos Real de Azúa, Aldo Solari y el propio Vivian Trías, nutrieron a los militantes políticos de izquierda, a través de escritos y ensayos donde se debatían ideas como las de antiimperialismo y tercerismo, de una nueva visión del lugar de Uruguay en la región, y de nuevas formas de pensar el pasado local y regional.

Los procesos de renovación antedichos resultan contrastantes con el escaso peso electoral históricamente mantenido por la izquierda partidaria,⁶ evidenciado claramente en las elecciones de noviembre de 1962.⁷ Quizás esta razón haya determinado —más que otras, de índole

2 Entrevista con Guillermo Chifflet, Montevideo, 20/9/2006.

3 Guatemala Carpeta General 1954-73, Embajada de Uruguay en Estados Unidos de América (Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, Archivo Histórico Diplomático, Serie EEUU, Caja 52, Carpeta 31).

4 Entrevista con Jorge Dubra, Montevideo, 11/7/2009.

5 Destaca la concurrencia a colegios católicos de varios de los integrantes del MAC. Entrevistas con Hebert Mejías Collazo, (Canelones, 23/9/2007, Montevideo, 21/10/2010 y 28/10/2010). Entrevista con América García, (Montevideo, 10/10/2007).

6 Véase al respecto el clásico artículo escrito por Aldo Solari en 1963, «Réquiem para la izquierda» (en Solari (1991), Uruguay. Partidos políticos y sistema electoral. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 153-177).

7 La izquierda se presentó a las elecciones agrupada en dos lemas: Frente Izquierda de Liberación (FideL), liderado por el pcu, y Unión Popular (UP), hegemónizada por el psu. Captaron en conjunto el 5,6 % del electorado.

económico-social con que posteriormente la izquierda armada explicó su origen en los tempranos sesenta— el descontento y posterior viraje político de un cierto número de militantes (casi en su mayoría menores de treinta años) que a comienzos de los años sesenta participaron del *Coordinador*.⁸ En particular, del PSU se alejaron, aun sin separarse completamente, un grupo de militantes, algunos de los cuales habían participado significativamente —como Raúl Sendic— en el proceso de sindicalización rural.⁹ En cuanto al PCU, las transformaciones mencionadas y la coyuntura internacional vinculada al conflicto sinosoviético produjeron la formación de un nuevo grupo político denominado MIR, surgido como escisión maoísta del Partido e integrado por algunos de los más destacados militantes de la juventud comunista de entonces.

La FAU participó en el *Coordinador* a lo largo de los años 1963 y 1964, aunque de manera no orgánica. De todas formas, algunos de los militantes más connotados del anarquismo integraron las actividades de la red.

El *Coordinador* se desintegró entre fines de 1964 y comienzos de 1965, debido a desintelencias estratégicas entre los sectores (por ejemplo, los integrantes del MIR se mostraban partidarios de una acción de masas, lo cual era discutido por el MAC),¹⁰ al frecuente desconocimiento del colectivo con relación a las acciones realizadas,¹¹ a determinados errores y fallos producidos en el desarrollo de acciones¹² y a las discusiones sobre la «doble militancia» de algunos integrantes, que mantenían sus vínculos partidarios.

Época: palabras y acción

Entre los años 1962 y 1967, *Época*, periódico matutino de la izquierda autoconsiderada independiente, constituyó una experiencia fundamental de encuentro, diálogo y sociabilidad de la militancia de izquierda marxista y anarquista y, asimismo, de aquellos militantes pertenecientes a los nuevos grupos mencionados, en especial el MAC, el MAPU, el MIR, el MRO, el MUSP, y posteriormente el MLN-T.¹³

La noción de sociabilidad es explorada, entre otros, por el historiador francés Maurice Agulhon (2009), en su libro *El círculo burgués*, a través del estudio de los círculos burgueses en la Francia de la primera mitad del siglo XIX. Agulhon trabaja el concepto de *sociabilidad* para explicar el proceso de difusión de una cultura de la democracia en Francia, desplegado desde las formas de «sociabilidad asociativa» en el contexto de los círculos. Por su parte, en la investigación titulada *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés 1862-1910*, la historiadora argentina Sandra Gayol (2000) retoma la noción de sociabilidad de Agulhon, plasmada a su vez en un conjunto de estudios posteriores, explorando la sociabilidad desde «la dimensión de la experiencia en los modos y formas de construcción de las relaciones sociales».

Sociabilidad(es) de contacto y a la vez, más profundamente, de formación politicoideológica, permiten percibir la experiencia de encuentro en y desde *Época* como un lugar clave en la aparición y desarrollo de la nueva izquierda uruguaya. Así, durante el período analizado (1962-1964),

8 Los entrevistados hablan de un promedio de treinta a cincuenta participantes de la red coordinadora.

9 Véase: Duffau (2008). Más adelante, en 1965, un grupo de militantes se escindieron del PSU creando el Movimiento de Unificación Socialista Proletaria o MUSP.

10 Entrevista con Jorge Manera (Montevideo, 22/10/2010).

11 Entrevistas con Ricardo Elena, (Montevideo, 12/9/2006).

12 Entrevistas con Jorge Torres, (Montevideo, 5/9/2007 y 19/9/2007).

13 MAPU: Movimiento de Acción Popular Uruguayo, de tendencia cristiana; MLN-T: Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros.

militantes significativos del Coordinador participaron en la administración de *Época* como trabajadores gráficos, escribiendo notas y artículos o colaborando de diversas maneras. Fue el caso de Raúl Sendic (Blixen, 2000: 136), Andrés Cultelli, Germán Vidal (Rey Tristán, 2005: 118), Gerardo Gatti,¹⁴ Julio Marenales y Jorge Manera (Márquez Zacchino, 2010: 40-43). *Época* habitó la convivencia política y el intercambio, el debate, la circulación de pensamientos y lecturas, en suma, la generación de espacios de confluencia y diálogo entre militantes provenientes de líneas políticas diversas unidos, sin embargo, en la crítica a la izquierda partidaria y de la actividad politicoelectoral del país, a la vez que intensamente imbuidos por un interés profundo en prácticas y experiencias políticas de insurrección y revolución, tanto en América Latina como a nivel internacional.

Simultáneamente, (y este aspecto resulta absolutamente clave tanto en relación con la circulación de ideas como con el intercambio de aprendizajes políticos), en el período estudiado, *Época* presenció y participó de actividades desarrolladas por diversos núcleos de exiliados políticos que residían en Uruguay. Las actividades eran en su mayoría organizadas por exiliados paraguayos, en primer lugar (asilados en Uruguay a partir del golpe de Estado en su país, en 1954) y brasileños, en segundo término (y con un impacto si se quiere más conmovedor debido a la contemporaneidad de las vivencias traumáticas ligadas al inicio de la dictadura en Brasil, en 1964). En el recuerdo de Andrés Cultelli, administrador de *Época* e integrante del Coordinador proveniente del PSU, el periódico constituía una suerte de «ministerio de relaciones exteriores de parte de la izquierda [...], el centro de contactos políticos nacionales e internacionales» (Rey Tristán, 2005: 117).

La experiencia de *Época* perduró hasta febrero de 1967, con un epílogo entre el 7 y el 12 de diciembre de 1967, cuando, pocos días después de su refundación, fue clausurado por resolución del Poder Ejecutivo encabezado —tras la muerte del presidente Óscar Gestido— por Jorge Pacheco Areco.¹⁵ En este texto, sin embargo, consideraremos la trayectoria de *Época* entre los años 1962 y 1964, años que acompañaron la conformación y corta vida política del Coordinador, desfibrado paulatinamente entre fines de 1964 y comienzos de 1965.

Existen pocas referencias, en la producción historiográfica uruguaya, a la trayectoria de *Época*; en una de las menciones más significativas, el libro *La izquierda revolucionaria uruguaya*, de Eduardo Rey Tristán dedica un apartado a la importancia de este periódico en relación con el nucleamiento de la izquierda independiente del período, señalando entre sus principales influencias ideológicas la de una izquierda nacionalista pero no radical, y la de la izquierda renovada —de la cual surgieron grupos revolucionarios—, que se pronunciaba por el antiimperialismo y el tercermundismo (Rey Tristán, 2005: 114-119). A su vez, otras referencias a la experiencia de *Época*, en obras de corte biográfico o testimonial, expresan también la importancia del matutino como vector político del proceso de unificación de la izquierda uruguaya (Chagas y Trullen, 2011) narrando experiencias de militantes que participaron de la trayectoria del periódico (Blixen, 2000).

En estos años, militantes de diversas vertientes de la izquierda política confluyeron en el cuarto piso del Edificio Lapidó, ubicado en 18 de julio esquina Río Branco, en la sala de la redacción de *Época*, o en el taller de linotipos e impresión, en el subsuelo del edificio y compartido con el diario *El Popular*.¹⁶ Estas convergencias que comprendían formas de «sociabilidad informal» dentro de la sociabilidad formal —o «asociación formalmente constituida» (Agulhon, 2009: 51)

14 Comunicaciones con Gutemberg Charquero, Montevideo-Malmö, 11/2011.

15 También fue clausurado el semanario *El Sol*, del PSU, y se ilegalizó a los partidos y organizaciones que habían firmado un acuerdo para la reapertura del matutino (denominado «Acuerdo de *Época*», suscrito por la FAU, el Grupo de Independientes de *Época*, el MIR, el MRO, el MAPU y el PSU).

16 Comunicaciones con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011. Charquero indica a su vez que «desde el mediodía había gente, pero la actividad mayor comenzaba a las 17 o 18 horas, y se continuaba hasta la impresión del matutino, finalizada aproximadamente a las dos de la mañana».

—como era el caso de *Época* en tanto que proyecto político— permiten pensar en los diversos nutrientes e intercambios que conformaron las ideas, representaciones y prácticas de la izquierda armada en formación en estos años, vinculada de diversos modos a este diario. De la misma forma que Agulhon investiga para Francia las «prácticas de sociabilidad», en tanto que aprendizaje de la democracia y como difusión de los valores democráticos, puede pensarse para el caso de *Época* en una sociabilidad vinculada a aprendizajes y difusión de valores entre la militancia de izquierda, en el contexto de un momento histórico donde la revolución se presentaba como una perspectiva cierta y posible.

Además de *Época* como «lugar» de intercambios, existían por lo menos tres ámbitos que «prorrogaban» esa sociabilidad instalada entre los militantes. El primer espacio, eran los Comités de Apoyo a *Época*, que constituían ámbitos formalizados de reunión y trabajo, aunque también de recaudación de fondos, ya que el periódico se encontraba en general desfinanciado. Una de las características más salientes de estos comités fue el hecho de que algunos de ellos estaban establecidos en el interior del país, con lo cual, según el recuerdo de uno de los directores del periódico, se daba «el fortalecimiento o el comienzo de una relación política orgánica con un medio generalmente olvidado por Montevideo».¹⁷

A su vez, se realizaban algunas reuniones de confraternidad en restaurantes, entre colaboradores y amigos del diario, que representan instancias semiformales (en la medida en que coexistían la conversación informal y determinados discursos emitidos por personalidades ligadas al periódico).¹⁸ Por último, ocurría habitualmente, entre quienes frecuentaban la redacción del periódico, la concurrencia a bares y cafés de la noche montevideana, donde se continuaba con la discusión política en un ámbito menos formal.¹⁹ En tanto que la concurrencia a este tipo de locales montevideanos era masculina en general —salvo excepciones—, es preciso señalar el carácter sobre todo masculino de esta «sociabilidad informal» entre militantes de izquierda, que prolongaba los intercambios, de similares características, al interior de la propia redacción de *Época*.

Si entre las décadas del cuarenta y del sesenta, el semanario *Marcha*, dirigido por Carlos Quijano, se había transformado en un espacio crucial en la gestación de gran parte de los insumos de pensamiento sostenidos por la izquierda política y la intelectualidad crítica uruguaya en el período estudiado,²⁰ —posibilitando en particular el tejido de puentes con la región y la conexión con la idea de lo «latinoamericano»²¹—, *Época*, de vuelo menos pretencioso, no solamente albergó,

17 Comunicaciones con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011.

18 «Celebramos una jornada de camaradería, de esperanza y de fe», *Época*, 12 de agosto de 1962, p. 7.

19 Algunos de los cafés y bares céntricos que concitaban mayor presencia entre la militancia de izquierda eran el Sorocabana y el Libertad, en la Plaza Cagancha; el Picotín, en Soriano y Yi; La Moneda, en Andes entre 18 de julio y San José; el Palace y el Armonía, ambos en la Plaza Independencia (Chagas y Trullen, 2011: 173-197).

20 Véase Rilla (2008) y De Armas y Garcé (1997).

21 En el libro editado por Horacio Machín y Mabel Moraña, *Marcha y América Latina* (Pittsburgh: Universidad de Pittsburg, 2003), diversos autores exploran las categorías de nacionalismo y antiimperialismo en *Marcha*, así como el pensamiento latinoamericanista y los debates en torno al tercerismo. El ensayo de Gustavo Remedi contenido en la citada obra y titulado «Blues de un desencuentro: *Marcha* y la cultura popular» plantea, también vinculando sus interrogantes a la noción de «generación», la existencia de «desinterés» o indiferencia por la cultura popular, de parte de *Marcha*. Su análisis resulta de interés para la exploración de vínculos de cercanía y, a su vez, de rechazo, entre intelectualidad y militancia armada, militancia armada que, en formación, y aunque muy montevideana en esos años, siente como misión propia una aproximación necesaria al mundo del trabajador rural, haciendo suyos sus reclamos en el marco de la sustitución paulatina de las prácticas de participación electoral o las del sindicalismo definido por ellos como «economista», por las de la acción directa con un horizonte de revolución política y social.

reprodujo y reelaboró en su seno algunas de las nociones centrales transmitidas por *Marcha* a la intelectualidad de izquierda y a la izquierda política en su conjunto, también integró, trasmutándolas, las fuertes dosis de experiencias y saberes acuñados en los largos años de trayectoria del renombrado semanario, que fueran transfundidas directamente a *Época* a través de la vinculación a este medio de prensa de un conjunto de escritores y periodistas ligados al mismo tiempo a *Marcha*.²²

No obstante ello, paulatinamente, a lo largo de los años explorados, *Época* se desprende de *Marcha*, con la que, sin embargo, mantiene conexión. Sus páginas culturales, al calor de la coyuntura política local, regional e internacional, lentamente pierden centralidad respecto de aquellas dedicadas a la información política o sindical.

El primer número de *Época* vio la luz el 4 de junio de 1962, en el marco de una coyuntura donde el deterioro progresivo producido por la crisis económica fue objeto de debates, considerando la proximidad de las elecciones nacionales de noviembre. Carlos Quijano dirigió el periódico desde su primer número hasta el 16 de setiembre de 1962, apoyado en su labor por Julio Castro y Luis Pedro Bonavita. La autoafirmación de independencia de *Época* quedaba de manifiesto tanto por la integración plural de la redacción —donde coexistían independientes, socialistas, y hasta escritores como Bonavita, con vínculos con el PCU— como por la línea editorial definida desde el primer número: «Época no es el órgano de una fracción política, ni de un partido, ni siquiera de una empresa comercial. Y no tiene, no admite, ni reconoce, vinculación alguna con nadie».²³

Aunque en ese año las cercanas elecciones planteaban la oportunidad de acelerar el proceso de unidad de la izquierda, el resultado del intento sería negativo. A medida que fueron transcurriendo las semanas hacia la elección de noviembre de 1962, creció el disenso entre comunistas y socialistas y el clima de unidad se deterioró rápidamente. En *Época*, el apartamiento de Quijano se habría debido, según Héctor Rodríguez, a «desacuerdos con el manejo interno del diario», y a que el PSU se había decantado finalmente por una línea política que contemplaba la «unidad con exclusiones» (Chagas y Trullen, 2011: 150).²⁴

Tanto el PCU como el PSU generaron alianzas electorales con otros grupos y partidos menores, y se presentaron separadamente a las elecciones. El PSU dentro de la UP²⁵ y el PCU con el FIdEL,²⁶ obtuvieron en conjunto un resultado muy magro dentro del total de sufragios emitidos.²⁷ Empero, el golpe fue acusado especialmente por el PSU, que perdió toda representación en el parlamento. Un fuerte desaliento se abatió sobre su militancia, y amargas disputas y recriminaciones continuaron hasta bien entrado el año 1964, por diversos motivos.²⁸ Estos conflictos, reforzados

22 Por ejemplo, el propio Carlos Quijano, Julio Castro, Ida Vitale, Carlos María Gutiérrez, Carlos Núñez, Guillermo Chifflet, Eduardo Galeano, entre otros.

23 «En la Hora Inicial», *Época*, 4 de junio de 1962, p. 3.

24 La apreciación acerca de la definición del PSU es compartida en general por los estudios históricos que refieren a este aspecto. Véase al respecto, entre otros, Alonso y Demasi (1986) y Leibner, (2011: 427).

25 Junto a grupos como la Agrupación Nuevas Bases, y la lista del diputado Enrique Erro (escindido del Partido Nacional).

26 Aliado al MRO (encabezado por otro diputado escindido del Partido Nacional, Ariel Collazo), a Avanzar y al Movimiento Batllista 26 de octubre, entre otros. En cuanto a Avanzar, se trató de un pequeño núcleo de dirigentes que obtuvo el nombre histórico de la agrupación, luego de la fragmentación de esta en tres grupos (Comunicación con Grauert Lezama, 15/5/2017).

27 Ver nota al pie 2.

28 Uno de estos episodios álgidos ocurrió en marzo de 1964. En *Época* se publicaron diversas notas cruzadas entre Emilio Frugoni y Vivian Triás, donde Triás era acusado por Frugoni de usufructuar una jubilación temprana mediante el artículo 383, por el cual los representantes nacionales podían obtener beneficios jubi-

por el malestar poselectoral, en realidad se habían gestado bastante antes, con la crisis de transformación que había conmocionado a este partido tras el alejamiento de Emilio Frugoni y el advenimiento de Vivian Trías a la Secretaría General, en 1960.

Una parte de la militancia joven de izquierda consideró los resultados de las elecciones de 1962 como una derrota, un nuevo y rotundo fracaso de la izquierda partidaria que demostraba la imposibilidad de generar cambios en la política local. En este plano, una consecuencia decisiva del momento político fue el alejamiento de numerosos militantes —en su mayoría jóvenes— de estos partidos, y sobre todo, su cuestionamiento de la vía electoral como forma lograr la transformación revolucionaria de la sociedad.

Al interior de *Época*, el frustráneo intento unitario de la izquierda partidaria sumado al alejamiento de Quijano de la dirección reforzaron a mediano plazo la tendencia política discrepante con el PCU. Si bien pueden observarse, a lo largo del año electoral 1962, avisos, anuncios de actos y reuniones de diversas colectividades políticas,²⁹ es notoria la abrumadora presencia de aquellos provenientes de la UP, una vez lanzada esta opción electoral al ruedo político. A su vez, la expresión de algunas tensiones sobre temas sensibles no contribuyó a limar las diferencias entre ambas colectividades políticas. A modo de ejemplo, puede mencionarse el cruce de notas entre las redacciones de *Época* y *El Popular*, a raíz de un artículo en la página internacional de la primera, en recuerdo de los comunistas muertos por el ataque soviético a Hungría en 1956.³⁰ Ante la respuesta de *El Popular* señalando el «triste honor» que cupiera a *Época* al recordar este aniversario, *Época* respondió afirmando, entre otros argumentos: «No podemos pensar que la intervención está mal en Cuba y bien en Hungría»,³¹ en referencia a las denuncias constantes del conjunto de la prensa de izquierda sobre las amenazas de ataque estadounidense a Cuba.

Época, editada en formato tabloide, con portada y contraportada en dos tintas (rojo y negro), y con fotografías en blanco y negro, albergaba una primera sección de tres páginas con noticias internacionales, en general con un editorial sobre estos temas; a esta sección seguía la página editorial, con diversos artículos de opinión. Luego venía una sección de información general, en particular de política local, y dos o más páginas de noticias y comentarios sindicales, siempre con un editorial sobre el tema del día. Posteriormente se encontraban las páginas culturales y la cartelera cultural con recomendaciones (cine y teatro, aunque también a veces literatura), la página rural (con editorial), y las páginas deportivas (cuatro o cinco), que incluían diversas disciplinas. La contratapa se dedicaba en general a noticias candentes de la política nacional, regional o internacional. También contaba con una página femenina, inicialmente diaria y luego publicada como suplemento semanal de varias páginas.

En general las notas no estaban firmadas —excepto los editoriales de las secciones femenina, deportiva y rural—, y tampoco existía una referencia a los periodistas y escritores que integraban la redacción del matutino. La reconstrucción de esta información (con seguridad incompleta en

latorios elevados. Frugoni era, a su vez, acusado por Trías por haberse acogido a la misma reglamentación, unos años antes. En estas misivas cruzadas aparece siempre una referencia directa al fracaso electoral de la UP (ya fuere en la acusación de Frugoni, quien había señalado su seguro «naufragio» ya en el reconocimiento decepcionado de Trías del error político de la UP).

29 Sobre todo, una vez anunciada por *Época* la oportunidad de publicar remitidos de todas las colectividades políticas, el 24 de setiembre de 1962.

30 «A seis años del crimen», *Época*, 23 de octubre de 1962, p. 3. A diferencia de lo que en general se observa, esta nota está firmada con las iniciales C. M.

31 «Triste honor», *Época*, 25 de octubre de 1962, p. 5.

este texto), proviene de fuentes orales o testimonios publicados.³² Así, puede señalarse que, en diversos períodos, algunos de los directores y redactores responsables del matutino fueron Carlos Quijano junto a Julio Castro, Gutemberg Charquero, Ruben Caggiani, Guillermo Chifflet, Eduardo Galeano. A nivel de la redacción, en las páginas de información y opinión sobre asuntos internacionales, regionales y locales revistaban, entre otros: Garabed Arakelian, Guillermo Chifflet, Germán D'Elía, Carlos Núñez, Manrique Salvarrey, Carlos Santiago, Raúl Sendic (desde la clandestinidad), Héctor Rodríguez. En la crónica deportiva participaban Ángel Ruocco y Erasmo Fried. A su vez, la página denominada *Femeninas* era dirigida por Ethel Vázquez. La sección cultural estaba a cargo de Ida Vitale y participaban en ella Luis Berriel y Jorge Pignataro. Por último, aparecen mencionados como colaboradores, administradores, linotipistas secretaria y talleristas: Ariel Álvarez, José Pedro Cardoso, Domingo Carlevaro, Ariel Collazo, Andrés Cultelli, Gerardo Gatti, Mabel López Valín, Julio Marenales, Luis Martirena, Jorge Manera y Germán Vidal.³³ Es llamativa la escasa presencia de mujeres en la redacción.³⁴

Gutemberg Charquero, periodista, militante de izquierda independiente³⁵ y director responsable de *Época* en el período 1962-1964, precisa como un elemento central la independencia partidaria del matutino, el que, a su modo de ver, constituía «uno de los mayores logros políticos de la izquierda independiente uruguaya en un momento histórico que presagiaba el drama que sobrevino años más tarde».³⁶ Desde el presente, Charquero establece en esta frase dos momentos clave que trazan un continuo entre los inicios de la experiencia de *Época* y su final: los primeros sesenta se muestran como «momento histórico» significativo vinculado a un florecer de la «izquierda independiente» (y a la unidad de sus diferentes sectores, condensada en *Época*), y el final aparece ligado al «drama» anunciado del deslizamiento hacia el Uruguay autoritario, concebido en términos de inexorabilidad. Enseguida aclara el sentido de su expresión «izquierda independiente»: «... aquella que no coincidía y muchas veces discrepaba abiertamente con la izquierda representada por el Partido Comunista». En este recuerdo, el drama no parece vincularse al fracaso de la experiencia unitaria de la izquierda desde *Época* (Rey Tristán, 2005: 119), sino que se deriva del momento histórico de los sesenta.

Los primeros años de *Época* coincidieron, en efecto, con algunos eventos y procesos centrales en la formación política de los integrantes de la izquierda «independiente» y de la izquierda

32 Cfr. Álvarez Ferretjans (2008); Blixen (2001), Chagas y Trullen (2011), Márquez Zacchino (2011), Rey Tristán (2005), Comunicaciones con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011. Y también <<http://carlos-santiago.lacoctelera.net/post/2010/06/13/48-anos-del-diario-poca>> [N. de E.: Al momento de esta edición, el enlace no está disponible].

33 Según G. Charquero (Comunicaciones con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011), Vidal no estaba vinculado a *Época*, como lo indica Rey Tristán (2005: 118), sino al periódico *La Idea*. Sin embargo, hay referencias de la vinculación de Vidal a *Época* en el propio matutino, como, por ejemplo, la que sigue: «Comités de Amigos de ÉPOCA Parque Rodó, Punta Carretas, Pocitos, Cordón. Se cita para importante reunión a efectuarse hoy miércoles 18 a las 20hs en Duvimioso Terra 1220, Germán Vidal. Se ruega puntual asistencia [sic]». (*Época*, 18 de marzo de 1964, p. 4).

34 Como ya se subrayara, en relación con la sociabilidad militante de izquierda en el Montevideo de cafés y tertulias, las mujeres estaban excluidas o representaban una notoria minoría. También fueron minoría en el Coordinador, recordándose las por los militantes varones, en general, como «la compañera de». Sin embargo, entre un total de aproximadamente treinta militantes que participaban activamente de la red, había cinco mujeres.

35 Aun cuando le fueran asignadas adscripciones partidarias varias, como la de integrante del PSU o militante maoísta. (Comunicación con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011).

36 Comunicación con Gutemberg Charquero, Malmö-Montevideo, 9/2011.

armada. Algunos militantes entrevistados, integrantes del Coordinador,³⁷ han descrito el clima de época en los tempranos sesenta enfatizando el sentimiento de indignación de la izquierda frente a los denominados «atentados fascistas», que conmovieron a la opinión pública en los primeros años de la década.³⁸ Esta percepción es señalada habitualmente como uno de los elementos que habría dado origen, en la forma de grupos de autodefensa, a la izquierda armada. A este respecto, *Época* constituía una tribuna de denuncia (a través de sus editoriales y de la publicación de comunicados, declaraciones públicas y remitidos) de la violencia de las organizaciones de extrema derecha. En sus páginas pueden leerse anuncios de actos, declaraciones de sindicatos, asociaciones y partidos, así como notas de cobertura de eventos de denuncia, como la que sigue, sobre un acto realizado el 4 de agosto de 1962:

Nuevamente ayer una multitud expresó su repudio al nazi-fascismo. Aproximadamente diez mil personas participaron en el acto realizado en la Explanada de la Universidad y desfilaron posteriormente por 18 de julio hasta la Plaza Independencia. La manifestación, que se desarrolló normalmente, no alcanzó las proporciones de la anterior, efectuada a los pocos días del primer atentado contra Soledad Barrett. Fuertes contingentes armados se establecieron desde las primeras horas de la tarde en las inmediaciones de la Casa de Gobierno, la Universidad y la Jefatura de Policía. Frente a ésta se colocó una sección de caballería, del ejército, munida de carabina y no de sable, como era tradicional.³⁹

Al tiempo que daba cuenta de este acto organizado por el Sindicato Médico del Uruguay, *Época* observaba un cambio de actitud en el aparato represivo y también denunciaba la omisión policial y gubernamental en relación con la investigación y la contención de estos ataques y atentados. En las críticas al gobierno y a la policía por omisión y complicidad, el diario denuncia enfáticamente los maltratos sufridos por integrantes del movimiento cañero detenidos con relación a la muerte de una transeúnte en ocasión del tumulto producido en agosto de 1962, cerca del local de la Confederación Sindical del Uruguay:

Después de las torturas contra trabajadores metalúrgicos, los castigos y las torturas a los cañeros reinciden en una práctica o casi hábito de la Policía de Investigaciones. Farisáicamente hablan algunos contra la violencia cuando ella viene de los que se desesperan abajo; pero la toleran y les parece normal cuando viene de arriba y hasta parece institucionalizada. EPOCA, que no callará ante los hechos y que los llevará a la consideración del pueblo, ha condenado la violencia en todas sus formas, pero repudia particularmente esta forma de la violencia contra el hombre, amparada en la autoridad y a la sombra de los calabozos. Esto debe terminar y terminará.⁴⁰

37 Entrevistas con Ricardo Elena, Montevideo, 12/9/2006 y 9/9/2007.

38 Ataque a la Universidad de la República por el grupo de extrema derecha Movimiento Estudiantil para la Defensa de la Libertad (MEDL) en 1960; asesinato de Arbelio Ramírez, profesor en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo, en ocasión de la visita de Ernesto Che Guevara a Uruguay (Cfr. Bachetta, 2010); colocación de carteles con insultos al pueblo judío y atentados a miembros de dicha colectividad; tatuaje de esvásticas en el cuerpo de Soledad Barrett, militante de izquierda paraguaya, hija de exiliados paraguayos residentes en Montevideo (1962); atentado con bomba molotov contra un club del PCU a raíz del cual resulta muerto un bebé que allí se encontraba (1962); muerte accidental de una transeúnte por una bala perdida en un tumulto frente a la sede de la Confederación Sindical del Uruguay (CSU) (1962). Este último crimen fue imputado inicialmente a trabajadores cañeros de UTAA, que fueron conducidos a la cárcel (no habiéndoseles podido probar dolo, fueron liberados, con lo cual esta muerte quedó sin aclararse). Sobre las derechas en Uruguay en este período, véase Broquetas (2014).

39 «Miles de personas manifestaron su repudio a los atentados de las bandas nazi-fascistas», *Época*, 4 de agosto de 1962, p. 7. Se mantuvo la ortografía original en la transcripción.

40 «Me levantaban del cuello y me pegaban en el estómago.» «Castigos y torturas a los cañeros detenidos», *Época*, 10 de junio de 1962, p. 9. Se mantuvo la ortografía original en la transcripción.

Como se indicara antes, *Época* constituyó asimismo un espacio fundamental en la denuncia de las dictaduras de Paraguay y Brasil, así como también del autoritarismo franquista. Las actividades de denuncia eran habitualmente organizadas por las colectividades políticas de exiliados residentes en Uruguay. En sus páginas, el matutino publicaba convocatorias a actos en repudio de dichos regímenes, organizados conjuntamente entre asociaciones de exiliados y gremios obreros, estudiantes y otros actores sociales:

«Por amnistía general», «Derogación ley represiva 294», «Paraguay país de tierra sin hombres y hombres sin tierra», rezaban algunos carteles en la marcha patriótica convocada por el Centro de Estudiantes Universitarios Paraguayos residentes en el Uruguay (CEUPU), y que se llevó a cabo anoche por 18 de julio, desde el obelisco hasta la Plaza Independencia. El acto fue organizado en adhesión a la huelga general decretada por la Federación Universitaria Paraguaya [...]. Nota emotiva constituyó la adhesión de varios obreros cañeros de Artigas que participaron en la marcha.⁴¹

La denuncia de estos regímenes, así como la interacción con los exiliados, otorgó a *Época* un carácter definido, ya prefigurado por la tradición heredada de *Marcha* y quizás también por la fuerte impronta latinoamericanista sostenida por el núcleo de militantes socialistas ligados al diario (D'Elía, Chifflet, Galeano, Arakelian). En este sentido, entre los años 1962 y 1964, se percibe en *Época* un importante énfasis en los temas relativos a política y economía latinoamericanas. En estos años, los editoriales referidos a Latinoamérica critican duramente las posiciones del gobierno uruguayo en materia internacional (y su acatamiento a pautas y lineamientos del gobierno estadounidense), rechazan enfáticamente las amenazas de intervención de Estados Unidos en Cuba, abren opinión sobre los resultados eleccionarios en Perú, denuncian ataques a la democracia en Venezuela, recuerdan el derrocamiento del gobierno democrático en Guatemala, informan sobre los avances de la institucionalización de la reforma agraria en Brasil, entre otros.

«Ese momento no ha de tardar»: revolución en clave latinoamericana y local

Los editoriales de la página de noticias internacionales trataban en forma destacada temas vinculados a América Latina. Recibieron así considerable atención las complejas coyunturas de los tempranos sesenta en Argentina y Brasil, que ocuparon las páginas internacionales casi a diario y muchas veces también la portada y la contratapa del periódico. La línea general de los análisis prolonga la impronta de Quijano vinculada a la crítica al imperialismo, a la defensa del latinoamericanismo y al alerta constante y denuncia con relación a los golpes de Estado (en particular en Brasil y Argentina). Asimismo, destacan algunas notas y entrevistas como aquellas realizadas a Celia de la Serna de Guevara, a Leonel Brizola, o a Francisco Julião, donde la preocupación por los procesos revolucionarios y sus transformaciones y el tema de la reforma agraria resultan absolutamente centrales.

Cuba representa un nexo entre movimientos latinoamericanos que en los tempranos sesenta devienen partidarios de la revolución armada, en gran medida debido al propio influjo de la experiencia cubana. En abril de 1963, *Época* participa del frustrado Congreso Continental de Solidaridad con Cuba (suspendido en Río de Janeiro por el gobernador Carlos Lacerda). A pesar de la prohibición, el viaje de Guillermo Chifflet —enviado de *Época* a Río— fue una de las tantas experiencias de contacto entre delegaciones chilenas, argentinas, peruanas, paraguayas, bolivianas. Al mismo tiempo, Chifflet entrevistó en esa ocasión a Julião, señalando este la importancia de una

41 «Mitin estudiantil contra Stroessner», *Época*, 4 de junio de 1962, p. 22.

«reforma agraria radical» y la lucha «a favor de la Revolución Cubana y contra el imperialismo yankee» (Chagas y Trullen, 2011: 177-179).

Como afirma Jean Rodrigues Sales (2007: 38-45), el viraje de pensamiento y acción de las Ligas Campesinas, en Brasil, se produce entre 1960 y 1961, cuando abandonan sus posiciones de reforma agraria «dentro de la ley» e influidas por la revolución cubana (a través, entre otros factores, de los viajes de dirigentes destacados de las Ligas, como el propio Julião o Clodomir Santos de Moraes, y su participación en cursos de entrenamiento militar en Cuba) cambian el contenido político de sus reivindicaciones para reclamar la tierra «por la ley o por la fuerza», proceso que, a su vez, lleva a algunos de sus dirigentes a una ruptura con sectores políticos del movimiento campesino vinculados al Partido Comunista Brasileiro (PCB).

A comienzos de 1964, *Época* recibió una invitación para las celebraciones del Primero de mayo en Cuba, lo que generó *a posteriori* un vínculo con la agencia de noticias *Prensa Latina*, creada en 1959 por Jorge Ricardo Massetti en Cuba. En los mismos días en que el periodista Ángel Ruocco viajaba a Cuba como enviado de *Época*, el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), liderado por Massetti, era aniquilado en Salta, Argentina.

Cuba se constituyó, así, en uno de los temas de mayor centralidad en el periódico. *Época* denunció amenazas y ataques estadounidenses a la isla, al tiempo que ofició de centro de captación y difusión de actos, eventos y comunicados del conjunto de la colectividad de izquierda, comités de apoyo a la revolución cubana y diversas asociaciones que expresaban en las páginas del diario el repudio a los diferentes intentos de intervención estadounidense en Cuba en estos años. Hacia fines de octubre de 1962, en el momento más álgido de la crisis de los misiles, se asevera desde un editorial de *Época*:

Desgraciadamente nuestro vaticinio se ha cumplido. Lograda la aquiescencia de los Gobiernos de los países latinoamericanos —salvo las honrosas excepciones de Chile, México y Brasil— los EEUU se han lanzado de lleno al bloqueo de Cuba, amenazando con hundir a cualquier barco que se dirija a este territorio. Una vez más, y ahora tal vez más que nunca y definitivamente, el panamericanismo, la Doctrina Monroe, las declaraciones altisonantes [...] han quedado al descubierto como una mascarada [...]. La verdadera unidad americana no residen en organizaciones como la OEA, en los que representantes de las oligarquías nacionales históricamente al servicio del imperialismo, de espaldas a sus pueblos, se muestran siempre dispuestos a la docilidad frente a los mandatos del más fuerte [...]. Ella se logrará —y todos los indicios señalan que ese momento no ha de tardar— cuando los pueblos identificados en una corriente revolucionaria y nacional, desaloje para siempre las miserias que detentan el poder, con el sólo propósito de congelar estructuras superadas por la evolución político-social.⁴²

En referencia a la Segunda Declaración de La Habana, la noción de revolución ligada a la de nacionalismo se presenta como realidad inminente a ser llevada a cabo por los pueblos para contrarrestar la obsecuencia de los gobiernos latinoamericanos y la angustia por el bloqueo a Cuba.

La potente movilización de la izquierda uruguaya por la causa cubana refleja el impacto que esta revolución poseía en esos años en el conjunto de la izquierda:

Continuamos recibiendo numerosos testimonios de repudio contra la agresiva actitud asumida por el gobierno de los EEUU al imponer el bloqueo militar a Cuba. La cantidad y extensión de las declaraciones impone, a nuestro pesar, una versión sintética de las mismas.⁴³

En la misma página 13 de la edición del miércoles 24 de octubre de 1962, donde aparece la prohibición por parte del Ministerio del Interior de realizar actos no autorizados (ante la efer-

42 *Época*, 24 de octubre de 1962, p. 4. Se mantuvo la ortografía original en la transcripción.

43 «Movilización del pueblo: con Cuba», *Época*, 25 de octubre de 1962, p. 8.

vescencia popular por la situación de Cuba), *Época*, en postura desafiante, publica el siguiente anuncio —que no pertenece a ningún avisador librero de los que habitualmente se publicaban avisos—: «Fidel Castro. “Autocrítica de la Revolución Cubana”. Segunda edición de un libro fundamental. Venta en todas las librerías».⁴⁴

Por su parte, los editoriales sobre política local se orientaron al comentario y crítica de ciertos hechos, como las graves dificultades de la industria de la carne, la crisis del Frigorífico Nacional, la represión policial, las condiciones de vida y trabajo de los trabajadores cañeros, el repudio por la firma de acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, la crisis estructural, la fragmentación de los partidos tradicionales, la crítica a la Ley de Lemas. Pocos temas suscitaron, sin embargo, tanta centralidad en *Época* como el de las reivindicaciones de los cañeros, posiblemente uno de los ejes clave de la prédica del periódico. Desde la página editorial del primer número de *Época* se comentan los efectos de la primera marcha de los cañeros a Montevideo (mayo de 1962) y se traza un vínculo entre la «suerte de la Nación» y el descuido por la problemática de los trabajadores rurales. El nexo entre estos dos aspectos aparece como hilo vertebrador de toda la línea política de *Época*: es el reclamo por la reforma agraria y la crítica a los partidos tradicionales por su incapacidad para llevarla adelante.

Sufrimos problemas económicos, financieros, sociales, culturales, de tal extensión y complejidad como tal vez nunca en nuestra historia. Algunos afloran al debate público y obligan al remedio, el que siempre se busca por los caminos de la transitoriedad. Otros, en cambio, se desarrollan y golpean en el silencio, ante nuestra culpable indiferencia, aunque todos somos más o menos conscientes, que su agudización comprometerá en definitiva, la suerte misma de la Nación. [...] Estos días esos problemas han salido un poco a la luz pública en razón del conflicto gremial de los cañeros de Artigas. Sus marchas por Montevideo han provocado, desde la solidaridad de los gremios, órganos estudiantiles y gentes de corazón bien dispuesto, pasando por el asombro de quienes ni siquiera imaginaban que a pocos kilómetros de la Capital el mundo fuera tan trágicamente distinto, hasta el temor —tal vez el pánico— de los satisfechos poderosos, inconscientemente, abroquelados en sus fortalezas de privilegios.⁴⁵

Época se convierte, entre 1962 y 1964, en una voz decisiva en relación con la denuncia de las condiciones de los trabajadores rurales, operación en la que decide acompañar la radicalidad de planteos que ya no aspiran a reivindicaciones salariales en el marco de la ley, sino que proponen la acción directa y la revolución social vinculada a la reforma agraria.

La revolución, que se plantea en clave nacional —porque la crisis estructural no permite vislumbrar otro camino—, se imbrica aquí con la noción de revolución social. La oposición entre latifundio y trabajadores rurales, entre imperialismo y nacionalismo, se condensa en la ecuación revolución versus reformismo. Se denuncia así, explícitamente, la indiferencia de la izquierda calificada como reformista en la ausencia de apoyo o la negación de la lucha cañera, lo que refuerza la posición no comunista inicial del matutino, envuelto en el fragor de la lucha:

Por primera vez en la historia del sindicalismo rural uruguayo, [...] y en la lucha social del país, la conquista de la «tierra para quien la trabaja» deja de ser un objetivo mediato. Y de una formulación abstracta en proyectos de Reforma Agraria, más o menos radicales, para pasar a ser un fin inmediato y perentorio de los trabajadores. Si bien noveles izquierdistas [...] tratan de silenciar el movimiento en una ordenada y sistemática acción de ocultamiento de la propaganda de UTAA y de total falta de apoyo de propaganda solidaria y en dinero (¡cuidado con la compra de armas...!) la verdad es que la marcha de los peludos iniciada en Bella Unión el 20 de febrero, es el acontecimiento sindical y popular de la hora, de resonancia nacional e internacional. EPOCA

44 *Época*, 24 de octubre de 1962, p. 13.

45 «Los postergados», *Época*, 4 de junio de 1962, p. 3. Se mantuvo la ortografía original en la transcripción.

se siente orgullosa de haber sido el desinteresado vocero diario de esta lucha y de seguir siéndolo. [...] De aplicarse el latifundio dejaría de ser una tuerca del engranaje imperialista. Y esto no se logra mediante la clásica lucha reformista sino tratando de liquidar al latifundio y a la dependencia imperialista. Es decir, mediante una acción revolucionaria. Para ello, la lucha por la tierra ahora es la verdadera solución impuesta no sólo por la precedente explicación teórica sino confirmada por la experiencia de varios años de lucha sindical.⁴⁶

Poco antes, el 31 de julio de 1963, se había realizado el asalto al Club de Tiro Suizo de Nueva Helvecia, a partir del cual fue descubierto el robo de armas, fueron capturados militantes vinculados a la acción, y pasó a la clandestinidad Raúl Sendic. Este acontecimiento fundante del Coordinador —aun cuando en la acción no participaran el conjunto de los grupos que componían la red— permitió dar el salto cualitativo del pasaje a la acción, el comenzar a poner en práctica la consigna sostenida por la militancia del Coordinador: «la acción nos une, las palabras nos separan» (Cardozo Prieto, 2010: 158). Desde un editorial de setiembre de 1963, *Época*, refiriéndose a los medios que atacaban a los «delincuentes», manifiesta su desacuerdo con el robo de armas, pero no sin expresar una de las explicaciones centrales sostenidas más tarde por la izquierda armada en torno al uso de la violencia política: «... Hay una violencia peor que la que deriva de empuñar un arma, y es la que ejerce a cada minuto un régimen que condena a millares de individuos al hambre, a la ignorancia, a la enfermedad».⁴⁷

Palabras finales

En el marco de la crítica coyuntura política para la izquierda que acompañara los primeros pasos del periódico, *Época* se transformó tempranamente en expresión principal de corrientes de pensamiento y praxis discrepantes con la izquierda partidaria local, así como en espacio de confluencia y sociabilidad a través del cual establecer nexos de intercambio entre la variedad ideológica y la diversa procedencia —a pesar de su exigüidad numérica— de la militancia de una naciente nueva izquierda.

La transformación de la noción de revolución operada en estos breves años, tuvo como uno de sus centros primordiales a *Época*, cuna de la formación de una militancia próxima o directamente integrada a la experiencia armada, como es el caso de varios integrantes del Coordinador.

Las formas de pensar la revolución en *Época* articulan directamente la experiencia de la revolución cubana —y la defensa de esta frente al imperialismo—, así como el planteo de la necesidad de una reforma agraria radical. La noción de revolución sostenida en estas bases se contrapone de esta forma con la de reformismo, que el matutino rechaza, desempeñando en tal sentido un rol formativo clave para la comprensión de las representaciones y la praxis política de la izquierda armada en el Uruguay de los tempranos sesenta.

Tributaria de la izquierda tradicional, así como —a partir de su nacimiento— de la generación crítica del 45 en el plano intelectual, desde sus marcos ciudadanos, *Época* tendió, no obstante, puentes hacia la realidad del campo y sus agudos problemas. A medias parricida respecto de su tutora *Marcha*, tomó parte activa en las luchas políticas de esos años, transformándose en una tribuna para la acción.

46 «Cañeros: Tierra ahora», *Época*, 31 de marzo de 1964, p. 11. Se mantuvo la ortografía original en la transcripción.

47 «El revés de la trama», *Época*, 10 de setiembre de 1963, p. 5.

Bibliografía y fuentes

Entrevistas y comunicaciones

- Comunicaciones con Gutemberg Charquero (Montevideo-Malmö, 11/2011).
 Comunicación con Grauert Lezama (Montevideo, 15/5/2017).
 Entrevista con Guillermo Chifflet (Montevideo, 20/9/2006).
 Entrevista con Jorge Dubra (Montevideo, 11/7/2009).
 Entrevistas con Ricardo Elena (Montevideo, 12/9/2006 y 9/9/2007).
 Entrevista con América García (Montevideo, 10/10/2007).
 Entrevista con Jorge Manera (Montevideo, 22/10/2010).
 Entrevistas con Hebert Mejías Collazo (Canelones, 23/9/2007; Montevideo, 21/10/2010; Montevideo, 28/10/2010).
 Entrevistas con Jorge Torres (Montevideo, 5/9/2007 y 19/9/2007).

Prensa

- Época* 1962-1966
El Popular, 1963-1964
Marcha 1964

Páginas de internet

<http://carlos-santiago.lacoctelera.net/post/2010/06/13/48-anos-del-diario-poca>.

Libros y artículos

- AÍNSA, F. (2008). *Espacios de la memoria. Lugares y paisajes de la cultura uruguaya*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- AGULHON, M. (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ALONSO, R. y DEMASI, C. (1986). *Uruguay 1958-1968. Crisis y estancamiento*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ÁLVAREZ FERRETTJANS, D. (2008). *Desde La Estrella del Sur a internet. Historia de la prensa en el Uruguay*. Montevideo: Búsqueda-Fin de Siglo.
- BACCHETTA, V. (2010). *El asesinato de Arbelio Ramírez. La república a la deriva*. Montevideo: Doble Clic.
- BLIXEN, S. (2010). *Sindic*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- BROQUETAS, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CARDOZO PRIETO, M. (2010). «Memorias del Coordinador: algunas fechas significativas en la “formación” del MLN-Tupamaros», en BOHOSLAVSKY, E.; FRANCO, M.; IGLESIAS, M. y LVOVICH, D. (comps.). *Problemas de Historia reciente del Cono Sur*, vol. II. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- CHAGAS, J. y TRULLEN, G. (2011). *Guillermo Chifflet. El combate de la pluma*. Montevideo: Rumbo.
- CORES, H. (1989). *La lucha de los gremios solidarios (1947-1952)*. Montevideo: Compañero-Ediciones de la Banda Oriental.
- DE ARMAS, G. y GARCÉ, A. (1997). *Uruguay y su conciencia crítica. Intelectuales y política en el siglo XX*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- DUFFAU, N. (2008). *El Coordinador (1963-1965). La participación de los militantes del Partido Socialista en los inicios de la violencia revolucionaria en Uruguay*. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- ESPECHE, X. (2010). «Morir o vivir “oriental”: Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y el problema de la integración latinoamericana y revolucionaria de Uruguay”. *Contemporánea*, vol. 1, pp. 99I-II3.
- GAYOL, S. (2000). *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y cafés 1862-1910*. Buenos Aires: Del signo.
- GILMAN, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GONZÁLEZ BERNALDO, P. (2008). La «sociabilidad» y la historia política, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, BAC. Disponible en: <<http://nuevomundo.revues.org/24082>> [Consultado el: 17 de octubre de 2017].
- JELIN, E. (2010). «Militantes y combatientes en la historia de las memorias: silencios, denuncias y reivindicaciones». *Lucha Armada en la Argentina, Anuario*. Buenos Aires: Ejercitar la Memoria Editores.
- LEIBNER, G. (2011). *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- MACHÍN, H. y MORAÑA, M. (eds.) (2003). *Marcha y América Latina*. Pittsburgh: Universidad de Pittsburgh.

- MÁRQUEZ ZACCHINO, S. (2010). *Marenales. Diálogos con el dirigente histórico tupamaro*. Montevideo: Argumento.
- MECHOSO, J. C. (2006). *Acción directa anarquista. Una historia de FAU. Los primeros años*. Montevideo: Editorial Recortes.
- MERENSON, S. (2010). «(Des)marcaciones (trans)nacionales. El proceso de movilización y radicalización política de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (1961-1972)». *Contemporánea*, vol. 1, pp. 115-122.
- REAL DE AZÚA, C. (1996). *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y tercer mundo. Una teoría de sus supuestos*. Montevideo: Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay.
- REY TRISTÁN, E. (2005). *La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-73*. Sevilla: CSIC-Universidad de Sevilla.
- RILLA, J. (2008). *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*. Montevideo: Debate.
- RODRIGUES SALES, J. (2007). *A luta armada contra a ditadura militar. A esquerda brasileira e a influência da revolução cubana*. San Pablo: Fundação Perseu Abramo.
- TORRES, J. (2002). *Tupamaros: La derrota en la mira*. Montevideo: Fin de Siglo.

Recibido: 3/6/2017. Aceptado: 14/7/2017

Ana Frega:

No somos los que
manejamos los hilos de
la memoria histórica

Florencia Thul¹

¿Por qué elegiste estudiar Historia en el IPA?

A mí me gustaba la Historia, en el liceo tuve muy buenas profesoras que me hicieron adquirir un gusto particular por la asignatura. Yo hacía el Plan Piloto, que tenía programas diferentes respecto a lo que era el Plan 41. La Historia no era tan fáctica y el último año se dedicaba al siglo XX. Y se ve que algo se me daba con la Historia, porque como integrante del movimiento estudiantil en el Liceo 18, en junio de 1973, en los momentos previos al golpe de estado, di una clase abierta sobre Artigas. Ese y otros episodios de resistencia a la Ley del Conae [Consejo Nacional de Educación] y el autoritarismo en la enseñanza me alejaron del Liceo 18, porque me suspendieron por un año sin derecho a dar exámenes libres y me trasladaron al Liceo 14. Entonces la Historia me interesaba, lo que faltaba definir era si iba a ser mi carrera, porque en realidad a mí me gustaba la Economía. En el Plan Piloto, en sexto año, la opción para seguir Ciencias Económicas estaba en sexto Humanístico; la única diferencia era que el programa de Matemáticas tenía cinco horas semanales, mientras que para las demás opciones era de solo tres horas. Y por esas elecciones que uno hace a esa edad, donde no sabe muy bien qué quiere para su vida, porque prioriza a sus amigos, me enganché en el grupo de tres horas de Matemáticas. O sea que no fue una decisión muy meditada. Ingresé a estudiar en el IPA [Instituto de Profesores Artigas] en 1977, cuando no había un horizonte de salida claro de la dictadura y pensar lo que uno iba a hacer en el futuro era difícil. Mi razonamiento fue: primero hago una carrera que me permita trabajar, tener un ingreso y después puedo hacer alguna de esas otras carreras más largas que me gustaban, pero teniendo ya

1 Florencia Thul es docente de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República y doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires.

2 Ana Frega nació en Montevideo en el año 1958. Es profesora de Historia egresada del Instituto de Profesores Artigas (IPA), licenciada en Ciencias de la Educación por la Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad de la República y doctora en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Es profesora titular y directora del Departamento de Historia del Uruguay en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República. Se especializa en la historia de las revoluciones de independencia y los procesos de construcción estatal en el Río de la Plata. Es, junto con Nicolás Duffau, coordinadora del grupo de investigación de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) «Crisis revolucionaria y procesos de construcción estatal en el Río de la Plata».

Esta entrevista fue realizada el 29 de junio de 2017 en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La transcripción fue revisada por la entrevistada.

un medio de vida. Debo aclarar que el IPA dejó de llamarse IPA en 1977. Soy de la generación del plan nuevo del Centro II del Instituto Nacional de Docencia, que era de tres años, con clases de lunes a viernes desde las 19 horas hasta la medianoche y los sábados de mañana. Con este nuevo plan se habían eliminado asignaturas por considerarlas «innecesarias» para la formación de un profesor, como Teoría y Metodología de la Historia o Historia de la Historiografía. La concepción era que el profesor transmitía, o sea, que tenía que leer un libro y repetir la información. Teoría o Historiografía se consideraban algo accesorio y, creo yo, peligroso. También se habían modificado todas las materias llamadas *generales*. Lo que antes era Sociología se consideraba que era un semillero de formación de comunistas, subversivos y enemigos de la nación y entonces pasó a llamarse Ciencias Sociales de Formación —que para nosotros era de «deformación»—, donde la bibliografía, entiéndase bien, no las fuentes sino la bibliografía era, por ejemplo, *Las Fuerzas Armadas al Pueblo Oriental* o *UJC: escuela de comunismo* y cosas por el estilo. Era realmente una materia de adoctrinamiento y había desaparecido cualquier referencia a una historia social de la educación, una sociología o algo que vinculara a los problemas de la realidad del país y de los estudiantes de Secundaria con los que uno iba a trabajar. Allí conocí a Gerardo Caetano, a Jorge Balbis, a Mónica Maronna, por mencionar algunos colegas que se dedicaron a la investigación histórica y con quienes trabajé en el Claeh [Centro Latinoamericano de Economía Humana]. En ese momento también ingresé a una experiencia nueva que estaba organizando Carlos Zubillaga en el Claeh, que buscaba generar un espacio de formación de investigadores en respuesta ante una Universidad que había sido intervenida. Entonces, me formé a la vez como profesora y como investigadora, lo que fue muy enriquecedor pues, desde el arranque, no hubo una distancia entre la investigación y la docencia, sino que ambas iban en paralelo.

¿Qué docentes destacas de esa etapa en el IPA?

Destaco particularmente a dos: Rogelio Brito Stéfano y María Julia Ardao. Rogelio Brito, quien tal vez es conocido solamente por las «Noticias anónimas...» que publicó en la *Revista Histórica*,³ nos permitió pensar que la Historia no era una disciplina separada y aislada de las demás: nos mostró que el enfoque antropológico, el enfoque social o el enfoque cultural eran importantes. Además de Historia Nacional o Historia Americana, yo iba de oyente al curso de Historia Moderna que él daba. Si bien ahora no llamaría la atención, Brito nos enseñaba a partir de obras como *El Cortesano* de Baltasar de Castiglione o de otras fuentes; nos estaba sumergiendo en la mentalidad, en la vida cotidiana, en los aspectos culturales y cómo se vinculaban con los demás. Realmente nos estaba abriendo a otra forma de pensar una época histórica. Brito también se preocupaba por la ubicación espacial de los procesos históricos y nos hacía hacer mapas. Él nos daba Historia Nacional I, con un programa totalmente diferente al que daba Juan Pivel Devoto en el turno de la mañana, y nos mostraba, por ejemplo, que cuando trabajábamos con las etnias indígenas no había que congelarlas en un lugar, sino que íbamos viendo los mapas etnográficos según el siglo XVI, el siglo XVII, el siglo XVIII y la movilidad de los grupos humanos.

María Julia Ardao fue mi profesora de Historia Nacional en segundo y en tercero y de Historia Americana III. Era una excelente persona y docente. En cuanto a su vinculación con los estudiantes, respetaba las opiniones y los enfoques diferentes. Porque dando Historia Nacional con un programa elaborado por Pivel Devoto al estilo de «presidente tras presidente», que en la bibliografía que no tenía nada de Barrán ni de Nahum aunque ya habían empezado a aparecer los tomos de la *Historia rural del Uruguay moderno*, igual podíamos dialogar abiertamente y utilizar

3 «Noticias anónimas sobre el estado de los campos de la Banda Oriental al finalizar el siglo XVIII», *Revista Histórica del Museo Histórico Nacional*, 1953

esos materiales y enfoques. Ella tenía esa experiencia impresionante de haber mirado junto con Aurora Capillas de Castellanos prácticamente toda la bibliografía sobre Artigas y de trabajar en la Comisión del Archivo Artigas apegada a esa concepción historiográfica donde la fuente es el centro. Como profesora de Historia Americana III, con un programa que seguía el esquema «presidente tras presidente» pero multiplicado por todos los países americanos, gracias a su hermano Arturo Ardao, exiliado en Venezuela, accedimos a materiales donde había una historia de América Latina mucho más conceptual.

¿Qué destacas de la formación en esos momentos tan duros para el país?

El grupo humano, nuestra clase del IPA, que generó unos lazos de solidaridad y resistencia que ayudaron mucho en esos años que realmente eran difíciles. Lazos de solidaridad y resistencia que iban desde tratar de «tomarle el pelo» a muchos profesores que de tales tenían solamente el nombre hasta generar mecanismos alternativos de formación. Organizamos grupos de estudio donde nos repartíamos los temas para profundizar y en alguna materia nos vinculamos con profesores de Secundaria que nos armaron un curso paralelo. Es decir, en ese momento que parecía de oscuridad buscamos colectivamente reforzar nuestra formación y hallar la manera de soportar un sistema opresivo en el que si había tres personas juntas en el pasillo, venía el vigilante y se ponía al lado para ver qué pasaba. Y también era un acto de resistencia comprar un libro. A veces me cuesta transmitir hasta qué niveles había llegado la represión y el intento de controlar la vida de las personas. Recuerdo cuando venía Sergio Rodríguez al IPA con el maletín y entraba a mostrar libros de editorial Crítica de Barcelona; conocimos a Eric Hobsbawm a través de los libros que él traía, porque no estaban en ninguna bibliografía. Si uno mirara esa etapa sin esto diría «qué horrible», pero este espíritu grupal nos fortaleció.

Además, hay que sumar la formación en investigación en el Claeh, que me abrió la perspectiva de la construcción del conocimiento histórico. Y la convicción y el compromiso que uno tenía con la transformación de esa sociedad, que fueron creando vínculos muy fuertes entre los que participamos de esa generación.

Para resumir, creo que mi formación incorporó elementos, a veces de manera imprevista, como la apertura del seminario de investigación en el Claeh, que ahora están en la base de lo que sería la formación de un historiador: la vinculación con otras disciplinas sociales, la idea del espacio como construcción y elemento para generar nuevas preguntas, la lectura de bibliografía que no esté acotada al ámbito local, el trabajo con las fuentes. Aspectos que nosotros ahora impulsamos y a los que se suma que la formación no es para el trabajo individual, sino para la investigación en conjunto, en equipo, que siempre es mucho más rica que la producción aislada.

¿Cómo fue esa primera experiencia de investigación en el Claeh? ¿Cómo surgían los temas que investigaban?

Estábamos en dictadura, el seminario de investigadores terminó en 1979 y a partir de 1980 se generó la oportunidad para ingresar a hacer investigación en el Claeh. En ese momento, lo que había que explicar era por qué Uruguay había terminado en la dictadura. Y como siempre hay que empezar por algún lugar, lo que se había trazado en el área Historia del Claeh era trabajar sobre el batllismo. Pero no con el corte en los años de sus dos presidencias, sino pensar el batllismo ubicado en las tres primeras décadas del siglo XX, hasta el golpe de Estado de 1933. En ese marco surgían temas que tenían que ver con la historia política, la historia social o la historia económica. Junto con Yvette Trochón y Mónica Maronna empezamos a trabajar sobre la agricultura. Partíamos de una base firme, porque en la *Historia rural del Uruguay moderno*, Barrán y Nahum

también estaban llegando al siglo xx, a la época del «equilibrio difícil». Decidimos concentrarnos en el período de las mayores reformas que el batllismo impulsó respecto a la agricultura, es decir, la segunda administración de José Batlle y Ordóñez y llegar hasta el golpe de Estado de Gabriel Terra como cierre de ese período. En 1982 publicamos en *Cuadernos del Claeh* nuestro primer artículo sobre la política agraria del batllismo. Escribir con lenguaje académico, someterlo a la lectura minuciosa de Carlos Zubillaga, quien nos hizo muchísimas sugerencias al margen, casi tan extensas como nuestro artículo, fue una experiencia muy rica. El desafío fue empezar a escribir, porque una cosa es ir al archivo o a la biblioteca y fichar, pero cuando tenés ese conjunto de fichas, que en nuestra época eran cartulinas manuscritas, las ponés sobre la mesa y empezás a ver cómo responder las preguntas que inicialmente te habías trazado, viene lo difícil. Y a su vez, llevarlo a un texto que otros van a leer es un desafío mayor. Recuerdo las cajas de zapatos con las fichas, las cronologías que íbamos haciendo, los borradores escritos a máquina, que cuando queríamos cambiar algo había que recortar y pegar en otra hoja, todo un trabajo artesanal pero realmente disfrutable. El siguiente tema de investigación avanzó sobre las décadas de 1930 y 1940, con el centro en el golpe de Estado de 1942. Con Yvette y Mónica, aunque no siempre seguimos trabajando juntas, forjamos lazos de amistad entrañables hasta el día de hoy.

La experiencia del Claeh también nos permitió conocer otros historiadores del país y de la región. Por ejemplo, con la realización de seminarios, donde conocí a Hilda Sabato, a Marta Bonaudo, a Marcela Ternavasio y a otros historiadores argentinos, que nos permitían un diálogo con otras comunidades historiográficas. También se organizaban reuniones con historiadores de otros centros de investigación que funcionaban en Uruguay, como Ciesu, Ciedur, Cinve,⁴ para presentar avances de las investigaciones. Y ese también era un espacio muy enriquecedor porque conocí a Raúl Jacob, a José Pedro Barrán y a Benjamín Nahum, entre otros, y pude escuchar y discutir las exposiciones de gente con mucha experiencia en el oficio de historiador.

En esos años, ¿también dabas clase en Secundaria?

Yo entré a Secundaria como adscripta en 1980. Soy de la generación de «las toses». En la ceremonia de entrega de títulos en 1980, con presencia de integrantes del gobierno militar, nos vino un «ataque de tos» colectivo cuando uno de ellos empezó a hacer uso de la palabra. Y ese acto de resistencia generó que toda esa generación quedara postergada y que no tuviéramos horas al año siguiente. Así que recién tuve grupos míos en 1982, en el Liceo 29, porque hasta ese momento había hecho solo algunas suplencias en el liceo en el que era adscripta. Di pocos años en Secundaria pública, solo hasta 1987. Tengo un excelente recuerdo del año 1985 en el Liceo Bauzá, en 1986 estuve en el Zorrilla y en 1987 volví al Bauzá. Si bien me gustaba dar clase en Secundaria, en 1986 había ingresado a la Universidad de la República como asistente en Historia de las Ideas y en Ciencia Política, ambas en la Facultad de Derecho. Trabajar con Selva López y con Jorge Landinelli fueron experiencias de formación también muy interesantes, que me acercaron a diferentes disciplinas que constituyeron y enriquecieron mi formación en Historia. Además, había ingresado a los institutos normales para dar clases a los futuros maestros y maestras; y en el año 1987 comencé a dar Historia Nacional II en el IPA. Fue en ese momento que me di cuenta de que no podía con todo, la tarea docente es una tarea muy demandante y en 1988 dejé de dar clases en Secundaria. Además, entonces mi hija era muy chica, y si bien contaba con apoyos familiares para cuidarla, la tarea docente es muy demandante en cuanto a horarios, porque si uno no puede ir a trabajar está afectando el vínculo docente-alumno que debería tener una cierta continuidad.

4 CIESU: Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay; CIEDUR: Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo, Uruguay; CINVE: Centro de Investigaciones Económicas.

¿Cómo fue tu acercamiento al tema de las revoluciones de independencia en la región? ¿Qué te atraía de un tema que había sido tan trillado por la historiografía?

En el IPA daba Historia Nacional II, que arrancaba en el Virreinato del Río de la Plata y terminaba en 1830. Me entró a pasar que las preguntas que yo me formulaba no estaban respondidas en los libros de Historia. Fue por la docencia en el IPA que empecé a interesarme más por la historia del Río de la Plata, por la historia de la revolución, por un replanteo del artiguismo con las preguntas de la historia social, de la historia económica, de la historia cultural, de una historia política no tan fáctica. A través del Claeh tuve la posibilidad de conocer a José Carlos Chiaramonte. En las Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia que se hacían en Argentina presentaba mis ponencias sobre temas del siglo xx y después me iba a escuchar a Carlos Mayo, a Silvia Mallo, a Nidia Areces, a Jorge Gelman, a Chiaramonte y a muchos más. De esa forma pude conocer la nueva historiografía sobre el Río de la Plata.

En el año 1990 ingresé a la Facultad de Humanidades, al CEIL [Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos] dirigido por Lucía Sala. Fue una experiencia de trabajo interesante, pero aunque conversábamos sobre sus investigaciones sobre el artiguismo, allí tenía que seguir investigando sobre siglo xx. La oportunidad de poder dedicarme al siglo xix se dio cuando ingresé a fines de 1992 al Departamento de Historia del Uruguay, dirigido por José Pedro Barrán. Para mí fue *la* oportunidad, porque comencé a dar el curso de Historia del Uruguay I, con un programa que abordaba el artiguismo, el Río de la Plata, la independencia y la construcción del Estado Oriental y, además, me podía dedicar a estudiar esta temática que me había atraído por una casualidad, pero que me había atrapado. Lo que sentía era que la historiografía se había volcado al siglo xx, que después de la dictadura se estaba dedicando más a la segunda mitad del siglo xx, y que estos temas habían quedado como congelados en el tiempo, como aceptando por bueno todo lo que había, cuando en realidad había allí una cantera para investigar. En 1994 edité mi primer artículo sobre Artigas. Después hice una investigación sobre el proyecto federal y la tesis de doctorado donde me centré en el estudio de la «soberanía particular de los pueblos» en un espacio territorial concreto: Santo Domingo Soriano. Y así sigo, en el Departamento de Historia del Uruguay y desarrollando investigaciones que tienen que ver con la crisis revolucionaria y los procesos de construcción estatal en el Río de la Plata. Bajo ese nombre, «Crisis revolucionaria y procesos...», en el año 2000 constituimos junto a Ariadna Islas un grupo de investigación. El grupo ha ido variando su integración a lo largo de estos años —desde 2015 Nicolás Duffau y yo somos los responsables académicos—, abordando con un enfoque regional y que se inscribe en los campos de la nueva historia política, la historia social y la historia cultural, diversos aspectos como las fuerzas en armas, la población afrodescendiente, el proyecto político y social del artiguismo, la Cisplatina o la independencia, entre otros, primero concentrados en las tres primeras décadas del siglo xix y más recientemente extendiendo el marco cronológico hasta la consolidación del Estado Oriental a fines del siglo xix.

En la descripción de tu currículum sobre tu producción científica, decís que tu labor de investigación histórica en los últimos años se ha orientado «a la revisión crítica de la historiografía de corte “nacionalista” y “esencialista” sobre la independencia del Uruguay»... ¿Podrías explicar a un público no conocedor qué significa esto?

El punto de partida es la crítica a una mirada que no problematiza la existencia del Uruguay como tal. Pierre Vilar, un historiador francés, señalaba que había que cuestionar todo, que no había que tomar como un dato ni el Estado, ni la ciudad, ni el reino, ni el imperio, sino investigar los procesos detrás de esas unidades políticas. La visión «esencialista» y «nacionalista» de la nación

parte de la base de que existe una nación, aunque sea larvada, que puja por constituirse. ¿Cuál es el peligro de esa interpretación? Que plantea un único final, un final predeterminado, por lo que no permite recuperar la contingencia, ni mirar esos proyectos que por alguna razón abortaron, ni explicar por qué esos proyectos aparecieron o no se concretaron. En suma, cuestionar la visión «nacionalista» de que esa nación existe desde siempre, y que lo que en todo caso hubo fue la lucha para que pudiera madurar y afirmarse; y la visión «esencialista» de que hay una esencia de lo uruguayo, de lo argentino, etcétera. Creo que esta visión no permite entender el mundo actual, porque está tergiversando el mundo «anterior». Cuando hacemos Historia tratamos de encontrar esos elementos que nos permiten ver cuáles son los distintos grupos, sus intereses, sus alianzas, sus contradicciones; por qué hay momentos en que surgen determinadas opciones y qué es lo que lleva a que una de ellas se concrete, y después, a su vez, todas las resistencias, todas las contradicciones, todos los apoyos que se generan. En Historia no hay nada que no deje rastro, en el sentido de que aun los proyectos derrotados pueden ser retomados. Entonces, la crítica viene en el sentido de recuperar la contingencia, recuperar el juego de intereses, entrar a ver que las cosas no son mecánicas, poner en consideración distintas escalas de análisis. Pero no tenemos que quedarnos con la crítica; debemos construir miradas mucho más explicativas de los procesos. Y todo esto, sabiendo que la Historia es algo en construcción, algo que se construye sobre lo que hay, ya sea para cuestionarlo, para reforzarlo, para desarrollarlo, sabiendo que después otros van a construir, cuestionar, rechazar o profundizar lo que uno hace. Creo entonces que la crítica va por ahí, no hay un origen único ni un destino prefijado.

¿Quiénes son tus autores de referencia? ¿En qué te influenciaron?

En esa pregunta hay dos planos: aquellos que son tus referentes no solo porque los has leído, sino porque tuviste o tenés un diálogo directo, enriquecedor, y, por otro lado, esos autores que cada vez que uno los lee les encuentra nuevas cosas, esos historiadores que inspiran. En relación con los primeros, destaco especialmente los aportes que he recibido de José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, Lucía Sala o José Carlos Chiaramonte, con quienes tengo una deuda intelectual enorme y más recientemente de Raúl Fradkin y otros colegas historiadores de Argentina y Río Grande del Sur, con quienes venimos trabajando en la construcción de una historia regional, una historia de las movilizaciones sociales o una historia política que incorpora fuertemente lo social y lo cultural. En relación con el segundo tipo, podría mencionar dos autores, aunque en realidad hay muchos más. Uno que hizo que me gustara la Historia y que leí desde el liceo fue Jacques Le Goff. Cuando estaba por entrar al IPA, si me preguntaban qué período de la Historia me gustaba, contestaba la Edad Media, por la lectura de este autor. Después, ya estando en el IPA, aunque ningún profesor me lo recomendó, empecé a leer a Pierre Vilar y podría decir que es un autor que me inspira, por su trayectoria de vida, porque hizo un recorrido de la Geografía a la Historia pasando por la Economía, porque tuvo un compromiso social y político realmente muy marcado, porque cuestionó la visión tradicional de los Estados nacionales y porque abrió muchos temas que después se pusieron de moda. Pierre Vilar, además de escribir maravillosamente, tiene artículos como «El tiempo del Quijote» donde en una expresión puede sintetizar una interpretación profunda de la historia de España. Es uno de esos historiadores que sigo leyendo y que me ayuda a plantear y enfocar los problemas a investigar, tanto en obras pensadas como manual universitario como su *Iniciación al vocabulario del análisis histórico* como en su magistral *Cataluña en la España moderna*, cuyos tres tomos fui consiguiendo de a poco, y también sus variados artículos sobre España en los siglos XVII y XVIII, los análisis sobre el Derecho y la Historia, o una breve contribución a una Historia de América Latina, donde esboza una comparación entre la Revolución Francesa y las

revoluciones hispanoamericanas. Es cierto que hay historiadores que tienen una envergadura mayor o que tal vez puedan ser mejores historiadores, no lo dudo, pero uno percibe en algunos autores algo especial, encuentra algo nuevo en cada relectura, y no porque esté de acuerdo en todo lo que dicen. Claro que también hay otros historiadores que me encanta leer como Eric Hobsbawm, E. P. Thompson, Georges Duby, y podría seguir nombrando, pero creo que es Pierre Vilar a quien siempre vuelvo.

Fernando Devoto dijo en una entrevista hace algunos años que el historiador se debe encargar de «criticar los mitos y no de construirlos», ¿compartís esta frase?

Creo que sí, pero también debería señalar que los historiadores no tenemos el monopolio de nuestros dichos. O sea que nosotros podemos plantear una serie de ideas e interpretaciones y estas ser tomadas para alimentar mitos. Y podría decirte que esto me ha pasado. Por ejemplo, después de una charla o un taller, donde había procurado mostrar los claroscuros y las contradicciones del artiguismo, al terminar se han acercado personas a felicitarme, pero reafirmadas en el mito del héroe creador. Yo creo que los historiadores tenemos una responsabilidad, es cierto, pero no somos los que manejamos los hilos de la memoria histórica. No tenemos que ser tan soberbios de pensar que vamos a escapar totalmente de los mitos y preconceptos en los cuales nos formamos, porque tenemos nuestra concepción del mundo y somos hombres y mujeres de un momento histórico particular, y también debemos reconocer que por más que pongamos todo nuestro esfuerzo para promover enfoques críticos o renovadores, lo que estamos haciendo puede dar lugar a la construcción de mitos.

Has tenido mucho vínculo con la política y con el gobierno, sobre todo en época de conmemoraciones, ¿cómo ha sido ese diálogo?

Lo primero que diría es que no sé si tengo «mucho vínculo» con la política y el gobierno. Yo querría creer que no fui convocada por mi postura política como ciudadana, sino por el lugar que ocupé en el Departamento de Historia del Uruguay y por dedicarme a analizar el período histórico de las revoluciones de independencia. Llegó el momento de la «zafra» para lo que yo trabajaba. Sobre el diálogo con las autoridades, uno es consciente de que, por un lado, está lo que puede plantear como resultado de la investigación histórica y, por otro, los objetivos trazados por quienes organizan una conmemoración. Y los objetivos de las conmemoraciones siempre son políticos en sentido amplio. En general, las experiencias van en lo que uno pueda extraer de ellas y yo podría decir que en este caso fueron positivas, por permitirme conocer desde dentro, haciendo una especie de observación participante, cómo es que se gestan y desarrollan estas agendas. Mediante ese diálogo hay ciertas cosas que se pueden matizar, elementos que se logran incorporar, por ejemplo, en los textos de las convocatorias, que por ser breves deben ser muy bien elaborados para no seguir alimentando los mitos de los que hablábamos antes. El asesoramiento sobre los documentos históricos que se publican, sobre el tipo de actividades que se van a hacer, que tengan una conexión con el presente, o la búsqueda de un mayor diálogo de este conocimiento histórico construido de manera más profesional con la divulgación fueron otros aspectos de mi labor. Te cito un ejemplo del año 2011, cuando participamos con un equipo interdisciplinario de colegas de Historia y de Antropología de la Facultad de Humanidades, de Agrimensura de la Facultad de Ingeniería y la Dirección Nacional de Topografía del Ministerio de Transporte y Obras Públicas en un proyecto para la georreferenciación de la ruta del «éxodo», «redota» o migración de las familias siguiendo al ejército oriental a fines de 1811, la significación de ese episodio histórico y el examen de los relatos, de las conmemoraciones hasta el presente. Fue una experiencia muy linda de investigación y de

trabajo multidisciplinario, que incorporó también la realización de un documental. Y ahí tuvimos otra «pelea» más, en este caso con los comunicadores, o sea, la discusión en torno a cómo transmitir ciertas cosas de forma rigurosa y amena a la vez. Y creo que no hubiera sido posible lograr esa experiencia y ese resultado si no hubiéramos estado participando en las conmemoraciones, si nos hubiéramos puesto por fuera y dicho «todo esto es mito, todo esto es construcción ideológica». Y nos metimos, y si bien pagamos un precio, por ejemplo, hablar de la ruta del «éxodo», expresión que no aparece en la documentación sino en el momento en que ese episodio pasa a formar parte de un mito; también hubo ganancias, como el ponernos en contacto con la «cocina» de la producción audiovisual y poder llegar a un público más numeroso y diverso. Yo puedo dar clases a lo largo de toda mi vida, y esa experiencia docente, en cantidad de personas, nunca va a ser el número que te ve en una pantalla.

¿Los historiadores deberían hacer un mayor esfuerzo en la difusión de su producción? ¿Cuáles consideras que son los desafíos para que la «historia investigada» llegue a la «historia enseñada»?

Yo creo que es una responsabilidad nuestra. Uno no debe pensar en escribir para los historiadores exclusivamente y más en una disciplina como la Historia, que conserva dentro de su lenguaje académico un mayor acercamiento con el lenguaje corriente, o dicho a la inversa, no tenemos una jerga que solamente puedan entender los iniciados. Así como hace un rato decía que creo que el trabajo del historiador es una labor en equipo, que no es un trabajo aislado, creo que los resultados tampoco deben ser solo para el investigador, sino que existe una responsabilidad nuestra a través de la docencia y también por fuera de esta para difundirlos. Me parece que también es una tarea «militante», porque si los historiadores no ocupamos ese lugar, otros cubrirán esa demanda social. Entonces la pregunta es si nosotros queremos que la divulgación se realice sin el conocimiento riguroso de la disciplina y sin manejar sus herramientas conceptuales. Esto es ceder, tal vez por comodidad, una responsabilidad que nos corresponde. Y digo por comodidad porque es mucho más difícil pensar en encontrar una justa medida para un público que uno no sabe cuál va a ser. Aún más difícil que la docencia, porque cuando estoy en una clase tengo estudiantes de Secundaria, tengo estudiantes universitarios, de quienes puedo tener una devolución. Pero cuando uno se dirige a públicos o audiencias de gran diversidad, de los que es poco probable que obtenga respuestas o devoluciones, la divulgación es un desafío mayor. Nuestra responsabilidad es hacer ese esfuerzo. Porque en el caso de los escritos académicos, entre pares nos leemos porque hay un interés compartido; cuando uno está en una clase, tenemos un público cautivo; pero cuando estamos divulgando en realidad lo que estamos haciendo es tratar de conseguir, de «ganar» ese público. Entonces, lo que es difícil es mantener la rigurosidad, la complejidad de los procesos que uno quiere presentar, haciéndolo con la claridad, con la motivación, con el uso de distintos instrumentos y medios que no son habituales en nuestro oficio. Creo que a veces se descuida este aspecto que me parece que es responsabilidad social del historiador y no debemos dejar en otras manos. Además, y esto también es importante, ocupar esos lugares y realizar una divulgación de calidad contribuye a un mayor reconocimiento social de la Historia como disciplina científica.

¿Cómo ves al campo historiográfico uruguayo hoy? ¿Qué temas, problemas aún faltan por investigar y son relevantes?

Creo que nuestra comunidad académica en Historia es una comunidad todavía pequeña comparada con la región, pero está creciendo. La renovación historiográfica es tal que a veces hay más temas que posibilidades humanas y materiales para desarrollarlos. A fines de 2015 se formó la Asociación Uruguaya de Historiadores (AUDHI), que si bien no ha llegado aún a todo el país ni

a todo el universo de historiadores, está contribuyendo a generar espacios de diálogo al interior de la comunidad historiográfica del país sobre temas que le preocupan y, a su vez, puede generar una reflexión colectiva sobre aspectos que no son exclusivos del historiador, sino de toda la sociedad como, por ejemplo, los que tienen que ver con el mantenimiento de los archivos, con las discusiones en torno a la memoria histórica, con los lazos entre la Historia, el patrimonio y las identidades. Ahora bien, sobre la pregunta acerca de los temas relevantes que aún faltan investigar y sin la pretensión de mencionar todos, me voy a referir a los que tienen que ver con campos más cercanos a mis preocupaciones. Sobre las independencias hay que seguir trabajando en distintos niveles, tanto en la recuperación de los procesos micro, como también en lecturas de conjunto que nos permitan ver el período no en la cronología estilo 1810-1820, 1820-1830, sino los procesos de transformaciones desde mediados de siglo XVIII hasta mediados del siglo XIX. Tenemos que trabajar en los estudios más monográficos o de cronología más corta, pero también en las visiones de conjunto. Además, como te decía antes, los estudios deben encarar distintas escalas espaciales y tender puentes comparativos. La visión de la historia política del siglo XIX debe reformularse a partir de indagaciones sobre otras bases, que escapen a las dicotomías y recuperen la complejidad de vínculos, relaciones, alianzas y proyectos. Investigar sobre los lenguajes y las prácticas políticas, profundizar los estudios sobre prensa, opinión pública y formas de sociabilidad, analizar la historia de las instituciones, los sistemas de justicia, el ejército, la policía, la guardia nacional, examinar las jurisdicciones territoriales y las zonas de frontera, son algunas de las líneas a desarrollar. Y si trasladamos las renovaciones historiográficas al mundo del trabajo, al mundo de la economía, a la cultura, a la historia de género que está empezando a consolidarse en el país, vaya si tenemos campos para arar. El desarrollo de programas de posgrado en Historia, con la incorporación de nuevos investigadores que centran sus tesis en estos temas, aun cuando falte mucho por hacer, muestran la vitalidad en esta coyuntura.

Dada tu vinculación con investigadores de todo el mundo, ¿cómo ves posicionada a la academia uruguaya?
Yo creo que se ha avanzado mucho en los últimos años. Por un lado, porque hay condiciones materiales que permiten ese avance, que van desde internet hasta una mayor inversión de instituciones, como la Universidad de la República, para la circulación de los investigadores. Esto permite que la comunidad académica uruguaya se pueda nutrir y enriquecer con los intercambios en el exterior y también que vaya abriendo espacios para el reconocimiento de Uruguay en la comunidad historiográfica internacional. En los estudios comparados en América Latina es frecuente que aparezcan, por ejemplo, Argentina, Brasil o México, y uno se pregunta ¿y Uruguay? Bueno, en la medida en que la comunidad de historiadores se va consolidando, Uruguay empieza a ocupar un lugar. Es importante que aparezca, no por una cuestión de nacionalismo, sino para la comprensión de la historia latinoamericana, pues no se entiende la región sin una de las piezas. En ese sentido, creo que Uruguay ha ido ganando un espacio en la comunidad historiográfica iberoamericana. Como ejemplo puedo citar el proyecto *Iberconceptos*, una historia de los conceptos políticos y sociales desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, dirigido por Javier Fernández Sebastián, de la Universidad de País Vasco. En la primera fase de ese proyecto una de las áreas era «Argentina/Río de la Plata» y Uruguay entraba ahí. En la segunda fase del proyecto, Uruguay pasó a ser uno de los casos a estudiar. Ahora, lo interesante de esto es que Uruguay aparece no solamente porque tenga buenos historiadores, sino porque los colegas extranjeros que tenían que trabajar sobre Uruguay señalaron que acá había gente capaz de hacerlo. Los vínculos permiten a la comunidad local crecer; cada vez es más importante participar en redes académicas internacionales de calidad. Otro camino para el fortalecimiento de los vínculos con comunida-

des historiográficas de otros países y continentes son los posgrados. Y aunque hemos «perdido» muchos egresados porque se han radicado en el exterior, siguen vinculados y siguen investigando sobre temas del país y de la región. La comunidad se ha ido fortaleciendo con los vínculos internacionales y eso, a su vez, está repercutiendo en un mayor interés por lo que pasa en Uruguay, por conocer su historia.

¿Cuál es el rol que la Historia tiene en la sociedad y cuál crees que debería tener?

Para dar esta respuesta me voy a referir a una preocupación señalada por Eric Hobsbawm. Decía que en todos los regímenes políticos se enseñaba Historia a niños y jóvenes, pero que el motivo por el cual se hacía no era para que conocieran la sociedad en que vivían y sus cambios, sino para que la aceptaran y se transformaran en «buenos ciudadanos». Ese rol, la necesidad de formar los ciudadanos y las identidades nacionales, estuvo detrás del gran auge de la Historia, sobre todo a fines del siglo XIX. Ya hablamos del cuestionamiento actual al nacionalismo metodológico y de la responsabilidad de los historiadores profesionales en la tarea de derribar mitos. Yo creo que Historia debe enseñarse porque ayuda a comprender el presente, porque el tiempo de la Historia no es el tiempo pasado, aunque encuentre allí su materia prima. Como decía Pierre Vilar, estudiar historia es aprender a «leer un periódico», en el sentido de «situar cosas detrás de las palabras», una manera de ubicarse en el presente. Cuando estamos hablando de los problemas actuales de una sociedad, el análisis histórico le da densidad al conocimiento del problema, lo que ayuda a una búsqueda de soluciones mucho más consistentes. El estudio de la Historia, que en definitiva es el estudio de la dinámica de las sociedades humanas, es el estudio de individuos y grupos, de sus intereses, de sus alianzas, de las correlaciones de fuerzas entre ellos, de los proyectos posibles, de los proyectos abortados, etcétera, constituye un aporte a la comprensión del momento en que se está situado. Siempre con la prevención de no caer en anacronismos, porque estamos analizando los procesos después de haber visto el final de la película, ¿no?

¿Cuáles consideras que son los desafíos de los intelectuales en la sociedad actual?

Creo que cada uno desde su lugar tiene compromisos y responsabilidades y el desafío es cumplirlos. Nunca me imaginé la idea de la «torre de cristal», del intelectual por el intelectual en sí mismo. Tal vez por mi cosmovisión, tal vez por la propia coyuntura que me tocó vivir, creo en la responsabilidad de los intelectuales, en el compromiso y en la contribución. Insisto, no desde las alturas, no desde la condición de superioridad, sino aportar desde el lugar en que uno está, escuchar e intercambiar desde el compromiso social. Si no, la investigación, ¿para qué? Porque además, en definitiva, debo mi oportunidad para desarrollar investigaciones en Historia a la Universidad y esta a su vez se sostiene con el esfuerzo del conjunto de la sociedad que aporta para ella. Entonces, claro que siento una gran responsabilidad. Retomo esta idea de no ponernos en la posición de personajes «iluminados» que marcan el camino a los demás, sino de trabajadores que ayudamos a construir ese camino desde el lugar en que nos tocó estar. Creo que puedo considerarme privilegiada de poder «ganarme el pan» con una actividad que me enriquece intelectualmente, que me genera desafíos y que me hace crecer personalmente, a la vez que me permite realizar una contribución, aunque sea pequeña o acotada, no sé, para la construcción de una sociedad más justa.

Bibliográficas

Afterlives of Confinement: Spatial Transitions in Post-Dictatorship Latin America

Susana Draper. Pittsburgh: The University of Pittsburgh Press, 2012, 256 pp.

De entre los muchos libros publicados en la última década sobre el legado de las dictaduras del Cono Sur, *Afterlives of confinement* es definitivamente recomendable para quienes busquen un enfoque original y una nueva perspectiva sobre el tema. Densamente teórico y de escritura compleja, el texto podría desalentar al lector desprevenido, pero logra en cambio cautivar al público informado. Inscrito en el campo teórico de los estudios de la política de la memoria, el libro combina el análisis literario con el discurso de los estudios culturales para aprehender la herencia de las dictaduras, así como lo que con ella han hecho los gobiernos y sociedades posdictatoriales, en el paisaje urbano y las representaciones de la prisión.

Susana Draper parte de la crítica del discurso de la transición democrática para, de entre las múltiples continuidades y discontinuidades que es posible identificar, enfatizar con fuerza las primeras a la luz de la transformación de los sitios de represión en sitios de consumo. Así, Draper desmitifica la noción de un corte radical entre el fin de la dictadura y el inicio de aquello que es normalmente concebido como su imagen especular, la democracia. En palabras de la autora,

mediante el trazado de otras historias que demuestran cómo la noción de que las dictaduras «terminan» se vuelve problemática, al igual que la noción de democracia y libertad que les sigue, este libro explora imaginarios textuales y visuales alternativos que revelan capas espacio-temporales en y a través de las cuales la dictadura continuó (y continúa) hablando (p. 1).

Al tiempo que, en lo que no es un detalle menor, un régimen político democrático toma el lugar de su predecesor dictatorial, el rastro dictatorial so-

brevemente en democracia, y esto es lo que captura la atención de nuestra autora en los casos de Uruguay, Chile y Argentina: las repercusiones duraderas de la experiencia dictatorial y su encarnación no solamente en estructuras físicas remanentes —como la prisión devenida centro comercial— sino también en formas democráticas que recubren una sustancia que es con frecuencia escasamente democrática. Así, el centro comercial es interpretado como la concreción del proyecto económico de las dictaduras, paradójicamente solo realizado en su máxima expresión bajo las nuevas democracias.

Tras una sección introductoria en la cual desgrana un proyecto teórico que se despliega a partir de la noción de *afterlife* (vida después de la vida) de Walter Benjamin y de las tesis de Gilles Deleuze acerca de la naturaleza cambiante del poder. Draper dedica el primer capítulo al análisis de la sobrevivencia de antiguas prisiones y centros de detención, es decir, al rastreo de su conversión en parques de memoria, complejos de arte y centros comerciales. El foco es colocado en la conversión de la penitenciaría montevideana de Punta Carretas, establecida con una misión rehabilitadora en 1915, convertida más tarde en lugar de encierro y represión de la disidencia política, y cerrada definitivamente poco después del fin de la dictadura, a continuación de un gran motín que tuvo lugar en 1986. Tras largas discusiones sobre los posibles destinos de la antigua cárcel, en 1991 el predio y sus edificios fueron finalmente vendidos a un consorcio inmobiliario que transformó a la prisión en centro comercial, conservando de la arquitectura original un antiguo portal y un reloj detenido en el tiempo, cuya significación es minuciosamente sopesada por la autora. A tono con la época, el Punta Carretas Shopping Center, diseñado por Juan Carlos López, constructor estrella de centros comerciales a lo largo de la región, fue inaugurado en 1994, entrada la década de oro del neoliberalismo. Las antiguas celdas y cámaras de tortura habían mutado en sitios de exhibición de objetos bellos y símbolos de estatus, encarnación de la libertad entendida como «libre» circulación de bienes y personas en un espacio protegido y controlado.

En el segundo capítulo emprende la tarea de emparchar la memoria selectiva que, tras la erección del centro comercial como sitio de realización de la libertad mediante el consumo, omite la historia de las dos famosas fugas que marcaron la historia de la penitenciaría: la de los presos anarquistas en la década del treinta y la de los tupamaros en 1971. En un análisis de su «sobrevida literaria», la autora vuelve a recorrer esos túneles para desenterrar una historia que fue excluida de la historia oficial pero que, como lo deja entrever la noción de *afterlife*, sigue presente en la medida en que la operación destinada a borrarla no resulta completamente exitosa. Este capítulo se centra en el análisis de la narrativa del escape y en particular en las memorias de Eleuterio Fernández Huidobro, uno de los fundadores del MLN-Tupamaros y, en el momento de publicación de este libro, ministro de Defensa del gobierno de José Mujica. Publicado en 1990, *La fuga de Punta Carretas* relata la fuga de 111 presos, entre ellos el propio Fernández Huidobro, que escaparon por un túnel construido por sus camaradas desde fuera hacia adentro de la prisión. La autora se concentra específicamente en el momento en que las historias se cruzan, cuando los tupamaros en fuga encuentran el túnel cavado por los anarquistas varias décadas atrás.

Más descentrados de la experiencia uruguaya, los cuatro capítulos restantes siguen el rastro de la herencia de las dictaduras en Chile y Argentina. Los capítulos tres y cuatro se centran en el análisis de sendas obras literarias: *Mano de obra*, de Diamela Eltit, y *Nocturno de Chile*, de Roberto Bolaño. Según Draper, el libro de Eltit constituye uno de los primeros relatos literarios del supermercado y el trabajo en tiempos pos-dictatoriales. Es el primero escrito desde la

perspectiva imaginaria del trabajador del supermercado. Sin referirse literalmente a ella, la novela termina configurando la estructura que adquirió el Centro Comercial de Punta Carretas, ya que ficcionaliza el lugar del hipermercado bajo la forma de una prisión de máxima seguridad (p. 100).

La novela de Bolaño, por su parte, narra la confesión en su lecho de muerte de un cura del Opus Dei que había colaborado con el régimen de Pinochet. Su análisis es enmarcado por Draper en las múltiples referencias del autor a su país como «preso de los efectos mudos e invisibles de la dictadura en el futuro de la historia, en la vida civil, y en la geografía de lo decible» (pp.125-126), que remiten a la noción de una «democracia protegida» de cuño conservador.

El capítulo cinco se abre con un análisis de la transformación de la prisión del Buen Pastor (un centro de detención de mujeres) en Córdoba, Argentina, en «centro cultural y comercial», un proceso que, pese a sus similitudes con su predecesor de Punta Carretas, buscó articular la memoria del horror «como parte de la narrativa de refuncionalización del sitio», resultando en una suerte de «centrocomercialización de la memoria» (p. 152). El capítulo compara esta experiencia con la de otros antiguos centros clandestinos de detención y termina con una reflexión sobre las resistencias a la museificación de la memoria. Por último, el capítulo seis provee una interesante exploración de los regímenes de lo visible y lo decible en la Argentina redemocratizada a través de las tensiones entre arquitectura y temporalidad en dos películas que problematizan lo clandestino y su supervida en la Buenos Aires de los noventa: *Buenos Aires Vice Versa*, de Alejandro Agresti, y *Garage Olimpo*, de Marco Bechis.

Ines Pousadela
Civicus/Universidad ORT Uruguay

Seregni: un artiguista del siglo xx

Gerardo Caetano y Salvador Neves.

Montevideo: Banda Oriental, 2016, 439 pp.

El año 2016 fue el año del centenario del nacimiento de Líber Seregni, se esperaban por ende, varias producciones académicas que analizaran su figura y su legado. En este contexto se inscribe la obra de Gerardo Caetano y Salvador Neves.

El libro es una profundización del tomo 11 de la Colección Los Caudillos, propuesta por Ediciones de la Banda Oriental y publicada por el diario *El País* cuatro años antes. A lo largo de 19 capítulos, los autores desgranar la vida de Seregni desde dos ángulos diferenciados.

La primera parte —capítulos 1 a 12— se centra en un análisis cronológico de su vida. De esta manera, a lo largo de esos 12 capítulos, podemos recorrer el contexto familiar; la historia de sus padres y el origen de su familia; el acercamiento con el anarquismo y las luchas sindicales de comienzos del siglo xx; la fundación de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay y los conflictos en la enseñanza; las repercusiones en la interna familiar cuando resuelve ingresar al Ejército (su padre esperaba que fuera maestro); su actuación frente a golpe de Estado de 1933; su pasaje por México; las luchas de los gremios solidarios a comienzos de la década del cincuenta y la aprobación de la Ley Orgánica de la Universidad en 1958; por supuesto, la cocina de la fundación del Frente Amplio, y su candidatura a la Presidencia de la República en la campaña del 71 (y las consecuencias de estas decisiones a la interna del Ejército); su posterior viaje a Chile y las impresiones con respecto a la experiencia de la Unidad Popular; el proceso de avance del autoritarismo en nuestro país; su detención durante la dictadura militar y las estrategias personales para llevar los años de cárcel y tortura; los asesinatos de Micheliní y Gutiérrez Ruiz en Buenos Aires; los derroteros por los que transitó el Frente Amplio en el exterior; su posición con respecto a las elecciones internas de 1982 y su influencia en la política interna del Frente Amplio; finalmente, su liberación, los pormenores de la transición democrática y la reconstrucción de la coalición de izquierda —ahora definitivamente— en Uruguay; el rol desempeñado como presidente de la fuerza política y su posterior renuncia en 1996; la fundación del Centro de Estudios Estratégicos 1815 y las repercusiones de su muerte, ocurrida el 31 de julio del 2004.

Las vinculaciones entre los acontecimientos y decisiones estrictamente personales, sumados a las vicisitudes por las que iba atravesando el país y —en algunos casos— el continente y el mundo, generan que el libro permita visualizar el desarrollo de la vida de un hombre en su contexto. Todo aparece estrictamente vinculado y nada parece producto del azar.

La segunda parte —capítulos 13 a 19— toma como centro de análisis lo que los autores denominan «claves interpretativas». La primera clave, «Seregni, el militar», se cuestiona cómo surgió la vocación por esta profesión, la sorpresa que generó no solo en su familia, sino también en su entorno más cercano. La segunda clave está centrada en el período que va desde la fundación del Frente Amplio hasta el golpe de Estado, su vinculación con la izquierda y los tupamaros, pero también con el gobierno y los militares. La tercera clave está dedicada a la detención de Seregni —ocurrida pocos días después del golpe de Estado— y hasta su liberación a comienzos de 1984. Esos casi 11 años de prisión son relatados al detalle, fundamentalmente en lo que tiene que ver con el proceso judicial al que fue sometido. La cuarta clave está centrada en la transición democrática y en el rol jugado tanto en el Pacto del Club Naval como en la aprobación de la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. La tríada de negociadores formada por Wilson Ferreira, Julio María Sanguinetti y Seregni es clave para entender los procesos políticos —y la vinculación con los militares— que se desarrollaron en el Uruguay de la época. La quinta clave está ubicada en el análisis de las tensiones a la interna del Frente Amplio desde 1987 (fundamentalmente con el Partido Demócrata Cristiano, PDC, y, por otro lado, con la figura de Hugo Batalla, que llevaría a este unos años más tarde a romper con la coalición de izquierdas) y hasta las elecciones de 1994, que consagraron un resultado singular, con un casi triple empate entre el Partido Colorado, el Partido Nacional y el Frente Amplio-Encuentro Progresista, fundado poco tiempo antes. Su rol en este período, para evitar un quiebre de la coalición que presidía, fue clave y se deja ver con claridad en las páginas de la obra de Caetano y Neves. La sexta clave interpretativa se aboca al análisis político de su figura en los últimos años de su vida (1994-2003). Entre los sucesos que se analizan se destaca su renuncia a la Presidencia del Frente Amplio y las consecuencias de esa decisión dentro y fuera del partido, así como su posición ante la debatida reforma constitucional, ambos sucesos ocurridos en 1996. El último capítulo ubica el legado de Seregni y del «seregnismo», intentando definir sus valores

(morales e ideológicos) como los de un «demócrata inclaudicable, batllista neto, republicano solidarista o socialista liberal», combinados con los del «artiguismo raigal», tal como señalan los autores.

La investigación tiene, además, varios aportes novedosos. En primer lugar, es un libro que desborda ampliamente el relato biográfico de un personaje clave de la política uruguaya del siglo xx. En sus páginas podemos reconstruir el contexto de la época y el rol que jugaron varios personajes de la política nacional. Aparecen allí anécdotas o encuentros con Emilio Frugoni, Rodney Arismendi, Carlos Martínez Moreno, Julio César Grauert, la familia Crottogini, Alba Roballo, Carlos Quijano, Wilson Ferreira, entre muchos otros, que nos muestran una especie de mapa de relaciones de la política nacional e internacional. En segundo lugar están las fuentes documentales. Tal como señalan los autores, en su breve nota introductoria, uno de los aportes de la investigación lo constituyó el acceso a nuevas fuentes: publicaciones periódicas, el Boletín Histórico

del Ejército, documentación proveniente del archivo privado tanto de Bethel Seregni referido a su padre como del propio general Seregni, documentación ubicada en el Centro de Estudios Estratégicos 1815 del que fue fundador, la Dirección Nacional de Inteligencia e Investigación y del Ministerio de Defensa Nacional, así como las más de diez entrevistas realizadas. Incluso, la incorporación de fuentes «no tradicionales» para la investigación histórica —como las letras del carnaval de algunos años clave— hacen que la lectura sea ágil y que el lector pueda obtener un verdadero panorama del contexto que marca la acción de los hombres. Si bien, como señalan los autores, esta no es una biografía oficial, tampoco es neutral. Al decir de ellos mismos, la obra relata la vida de alguien «tan querible como excepcional [...]. Una de esas figuras sobre las que se agradece haberse detenido».

Jimena Alonso
Universidad de la República

*El Oriente desplazado.
Los intelectuales y los orígenes
del tercermundismo en la Argentina*

Martín Bergel. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 354 pp.

Esta obra es el fruto de una exhaustiva y decantada tesis doctoral defendida en 2010. Se propone reconstruir un fenómeno relativamente inadvertido en la historiografía: el ingreso y la difusión en la Argentina de una imagen de Oriente distinta a la que cargaban consigo las representaciones tradicionales o clásicas del siglo XIX, afectadas por la idea del retraso y el primitivismo, envueltos en los marcos del exotismo y la extrañeza. En su lugar, aunque de un modo sinuoso, dada la crisis de Occidente ambientada antes y después de la Gran Guerra, otro Oriente asomó y luego se afirmó en los círculos culturales y en parte de la opinión pública; se abrió entonces a otros caminos más o menos eficaces para pensar y repensar el colonialismo, el nacionalismo y el Tercer Mundo.

Martín Bergel da con este libro una vuelta más al enfoque inaugural de Edward Said que en 1978 dio al *orientalismo* una función bastante clara en la reconstrucción de la llamada *subalternidad*. La deriva de esta noción de Oriente en Argentina pone en duda, con la investigación de Bergel, la validez universal de aquella interpretación y coloca en su lugar otra, amortiguadora y también necesariamente global.

Se trata, en efecto, de una contribución a la historia global, hecha más allá de la trama endógena de sociedades nacionales y volcada a la apreciación de los flujos y dinámicas transnacionales, transregionales e intercontinentales. Las bases técnicas y materiales del empuje globalizador, el peso de la prensa y de la cultura escrita en las mediaciones sociales e intelectuales sirvieron de marco y estímulo a esta inversión del sentido de Oriente, a su erección como asunto cultural y político producida durante el agitado tránsito entre los dos siglos.

El primer paso de la obra es la reconstrucción del prisma que gobernaba las ideas sobre Oriente en los letrados argentinos del siglo XIX (la generación del 37, los románticos y en particular Sarmiento). Esa matriz fue perforada entre fines del siglo XIX y el despunte de la Gran Guerra, en estrecha relación con la mutación tecnológica globalizante, la aceleración de la descolonización y el desarrollo de nuevas y potentes sensibilidades anticolonial, teosófica, modernista.

Con mayor detalle, el libro se aplica luego al examen del tramo entre la Gran Guerra y 1930, coyuntura histórica decisiva para observar el derrumbe de la centralidad europea occidental. Allí se aprecia, ya claramente instalado en el debate argentino (en la prensa, en las revistas, en las prédicas socialistas y comunistas, en los vientos que animaron la reforma universitaria) el modo como el antimperialismo sintonizó con las luchas anticoloniales de Asia y África y con un tan real como imaginario «despertar» del Oriente. Sobre esta base, Bergel investiga luego los vínculos entre la nueva sensibilidad de los reformistas y un Oriente espiritualizado, estilizado, hecho patente con la visita de Tagore en 1924, con la difusión de temas y autores orientales y con «la americanización del orientalismo» a partir de las definiciones y acciones de Vasconcelos, Haya de la Torre y Mariátegui. Finalmente, el movimiento no fue unánime ni incontestado: el autor reconstruye una reacción antiorientista de parte de los intelectuales nacionalistas católicos partidarios de la cultura europea a la que veían amenazada.

Bergel sabe bien que el orientalismo es un objeto discursivo peculiar, lleno de implicaciones y compromisos, proliferante y ubicuo. Su referencialidad es casi siempre elusiva, ambiental, es un tema, un lote de incitaciones, estímulos, propensiones. Rasgos todos que hacen de la *inversión* una realidad nunca del todo consumada. Esta es su primera victoria analítica, plena en matices, sobre las versiones más estáticas y omniabarcadoras de Said. Más decididamente, su dispositivo de comprensión se arriesga a explorar entre coordenadas hospitalarias y a la vez exigentes: las *condiciones* de producción y recepción, los *productos* concretos (libros, viajes, crónicas) y los *sportes* tecnológicos (telégrafo, fotografía). El resultado es de gran interés conceptual y heurístico, con desarrollos autónomos o utilizables para otros propósitos, como es el caso de su análisis de las múltiples transiciones que lograron entonces remover las referencias clásicas de espacio y de tiempo y sin las que la inversión orientalista es difícilmente pensable. Esta persuasiva puesta en escena puede incluso llevar a pensar con algún fundamento en el *Oriente* como un *encuentro* necesario y no solo como una *búsqueda* originada en la ensoñación que alimenta la crisis de Occidente.

Entre varias, tres incitaciones problematizan la lectura de este libro: 1) la crónica, la retórica del viaje, la prosa de corresponsal —fuentes inescusables en esta investigación— imponen el espacio oriental, dan una versión de lo lejano/ajeno que consagra una ventaja del narrador/escritor sobre el lector, y lo afirman en el campo autónomo de la estética moder-

nista. Más allá de tales desarrollos creativos, hubo traducciones *del* Oriente, experiencias *con* Oriente que no siempre resultan asimilables a este cuadro general, aunque lo confirmen desde sus márgenes (la vida y la obra de Richard Francis Burton expresan esta posibilidad); 2) hay también figuras desconcertantes, llenas de interés para esta problemática. Rodó puede aportar elementos de comprensión por cuanto ambientó algunas de sus ideas e ideales filosóficos y estéticos «en un Oriente indeterminado» y porque el arielismo inspiró fuertemente a los reformistas universitarios que conectaron con Oriente y sus inversiones de sentido. Lugones, en cambio, nos arroja a preguntas que desordenan de un modo estimulante la escena montada por Bergel: ¿qué puede hacer con Oriente un señor que fue anarcosocialista, nacionalista autoritario, descreído de sí hasta el límite, un intelectual que «entronizó» —palabra de O. Terán— a *Martín Fierro* como narrativa fundante de lo nacional, y al gaucho como el héroe derivado de un pasado grecolatino, Oriente de algún

modo?; 3) puede ser útil, en el futuro, abundar en una diferencia entre tercerismo y tercermundismo, este último referencia fuerte del trabajo. La raíz parece común hasta que caemos en la cuenta de que hubo un tercerismo, un primer corte que fue tercera de católicos (a derecha e izquierda) y que sería capaz de enlazarse —juntos o separados— con el nacionalismo y el socialismo. Esa tercería católica fue antes que nada antimoderna y no conocemos bien lo que el Oriente revisado pudo haberle aportado.

Con este libro de Martín Bergel, una vez más nos hallamos en presencia de una historiografía madura en la que mirarse, que dialoga con el mundo de la historia global, que está sostenidamente bien escrita, que es generosa con las fuentes que descubre y maneja, que se coloca en la huella de los confesos magisterios y aquí justificados de Terán, Gorelik, Altamirano, Myers y Tarcus.

José Rilla
Universidad de la República y
Universidad Claeh

Circule por la derecha.
Percepciones, redes y contactos entre
las derechas sudamericanas, 1917-1973

João Fabio Bertonha y Ernesto Bohoslavsky (comps.). Buenos Aires: Ediciones UNGS, 2016. 315 pp.

Los estudios en perspectiva histórica sobre las derechas han ganado fuerte impulso y la actualidad mundial lo justifica sobradamente. Este libro de autoría múltiple se enfoca en dos temas centrales: las conexiones en el pasado entre organizaciones de derecha en América del Sur y las percepciones que tenían unas de otras, bajo el impacto sucesivo de fenómenos de influencia internacional: el *red scare*, los fascismos, la Guerra Fría, el peronismo y la revolución cubana.

El libro abarca el período 1917-1973, tomando como bisagras la revolución rusa y el golpe de Pinchet. Los artículos están divididos según un criterio cronológico que permite ordenar las agendas de las derechas latinoamericanas mediante el parteaguas de la Segunda Guerra Mundial. Así, la primera parte (1917-1945) se corresponde con la crisis del liberalismo y la neta influencia del imaginario fascista. El primer artículo, de Daniel Lvovich, trata sobre la circulación de interpretaciones entre las elites de los países del Cono Sur ante una ola de protestas sociales ocurridas entre 1918 y 1919. Como señala el autor, esas mismas elites parecían no advertir que sus marcos interpretativos también eran resultado de una circulación internacional: el miedo al maximalismo bolchevique impulsado por «agitadores extranjeros». Los siguientes artículos de esta primera parte dan cuenta de la emergencia de diversas corrientes y agrupaciones de resonancias fascistas y se esfuerzan por mostrar de qué manera estas buscaban dotar a sus proyectos de un sentido transnacional. Varios autores evidencian la paradoja de sostener ese enfoque transnacional en movimientos caracterizados por enfoques radicalmente nacionalistas.

Los artículos de Daniela Moraes y de Victor Raoni de Assis proponen respectivamente un análisis de las relaciones entre el principal exponente del fascismo latinoamericano, la Acción Integralista Brasileña (AIB), y sendos movimientos rioplatenses: la Legión Cívica Argentina y la Asociación Revisionista del Uruguay. En ambos casos se destaca el movimiento brasileño por su tamaño e influencia real. Pero interesa observar las mutuas influencias y expectativas que unos generaban en los otros en

términos de proyecto fascista a escala continental. Murilo Antonio Paschoaleto nos muestra, a través del periódico *A Offensiva*, cómo la AIB fijó su mirada en la evolución de diversos movimientos latinoamericanos, con la expectativa, real o imaginada, de ver en ellos a compañeros de ruta en la «ola del futuro» que representaba el fascismo. Interesa destacar la referencia bolivariana que los dirigentes integralistas pretendían dar a su proyecto. João Fábio Bertonha señala las peculiaridades del fascismo chileno de los años treinta. La influencia de una fuerte colonia alemana hizo que la referencia al nazismo fuera más sólida en ese país que en el resto del Cono Sur. Sin embargo, su principal expresión, el Movimiento Nacional-Socialista (autoidentificado como «nacista» para darle un tono «nacional»), se distinguió de la filial local del Partido Nazi. «En ese esfuerzo se mantenía la tensión entre nacional e internacional que caracterizó a los movimientos fascistas en el período de entreguerras» (p. 156). Si bien el nacismo no adhirió a las tesis antisemitas del nazismo, lejos estuvo de destacar la participación de las razas indígenas en la identidad nacional, como hacía el integralismo brasileño o el revisionismo paraguayo. Su mirada transnacional daba así al pueblo chileno un liderazgo regional en el combate contra el imperialismo estadounidense. Eurico Da Silva Fernandes recrea los debates regionales en torno a la representación histórica del mariscal paraguayo Francisco Solano López. Presenta el proceso de consolidación del lopizmo a través del revisionismo histórico de Juan O'Leary, promotor de una noción de «paraguayidad» que puede inscribirse dentro del marco de los fascismos de la época. Reivindicar el lopizmo suponía defenestrar la construcción del Estado liberal, resultante de la derrota en la guerra de la Triple Alianza (1865-1870). El autor muestra de qué manera este relato fue centro de una controversia transnacional. Si por un lado enervó a sectores de la intelectualidad brasileña, defensora del protagonismo de Brasil en el orden regional *a posteriori* de esa guerra, por otro lado fue insumo para otros revisionismos de la región: el uruguayo de Luis Alberto de Herrera y el mexicano de Carlos Pereyra, quienes incorporaron el lopizmo a sus formas de concebir el hispanismo y el americanismo. El artículo de Olga Echeverría y María Laura Reali coteja la trayectoria de dos intelectuales revisionistas platenses, el argentino Carlos Ibarguren y el citado de Herrera, en sus concordancias y divergencias. Si bien en ambos está presente el cuestionamiento a los intelectuales latinoamericanos que promovieron la influencia de la revolución francesa y el jacobinismo, De Herrera subraya el lugar de la política británica como base

del sistema representativo y las libertades políticas. He aquí una divergencia con el revisionismo argentino, que rechazó esa influencia en beneficio del legado español y católico. Pero la Segunda Guerra Mundial los acerca, entre el neutralismo y las simpatías por el fascismo.

En la segunda parte del libro (1945-1973) se aborda una etapa de mayor fragmentación de las derechas, en una agenda marcada por el temor al comunismo propio de la Guerra Fría, junto con condimentos claramente regionales como el peronismo y la Revolución Cubana.

Ernesto Bohoslavsky analiza la red diplomática e ideológica peronista hacia otros países de la región, en particular Brasil. Por su aversión a los EEUU y su anticomunismo, encontró socios que se correspondían con el modelo de derechas antiliberales. El autor destaca ese doble juego: exaltar la soberanía nacional, pero interfiriendo en escenarios políticos vecinos. El artículo aborda el caso de Geraldo Rocha, influyente político varguista. De neta inspiración fascista, trabó fuertes relaciones personales con Perón, que el autor presenta a partir de su correspondencia. Esta permite conjeturar un papel central de Rocha en los intentos de Perón por influir en la política brasileña. Concluye que esa actitud de Rocha se debía a un auténtico acercamiento a los principios ideológicos que veía en el peronismo, y que cuadran dentro de la familia de los nacionalismos antiliberales. Marcela Quinteros y Carlos Suárez presentan la estrecha relación que desde sus respectivos exilios mantuvieron los intelectuales paraguayo Natalicio González y colombiano Germán Arciniegas para combatir las dictaduras latinoamericanas, señalando al peronismo como una de sus manifestaciones más peligrosas, referencia del totalitarismo. Estos intelectuales operaron dentro de las redes del anticomunismo continental bajo el slogan «siembra dictaduras y cosecharás comunismos». Sin embargo, sus posteriores itinerarios los distinguirán, al primero por su trayectoria liberal, al segundo por sus primitivas ideas profascistas y su carácter de funcionario del régimen de Alfredo Stroessner. A partir del estudio de varias agrupaciones de derecha nacionalista y antiliberal uruguayas, Magdalena Broquetas muestra sus conexiones con redes transnacionales latinoamericanas, muy en particular con agrupaciones de Argentina. En esa conjunción, la fuente de inspiración era la represen-

tación de un pasado católico e hispánico que estructuró la identidad de esos movimientos. En torno a los clásicos postulados de la exaltación de la violencia, el anticomunismo y el antisemitismo, la autora rescata la novedad coyuntural de su filoarabismo. El artículo de Valeria Galván trata acerca de las mutaciones del hispanismo nacionalista después de la Segunda Guerra Mundial. El marco de Guerra Fría cargó al concepto de «revolución nacional» de nuevos sentidos, necesarios para contrarrestar los proyectos de revoluciones marxistas. A través del seguimiento del semanario argentino *Azul y Blanco*, la autora muestra la desilusión de la derecha nacionalista ante la deriva comunista de la revolución cubana, o las expectativas frustradas tras el golpe de Velasco Alvarado en Perú. En síntesis, apremiada por la coyuntura, la derecha hispánica confluyó en un discurso revolucionario que recuperaba la matriz católica e hispánica ante el nuevo enemigo en común. Martín Vicente aborda la reflexión de intelectuales liberoconservadores argentinos acerca de los significados del concepto «América Latina» en los sesenta. Bajo la mutación del antifascismo en anticomunismo que operó dentro de las redes intelectuales de los años treinta a los sesenta, se impuso la mirada occidentalista y panamericanista, no exenta en Argentina de una vocación de liderazgo a nivel regional. Frente a la amenaza expresada por el retorno de Perón y el gobierno socialista en Chile, el golpismo fue rescatado como recurso ordenancista, articulándose estas derechas con la Doctrina de la Seguridad Nacional. Gabriela Gomes presenta la lectura que ciertas revistas derechistas chilenas realizaron de la Argentina entre 1969 y 1974. Imbuidos de las ideas del nacionalismo y el corporativismo católico, pretendieron instalar de manera dramática el temor al expansionismo argentino sobre la frontera patagónica bajo el gobierno militar de Onganía. Para la autora esto no fue más que un telón de fondo para trasladar los dilemas de la política argentina en torno al retorno de Perón y anticipar el inevitable fracaso del gobierno de Allende. Se evidencia así un uso político del caso del país vecino para acumular argumentos en la desestabilización del gobierno socialista en su propio país.

Gabriel Bucheli
Universidad de la República

CEMA: archivo, video y restauración democrática

Beatriz Tadeo Fuica y Mariel Balás (eds.),
Montevideo: FIC, Universidad de la
República-ICAU, 2016. 172 pp.

El libro de Beatriz Tadeo Fuica y Mariel Balás es el corolario del trabajo de recuperación del archivo audiovisual del Centro de Medios Audiovisuales (CEMA), casa productora que reunió a jóvenes realizadores, fotógrafos, dibujantes y creadores y que tuvo destacada actuación en la producción y difusión de contenidos audiovisuales (diapomontajes y video) en los primeros años de la década del ochenta y mediados de la década siguiente. El rescate del acervo del CEMA se inició en 2009 con la ubicación del material que Tevé Ciudad, canal de cable de la Intendencia de Montevideo, había recibido luego del cierre de la productora. Allí había doscientos casetes en formato U-Matic y Betacam en desigual grado de deterioro (leve, medio y grave) que comenzó a clasificarse bajo la coordinación de Balás y con el asesoramiento del restaurador chileno Luis Horta. El libro da cuenta del rescate material (transferencia del formato analógico al digital) a la vez que historiza la experiencia del Centro al situarla en el contexto político, social y cultural de su nacimiento, volviéndola inteligible para nuevas generaciones.

Dos capítulos del texto y el catálogo de las piezas recuperadas (ficha técnica de 45 obras entre videoclips, documentales, registros y programas cortos producidos para la televisión) que está al final de la obra permiten conocer las características y los aspectos técnicos del proceso. En «El pasado desde el presente», Balás explica el estado original de los materiales y los esfuerzos institucionales (Universidad de la República, Intendencia de Montevideo, Instituto del Cine y Audiovisual del Uruguay [ICAU]) y personales (en particular de Esteban Schroeder, fundador y figura principal del CEMA) para que el trabajo llegara a buen fin. En noviembre de 2012 se le entregó al ICAU un disco externo con 45 archivos digitales del CEMA, nueve casetes DV Cam de obras seleccionadas, 35 mini dv que contenían un respaldo de todas las películas y programas de televisión y 45 DVD con todas las piezas. A su vez, se decidió que el acervo fuera alojado provisoriamente en el Archivo General de la Universidad (AGU) porque este cuenta con las condiciones de temperatura y humedad que requiere la conservación del material. En el capítulo

«Rescate del archivo del CEMA: entre lo analógico y lo digital», Lucía Secco, integrante del equipo, explica las características de los soportes magnéticos, los problemas que debió enfrentar la conservación y también las limitaciones del pasaje a digital, formato que requiere aun mayor cuidado que el analógico.

Las editoras invitaron a siete autores (Pablo Alvira, Mariana Amieva, Julieta Keldjian, Cecilia Lacruz, Elisa Pérez Buchelli y Georgina Torello) para escribir ensayos breves y reseñas sobre las obras de CEMA. El conjunto de sus trabajos ofrece al lector una mirada coral y multidisciplinaria que aborda tanto el momento político y cultural del nacimiento y apogeo del CEMA (la salida de la dictadura y los primeros años de la restauración democrática) como las preocupaciones narrativas y estéticas de sus realizadores.

«Mamá era punk: ¿caos o creatividad juvenil?», de Tadeo Fuica, sobre el documental de Guillermo Casanova (*Mamá era punk*, 35', 1988) retrata la movida juvenil cultural de mediados de los ochenta y es también, y sobre todo, un valioso testimonio del estado de ánimo de muchos jóvenes uruguayos en la recién nacida democracia, donde no encuentran lugar. Los trabajos de Georgina Torello y de Mariana Amieva sobre dos obras de Eduardo Pincho Casanova, fundador del CEMA, alumbran otro aspecto del trabajo del Centro: el cine militante. En efecto, el CEMA trabajó sobre temas urgentes (y pendientes) de la sociedad uruguaya posdictadura: la salud, la vivienda, la impunidad de las violaciones a los derechos humanos y los derechos de las mujeres, entre otros. «Entretelares: m/arañas visuales en la nueva democracia», de Torello, se interna en el documental ficcionado que aborda la realidad de las trabajadoras textiles (*Entretelares*, 37', 1988). Amieva analiza el potente y conmovedor viaje que Casanova emprendió por las colonias psiquiátricas Bernardo Etchepare y Santín Carlos Rossi (*Guarda e passa*, 16', 1988).

El trabajo de Lacruz, «Tahiti: la ciudad», sobre el cortometraje de Pablo Dotta (*Tahiti*, 38', 1988), visita una obra clave, antecedente de *El dirigible*, del mismo autor, película ruptural y a la vez fundacional del cine uruguayo. Lacruz repasa las elecciones de Dotta (una visión decadente, poética y solitaria de Montevideo, un blanco y negro que estetiza y contribuye a acentuar la mirada «retro» de la ciudad). El análisis de *De repente* (Pablo Casacuberta y Matías Bervejillo, 5', 1990) le permite a Alvira situar la pertenencia del CEMA a un movimiento más amplio: el movimiento latinoamericano de video que reunió y sintetizó (no sin contradicciones) la

experiencia productiva y política de un amplio espectro de productores, realizadores e instituciones de comunicación del continente. *De repente* fue concebido como un saludo a los participantes del Encuentro Latinoamericano de Video que tuvo lugar en Montevideo en 1990 luego de los encuentros de Santiago y Cochabamba. Alvira repasa los principales temas de discusión y la tensiones del movimiento latinoamericano de video: el video como proceso (vinculado a organizaciones sociales, como expresión popular y social) o el video como producto (narrativas con historias relevantes pero que alcanzaran mayor audiencia, en particular la televisión) o la difusión versus la distribución.

La obra cierra con cuatro artículos breves sobre otras tantas obras del CEMA, expresión de la variedad temática y formal de su producción (video arte, documental, docuficción, video clips). Pérez Buchelli reseña *Gris* (Esteban Schroeder, 13', 1986) sobre coreografía del Grupo de Danza Cooperativo Babinka, y Alvira, *Itinerarios* (Roberto Mascaró, 16', 1988), videoarte y ensayo visual sobre las preocupaciones de una joven mujer a mediados de la década del ochenta. Keldjian comenta *La BCG no engor-*

da (José María Ciganda, 34', 1988), un desopilante documental sobre la innovadora murga del mismo nombre. Amieva cierra con la reseña de uno de los trabajos más ambiciosos del CEMA, «La esperanza incierta» (Esteban Schroeder, Rodrigo Moreno y Luiz Fernando Santoro, 52', 1991), medimetro documental realizado en coproducción con Chile y Brasil para la serie *South* de Chanel 4 de Inglaterra. Un documental filmado en Argentina, Chile, Brasil y Uruguay sobre las transiciones democráticas, con entrevistas a los cuatro presidentes de la época y a actores políticos y sociales.

El rescate de la memoria incluye también la tapa del libro: la reproducción del magnífico mural de Rodrigo Ripa que estaba en una de las paredes de la productora. Un esmirriado Quijote a caballo sostiene la caña de sonido. Abajo, el retacón Sancho Panza avanza cargando la pesada mochila de cámara, característica del video de la época. En el horizonte, como molinos inalcanzables, hay torres y parabólicas. Una consigna completaba el mural: «A la conquista de nuestras pantallas».

Virginia Martínez
Universidad de la República

Entre el humo y la niebla.
Guerra y cultura en América Latina

Felipe Martínez-Pinzón y Javier Uriarte (eds.). Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2016, 345 pp.

El libro editado por Martínez-Pinzón y Uriarte presenta, además de la introducción de estilo, 14 artículos que abordan las relaciones entre guerra y cultura en América Latina. Lo hacen a partir de una diversidad de fuentes escritas y visuales, que muestran la productividad discursiva de la guerra. Los ensayos dialogan con teóricos de distintas orientaciones como Walter Benjamin, Michel Foucault, Andreas Huyssen, Giorgio Agamben, Gilles Deleuze, Félix Guattari y Rosi Braidotti, entre otros. Los editores organizaron el libro con un criterio cronológico que va de la larga «guerra de castas» en Yucatán (1847-1901), hasta conflictos más contemporáneos como la guerra por las Islas Malvinas (1982) o la «guerra» contra el narcotráfico en Colombia y Brasil.

La introducción de estilo, en este caso, es mucho más que eso. El trabajo de Martínez-Pinzón y Uriarte es una reflexión sobre la guerra y la cultura en América Latina que, al mismo tiempo que describe las contribuciones de los articulistas, realiza un recorrido reflexivo y aporta claves de interpretación que abren un nuevo campo de trabajo para los estudios de la cultura. Los editores se preguntan si «hacer el Estado no es hacer la guerra», y agregan luego: «Podría ser que lo bélico —y sus representaciones— es lo que más dramáticamente visibiliza el Estado, materializándolo en todo su terror y esplendor, mientras que en la relativa paz de lo cotidiano el Estado no pasa de ser “una base aceptable para el sometimiento”», según una cita de Philip Abrams (pp. 23-24).

Esta es solo una de las hipótesis productivas manejadas por los editores que sobrevuela todos los trabajos. A través del análisis del texto *El crimen de la guerra* (1870), de Juan Bautista Alberdi, Álvaro Kaempfer señala que para Alberdi la guerra era una amenaza que consolidaba el poder militar e impedía la formación de la nación sobre bases jurídicas. Para Roberto Vecchi la «disposición para la guerra es una permanencia de la historia de Brasil y de la modernización de su Estado», por fuera de cualquier mitologema de la conciliación (p. 164). La violencia de la guerra, que es infinita, desmedida y sin forma, se torna representable (o al menos sus espectros o las ruinas que deja a su paso) a través de la literatura. Finalmente Gabriel Giorgi analiza las

alianzas humano-animal en cuentos de Guimarães Rosa, Lugones y Quiroga, ficciones en las que el Estado responde con la guerra, como único recurso para mantener la frontera.

Hay un grupo de trabajos que se ocupa de disputas por el control del territorio o el orden social al interior de los Estados-nación. El trabajo de Kari Soriano analiza la «guerra de castas» (1847-1901), interpretada siempre como un conflicto racial entre blancos y mayas independentistas en la provincia de Yucatán, a partir del texto *Cecilio-Chi. Novela histórica yucateca* (1867), de José Severo del Castillo. Para Soriano, el territorio en disputa es leído desde las geografías militar y humana, que no siempre coinciden, y que no logran dar cuenta de las peculiaridades políticas y sociales de esa «guerra de castas». La «conquista del desierto» en Argentina representó una disputa por el control del territorio y por la eliminación del otro por parte del Estado. En los textos del comandante Manuel Prado *La guerra del malón* (1907) y el póstumo *Conquista de la Pampa* (1935), analizados por Martín Kohan, el otro, el bárbaro, es en verdad un adversario al que se le arrebató la táctica militar para enfrentarlo.

La «guerra de Canudos» relatada por Euclides da Cunha en *Os sertões* (1902), es analizada por Javier Uriarte desde la perspectiva de una «retórica del desconcierto» ante la insuficiencia del saber letrado frente a un territorio y un paisaje humano ajenos. Por eso se concentra en una interpretación de las ruinas, como resultado de una violencia específica de la guerra y, al mismo tiempo, como «forma clave de la resistencia» (p.145). El trabajo de Juan Pablo Davobe se centra en la novela *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931), de Rafael Muñoz, en la que pone en escena el bandidaje, que es incomprensible y carente de sentido desde la perspectiva del Estado, y que Davobe conceptualiza como «la experiencia desestabilizadora del subalterno» o de lo que es imposible de simbolizar (lo *real*). En un sentido diferente, Wladimir Márquez-Jiménez se ocupa de los bandidos de la sierra del Escambray, una guerra contrarrevolucionaria (1960-1965) aplastada por el Estado revolucionario recién instalado en Cuba y en conflicto con Estados Unidos. El texto pone en evidencia la manipulación de los subalternos en el relato de los hechos por parte de la revolución y de los exiliados cubanos en Miami.

Los textos de Fermín Rodríguez y João Camilo Penna se ocupan de dos casos más recientes en Colombia y Brasil, que dan lugar a «la imitación de la guerra» (Penna) en el lenguaje visual y literario de los Estados-nación. Para Rodríguez se trata de una «nueva forma de guerra» contra ene-

migos intangibles: la droga, el terrorismo, la «inseguridad». El gramático que narra en la novela *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo, es el «doble siniestro de la mala conciencia liberal» que no reprime el «odio de clase» y lo pone por encima del estado de derecho, que abre una guerra total de todos contra todos. En esa guerra declarada por el narrador, el otro es reducido a un «ruido animal» (p. 308). Penna plantea un paralelo entre «la guerra contra las drogas» y la historia de las guerras civiles en Brasil, a partir de un recorrido que empieza en *Os sertões* (1902), de Euclides da Cunha, continúa en *Grande Sertao: veredas* (1956), de Guimarães Rosa y termina en *Ciudad de Dios* (1997), de Paulo Lins. Según Penna, cabe preguntarse «si el espacio público no se constituye en última instancia en la gestión de una moral particular de la guerra, o de una guerra particular contra el enemigo público» (p. 337). La literatura modula una tipología de enemigos públicos, al mismo tiempo que les hace el epitafio y les hace el trabajo de duelo.

Hay otro conjunto de trabajos que abordan las guerras entre naciones: la triple alianza de Uruguay, Argentina y Brasil contra Paraguay (1864-1870), la Guerra del Pacífico de Chile contra Bolivia y Perú (1879-1884), el conflicto entre Colombia y Perú (1932-1934) o la guerra de las Malvinas en Argentina contra Gran Bretaña (1982). El ensayo de Sebastián Díaz-Duhalde combina el análisis de las imágenes y las crónicas del coronel uruguayo León de Palleja, publicadas durante los dos primeros años del conflicto. Ambos registros dialogan entre sí en la medida en que proponen una nueva forma de representación, «un cambio social en el modo de entender el concepto de mimesis» (p. 74), que contribuyó a desbaratar cualquier sublimación patriótica de la guerra.

El trabajo de Consuelo Figueroa se concentra en la producción de sentido a partir de los museos y monumentos conmemorativos en Chile, que refieren a un período fundacional en el que se dan simultáneamente la lucha por el control interno del territorio contra los pueblos originarios, en la «Pacificación de la Araucanía» (1861) y la guerra con Bolivia y Perú. A partir de los discursos se trazan inclusiones y exclusiones de la nacionalidad chilena.

La guerra de Colombia con Perú por el territorio fronterizo en la Amazonia es analizada por Felipe Martínez-Pinzón a partir de la idea del clima selvático como límite y amenaza a la nación. De hecho, en el análisis de *180 días en el frente* (1934), del soldado Arturo Arango, que toma como modelo *La vorágine*, de José Eustaquio Rivera, Martínez destaca la idea de una guerra contra el clima, las enfermedades, contra la selva misma, que termina triunfando sobre el hombre.

Para Julieta Vitullo la Guerra de las Malvinas es una «guerra contenida» en algunas narraciones contemporáneas que se apartan del registro no ficcional. Según su análisis de las novelas de Martín Kohan *Dos veces junio* (2003) y *Ciencias morales* (2007), la guerra está allí pero se nombra poco o se alude a ella indirecta o veladamente, siempre acechando, a punto de emerger.

En resumen, los ensayos reunidos por Uriarte y Martínez-Pinzón presentan una interesante aproximación a la guerra como elemento constitutivo de lo nacional en el pasado, en la lucha por el control del territorio y de sus habitantes, pero también como fenómeno que organiza nuestro presente y parece ocupar también, al menos en lo inmediato, el futuro.

Alejandro Gortázar
Universidad de la República

*Contaminación artística.
Vanguardia concreta, comunismo
y peronismo en los años 40*

Daniela Lucena. Buenos Aires: Biblos, 2015, 217 pp.

Fruto de una investigación colectiva sobre las relaciones entre el campo artístico argentino y el Partido Comunista Argentino (PCA) desde su fundación hasta la última dictadura, este libro se concentra en la militancia, estéticas y posicionamientos de los artistas nucleados en torno a la «Asociación Arte Concreto-Invencción (AACI)». Con foco en los años cuarenta, se indagan las relaciones de contaminación y diferenciación entre el realismo socialista impulsado por el comunismo, las vanguardias soviéticas y la comunidad de artistas concretos en Argentina. Lucena aporta una reflexión fundada histórica y estéticamente sobre la convivencia entre estéticas radicales experimentales y la militancia política comunista, y entre las vanguardias soviéticas (políticas y estéticas) y la vanguardia concreta nacida en 1945 en Buenos Aires.

En diálogo con la conceptualización de «campos artísticos» de Bourdieu, la autora analiza las estrategias, posiciones y *habitus* de los artistas pertenecientes a la AACI, exponiendo la importancia de conjugar factores estéticos, políticos e imaginación sociológica a la hora de narrar historias locales e internacionales del arte y sus transformaciones. El libro se acerca a la politicidad del arte a partir de los programas manifestados por los artistas, sus posicionamientos ideológicos concretos, las formas estéticas de ellos derivadas, las relaciones políticas y económicas subyacentes, las especificidades de contextos de producción y recepción artística, así como sus intentos de disrupción. Para ello atiende los procesos de contaminación ocurridos como parte de programas estéticos y políticos y gracias a las hibridaciones y encuentros entre arte revolucionario y diseño industrial, entre comunismo soviético y comunismo local, entre campo artístico y político. Lucena se coloca en una «posición descentrada» (Ana Longoni, 2010), cuestionando así la autopercepción del campo cultural argentino como periférico o rezagado, interesándose por modos de producción e ideologías artísticas y por las relaciones entre gestores culturales y poder político o, más concretamente, entre la AACI y el PCA.

El libro define su recorte a partir de dos momentos importantes en la historia del arte concreto argentino: 1942, cuando ingresan en la escena local

artistas que integrarán la AACI; y 1954, cuando su líder, Tomás Maldonado, abandona Argentina y se radica en Europa, a lo que sucederá la dispersión del grupo de artistas y arquitectos concretos. Dando la palabra a Maldonado y artistas allegados, la autora rastrea las tácticas estéticas compatibles o en conflicto con diferentes momentos que significan la evolución del comunismo, preocupada por comprender la relación entre vanguardias políticas y estéticas, así como entre vanguardias argentinas y europeas. Se plasma así una mirada que conjuga autonomía y heteronomía del campo artístico, y que logra captar algunas tomas de posición reveladoras para la comprensión del programa politicoestético del concretismo.

Autodesignado como «el arte social de mañana», el arte concreto se propone el único lo suficientemente realista, humanista y revolucionario como para dar potencia a la voluntad de acción y creación de los seres humanos. Oponiéndose al arte figurativo, por basarse este en la representación (que sería una ilusión de la realidad), los concretos proponen sustituirla por producción, pensando al arte y a lo real como una práctica de invención (p. 98). En concordancia con la centralidad del trabajo como acción humana en el pensamiento comunista, los integrantes de la AACI consideran que el arte es «una forma específica de trabajo y producción que contiene en sí misma la posibilidad de humanizar y desalienar al ser humano» (p. 102).

Buscando un arte «sensiblemente coherente», Maldonado y la AACI realizan cruces inéditos en el campo artístico argentino, empleando el arte concreto contra el arte burgués, apostando al diseño como herramienta para la transformación, indagando en el trinomio forma, función y belleza en conexión con sus ideas políticas, intentando «sin volver la espalda al arte, ir más allá del arte» (Maldonado, 2007). Es así que contaminado por diferentes vanguardias artísticas como la Bauhaus, el constructivismo ruso, el concretismo y el racionalismo del grupo holandés De Stijl, Maldonado organiza el programa estético de la AACI, lejos de las convenciones artísticas hegemónicas o de vanguardias basadas en abordajes oníricos y surrealistas del arte. La invención es pensada por el grupo como la llave para una creación pura, libre de la imitación del mundo, y capaz de crear un «genuino arte constructivo sudamericano», desafiando así a otros disputantes de ese nicho, tales como el uruguayo Torres García. «Ni expresión (primitivismo); ni representación (realismo); ni simbolismo (decadencia). INVENCIÓN» (p. 35-36), se afirma en la revista *Arturo*, una de las fuentes del período revisadas por Lucena jun-

to a otras como *La Internacional, Orientación, La Chispa, Adelante, Insurrexit, La Nación, El Diario, Sur, Contrapunto, Arte Concreto-Invencción, Boletín de la Asociación Arte Concreto-Invencción y Nueva Visión*.

El capítulo uno se dedica a narrar el nacimiento de la AACI en los cuarenta y su estética materialista que da forma al movimiento concreto argentino, presentando protagonistas e influencias relevantes para su emergencia. El capítulo dos se enfoca en la tríada arte, vanguardia y comunismo, viajando hacia las décadas del veinte y del treinta, cuando se fundan relaciones que signaron la historia y características del comunismo argentino en tanto movimiento político y organizador de una visión estética. El capítulo tres profundiza en la relación entre artistas y PCA, situándose en la década de los cuarenta para observar el paso de una indefinición de la estética comunista —que no tendría una forma determinada sino que sería «aquella que se enfrenta al nihilismo y a la desesperación» o a la cultura burguesa—, a la imposición del realismo socialista como estilo oficial, lo que causa expulsiones y deserciones de artistas e intelectuales que empiezan a ver como incompatibles su actividad artística y partidaria, aun sin desistir de su creencia en el arte concreto como expresión del arte social del futuro (p. 119). El cuarto capítulo estudia el pasaje del arte concreto al diseño, recuperando la influencia soviética y su llamado a que el arte abandone el circuito de museos y galerías con el objetivo de recuperar su función social. Desde una lógica que exhibe ecos de la cultura antropofágica en auge en el vecino Brasil (con quien además existe una relación de competencia), los artistas argentinos asimilan a su modo el interés de los soviéticos por la ciencia, el desarrollo industrial, la arquitectura y la producción de ropa y de muebles. Declarar muerto al arte y prescindir de sus circuitos es visto entonces como forma de acercar vida e invencción y trastocar la lógica del centro-periferia que signa el curso de apropiaciones e influencias. La autora condensa el programa estético de los artistas de la AACI, consistente en una conceptualización

del arte como «actividad práctica de producción del mundo material y simbólico» y en una aguda crítica al arte burgués por su autorreferencialidad y personalismo, apostando al diseño como herramienta para fusionar arte y vida cotidiana, y servir a la comunicación política. El capítulo cinco se enfoca en las relaciones entre peronismo, arte concreto y diseño argentino, analizando cómo desde su ascenso al poder en 1951 y el golpe de Estado en 1955, el peronismo se presenta como «pasión dominante» a favor y en contra, influenciando e impactando sobre las posiciones del campo artístico y el político. Lucena analiza las políticas comunicativas y culturales del peronismo durante estas décadas y las controversiales relaciones que los artistas concretos pasan a tener con el gobierno, con las estéticas nazistas y fascistas, con el imaginario de «el pueblo» impulsado por el peronismo y por las inestables relaciones de los militantes comunistas con ese movimiento político, dentro y fuera del partido.

El libro ofrece una inmersión histórica y teórica en el campo artístico argentino desde un enfoque que considera factores ideológicos, estéticos y políticos relevantes para su transformación; concibiendo como inextricable la relación entre contextos locales e internacionales, entre vanguardias artísticas y vanguardias políticas, y entre pasado y presente del campo cultural. Si bien se enfoca en los años cuarenta, este libro es un gran aporte a la necesidad actual de análisis profundos sobre la relación entre producción artística y formas de reproducción o transformación de la realidad social.

Referencias bibliográficas

- MALDONADO, T. (2007). «Un gato con muchas vidas», en *Arte abstracto argentino. Conferencias*. Buenos Aires: Fundación Proa.
- LONGONI, A. (2010). «Artista mendigo/artista turista: migraciones descentradas», en Medina, C. (ed.). *Sur, sur, sur, sur*. Ciudad de México: SITAC.

Lucía Naser
Universidad de la República

La pantalla letrada: estudios interdisciplinarios sobre cine y audiovisual latinoamericano

Georgina Torello e Isabel Wschebor (eds.). Montevideo: Espacio Interdisciplinario, Universidad de la República del Uruguay, 2015, 127 pp.

Este texto reseña el libro titulado *La pantalla letrada: estudios interdisciplinarios sobre cine y audiovisual latinoamericano*, producto de los intercambios académicos que ha desarrollado el Grupo de Estudios Audiovisuales (Gesta) desde su conformación oficial a comienzos de 2009. Dentro de los diversos objetivos del grupo debemos mencionar que Gesta ha logrado consolidar el trabajo y las investigaciones en el campo de estudios sobre cine y audiovisual en Uruguay a través de la producción académica de sus investigadores a nivel local, así como el vínculo establecido y fortalecido con diversas instituciones internacionales que adscriben a este campo disciplinar.

Los artículos contenidos en esta pieza editorial han sido compendiados por Georgina Torello e Isabel Wschebor, ambas fundadoras de Gesta, quienes han realizado un gran trabajo de evaluación y selección para la divulgación de los textos recogidos en dicha publicación.

El primero de los artículos corresponde al «Primer cine y retórica del viaje en tres crónicas latinoamericanas de pasaje de siglo: 1896/1913», de la profesora e investigadora brasilera Miriam V. Gárate. Allí se presenta una estrategia de estudio sobre el crecimiento de la prensa periódica y la cultura del ocio y distracción en el pasaje del siglo XIX hacia el siglo XX. Gárate nos conmina a examinar el desarrollo de un nuevo tipo de discurso periodístico que ha sido reconfigurado por los procesos de modernización y especialización. Para ello propone el análisis de la retórica en tres crónicas de dicho pasaje de siglo.

Desde la vecina orilla, Andrea Cuarterolo presenta enriquecedoras reflexiones sobre el cine científico argentino. Su artículo, «Ciencia y espectáculo. Algunas reflexiones sobre el temprano cine científico argentino», ofrece una mirada atenta y libre de prejuicios respecto de las estrategias formales y temáticas en la distancia que supuestamente separa el cine científico de la producción cinematográfica comercial, fundamentalmente a principios del siglo XX. Cuarterolo devela, mediante el análisis

ys y la investigación sobre el cine científico de la época, componentes ambiguos de reconciliación entre ciencia y entretenimiento en una industria cinematográfica incipiente y un discurso científico que utiliza el medio para instruir a través del deleite, mórbido en muchos casos, pero deleite en fin.

En el siguiente capítulo, Georgina Torello despliega una fina selección de observaciones sobre la recepción cinematográfica en el contexto uruguayo de 1915. Dichas observaciones suscitan reflexiones y evidencian discusiones en la relación entre cine y política que parecieran no haber perdido vigencia. En «Artigas: gestación y fracaso de un proyecto cinematográfico (1915)», Torello deconstruye este proyecto cinematográfico y sus derrotas basadas en la figura idealizada del héroe nacional, en el caso de Artigas específicamente, pero también de forma más general con figuras emblemáticas como Florencio Sánchez. Nos mueve a la reflexión sobre la esterilidad del propio proyecto de los conceptos universales y los nombres ilustres, como una marca, una huella que ha estado presente en la historia de nuestro cine.

Continuando con la secuencia de la edición, nos encontramos con una profunda reflexión por parte de Román Domínguez Jiménez acerca del valor estructurante de la experiencia cinematográfica en el siglo XX, su distancia con la fotografía como documento y cuestionamientos sobre el cine como dispositivo de memoria histórica. En su capítulo «Sobre cierta función política en el cine latinoamericano: el extraño caso de la mirada en *El compadre Mendoza*, de Fernando de Fuentes», propone un análisis sobre la función en la mirada de la memoria audiovisual, específicamente el caso de la cinematografía, para discernir entre función mimetopolítica y función crítica, como instrumentos de producción y recepción.

El quinto artículo, «Televisión universitaria: la Udelar como posible actor mediático», de Lucía Secco, nos permite navegar en los interludios de este proyecto universitario de corta duración (1967-1973) pero que nos muestra no solo una decisión política de la Universidad de la República de posicionarse como medio de producción social, sino que también da cuenta de las características y contexto de la producción audiovisual en ese momento en Uruguay, las relaciones con otros medios de difusión, los conflictos instituidos dentro del ámbito estatal y la visión histórica del audiovisual como un instrumento valorado en la educación. Además de, como bien señala Secco, destacar la importancia de los objetivos inconclusos de la televisión universitaria de cara a resolver los problemas de descentralización de la

universidad y superpoblación estudiantil, cuestiones que hoy siguen siendo un tema en la agenda universitaria.

«¿Digitalizar para preservar? Nuevas tecnologías para viejos desafíos» es el título del artículo escrito por las investigadoras Beatriz Tadeo Fuica y Julieta Keldjian, el cual pone al servicio de los lectores varias preguntas y algunas respuestas sobre la preservación del patrimonio audiovisual en Uruguay. Las autoras reflexionan acerca de la inmadurez de la preservación audiovisual como disciplina en el país, tomando conciencia de su relevancia para las fuentes de investigación. Desmitifican la producción de cine en formato Super 8 como exclusivamente amateur a través del estudio de los casos recientes de digitalización de las películas *El bonguito feliz*, producida por Cineco y *1.º de mayo de 1983*, realizada por el Grupo Hacedor. También nos cuentan las estrategias para lograr obtener másters digitales para preservación y la importancia de este proceso para dar acceso a expresiones artísticas culturales que fueron producidas durante los años de dictadura.

El séptimo capítulo, titulado «Una semana solos (Celina Murga, 2008): el silencio y el sonido alrededor», de la autora Natalia Christofolletti Barrenha, constituye un análisis a través del uso del silencio y el sonido en el filme *Una semana solos*, de la realizadora argentina Celina Murga. Se trata de un estudio especializado en los detalles y recursos de la narrativa del largometraje que son utilizados para subrayar la fragmentación social con respecto al fenómeno de los *countries* en Argentina. Este metódico análisis de la estética sonora de la película de Murga muestra la guetización de estos fenómenos sociales donde el espacio se vuelve un desierto, un silencio visual y la violencia está latente en la posibilidad del ruido.

En la misma línea de análisis anterior, «El silencio de Hiroshima», octavo artículo de esta edición, escrito por Carmela Marrero Castro, estudia en este caso *Hiroshima* (2009), la realización uruguaya del cineasta Pablo Stoll en la imbricada construcción del personaje protagonista mediante la dialéctica de silencio-sonido. Descubre al cineasta provocando al receptor con un juego de

extrañamiento realizado mediante la utilización de intertítulos, insertos y rótulos que desnaturalizan la experiencia cinematográfica, además del diseño peculiar de la musicalización como un recurso más del director para manifestar su «propia» forma.

El noveno y último artículo de *La pantalla letrada* se titula «La Redota a veinte años de *El dirigible*», escrito por María José Olivera Mazzini. También toma como objeto de análisis la figura del héroe en la producción de cine nacional interpretada como una necesidad cultural de cargar y actualizar a estas figuras con significados y valor simbólico vigente. Analizando la compleja relación entre cine nacional y la producción histórica y literaria, este artículo hace notar ciertas tensiones entre el discurso académico legitimante y el dispositivo cinematográfico buscando ser legitimado. De este modo, el artículo de Olivera se presenta como una oportunidad para reflexionar, en un delgado equilibrio, acerca de una posible identidad uruguaya, desde el estudio de los modos de producción y los modelos de representación.

La pantalla letrada significa una expresión más de los aportes distintivos de Gesta al campo de estudio, que consiste en la incansable dedicación para incorporar nuevos materiales audiovisuales al universo sobre cine nacional, conjuntamente con las gestiones sostenidas que se han realizado para permitir y fomentar el acceso, por parte de los investigadores, a los archivos audiovisuales en Uruguay desarrollando nuevas estrategias para su preservación y accesibilidad a nivel nacional e internacional. Uno de los ejemplos más claros en este sentido lo constituye el trabajo colaborativo en términos de preservación y acceso que ha desarrollado conjuntamente con el Archivo General de la Universidad de la República para contribuir con la salvaguarda del patrimonio audiovisual del Uruguay. Dicha publicación hace evidente la importancia del trabajo interdisciplinario, el cruce de investigaciones y los esfuerzos cooperativos entre los investigadores y las instituciones que están a cargo de nuestros archivos audiovisuales.

Julio Cabrio
Universidad de la República

*La derecha política en Uruguay
en la era del fascismo 1930-1940*

Alfredo Alpini. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria, 2015, 93 pp.

El libro de Alfredo Alpini, resultado de un trabajo monográfico realizado en el marco del Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Derecho (Udelar), se propone como un estudio de la «derecha política» que emergió en Uruguay al calor de la crisis del liberalismo y el ascenso de los fascismos en Europa. Con este término se califica a aquellos sectores dentro del campo de las derechas que ostentaron una posición nacionalista y antiliberal y tomaron el modelo fascista italiano como fuente de inspiración. La investigación se sustenta en el análisis de un conjunto de revistas y periódicos publicados por las agrupaciones aquí tratadas así como de los escritos de sus principales exponentes.

Luego de introducir al lector en la realidad política uruguaya de las tres primeras décadas del siglo XX, caracterizadas por los avances reformistas del batllismo y la ofensiva conservadora para detenerlos, el libro avanza sobre las condiciones de posibilidad para la aparición y desarrollo de diversas formaciones de derecha radical en el país: la reacción al proceso de modernización capitalista y la penetración de la cultura fascista de circulación transnacional. Asimismo, la coyuntura política que se abrió con el golpe de Estado de Gabriel Terra (con apoyo de blancos herreristas y colorados no batllistas), al deslegitimar el orden democrático y dar a la derecha liberal conservadora el control del gobierno, resultó un marco propicio para su emergencia.

A continuación, Alpini reconstruye la mirada de organizaciones derechistas agrupadas en torno a publicaciones y figuras de cierta relevancia que proliferaron promediando la década del treinta. Entre ellas destacaron Acción Revisionista del Uruguay (ARU), que editó *Corporaciones* y cuyos principales ideólogos fueron Teodomiro Varela de Andrade y Adolfo Agorio; el Movimiento Revisionista y su publicación *La Fragua*, ambos dirigidos por Leslie Crawford; la Asociación de la Juventud Patriótica del Uruguay y su órgano de prensa *Fragua*; Acción Nacional, que editó *Audacia*; la Unión Nacional del Uruguay y su publicación *El Orden*, dirigida por José Castellanos; Renovación Nacional y su periódico *Combate*. Todos estos grupos, a excepción de la ARU, permanecieron por fuera de la dinámica política partidaria y no lograron unificarse en torno

a un líder o movimiento único. Esto explicaría en parte por qué no alcanzaron posiciones de poder ni relevancia política y social.

Los cuatro capítulos siguientes se enfocan en los componentes ideológicos que nutrieron a las expresiones radicales así como los matices y las diferencias que mantuvieron con otros sectores dentro del campo de las derechas. El autor distingue la conformación del pensamiento conservador liberal con representación en los tradicionales partidos Blanco y Colorado, donde destaca la señera figura de Luis Alberto de Herrera, y la tradición antiliberal y nacionalista encarnada por las agrupaciones mencionadas que, aunque comparativamente débiles respecto a los países de la región, tuvieron cierta presencia a nivel local. Entre los presupuestos y visiones compartidas se señalan el rechazo al igualitarismo y la exaltación de los valores de la elite, una visión restringida de la democracia, la oposición al predominio montevideano sobre la campaña, el cuestionamiento a la cultura urbana, el marcado anticomunismo y la xenofobia, la masificación y el estilo de vida de Montevideo, dando particular énfasis a la oposición campo/ciudad. Estas coincidencias no encubren, sin embargo, las marcadas divergencias existentes dentro del amplio espectro de las derechas de la época, especialmente el carácter antisistémico y «revolucionario» de la tendencia radical que promovió una transformación de las bases de la institucionalidad política uruguaya. Fueron, por tanto, más lejos que los conservadores que apoyaron el golpe de Gabriel Terra al manifestar su abierto rechazo al sistema representativo, a los partidos políticos y al sufragio universal, tres instituciones básicas de la democracia liberal. El fascismo italiano les proveyó de un modelo inspirador para sus proyectos políticos. En particular, su concepción del corporativismo, que el autor destaca como su aspecto más novedoso, fue considerada una «alternativa revolucionaria» a aquella. Alpini da cuenta, además, de cómo en el período estudiado estas expresiones, aun cuando profesaron un profundo anticomunismo, no surgieron en oposición a los partidos marxistas «sino como un intento de derribar el sistema democrático» (p. 45).

A las versiones más radicales se sumaron otras iniciativas que incorporaron parcialmente la ideología corporativa, suavizando sus aristas más extremas. Fue el caso del Partido Agrario (1928), fundado en San José por Andrés Podestá, y el Ruralista (1936), con sede en Salto. Estas nuevas formaciones politicopartidarias se presentaron como voceros de los grupos económicos y sociales vinculados a la producción agropecuaria (principal fuente de la riqueza nacional) que se consideraban escasamente repre-

sentados dentro de los partidos tradicionales, canalizando así sus demandas y necesidades. Su objetivo era alcanzar una mayor representación e incidencia de los intereses que encarnaban en los ámbitos de decisión política. Pese a las simpatías que algunos de sus integrantes profesaron hacia los regímenes fascistas europeos, se distanciaron de la derecha radical por su adhesión al sistema de partidos y la democracia liberal.

El penúltimo capítulo se centra en la reconstrucción de la trayectoria de dos de los principales intelectuales e ideólogos afines al fascismo y al nazismo: Adolfo Agorio, fuertemente vinculado a las agrupaciones nacionalsocialistas que funcionaron desde la década anterior, y Teodomiro Varela de Andrade, ambos fundadores de la ARU y editores de la revista *Corporaciones*. Tras inscribirlo dentro del campo intelectual y cultural uruguayo de comienzos del siglo, Alpini presenta con detalle la deriva ideológica de Agorio. Su inicial adhesión al liberalismo y su posición proaliada durante la Primera Guerra Mundial fue decantando en desencanto hacia al sistema democrático causante de la decadencia moral y política de occidente hasta finalmente, a comienzos de la década del veinte, abrazar la ideología fascista. En esos años estableció sólidos vínculos con la sección uruguaya del partido nazi y con representantes diplomáticos del régimen alemán. En los treinta, Agorio ya era un consagrado «intelectual entregado al fascismo y al ideal ascético de la vida». Muy similar fue el recorrido ideológico de Varela de Andrade, cuya militancia política comenzó en filas del anarquismo y, tras un breve pasaje por el batllismo, terminó incorporándose al sector conservador del Partido Colorado, que apoyó el golpe de estado de Terra. En ese contexto propuso un proyecto de reforma constitucional de base corporativa que no tuvo eco en filas del coloradismo.

Para terminar, el texto aborda de manera muy sintética los proyectos dirigidos a incorporar aspectos corporativistas que se presentaron durante los debates de la Convención Nacional Constituyente de 1934. Esos proyectos constituyeron fórmulas que tendían a la incorporación de representantes de las

actividades productivas del país con incidencia más o menos directa en la conducción económica. Aun cuando la constitución de 1934 contempló la creación de un Consejo de Economía, la mayoría absoluta de legisladores rechazó de plano la viabilidad de un Estado de tipo corporativo en Uruguay. Pese a sus simpatías hacia el fascismo, el conservadurismo clásico no estuvo afín a incorporar esa innovación institucional ajena a la tradición política uruguaya.

El libro de Alpini constituye un aporte para el campo de estudios sobre las derechas, sus ideas y sus prácticas en Uruguay; campo que ha venido consolidándose de manera significativa tanto a nivel local como regional. Mientras la mayoría de los trabajos refieren al pasado reciente en un intento por comprender los factores que condujeron al golpe de Estado en 1973 y cómo surgió el fenómeno de la violencia política, aquí se desplaza la cronología hacia un pasado más lejano (las décadas del treinta y del cuarenta), un pasado que reclama un mayor abordaje historiográfico. Esta operación no solo es necesaria, sino imprescindible en aras de comprender las líneas de continuidad y ruptura entre las tendencias radicales aquí analizadas y la llamada «nueva derecha» de los sesenta y setenta. Asimismo, el libro privilegia el análisis discursivo al centrarse en las diversas lecturas y apropiaciones que las derechas en su heterogeneidad de vertientes y tradiciones ideológicas hicieron del fascismo y, en particular, del corporativismo. Se extraña, sin embargo, un mayor abundamiento en las prácticas de estos grupos así como en los vínculos que mantuvieron con el conservadurismo partidario. Queda pendiente un análisis más minucioso respecto a las redes que tejieron entre ellos y con otros movimientos tanto a nivel local como regional. Es sabido que la aparición de grupos filofascistas o abiertamente fascistas en el período fue parte de un fenómeno regional y global, por lo cual sería interesante establecer las conexiones, flujos y circulación de ideas y personas a través de fronteras así como la existencia de espacios que los posibilitaron.

María Eugenia Jung
Universidad de la República

Divinas piedras. Arquitectura y catolicismo en Uruguay, 1950-1965

Mary Méndez. Montevideo: CSIC, Universidad de la República, 2016, 167 pp.

El número 3 parece ser una de las claves que dan forma y sentido a este reciente trabajo de Mary Méndez destinado a explorar algunos notables edificios locales consagrados al culto católico: el Seminario Arquidiocesano en Toledo, la Iglesia de Cristo Obrero en Atlántida y la capilla Santa Susana en Soca. Un número que resulta palmario en la cantidad de obras abordadas pero encubre hondas resonancias: alude a la etérea imagen de la *trinitas*, a su vuelo aéreo entre estos muros divinos erigidos en un país laico.

Esto tiene un efecto inmediato en la estructura del libro, cuyo núcleo tripartito condensa el alma de la investigación, su nudo temático, que aparece encuadrado por algunos apuntes periféricos. Pero tiene una consecuencia mucho más interesante —que Francisco Liernur destaca en el prefacio—: el diseño de un trayecto triangular que promueve enlaces diversos y otorga una peculiar riqueza al resultado. En este dibujo el ojo transita de un edificio a otro en un viaje de ida y vuelta, de modo que el enfoque de una obra conduce a reparar las otras bajo una lupa nueva. Así, por ejemplo, la prioridad que el factor expresivo asume en el análisis de un caso se hace extensiva a otro que ha sido abordado, en cambio, con un foco estructural, cultural o simbólico.

Sin embargo, el esquema triangular es solo un brillo menor en este trabajo, cuyo mayor acierto es el modo en que construye el relato histórico: una apuesta densa y rigurosa cifrada en la génesis proyectual de las obras examinadas. Y esto, que así planteado parece decir muy poco, merece ser detallado.

La autora opera un tajo profundo, realiza una disección aguda y delicada: se mete a pleno dentro de las obras, y lo hace de un modo preciso y documentado. Pero este tajo tiene además espesor, es un corte muy ancho: permite atisbar el aliento interior —siempre esquivo y recóndito— y exponer también su contexto, el encuadre cultural y los avatares que le han dado cuerpo. Así, la lupa enfoca la intimidad del objeto pero expone también sus condiciones productivas, exógenas: la dicotomía que opone el adentro al afuera se anula en esta fecunda reconstrucción genealógica, que desnuda el proceso de gestación proyectual en sus escalas estrechas y en las más amplias.

Ahora bien, esta operación se propone como un mecanismo ajustable al sesgo que impone cada ejemplo: no se trata de mirarlo todo —empresa vana y ni siquiera deseable— sino de fijar la lupa en aquello que explica mejor —sin pretender agotarlo— el edificio como documento. Y hay aquí otro propósito asociado, fundado en un diagnóstico previo: reparar olvidos y equívocos historiográficos.

Es por eso que al abordar la obra de Mario Payssé —el Seminario— el foco se concentra en los designios de la comunidad católica —liderada por el cardenal Antonio M. Barbieri—, los pormenores del concurso a dos grados y la fuerza simbólica del conjunto, confiada a la integración de las artes y al poder persuasivo de la palabra. Del mismo modo, al tratar la célebre iglesia de Eladio Dieste la lupa se cifra una vez más en los actores involucrados —en especial, los miembros de Acción Católica— y sus premisas ideológicas, aborda el latido envolvente del espacio —ajeno aquí a toda mediación discursiva— y apenas roza su consabida lógica constructiva, que ha sido hartamente explicada en otras instancias. El diseño estructural es, en cambio, una pieza central en el examen de la capilla Santa Susana —cuya osamenta ha sido, a juicio de la autora, mal interpretada—, lo que se agrega a la paciente decodificación de su mensaje cifrado —una vez más, fundado en la retórica narrativa— y a la interpelación del dudoso lazo entre Antonio Bonet y Susana Soca.

Es así que el esquema triangular cobra su pleno sentido y se carga en el dinámico juego entablado por las obras estudiadas. En esta pequeña trama se recorta siempre la sombra de referentes edilicios cercanos y lejanos, y una firme atención al programa religioso y su eco en el proyecto: un aspecto que la autora rescata y enfoca al amparo de su formación teológica.

Pero el sesgo que el destino religioso impone a la arquitectura es también materia del frugal epílogo que —junto al apéndice dedicado a Payssé— da cierre al trabajo, donde se arriesga un mapa ideológico de la época que resulta, en principio, algo impreciso: el esquema político que se invoca —conformado por humanistas, liberales y radicales de izquierda— es discutible y no recoge la complejidad del asunto. En este breve remate flota empero una idea atractiva y tentadora: la *otredad* de lo religioso, o su adscripción a *lo otro*. Construir para Dios aparece allí como una luminosa rendija, como un acto sustraído a la férrea lógica mercantil que somete a los hombres y los arrastra: un retazo de cielo crecido en medio de la tierra, un hacer encantado y ajeno a las duras rutinas del capital y su reino. Esta imagen poderosa deja su impronta en el final del texto.

Instala un modo posible de mirar estos *lugares de Dios*. Confiere un color tardío a este sólido escrito, fundado en la evidencia empírica y en el valor de los argumentos.

Laura Alemán
Universidad de la República

Los peludos: cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay

Silvina Merenson. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2016, 306 pp.

Con base en una investigación doctoral realizada entre 2004 y 2009 que articuló técnicas antropológicas e históricas, la investigadora argentina Silvina Merenson nos ofrece una renovada lectura de nuestro pasado reciente a partir del estudio de los peludos, el sujeto social y político formado en el contexto de la promoción estatal del cultivo de la caña de azúcar en Bella Unión desde 1940. Producto de una implicación con el campo que en nada afecta su capacidad analítica, y con la potencia que le otorga su propia alteridad con el Uruguay, Merenson recorre a lo largo de sesenta años el proceso de formación, cambio y continuidad en las representaciones y autorepresentaciones de un sujeto emblemático para la izquierda uruguaya. En especial, para la izquierda *tupamara*, que encontró en los peludos al sujeto portador de la revolución latinoamericana o, en los términos de la autora, al sujeto que interpeló al Uruguay amortiguador y lo conectó con Latinoamérica.

En ese camino Merenson encuentra y articula las interrelaciones entre cultura, política y religión en una aproximación que deja de lado cierto prejuicio *batllista* según el cual religión y política serían dos dimensiones paralelas, en busca de las *formaciones nacionales de alteridad*. Para esto recurre a la idea de *f(r)icciones* de Cardoso de Oliveira, una categoría que recorre todo el texto, y que expresa el doble movimiento entre la autoidentificación y la diferenciación con otras identidades posibles en la cual el sujeto construye su identidad (*ficción*) atravesando diferentes fricciones.

Luego de un capítulo introductorio, donde se presentan los *accesos al campo* y los trazos fundamentales de los protagonistas del texto y su entorno social y geográfico, el libro se estructura de forma cronológica recorriendo los avatares de los cortadores de caña de azúcar y su formación como peludos desde 1940 hasta el presente. En ese trayecto van apareciendo las herramientas de la investigadora, que articula virtuosamente la producción de datos etnográficos, el relevamiento de documentos de época y la bibliografía canónica.

El segundo capítulo expone el desarrollo de la agroindustria azucarera, ejemplo paradigmático del proyecto de industrialización por sustitución de importaciones del segundo batllismo (1947-1959), la

que traerá la expansión del salariado en el corte de caña y con esta el inicio de la formación de los peludos. Ser peludo, como analiza la autora, está directamente asociado al tipo de trabajo (corte de caña) y al tipo de relación social (asalariado), pero incluye al conjunto de la familia y a la propia historia familiar. Así, se puede haber dejado el corte de caña y seguir siendo peludo. En las genealogías del término que reconstruye, la autora identifica diversas operaciones que incluyen la esencialización, la inscripción, la reivindicación y la denuncia, las que, más allá de sus diferencias, comparten el hecho de identificar a los peludos como parte de la nación, como «margen interior del Uruguay».

El tercer capítulo, uno de los más interesantes del libro, aborda el momento histórico que va de la llegada de Raúl Sendic a Bella Unión hasta el golpe de Estado de 1973. Se trata del período en el cual los peludos adquieren proyección nacional, con hitos como la propia «aparición» de Raúl Sendic como «líder campesino», la fundación de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA), las cinco marchas a Montevideo y la creación del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T). Este «descubrimiento» de los peludos abonará la construcción por parte de la izquierda montevideana de un relato épico y miserabilista que vio en los peludos al sujeto por excelencia de la revolución.

Particular interés tiene el análisis de las cinco marchas de la UTAA a Montevideo donde se despliega la articulación entre política y religión. En tanto rituales de larga duración, en estas peregrinaciones políticas aparecen diversos recursos de la religiosidad popular. Las marchas también evidencian las *f(r)icciones*, en tanto propician el encuentro y «descubrimiento» de los peludos y del *norte*, y permiten la construcción de un relato donde el cuerpo de los peludos (curtido, mestizo, explotado) pasará a ser la evidencia para impugnar la excepcionalidad uruguaya y su supuesta modernidad.

El cuarto capítulo, centrado en la dictadura cívico-militar (1973-1985), se enfoca en la operacionalización del sistema clasificatorio del terrorismo de Estado en Bella Unión y en cómo ser peludo pasó a ser una identidad social y política a reprimir. Los integrantes de la UTAA, y en especial aquellos que integraban el MLN-T, sufrieron en carne propia la represión militar al tiempo que Bella Unión se convertía en «polo de desarrollo» para los militares. Al mismo tiempo, el propio MLN-T en una de sus derivas resolvió que su derrota se debió a su composición de clase, para lo cual la solución pasaba por «peludizarse».

El quinto capítulo aborda el período que va desde la recuperación de la democracia hasta comienzos del siglo XXI. La reapertura encuentra a los peludos en plena reorganización, tanto porque en la UTAА confluieron la vieja y la nueva generación de militantes como porque el Partido Comunista impulsó un nuevo sindicato, el SUTRA, con el objetivo de dejar atrás el «estigma tupamaro». Sin embargo, la crisis de la industria azucarera de los noventa diversificará la acción sindical, entrelazándose fuertemente con la acción política y social, para enfrentar el nuevo escenario. La crisis dinamizará a su vez nuevos cruces entre política y religión, en especial porque varios militantes se convertirán al neopen-tecostalismo en momentos donde la «reconversión productiva» era la alternativa ofrecida ante la crisis de la caña. A juicio de la autora estas nuevas f(r)icciones ampliarán la categoría de peludo al incluir a todos aquellos (hombres y mujeres) afectados por la crisis productiva. Si en los ochenta la identidad de clase seguía siendo muy fuerte, en los noventa la identidad se mueve hacia el lugar de la carencia y la exclusión, dotándolos de nuevas herramientas para operar en la sociedad política.

El último capítulo da cuenta de las estrategias desarrolladas por el sindicato para enfrentar la fase final de la crisis que tuvo su epicentro en 2002 agravada por la crisis del conjunto de la economía, para

luego intentar incidir en el reimpulso de la producción azucarera con la llegada al gobierno del Frente Amplio. Durante el final de la crisis la estrategia de los peludos incluyó variantes como alianzas polidasistas y gestión de programas sociales estatales, ambos elementos que f(r)icciónaron su identidad, mientras que desde 2005, con la victoria del Frente Amplio, la estrategia colocó su centro en la disputa por tierras, ocupaciones mediante, para lo que recurrieron nuevamente a la identidad clasista de los sesenta, reactualizando la épica de la fundación del sindicato, las marchas y la famosa consigna «Por la tierra y con Sendic». Fue esta épica además la que en buena medida permitió desplegar la solidaridad nacional e internacional con la medida.

Los peludos: cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay invita a recorrer la historia de una palabra y un sujeto a través de las representaciones y autorrepresentaciones que de ellos se han hecho en las articulaciones, f(r)icciones, entre clase, territorio y nacionalidad. Es también un aporte más que refrescante para problematizar ciertos relatos, en particular aquellos construidos por la izquierda forjada al calor del agotamiento del batllismo que encontró en *los peludos* al sujeto por antonomasia de la revolución.

Gabriel Oyhantçabal Benelli
Universidad de la República

Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970)

Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson.
Quilmes: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015, 272 pp.

Este libro es el resultado de un ambicioso programa de colaboración transnacional entre un investigador argentino y uno brasileño, ambos sociólogos de formación, ambos dedicados al amplio campo de la historia intelectual y con profusos antecedentes de investigación sobre los orígenes de sus propios campos de estudio.

El trabajo se presenta desde el título como un juego de contrastes y aproximaciones entre dos casos nacionales, según la procedencia de sus autores, pero es, más precisamente, un esfuerzo de comparación de lo sucedido en tres ciudades (Buenos Aires, San Pablo y Río de Janeiro) en el arco temporal en que la sociología se afianzó como una disciplina académica al promediar el siglo xx. Este proceso, que fue más o menos contemporáneo en toda América Latina, adquiere características precisas a partir del uso inteligente y sutil del método comparativo. De este ejercicio deriva el aporte más importante del libro y su enorme potencial como programa de investigación: la posibilidad de documentar con precisión algunas intuiciones más o menos extendidas acerca de la institucionalización de las ciencias sociales en nuestras universidades y, en un mismo movimiento, la necesidad de cuestionar radicalmente ciertas asunciones sobre el camino que supuestamente nos condujo, sin atajos ni desvíos, del antiguo ensayismo a la práctica moderna de estas disciplinas.

A lo largo de sus tres capítulos, la obra de Blanco y Jackson hace interactuar cuatro dimensiones fundamentales: «las tradiciones intelectuales, las organizaciones académicas, las coyunturas políticas y las trayectorias y obras de los agentes seleccionados» (p. 237). De todos modos, estas dimensiones aparecen desigualmente en cada sección, seguramente porque las historias que cuenta cada una resisten también este esquema, reclaman por momentos la incidencia de otros factores o devuelven la imperiosa contingencia de estos complejos procesos. Y los autores dejan que eso suceda.

El primer capítulo, quizás el más persuasivo, está dedicado a demostrar sin concesiones un pilar del sentido común sobre estos temas: que los primeros sociólogos que se proclamaron «científicos» lo hicieron en contra de las tradiciones locales del

ensayismo. En seguida, sin embargo, se muestra que esas afirmaciones de legitimidad científica fueron diferentes en cada país y en cada ciudad, en concordancia con las diversas trayectorias de sus instituciones educativas y sus ambientes intelectuales. De modo parecido, el segundo capítulo estudia la consolidación simultánea, entre los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, de escuelas sociológicas modernas en San Pablo y Buenos Aires en torno a las figuras de Florestan Fernandes y Gino Germani, marcando siempre, con apego al método sociológico, las diferencias de orígenes sociales, formaciones curriculares, constricciones políticas, marcos institucionales y preocupaciones intelectuales de cada maestro y sus discípulos. El tercer y último capítulo hace un *detour* tan interesante como imprevisto (aunque se adelante en el título) para internarse en las relaciones entre crítica literaria y sociología. El análisis, centrado en dos personajes notables que no han sido frecuentemente comparados (Adolfo Prieto y Antonio Candido), no se dirige tanto a mostrar un deslizamiento de preocupaciones (que sería anticipable) como a enfatizar hasta qué punto el método de la nueva disciplina, ahora definitivamente legitimado, logró hacerse carne en una generación renovadora de críticos literarios sin mermar una especificidad fuertemente afianzada en la historia intelectual de la región.

En su conjunto, los tres capítulos dibujan las aproximaciones y divergencias entre regiones y disciplinas del conocimiento que desafían el encasillamiento en un patrón único. Para empezar, el dato básico de que mientras en Buenos Aires el sistema académico tenía una trayectoria y una solidez que databan de fines del siglo xix, las universidades brasileñas eran más recientes y estaban menos consolidadas. En seguida, otro aspecto conocido del ambiente porteño, al menos para los rioplatenses: la temprana consolidación de un mercado cultural predominantemente privado que permitió la profesionalización de la actividad intelectual y disputó espacios de influencia con las élites criollas previamente establecidas. Ya entrado el siglo xx, las demandas de ascenso social de los sectores medios de procedencia inmigrante hicieron posible la consolidación de fuertes instituciones académicas modernas. Allí fue donde la nueva disciplina sociológica pudo adquirir un lugar específico hacia los años cincuenta, desligándose de sus anteriores ataduras con las humanidades y el derecho. San Pablo compartió el sesgo demográfico de la capital argentina. Pero, paradójicamente, la debilidad precedente del sistema de educación superior brasileño habilitó una consolidación más rápida de la disciplina en el ámbito universitario con

fuerte presencia de profesores extranjeros y financiamientos internacionales que signaron desde los años treinta una agenda enmarcada en el haz autónomo de las ciencias sociales.

Se marca aun otro contraste entre los dos casos paradigmáticos de consolidación exitosa de escuelas sociológicas. Al momento de su apogeo, ambos programas estuvieron articulados en torno al tema de la modernización, acorde con el contexto de la segunda posguerra, pero sus líderes (Fernandes y Germani) llegaron allí por sendas cruzadas: «el brasileño caminó desde la ciencia hacia la política, en tanto que el argentino recorrió el camino inverso» (p. 170). Resulta especialmente estimulante la detección de las múltiples posibilidades de articulación entre compromiso político e institucionalización científica (algo que también ha sido notado para etapas algo posteriores en el trabajo de Fernanda Beigel, *Autonomía y dependencia académica: universidad e investigación científica en un circuito periférico, Argentina y Chile (1950-1980)*, Buenos Aires: Biblos, 2010). En este sentido, Blanco y Jackson señalan que, en el marco de la apertura que siguió a la caída de Perón en 1955, la estrecha imbricación política de la academia argentina jugó a favor del desarrollo de una sociología universitaria apegada al método científico pero necesariamente atenta a los problemas más acuciantes de su tiempo. Los paulistas, en contraste, transitaron con menos zozobra (incluso que los cariocas) desde temas «fríos» como el folkllore, más cercanos a la agenda internacional de la antropología, hacia asuntos «calientes» como la formación de la sociedad de clases, típicamente sociológico y candente en los años cincuenta y sesenta en toda América Latina.

A su vez, en Argentina, el ensayismo predeciente fue fundamentalmente literario y no historicosociológico, es decir, estuvo más preocupado por el tema de la identidad nacional que por el fenómeno de la modernización, clave en la agenda de las nuevas ciencias sociales, lo cual habría resultado en un grado menor de enfrentamiento entre ambas tradiciones. Las preocupaciones de las ciencias sociales brasileñas, en cambio, se mantuvieron más próximas a las de su ensayismo y por tanto más en explícita disputa. Los autores abren acá otra línea interesante de reflexión al remontar esas tradiciones a sus raíces decimonónicas: así como la crisis de independencia habría dado origen al temprano ensayismo argentino (referencia obligada a *Facundo* de Sarmiento), la producción propiamente literaria habría acompañado el menos dramático nacimiento del Brasil independiente. Recién con el cimbronazo de la transición del imperio a la república apareció

en ese país el ensayo como género del cuestionamiento y la duda. Esta insistencia en la diversidad histórica del ensayo en los países latinoamericanos es otro rasgo a destacar del análisis de Blanco y Jackson.

La introducción del elemento literario permite otra comparación que tiene, nuevamente, a San Pablo y a Buenos Aires como ejes y se centra, otra vez, en trayectorias individuales descollantes. Aparecen así las personalidades de Candido y de Prieto. Aquí también la relativa debilidad del sistema brasileño parece haber jugado a favor de la institucionalización académica de una nueva generación de críticos interesados en los métodos de las ciencias sociales, sin pelearse frontalmente con quienes ejercían la función crítica desde diarios y revistas. De hecho, la carrera y la producción del propio Candido pueden ser enmarcadas en la transición entre los dos espacios predominantes de la crítica literaria en Brasil. En Argentina, en cambio, los escritores mantuvieron dominio sobre ese terreno hasta avanzado el siglo xx, resistiendo, con Borges a la cabeza, la autonomización del campo de la crítica. En ese marco, la intervención de Prieto y de otros críticos de su generación apuntaba a establecer el estudio de la literatura como un producto social. El seguimiento de revistas, grupos y personas resulta especialmente rico en este capítulo, lleno de matices y precisiones que ayudan a entender mejor la conformación divergente de formas de análisis literario en ambos países.

En otras ocasiones, el deseo de atrapar la diversidad de los procesos sociales, políticos e intelectuales puede distraer al lector de la dirección de un proceso que los autores no quieren perder de vista: el de la consolidación de la sociología como una disciplina académica en las instituciones de educación superior en América Latina. Por suerte, las secciones finales de cada capítulo resumen y recuperan esa dirección y permiten de este modo que cada uno haga sus comparaciones con los contextos que conoce mejor. Así, el libro despliega toda su capacidad persuasiva para sugerir una agenda de investigación a nivel regional y deja, en el caso de quien esto firma, la inquietud por pensar en este esquema las trayectorias de actores locales de tanta proyección internacional como los nombres que aparecen en sus páginas. Queda así planteado el desafío de ubicar en la rica trama que aquí se presenta los derroteros de los uruguayos Carlos Real de Azúa, Ángel Rama y Aldo Solari, por mencionar solo tres que cruzaron sus carreras con las de Germani, Candido, Prieto y Fernandes («los cuatro ases» de esta partida, según el título de las conclusiones).

Para terminar, volvamos a resaltar la capacidad de Blanco y Jackson de iluminar las múltiples influencias, los permanentes cruces y la variedad de caminos que se desplegaba justo cuando parecían cerrarse los que habían llevado a las encrucijadas planteadas en su estudio. Una sola, abierta hacia el final del tramo por ellos abordado, parece quedar en injustificada penumbra. Si bien mencionan un par de veces los efectos del ascenso autoritario en la región, no recibe tratamiento específico la concomitante radicalización de una nueva generación de cientistas sociales (los que se apartaron de la modernización y los desarrollismos hacia la teoría de la

dependencia, por poner un caso) manteniéndose de todos modos fieles a la preocupación metodológica de sus maestros. Sin desbordar los límites cronológicos de su análisis, esta última inflexión podría contribuir, además, a pensar el establecimiento de una red regional que, más que un abordaje comparativo, clama por una comprensión transnacional. Léase este reclamo como producto de la avidez que despierta la enorme riqueza conceptual y la abundancia de información pertinente en este libro de lectura ineludible para todos los interesados en la historia intelectual de América Latina.

Vania Markarian
Universidad de la República

Las inversiones norteamericanas: 1900-1945

Raúl Jacob. Montevideo: Objeto Directo, 2016, 237 pp.

A fines del año pasado se publicó *Las inversiones norteamericanas: 1900-1945*, última obra del historiador Raúl Jacob (Paysandú, 1946), de extensa trayectoria en la historia económica del Uruguay. En distintos momentos de su labor historiográfica Jacob se ocupó de las inversiones estadounidenses en Uruguay; se trataba, sin embargo, de aproximaciones acotadas, en abordajes sectoriales que incluyen referencias a su presencia en el sector de los combustibles o en la industria frigorífica, etc. Esta obra, por el contrario, está consagrada enteramente al análisis de las inversiones de ese origen, aportando un enfoque global, con un marco cronológico que cubre prácticamente toda la primera mitad del siglo xx.

El texto se compone de ocho capítulos e igual cantidad de cuadros. Los dos capítulos iniciales podrían calificarse como introductorios. El primero ofrece una mirada de larga duración sobre la construcción y evolución de los vínculos economicofinancieros entre Estados Unidos y Uruguay durante el período abordado, desde el arribo de las primeras inversiones directas estadounidenses en la década del diez del siglo xx, hasta el afianzamiento de la influencia norteamericana durante la Segunda Guerra Mundial.

El segundo, dedicado a analizar las instituciones de la colonia americana, parte de la constatación de las muy reducidas dimensiones —en comparación con la inmigración de otras nacionalidades— de la presencia demográfica estadounidense en nuestro país, para luego rastrear la fundación de algunas de sus entidades representativas, desde sus formulaciones iniciales (1913) hasta otras de mayor perduración. No obstante, la atención del autor se centra, como es lógico, en las agrupaciones empresariales, tratando de explicar las razones de la tardía aparición (1934) de una institución que representara y defendiera los intereses económicos de Estados Unidos, observando su actuación en la coyuntura clave de la Segunda Guerra Mundial, y explorando la presencia de los representantes empresariales en diversas instancias convocadas en el ámbito del sistema panamericano, en el marco de los diagnósticos y proyectos elaborados para la posguerra.

El tercer capítulo entra de lleno en el estudio de las inversiones norteamericanas y lo hace desde un enfoque de índole general: la existencia (o no)

de legislación específica a nivel nacional en relación con la atracción de las inversiones extranjeras; los efectos del estatismo, que prevaleció en buena parte del período, sobre los posibles incentivos o rechazos a la llegada de capitales extranjeros (al respecto, el autor realiza una pormenorizada exposición de las posturas de Dudley Maynard Phelps, en su ya clásico trabajo *Migration of Industry to South America*, de 1936): cuál fue el tipo de empresas que decidieron invertir en Uruguay (¿grandes corporaciones, pequeñas empresas o ambas?) y la forma en que lo hicieron, las empresas que optaron por constituirse en el país y sus razones, las etapas en las que se dio su arribo; la dependencia —en casi un cuarto de dichas empresas— de sus filiales en Argentina, los sectores en los que no hubo inversión, las relaciones con el mundo de la política, etc. El autor destaca, asimismo, los significativos cambios que las inversiones norteamericanas traerían a Uruguay, configurando ese proceso de «americanización» —de alcance mundial— que trajo consigo cambios en el estilo de vida de nuestra población, desde los medios de transporte hasta el aprovisionamiento energético, desde el mundo del entretenimiento hasta los ideales de salud y belleza, desde la difusión del idioma inglés —en la que colaboraron también los intereses británicos— hasta la avasallante difusión de la radio, etcétera.

En los capítulos cuarto a séptimo el autor realiza un abordaje sectorial, del que solo podemos dar aquí una información acotada. En el capítulo cuarto se analizan las inversiones en la industria, dedicándole preferente atención a las inversiones en la industria frigorífica, tema central para el estudio de la producción y comercialización de un sector fundamental de las exportaciones uruguayas. El estudio aborda luego la llegada de inversiones norteamericanas a la industria de la bebida, en la esfera de las gaseosas, y en el sector que el autor con humor llama «la disputa por la niñez» (polvo para leche achocolatada). Luego se ocupa de la industria textil, de la del cemento, de la fabricación de artículos eléctricos, de la radiodifusión y de la industria automotriz.

Los capítulos quinto y sexto tienen por tema las inversiones en la industria de la construcción, el sector comercial y en dos servicios: el transporte y las comunicaciones. El séptimo se ocupa de los establecimientos financieros y otros servicios. Entre estos últimos se analizan inversiones en publicidad, agencias de noticias, establecimientos educativos, distribución cinematográfica y de libros, etcétera.

En el último capítulo el autor explicita los problemas metodológicos que debió enfrentar y la

forma en que los sorteó. Allí Jacob señala las dificultades para, entre otras cosas, determinar el año de radicación de las inversiones en nuestro país, estimar el monto real del capital invertido, precisar si con el transcurso de los años hubo aumento o disminución del capital, decidir sobre la pertinencia de la inclusión de concesiones y franquicias entre las inversiones, resolver los problemas planteados por la existencia de sociedades con integración —al menos teórica— de capitales nacionales. Se trata de un abordaje esclarecedor que bien podría haber sido ubicado al inicio de la obra, y que proporciona al lector herramientas para pensar abordajes similares, en este o en otros períodos de la historia de nuestro país.

Como adelantamos, la obra incluye, asimismo, ocho cuadros que proporcionan información sistematizada sobre los siguientes aspectos: cronología del arribo de las inversiones norteamericanas, agrupadas en cinco etapas (antes de 1914, 1914-1919, 1920-1929, 1930-1939, 1940-1945); la inversión por sectores entre 1920 y 1940; el capital de las empresas

en el año de instalación y en 1945; algunas inversiones en dólares de 1945; el ranking de empresas de más de cien mil dólares (valores 1945); el número de empleados y obreros que trabajaban en empresas norteamericanas en 1931; la radicación de sucursales o filiales de empresas establecidas en Argentina; el nombre de los asesores jurídicos de las compañías analizadas, con indicación de su participación en cargos de gobierno, acotando este señalamiento a quienes ocuparon los cargos de gobierno de mayor relevancia.

Por último, es justo señalar que el libro reseñado es un nuevo ejemplo de la sólida tarea de investigación que Raúl Jacob viene desarrollando desde hace décadas —con laboriosidad, capacidad y perseverancia encomiables— para esclarecer la trama del poder económico en Uruguay. Y no hace más que confirmar la legitimidad del destacado sitio que este autor ocupa en la historia económica de nuestro país.

Ana María Rodríguez Ayçaguer
Agencia Nacional de Investigación e Innovación

Uruguay, 1968: Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails

Vania Markarian, Oakland: University of California Press, 2017, 256 pp.

As the 50th anniversary of 1968 approaches, we can expect a series of public memorializations and scholarly publications on that tumultuous year. 1968 witnessed social and cultural upheavals on global scale, from Montevideo to Paris, and from Berkeley to Prague. As a seemingly spontaneous yet simultaneous series of youth and student revolts, the year resonates on a global scale but also as iconic event in discrete national histories. In Mexican popular memory, 1968 serves as a watershed moment, when the Partido Institucional Revolucionario demonstrated its violent undercurrents in the suppression of protests prior to the Summer Olympic Games. In France, the protests of May shocked a political system governed by post-World War II alliances, ushering in a period of political reform. One could go on. Vania Markarian's book, *Uruguay, 1968: Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails*, is a welcome addition to the burgeoning historical scholarship on 1968 and its surrounding events. Indeed, Markarian explicitly employs a novel transnational framework, what practitioners have come to describe as the "Global Sixties", to analyze Uruguayan social and political history. The author examines youth mobilizations of that year, centered in Montevideo, within the context of a global expansion of education, the rise of new media and youth cultures, and the Cold War polarization of politics. These transnational processes shaped national histories in distinct ways and *Uruguay, 1968* adeptly integrates an analysis of local historical change within this broader constellation of politics.

Employing a thematic organization, *Uruguay, 1968* is divided into three, broad chapters respectively titled, "Mobilizations", "Discussions", and "Cultural Expressions" and includes an introduction and conclusion along with a brief forward by Eric Zolov, a cultural historian of 1960s Mexico and theorist of the "Global Sixties" framework. Originally published in Argentina in 2012 as *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, this version, translated to English by Laura Pérez Carrara, is published by the University of California Press and forms part of the «Violence in Latin

American History» Series edited by Pablo Picatto, Federico Finchelstein, and Paul Gillingham.

Chapter One, "Mobilizations", provides a narrative history of the student and labor demonstrations of 1968. Similar to events in Mexico City in that same year, protests in Montevideo began over bus fare increases and then escalated into mounting cycles of protest and government repression. Student deaths, such as those of Líber Arce, shot by the police in August of that year, served as catalysts for increasing student radicalization and protest. Markarian points to the broad parallels with movements elsewhere, such as those in Brazil, in which government repression contributed to the escalation of protests, while noting the singularities of the Uruguayan experience.

Chapter Two, "Discussions", highlights debates within the Uruguayan Left and gives particular attention to the evolving ideas and political practice of the Partido Comunista Uruguayo (PCU). The PCU and its youth organization, the Unión de Juventudes Comunistas (UJC), played a leading role in the events of 1968 and Markarian's close reading of Left debates allows her to examine the classic tensions between Old and New Left politics and the various theories of revolution of the day, such as the rise of the Guevarist "foco" model of guerrilla warfare and its Uruguayan interpretation most prominently developed by the Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. The author examines theoretical debates concerning the role of students in revolutionary struggle that took place both within the PCU and the broader student organization it intervened in, the Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU). The PCU, in Markarian's accounting, appears both responsive to and adept at evolving with the newfound radicalism of youth. This is perhaps one of the unique features of 1968 in Uruguay, as other Communist Parties in the Americas struggled to keep up with the insurgent youth of the era.

"Cultural Expressions", the third and by far most compelling chapter, delves into the relationship between Left politics and countercultural practices, which have all too often been counterposed in memoirs of the era and much of the existing scholarship. Instead, Markarian demonstrates how the two mutually reinforced each other in the Uruguayan case. Through an examination of youth publications, such as the magazine *Los Huevos del Plata*, Markarian demonstrates how Uruguayan youth transformed existing Left and intellectual cultures. In addition, through profiles of individual activists, as well as art and poetry associated with

the protest movement, the author examines changing ideas regarding gender roles and sexuality during the period. This section pairs well with recent work such as Valeria Manzano's *The Age of Youth in Argentina: Culture, Politics, and Sexuality from Perón to Videla* that deals with similar questions in neighboring Argentina.

Throughout this concise volume, Markarian is concerned with establishing the contingency of 1968 as a historical moment in its own right, rather than a mere precursor to the rise of authoritarian rule in Uruguay (1973-1985). To achieve this the author draws primarily on archival materials held in Uruguayan national and university archives, as well as a series of periodicals, popular music, and films of the era. Her focus on the relationship between new youth cultural practices and political activism is a key strength of the book. Indeed, the detailed treatment of the Uruguayan Left and counterculture offers a model for examining the relationship between cultural practices and political radicalization elsewhere during the period in question.

Far too often, the work of Latin American historians publishing in Spanish has remained untranslated for English-language audiences. This work is a welcome corrective to that intellectual inequality. Yet perhaps because of this fact, the broader context of Uruguayan history, from the Jorge Pacheco government (1967-1972) to the rise of the Frente Amplio (1971), remains at times unclear for non-specialists. As such, major events and figures of the era could use more narrative explanation. The protests surrounding the 1967 Organization of American States meetings, held in resort town of Punta del Este, beg for more analysis, as they figure both in the Uruguayan story as well as the broader Global Sixties narrative. In addition, some of the historiographical debates the author creatively intervenes in are only laid out explicitly in the conclusion. Foregrounding those interpretive and political dilemmas earlier in the text might allow the reader to better follow Markarian's creative line of analysis. These minor limitations aside, *Uruguay, 1968* deftly brings to light the local experiences of a global revolt.

A. S. Dillingham
Spring Hill College, Mobile Alabama, EEUU

La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX

Ximena Espeche. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2016, 436 pp.

En *La paradoja uruguaya. Intelectuales, latinoamericanismo y nación a mediados del siglo XX*, Ximena Espeche nos propone a la vez un estudio particularmente enriquecedor sobre la historia de las ideas y una mirada original sobre la historia uruguaya de los años cincuenta y sesenta. Explora el pensamiento de los intelectuales de la «generación crítica» —en particular, Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa— enfrentados a una paradoja: la llegada abrupta de una crisis profunda en un país que se consideraba excepcional y la necesidad de girarse hacia América Latina (y entonces aceptar los problemas comunes, lo que negaba la idea de excepcionalidad) para poder ser viable y así mantener su cultura específica. La autora nos hace sentir las profundas tensiones entre lo nacional y lo regional, lo americano y lo occidental, lo tradicional y lo moderno, o entre la ciudad y el campo. Tantas paradojas y dualidades que esos intelectuales intentaron superar para buscar el Uruguay verdadero que pondría fin a la crisis estructural del país.

Este libro puede ser dividido en dos grandes partes. La primera, que se compone de cuatro capítulos, busca rastrear cómo un grupo de intelectuales de izquierda construyó dentro de una *generación* su legitimidad para diagnosticar la crisis estructural —económica, política, cultural, moral— que sacude a Uruguay en los años cincuenta y sesenta, la «grieta apenas perceptible». Muchos encuentran la raíz de la crisis en el batllismo y en la ilusión de la excepcionalidad de Uruguay, la «Suiza de América». Según ellos, el futuro del país está en la integración rioplatense o latinoamericana.

En el primer capítulo, «Las crisis», retoma la construcción de la imagen del Uruguay excepcional, democrático, próspero, sin conflictos étnicos, moderno. Analiza cómo esta imagen está cuestionada a mediados del siglo XX, en relación con el batllismo, y cómo se diagnostica la crisis o, más bien, *las* crisis. Es una realidad múltiple y compleja, para la cual cada observador tiene sus propias designaciones y fechas clave.

El segundo capítulo, «La viabilidad como país perdido», muestra cómo la observación de la crisis lleva a esos intelectuales a pensar el lugar de

Uruguay en la región y el continente, la existencia de un pequeño país que, según la «teoría del umbral», no es viable. Cuestionan la historia de la fundación del país, su ubicación geográfica particular, y buscan rasgos culturales específicos a través de diferentes dicotomías como Uruguay/América Latina, Montevideo/campaña, o arraigo/evasión.

En un tercer capítulo, titulado «El ser o no ser de una generación», vuelve sobre la construcción de esos intelectuales como «generación crítica» o «generación del 45». Lejos de ser natural, la conciencia de pertenecer a esta «generación» fue una construcción intelectual, objeto de disputas, entre Rodríguez Monegal y Ángel Rama, sobre todo. Se trata más de inquietudes comunes que de un simple criterio de año de nacimiento. Este grupo se edificó en torno al semanario *Marcha* y la figura de Quijano, padre de la «generación». Por su alejamiento de *Marcha* —aunque era imposible evitarlo completamente— se cuestiona por ejemplo la pertenencia de Methol Ferré a la «generación».

Finalmente, el cuarto capítulo, «Una tradición selectiva: lo blanco», se dedica en un primer tiempo a repasar la historia del Partido Blanco o Nacional, presentando cronológicamente sus grandes evoluciones y corrientes políticas. De ahí, la autora muestra cómo los intelectuales de la «generación crítica» plantearon la necesidad de una revisión de la historia oficial batllista que tomara en cuenta los aportes del Partido Blanco (aunque este no llegó al poder en casi un siglo). Esta revisión permitiría reconectar a Montevideo con el campo y a Uruguay con América Latina. Sería una base para pensar a la vez el nacionalismo y la integración, gracias especialmente a la renovación de la figura de Artigas.

Después de este denso panorama de las ideas intelectuales de izquierda en los cincuenta y sesenta, la autora desarrolla en una segunda parte un análisis más detallado del trabajo de tres pensadores clave, de envergadura continental: Carlos Quijano, Alberto Methol Ferré y Carlos Real de Azúa. El análisis se concentra especialmente sobre el tema de la integración regional y latinoamericana, sin dejar de ubicar las reflexiones de cada uno en su contexto político nacional (elección del Partido Blanco en 1958, por ejemplo), internacional (Revolución Cubana, peronismo...) e intelectual (contactos con escritores argentinos, numerosas disputas y polémicas, etcétera).

Para la primera parte, que trata de Quijano, el texto se refiere sobre todo a sus editoriales en *Marcha*. Como economista, dio mucha importancia a la política exterior de Estados Unidos y utilizó su periódico para advertir sobre los peligros del pana-

mericanismo y del imperialismo norteamericano. En respuesta a esta amenaza, propone una integración regional con Artigas como figura simbólica central de la Cuenca del Plata, integración también cada vez más vinculada a la idea de revolución y de construcción de un tercerismo respondiendo a las necesidades de América Latina.

Sigue con Methol Ferré, con muchos artículos de prensa, pero también otros documentos como una amplia correspondencia con el argentino Jorge Abelardo Ramos. Acá la reflexión se hace en torno al ruralismo a la vez como solución para superar la crisis de los partidos tradicionales y como manera de reencontrar un Uruguay verdadero y antimperialista, «agente de unidad» de un bloque hispanoamericano ligado por una historia común. En el pensamiento de Methol Ferré, el peronismo no es más una ideología ambigua respecto a los fascismos europeos, sino un camino independiente de los dos imperialismos de la Guerra Fría.

Finalmente, llegamos a Carlos Real de Azúa, que articula su pensamiento en torno a los conceptos de tradición y modernidad. Según él, la crisis del batllismo es una crisis de la modernidad, asociada al mundo occidental. Es entonces necesario ir a buscar un «pasado útil», un «*ethos* latinoamericano» presente en la tradición, que sería también un «tercerismo cabal», es decir, la vía adecuada de desarrollo del continente, independiente de los imperialismos.

En este estudio —que retoma en buena parte su trabajo de tesis—, Ximena Espeche da a ver

al lector un complejo y denso mapa de pensadores (Quijano, Rama, Ares Pons), de personalidades y partidos políticos (Perón, Nardone), de conceptos (tercerismo, nacionalismo), de espacios geográficos (Occidente, Estados Unidos, Cuba), de períodos históricos (fundación del Estado Uruguayo, Segunda Guerra Mundial), de periódicos y revistas (*Nexo*, *Marcha*, *Acción*) y de figuras históricas (Artigas, Batlle y Ordóñez). Ofrece un análisis sutil de los pensamientos de los intelectuales de la «generación crítica», con sus encuentros y divergencias, dando cuenta de su diversidad y riqueza, restableciendo con precisión el contexto en el cual se ubicaban.

Nos parece también esencial mencionar la idea —omnipresente en este libro— de una temporalidad específica al momento de crisis, una compresión del tiempo en el presente. Todos los intelectuales estudiados van a buscar en el pasado las causas de la crisis y sus soluciones. Para ellos, el pasado permite entender el presente, encontrar el Uruguay del futuro y sugerir respuestas a las crisis. Eso, sin duda, le da mucho espesor a las reflexiones de los miembros de la «generación crítica», enfocados sobre el entendimiento del presente, pero mirando hacia los tiempos pasados y futuros. Ese espesor es restituido con agudeza y exactitud por Ximena Espeche.

Camille Gappene
Universidad de la República

Archivo de propaganda política

Las elecciones de noviembre 1989 fueron las primeras, luego de muchos años, que se desarrollaron garantizando el libre ejercicio de los derechos democráticos, sin candidatos proscritos y con una influencia menor de algunos «fantasmas» que habían rodeado los comicios (especialmente la amenaza comunista y de golpe de Estado). En las mismas nuevas condiciones hubo elecciones universitarias.

En ese particular contexto diversos actores del campo político estaban produciendo numerosas fuentes perecederas como grafitis, pasacalles, pancartas, carteles, volantes, folletines. Tal circunstancia motivó al docente Carlos Zubillaga, responsable del curso Teoría y Metodología de la Historia de la Licenciatura en Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República (Udelar), a proponer como trabajo práctico a los estudiantes reunir y describir fuentes perecederas de propaganda política creadas en el marco de esas elecciones.

De esa particular tarea surgió el proyecto «Recuperación y sistematización de fuentes perecederas para la historia política del Uruguay contemporáneo», con el objetivo de «recuperar, ordenar y poner en condiciones de utilización por historiadores u otros científicos sociales, los materiales relacionados con la comunicación política de signo proselitista en Uruguay, sin marginar ningún soporte técnico...» (Zubillaga y otros, 2002: 2). Este proyecto se condecía con una de las líneas de trabajo desarrolladas por el Departamento de Historiología de la entonces Facultad de Humanidades y Ciencias tendientes a la organización o sistematización de repositorios documentales de diversa índole a fin de facilitar el trabajo de los investigadores y complementar la labor de otros archivos y bibliotecas, preservando y creando fuentes tradicionalmente descuidadas.

La experiencia llevada adelante en 1989 se ha replicado en varios períodos electorales e interelectorales. En las tareas de relevamiento siguieron trabajando los estudiantes del curso Teoría y Metodología de la Historia asesorados por el cuerpo docente, mientras que en el ordenamiento y sistematización han participado ayudantes y colaboradores honorarios del Departamento de Historiología así como practicantes de la carrera de Archivología de la Udelar.

El archivo también se ha alimentado con donaciones realizadas por Miguel Feldman, Enrique Mena Segarra, Pedro Carrau, Carlos Zubillaga y María de Castro. Con estas donaciones se amplió el espectro al incorporar fuentes vinculadas con organizaciones sociales y sindicales, superando el contenido estrictamente políticopartidario.

El archivo resguarda «fuentes perecederas con contenido proselitista de signo ideológico/político» (Zubillaga y otros, 2002: 2) sobre distintos soportes: volantes, afiches, pasacalles, cordonerías, botones, vinchas, sombreros, camisetas, globos, carteles, grafitis, videos, casetes, caretas, folletos, boinas, bufandas, jingles, canciones y payadas desde la década del cincuenta hasta 2015.

Está organizado en tres fondos, que se dividen en distintas secciones. El fondo *Elecciones internas, nacionales y municipales* es el más voluminoso. Abarca los distintos periodos electorales entre 1989 y 2015 en un total de cuarenta cajas.

En el fondo *Misceláneas* se encuentran fuentes de diversas temáticas. Por un lado de plebiscitos, como el de 1996 por la aprobación de la reforma constitucional, el de 2004 por la monopolización estatal de la distribución de agua potable y saneamiento, conocido como «Plebiscito del agua», y, el más reciente, por la baja de la edad de imputabilidad penal. Asimismo hay documentación sobre el referéndum por la derogación de la ley que eliminaba el monopolio estatal de ANCAP (Administración Nacional de Combustibles, Alcoholes y Portland) de diciembre de 2003. También dentro de este fondo se encuentran diversas fuentes de periodos interelectorales entre los años 2000 y 2008.

Al interior de las secciones integradas en estos dos fondos, las fuentes están subdivididas en series de acuerdo al tipo: textuales y gráficas, sonoras, fotográficas, audiovisuales y materiales diversos. A su vez, están discriminadas de acuerdo a la entidad productora de los documentos: partidos políticos, lemas, sublemas, organizaciones gremiales, estudiantiles, de la sociedad civil. Para el caso de las series de elecciones nacionales, se distingue también por departamento.

El tercer fondo es el de *Donaciones*. En la sección Donación Pedro Carrau, se encuentran materiales diversos como listas, hojas de votación, volantes de organizaciones políticas y sociales, banderines, gorros, recortes de prensa, boletines y periódicos de entre 1958 y 1994. La sección Donación Enrique Mena Segarra contiene boletines, periódicos, volantes, hojas sueltas, artículos de prensa, hojas de votación, folletos, afiches y autoadhesivos producidos por organizaciones políticas y sociales entre 1955 y 1998. En la sección Donación Carlos Zubillaga se ubican volantes, hojas sueltas, boletines, listas, hojas de votación, folletos y recortes periodísticos de 1967 a 1976. Para estas tres secciones se cuenta con un detallado catálogo. Las secciones de Miguel Feldman y María de Castro están sin catalogar. La primera contiene materiales diversos producidos principalmente por organizaciones políticas entre 1958 y 1994, entre los que predominan listas, papelería, sobres de listas y prensa. La Donación María de Castro está constituida por registros audiovisuales en vhs.

Los contenidos que se encuentran en estas fuentes son expresiones en sí mismas precarias, pero podríamos también pensar que son intencionadamente precarizadas, por la propia vorágine de los procesos electorales en los que se expresan diversas y hasta contradictorias promesas y compromisos que, en muchos casos, no se cumplen. Cabe destacar que los propios productores de estos documentos no se ocupan de su preservación y menos aún de garantizar su acceso al público.

La particular riqueza de esta fuente radica en que puede habilitar un acercamiento más detallado a estos vaivenes del mundo de lo político, de las relaciones entre los actores de este campo, las identidades colectivas, los interlocutores, las promesas y, por qué no, los desencantos.

Pero, además de este aporte a la observación y el análisis de los fenómenos políticos y en especial electorales, resulta una contribución para «dar voz» a actores «silenciados» durante el último período represivo que va desde el pachequismo hasta, por lo menos, 1985. En este sentido resultan de una enorme riqueza las fuentes resguardadas en la sección donaciones.

Actualmente se está trabajando en la digitalización de algunas de las fuentes del acervo. En primer lugar, la cartelería, cuya preservación genera dificultades operativas de todo tipo. En segundo lugar el material en vhs. Por último, selectivamente, la papelería. Tanto los materiales digitalizados como los instrumentos de descripción formarían parte de un sitio web que se espera que esté pronto para el segundo semestre de 2017. Se prevé que la tarea de recolección continúe (Bresciano, 2017).

Referencias bibliográficas

- ZUBILLAGA, C. y OTROS (2002). *Archivo de propaganda política: instrumentos de descripción documental*. Colección Papeles de Trabajo. Montevideo: FHCE, Universidad de la República.
- BRESCIANO, J. A. (2017). *Comunicación personal*, 16 de junio de 2017.

Sabrina Alvarez
Universidad de la República

Fondo Milton Vanger

En 2011 el profesor Milton Vanger *donó* al Departamento de Historia del Uruguay de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República la colección de su papelería relacionada con su obra historiográfica. Se trata de 113 cajas de documentación, principalmente en soporte papel, que dan cuenta de su trabajo profesional, dedicado durante 61 al estudio de la figura de José Batlle y Ordóñez y del batllismo en Uruguay.

Milton Isadore Vanger nació en Nueva York el 11 de abril de 1925. Comenzó sus estudios en la Universidad de Princeton, aunque debió interrumpirlos para ir al frente como soldado norteamericano en la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto trabajó como radiotelegrafista en diversos lugares de Francia y Alemania. Al terminar la guerra regresó a su país y en 1948 obtuvo el grado en Historia por la misma universidad. En Harvard, dos años más tarde, culminó su maestría y en 1958, el doctorado.

En el marco de sus estudios de doctorado, Milton Vanger realizó una estadía académica en Guatemala y más tarde en Uruguay, gracias a una beca de investigación. Fue entonces que comenzó su pesquisa en torno a la figura de José Batlle y Ordóñez y su época, temática a la que dedicó toda su vida como investigador.

Durante aquella estadía —entre 1950 y 1952— accedió al archivo de José Batlle y Ordóñez, gracias a la autorización de sus descendientes, César y Rafael Batlle Pacheco. Paralelamente, y gracias a las gestiones del historiador Juan E. Pivel Devoto, fue autorizado a examinar las actas del directorio y otra documentación del Partido Nacional. Realizó también un importante relevamiento de prensa y entrevistas a líderes políticos del período, como José Serrato, Emilio Frugoni y Luis Alberto de Herrera, entre otros.

Entre su numerosa producción historiográfica se destacan principalmente cinco títulos: *José Batlle y Ordóñez of Uruguay. The Creator of his Time 1902-1907* (Harvard University Press, 1963 y traducción al castellano por la Universidad de Buenos Aires, 1968); *The Model Country: José Batlle y Ordóñez of Uruguay 1907-1915* (Brandeis University Press, 1980 y traducción al castellano por Ediciones de la Banda Oriental y Arca, 1983); *¿Reforma o revolución?: la polémica Batlle-Mibelli, 1917* (Ediciones de la Banda Oriental, 1989); *José Batlle y Ordóñez. 1915-1917: «Humanizando el capitalismo»*. *Uruguay y el colegiado* (Ediciones de la Banda Oriental, 2009 y traducción al inglés por Lynne Rienner Publ., 2010); y *José Batlle y Ordóñez. La elección de 1926: el fin de la edad dorada del Colegiado* (Ediciones de la Banda Oriental, 2012).

Vanger se desempeñó como profesor de Historia en diversas universidades de los Estados Unidos. Fue docente en Harvard entre 1952 y 1956; de 1956 a 1958 en la Oklahoma State University; de 1958 a 1962 en el Sacramento State College y de 1962 hasta 1984 en la Brandeis University. Ese año fue reconocido como profesor emérito de esa universidad.

En 1985 fue invitado a participar de los actos de asunción de Julio María Sanguinetti como presidente de la República Oriental del Uruguay. En reconocimiento a su obra, el historiador Milton Vanger ha recibido premios y distinciones a lo largo de su carrera. Actualmente reside

junto a su esposa, la uruguaya Elsa Oribe Stemmer, en la ciudad de Cambridge (Massachusetts, Estados Unidos).

Descripción general del fondo documental

El fondo reúne documentación variada relacionada con la labor historiográfica del profesor Milton Vanger a lo largo de su vida como investigador, entre 1950 y 2011. Contiene 17 metros lineales en soporte papel, y 36 rollos de reproducciones por microfilmación en soporte plástico.

Abarca documentación personal como fichados bibliográficos y de fuentes, notas y apuntes, así como originales y reproducciones —logradas mediante fotocopiado o fotografía— de diversas fuentes de su interés. Su contenido versa principalmente sobre la vida política y personal de José Batlle y Ordóñez, así como sobre la historia del Uruguay en general entre 1890 y 1929.

Se destacan múltiples copias a mano de documentos pertenecientes al archivo de José Batlle y Ordóñez, consultado en la década del cincuenta, documentación a la que pocos investigadores han podido acceder hasta el presente.¹ Incluye además correspondencia personal relativa a críticas sobre sus textos o detalles de su publicación; recortes de prensa internacional y reseñas de obras de temáticas cercanas a las áreas de su interés; así como mapas originales luego incluidos en sus libros.

Toda la documentación fue enviada desde su origen por el productor, quien explicitó que no existe más documentación de este carácter en su poder. Como lengua de escritura predomina el inglés, aunque también se utiliza el español, en especial en las copias textuales de documentos.

El fondo conserva su organización original en cajas, al interior de las cuales no se ha alterado contenido ni orden. Las cajas han sido numeradas en el Departamento una vez identificado su contenido y agrupadas en los siguientes conjuntos o subfondos:

- Cajas 1 a 21: Documentación variada reunida para la elaboración de determinados capítulos o volúmenes de la obra.
- Cajas 22 a 47: Documentación variada sin etiqueta o datos sobre su criterio de agrupación.
- Caja 48: Notas y documentación sobre historia del Uruguay en el siglo XIX.
- Cajas 49 y 50: Fichados y reproducciones del *Anuario Estadístico*.
- Cajas 51 a 75: Fichados y reproducciones de artículos de prensa periódica.
- Cajas 76 a 112: Fichados y reproducciones de diarios de sesiones del Parlamento.
- Caja 113: Mapas.

La revisión meticulosa y exhaustiva de las fuentes fue una constante preocupación desde el inicio de su trabajo como investigador. Al dedicarse a la temática del batllismo y la figura de su líder, la necesidad de fuentes primarias lo llevó a solicitar el acceso al archivo personal de Batlle, custodiado celosamente por sus descendientes. Es de destacar que, además de Vanger, solo contados investigadores como Juan Pivel Devoto o Federico Fernández Prando han podido acceder a dicha documentación. Según su propio relato, obtener la confianza de la familia no fue sencillo:

Yo no estaba preparado para toda la frustración que tuve acá; porque aquí, en esos momentos, no le abrieron los brazos al colega extranjero. Llegar al archivo de Batlle me costó bastante porque era muy joven. Tenía veinticuatro años. Vine y hablé con César [Batlle], pero él tenía muchas dudas sobre esto. Entonces trabajé mucho tiempo en la Biblioteca Nacional; allí fue donde conocí a un joven, Fernández Prando, que quería hacer algo sobre Vázquez y Vega. Al fin, convencimos a César [de] que yo podía trabajar con los papeles y lo llevé a revisarlos (Bustamante y Rilla, 1980: 43).

¹ El archivo se encuentra actualmente en posesión de la familia Franzini Batlle y se han realizado gestiones desde el Estado para su adquisición.

Es importante reconocer el valor de la obra de Vanger como contrapunto de otras que le fueron contemporáneas,² y desde las cuales con variada formación, pertenencia política y postura frente a los hechos del presente, historiadores e intelectuales locales interpretaron el batllismo. La vehemente defensa de Vanger de la reconstrucción de los acontecimientos *tal y como sucedieron* basada en un análisis de las fuentes primarias logró complementar otros tipos de hacer historia de este período, en el que el proceso político estuvo fuertemente marcado por las relaciones personales entre líderes y figuras de los distintos sectores.

El archivo Vanger permite ahondar en las influencias teóricas y metodológicas que el autor tuvo en cuenta en la elaboración de sus trabajos. Por ejemplo, y a modo de aproximación, algunas podrían hallarse en distintos intelectuales, muchos de ellos economistas, cuyos artículos Vanger recolectaba de la prensa estadounidense, principalmente del diario *The New York Times*, y guardaba, con ciertos elementos destacados a lápiz o ideas reforzadas al margen. Una importante fuente para el conocimiento de sus referencias son dos de las cajas de su archivo que contienen los datos completos de edición y ubicación de las obras consultadas. En este enorme fichero que reproduce las características del de una biblioteca, existen algunos apuntes que evidencian, por ejemplo, qué títulos Vanger consultó y descartó expresamente para su trabajo.

En su archivo se encuentran también varios ejemplos de correspondencia del autor con otros historiadores, editores o incluso familiares, donde se da cuenta del constante recibo de información y materiales provenientes de Uruguay, así como su interés por él y la avidez de algunos de sus colegas por recibir sus comentarios. Esta correspondencia muestra su contacto con otros historiadores y politólogos uruguayos como Benjamín Nahum, Jorge Lanzaro, Juan Oribe Stemmer, Juan Pivel Devoto, entre otros.

Los documentos son accesibles para su consulta en sala, según los criterios del Departamento de Historia del Uruguay, salvo que las condiciones de conservación limiten su acceso en forma física. La documentación se puede reproducir por vía digital previa autorización. La descripción de este fondo a nivel de inventario ha sido realizada por docentes del Departamento de Historia del Uruguay y está disponible en el sitio web de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.³

Referencias bibliográficas

- BARRÁN, J. P. y NAHUM, B. (1979-1987). *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, tomos I al VIII. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- BUSTAMANTE, F. y RILLA, J. (1980). «Con Milton Vanger: Apogeo y crisis del batllismo/entrevista a Milton Vanger». *Revista de cultura Trova*, segunda época, año II, n.º 6-7, diciembre, pp. 37-44.
- BUZZETTI, J. L. (1946). *La magnífica gestión de Batlle en Obras Públicas*. Montevideo: Talleres Gráficos L.I.G.U.
- CAETANO, G. (2011). *Ciudadanía, Republicanismo y Liberalismo*, tomo I: La República Batllista. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- CLAPS, M. (1999). *El batllismo como ideología*. Montevideo: Cal y Canto.
- REAL DE AZÚA, C. (1964). *El impulso y su freno. Tres décadas de batllismo y las raíces de la crisis uruguaya*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

Andrés Azpiroz y Clara von Sanden
Universidad de la República

2 Véanse, por ejemplo, Buzzetti (1946); Real de Azúa (1964); Barrán y Nahum (1979-1987); Claps (1999) y Caetano (2011).

3 Por más información: <<http://www.fhuce.edu.uy/index.php/ciencias-historicas/departamento-de-historia-del-uruguay/fondos-documentales/milton-vanger>>.

Eventos

International workshop 'Global Latin America'¹

Advocating a global reading of Latin America is not the result of a whim or the need to assert disciplinary legitimacy. It is a theoretical necessity in accordance with the recent evolution of the Social sciences.

For Latin Americanists, it's clear that for several decades a history based on national sources, chronologies and categories has made difficult to tackle certain themes and to study the history of this part of the world in relation to others. The absence of views that transcend national, even continental borders has led to misunderstandings and false declarations that isolate Latin Americans from phenomena which they are part of. To this extent, thinking Latin American history in the light of recent historiographical developments is a necessary challenge.

But can Global history integrate Latin America into its explanatory paradigms? How can Global History contribute to transform the traditional vision and periodization of Latin American history? How can a transdisciplinary approach favour the dialogue between Global history and Latin American history? A group of Latin American, American & European scholars met in Paris on April 14th and 15th 2016 to answer this questions. The main objective of the meeting was to present works in progress in global, international and connected history of the 18th, 19th and 20th centuries, to then exchange experiences of historical research, writing and teaching.

In fact, most of the recent production in Global history continues to be concentrated in Euro-Asia and the United States, while Latin America and Africa remain marginalized of the horizon of global historians. At least three reasons would explain why Latin America has not become an object of Global history. First, its almost exclusive distribution in English and the absence of plans to translate books and journals to other languages make it possible to understand why so many Latin Americans have not been interested in this approach. Secondly, the fact that this field would justify international hierarchies and a geopolitic of knowledge, which continually reproduces the cleavages between the southern and northern hemispheres must be taken seriously to understand the prejudices of so many Latin american scholars regarding Global history. Finally, it should be added that in Latin American historiography the analysis of world circulations, networks and connections has emerged through other approaches like Imperial and economic history.

The results of the symposium were very positive, as evidenced by the closing debate. The latter allowed the speakers to come back to the challenges that the Global history and the Latin

1 Paris III University Sorbonne-Nouvelle, 14th & 15th April 2016.

American history launch each other, first through a discussion on the concepts and the methodologies; secondly, through an exchange based on the content of the papers presented during the two days of work; and, finally, by discussing the problems which lead to the teaching of history in secondary and higher education in mixed and multicultural societies.

Beyond the pedagogical problems, one of the most interesting points of this debate was related to the historical relevance and operability of the concept of «Latin America». If Global history seeks to extract research from a segmented paradigm of cultural areas, what would it be like to integrate Latin America as an independent field in a study of intercontinental connections? One of the ways to overcome this contradiction would come from a replanting of the traditional geographical categories, which in turn would imply a reflection on the historicity of the geographical spaces, and what is more revealing, on the epistemological bases of the Physical and Human geography.

The event gave rise to the volume *Amérique Latine Globale. Histoire connectée, globale et internationale*, financed by the Francophone University Association and published by L'Harmattan in april 2017. The first part, entitled «Knowing, Communicating and Exchanging in the 18th and 19th centuries», brings together the works of Susana García and Irina Podgorny on the exploitation of marine fauna in the South Atlantic; That of Marino Martín Schlez on the Atlantic trade of Buenos Aires before and after the Independences, and that of Rocio Moreno Cabanillas on the functioning of the post inside the Spanish Empire in the Enlightenment. «The Factory of the Global in the 19th century: Migrations and International Relations», part two of the volume, presents three papers: first that of Bruno Evans, on the material connections between Latin America and the Country of Olmes in the transition between the 19th and 20th centuries; Secondly, that of Alvaro Mayagoitia on the impact that the French intervention in Mexico had on international relations at the end of the 19th century; And finally, that of Isabelle Rispler, on the colonial practice of the German-speakers who settled on both sides of the South Atlantic in the 19th century.

It is not a time of quarrels between the different fields of knowledge, but to establish an open dialogue that enriches Social sciences in order to build a more humane and more equitable vision of history. A global approach to our past can help us to fight against national and religious prejudices based on hatred and intolerance, at a time when stupidity and extremism seem to destroy tolerance and coexistence.

Daniel Emilio Rojas
Universidad Grenoble Alpes

II Jornadas / I Congreso Internacional «los archivos personales: Prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos»

Desde su fundación en 1998, el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI, Buenos Aires, Argentina) se propuso, entre sus líneas de trabajo, realizar una política activa de recolección, recepción de donaciones, salvaguarda y puesta en acceso de fondos de archivos de intelectuales, militantes y activistas políticos, hombres y mujeres de letras, editores, investigadores/as en humanidades y ciencias sociales, entre otros perfiles. Lo hizo sobre dos fuertes ejes: una tarea de reflexión teórica sobre los archivos y un desarrollo tecnicometodológico.

En este sentido, las II Jornadas de Reflexión / I Congreso Internacional «Los archivos personales: prácticas archivísticas, problemas metodológicos y usos historiográficos» constituyen un mojón importante en lo que hace al proceso de visibilización de la labor realizada hasta la fecha, reafirmando CeDInCI como referente en el área. El evento, que se desarrolló los días 19, 20 y 21 de abril de 2017, tuvo como conferencista inaugural al director del CeDInCI, Horacio Tarcus, quien realizó un detallado *racconto* de las diferentes actividades (académicas y de formación profesional) que se llevan a cabo en el marco de la institución, las particularidades del acervo cediniano —en gran parte, fruto de donaciones de ex militantes y activistas— y las problemáticas (presupuestarias y de política patrimonial a nivel país) con las cuales el CeDInCI viene lidiando desde sus inicios.

Desde la primera circular del evento, se buscó propiciar una «metarreflexión» sobre los archivos personales, apuntando a un abordaje multidisciplinario de este objeto de estudio, sobre el cual se dispone de poca producción bibliográfica local y al que nunca antes se había consagrado en Buenos Aires una reunión académica que lo tuviera como único eje. El afán de convocar a quienes están a «ambos lados del mostrador» tuvo, finalmente, el efecto esperado: respondieron a ella historiadores, sociólogos, especialistas en literatura, artistas plásticos, especialistas en conservación, fotógrafos, archivistas, bibliotecarios, y militantes activistas de diversas procedencias. La participación de más de 150 personas —entre expositores, conferencistas plenarios, panelistas, asistentes y curiosos— en tres maratónicas sesiones de 12 horas de duración, generó una retroalimentación constante de intervenciones, preguntas y debates.

Fueron unas jornadas federales, como se advierte al observar las ciudades de origen de expositores y asistentes. Y fue un verdadero congreso internacional, con ponentes de Río de Janeiro, Montevideo, Lima, Medellín, Cantabria y Marbach am Neckar (Alemania). Al calor de la conversación generada en el marco del evento, se fueron delineando algunos ejes y conclusiones provisionales, que pasamos a exponer.

Tanto Philippe Artières (IAC, CNRS y EHESS, París) como Elizabeth Jelin (UNGS, IDES y Conicet) en sus respectivas conferencias plenarias coincidieron en diagnosticar un creciente interés por los «archivos de la gente común». Artières —quien finalmente no pudo asistir, pero cuya presentación fue traducida y leída por Margarita Merbilháa— se ocupó de historizar el proceso por el cual fue mutando en las últimas décadas el perfil de los productores cuyos archivos se pretende salvaguardar, desde la marcada predilección a partir del «giro historiográfico» alrededor de 1970 por los archivos de los «hombres abyectos» —marginales, criminales, asociales— al interés actual por los «archivos de la gente común» y el registro de lo infraordinario. Por su parte, Jelin, a partir de un acervo de cartas familiares entre judíos de Argentina y Polonia, abrió el interrogante acerca de la importancia de los archivos familiares y su presencia (o no) en las instituciones locales. El debate acerca de *lo institucionalizable* apareció ampliamente a lo largo de los tres días de

las Jornadas, retomado desde diversas perspectivas. Una imagen de Artières (el tacho de basura como depósito de los archivos personales de los hombres ordinarios) nos deja pensando sobre qué estrategias deberíamos implementar en tanto profesionales de la archivística para que en nuestro país los particulares sientan *traccionados* sus acervos hacia las instituciones.

Precisamente la tarea de *traccionar* archivos que anteriormente no eran considerados «dignos» de ser conservados para la posteridad, fue uno de los ejes de la presentación de los archivos personales en el Programa de Memorias Feministas y Sexo Genéricas del CeDInCI, a cargo de su coordinadora, Laura Fernández Cordero, quien reconoció la labor de los activismos feministas y de la diversidad sexual al momento de instalar la necesidad de construir nuevas memorias que den cuenta de un combate político que incluya los afectos y lo íntimo en los archivos.

Su presentación nos lleva no solo a repensar los archivos feministas, de mujeres y de activistas por la diversidad sexual (que en su mayoría se incorporaron a nuestra institución durante los dos últimos años, precisamente a partir de la creación del Programa), sino también a replantearnos desde una perspectiva de género el acervo del CeDInCI en su totalidad. Por ejemplo: abriendo interrogantes tales como los formulados por Fernández Cordero acerca de las masculinidades y el orden de los afectos en los fondos de las izquierdas: ¿cuál es el impacto del mandato de competencia masculina en las rupturas y cismas de las agrupaciones políticas? ¿Cómo se construye la línea entre lo íntimo y lo público en la correspondencia? ¿Cuánto hay de personal en la vida política de un militante? ¿Cómo influye una fallida relación amorosa en la vida de una revista? ¿Por qué habría pasión en lo privado y no en lo público? ¿Qué redes de solidaridad viril atraviesan los colectivos militantes?

Si, a su vez, analizamos desde una óptica de género el desarrollo de las II Jornadas, podemos compartir las siguientes impresiones: en primer lugar, la amplia mayoría de mujeres en carácter de expositoras, comentaristas, conferencistas, panelistas y como público asistente. También, la importancia de que algunas presentaciones hayan arriesgado análisis enmarcables dentro de la perspectiva de género antes mencionada. No obstante, muchas de las cuestiones citadas anteriormente se encuentran aún en una fase preliminar de indagación. Como señalábamos al comienzo, el resultado de la convocatoria fue altamente satisfactorio en calidad y número. Además de permitirnos conocer promisorios trabajos sobre archivos personales en el seno de diversas instituciones —dentro de las cuales nos alegra que predominen las universidades, especialmente las públicas—, lo escuchado en las mesas de ponencias «Archivos de escritores», «Archivos personales y arte» y «Archivos personales y documentos de imagen y sonido» testimonia, por un lado, una encomiable ampliación de intereses hacia lo audiovisual al momento de abordar los archivos personales, que antes eran vistos fundamentalmente como «colecciones de manuscritos», y, por lo mismo, objeto de un escrutinio meramente textualista. Por otro lado, la multiplicidad de perspectivas y metodologías compartidas a lo largo de las Jornadas nos conduce a complejizar lo que hemos dado en llamar la «cuestión de los límites» y que excede por mucho la clásica discusión de si un acervo determinado debe ser considerado un «fondo» o una «colección», al presentar por lo menos tres facetas.

En primer lugar, la imposibilidad de discernir —en el caso de archivos familiares, de parejas o bien de individuos a los que se les hayan entregado en custodia el archivo personal de una segunda persona— dónde termina lo atribuible a un productor determinado y dónde comienza lo perteneciente a otro. En segundo lugar, en el caso de personas que hubieran ocupado una función pública o mantenido una filiación con organizaciones de diverso tipo (políticas, sociales, del «tercer sector») qué documentos pertenecen al fondo propiamente personal y cuáles deberían ser considerados el único registro de un archivo institucional, sindical o partidario hoy desplazado o

totalmente perdido. Es frecuente, por ejemplo, el caso de editores que, al momento de abandonar su cargo, se llevan consigo documentación relativa al emprendimiento editorial en el cual estuvieron involucrados, o bien de militantes que, en caso de peligro de allanamiento o clausura de sus casas partidarias, optan por llevarse a sus domicilios particulares material que, *sensu stricto*, no sería personal —tal como lo es un carnet de afiliación— sino más bien daría cuenta de la vida de la organización o partido de pertenencia.

Esto último nos alerta sobre la necesidad de no abordar un archivo personal con la única expectativa de hallar en él un registro de la subjetividad de su productor, sino también con el ojo atento a encontrar tramos de instituciones y organizaciones de las que, en muchos casos y por diversos motivos, nada se ha conservado (por lo que estos resabios presentes en los fondos personales constituyen el único y muy valioso resto documental). Estos hallazgos son típicos al momento de confrontar, por ejemplo, con el acervo personal de dirigentes, militantes e intelectuales que debieron exiliarse por motivos políticos, a cuyos archivos dedicamos las mesas «Archivos personales y represión» y «Archivos personales y trayectorias político-intelectuales».

Como contrapartida a esta expectativa *sobrepasada*, no faltaron en las Jornadas acaloradas discusiones acerca de algunas iniciativas de creación de colecciones a partir de fondos personales, algo que, a veces, es el único clivaje de lectura de las discusiones acerca de «los límites del archivo». La fragmentación de algunos archivos personales o su escaso volumen (unos pocos documentos conservados) también aparecieron como situaciones fronterizas a las que se enfrentan diariamente los archivistas.

En las mesas apodadas «metodológicas» que tuvieron lugar durante el evento, los interrogantes mencionados fueron acompañados por más cuestiones. La visibilidad y puesta en acceso mediante diversas estrategias fue una de ellas: la elaboración de guías que transversalicen temáticamente los fondos, la elaboración de portales, la reproducción digital de los documentos albergados dentro de un fondo (o varios) en distintas plataformas y la potencialidad de los estándares de descripción archivística. Todo esto se presentó y se debatió sin dejar de lado las tradicionales problemáticas archivísticas vinculadas al ordenamiento y la clasificación.

En el mismo sentido, cabe destacar que, como actividad complementaria, se realizaron, de forma simultánea, tres talleres de formación profesional abiertos a la comunidad. En uno de ellos, Marianela Menchi (IIPC-Tarea y Unsam) impartió los rudimentos básicos de conservación. En otro de los talleres, Ramiro Uviña (CeDInCI, Unsam) realizó una introducción comparativa a los sistemas de descripción archivística en línea de código abierto: el Access to Memory (AtoM) y el Collective Access. Por último, Virginia Castro y Eugenia Sik (CeDInCI, Unsam) refirieron, en el tercer taller, a problemáticas teóricas y metodológicas que circundan la actividad de describir (esto es, *representar*) fondos, series o documentos.

El cierre del evento estuvo a cargo de Lydia Schmuck, del *Deutsches Literaturarchiv Marbach*. Proveniente de una institución que conserva más de mil archivos personales de escritores e intelectuales de lengua alemana (en un espectro que va de Friedrich Schiller a Reinhart Koselleck), su intervención giró sobre la pregunta de si los archivos personales pueden ser considerados *An-Archiven*, retomando además algunas oposiciones planteadas por la teórica Sigrid Weigel (quizás la más sugerente para nuestro quehacer: la oposición entre «legado» y «residuo»). En contraste con esta apuesta, el panel «Archivos de escritores», integrado por Verónica Rossi y Graciela Goldchluk, partió del trabajo puntual de organización y visibilización realizado por ambas sobre, respectivamente, los archivos personales de Rodolfo Fogwill y de Manuel Puig, para avanzar sobre cuestiones también altamente significativas, como la necesidad de armar un «mapa de archivos personales» en el país.

También estuvieron presentes durante el desarrollo de las Jornadas los nuevos desafíos que presenta el entorno digital, tanto para los archivistas como para los investigadores. Esta cuestión fue especialmente desarrollada en la conferencia de la historiadora Lila Caimari, quien, en diálogo con Adriana Petra, presentó su libro *La vida en el archivo: goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia* (Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2017). Allí se debatió acerca de las mutaciones actuales en el quehacer histórico a partir de la proliferación de documentos digitalizados en distintos sitios, que nos obliga a abandonar, no sin inquietud, la otrora «lógica de la escasez» de fuentes. Hoy en día, entonces, las nuevas prácticas de puesta en acceso de acervos digitales por parte de instituciones, la amplia circulación de materiales dentro de grupos de investigación, pero también desde sitios y portales bajo control de particulares, nos emplazan en un nuevo escenario plagado de interrogantes.

Tampoco faltaron las conceptualizaciones sobre el archivo en la filosofía contemporánea, objeto de la tan sesuda como deliciosa conferencia plenaria de Edgardo Castro, que desarrolló el concepto según Jacques Derrida, Paul Ricoeur, Michel Foucault y Giorgio Agambem, trayendo además a la discusión a teóricos del campo de la archivística como Eric Katelaar y su idea del «archivo panóptico». Castro, entre otros aspectos, nos alertó sobre la imposibilidad de aprehender «el archivo del archivo» y nos recordó que «el archivo es insaturable».

Las discusiones sobre política archivística atravesaron las Jornadas y tuvieron un fuerte anclaje en las problemáticas locales (extensibles al contexto latinoamericano). En el caso argentino, se alertó acerca de la escasez de legislación (o el incumplimiento de la existente) y la falta de financiamiento local a los emprendimientos vinculados con la gestión del patrimonio. En un sentido más amplio, las Jornadas demostraron que hay trabajos auspiciosos, pero que aún son relativamente escasos los archivos personales que se encuentran disponibles en instituciones. Este problemático pasaje del ámbito doméstico al institucional está atravesado por desconfianzas diversas en lo que hace a la transparencia y eficiencia de los archivos, bibliotecas y centros de documentación, especialmente bajo la órbita estatal. Sin embargo, la necesidad de concientizar sobre la importancia de estos acervos abrió la puerta a nuevas propuestas de trabajo colaborativo que contrarresten lo mencionado anteriormente.

En el panel «Los archivos personales en Latinoamérica» Vania Markarian realizó una exhaustiva descripción de la nutrida experiencia de trabajo con los fondos personales dentro del Archivo de la Universidad de la República (Uruguay). Horacio Tarcus alertó sobre la inevitable rivalidad que mantienen las instituciones archivísticas con los coleccionistas y sobre otros desmanejos patrimoniales que amenazan a largo plazo el devenir de la conservación de acervos en las instituciones argentinas. Por su parte, la directora de la Casa de Rui Barbosa, de Río de Janeiro, Lucia Maria Velloso de Oliveira, presentó un abordaje metodológico de los archivos personales.

En suma, las jornadas evidenciaron las diversas aristas de un objeto de trabajo e investigación estimulante, complejo y necesario. Como en todo evento enriquecedor, hubo acalorados debates y las charlas en los pasillos o en la mesa de café propiciaron contactos entre profesionales e investigadores, que se despidieron enriquecidos con una o varias de las experiencias presentadas. Esperamos que en el futuro se repliquen instancias tales de diálogo, reflexión y producción.

María Virginia Castro y María Eugenia Sik
Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI),
Universidad Nacional de San Martín (Unsam)

Reseña del coloquio Juventudes Universitarias en América Latina: Ayer y Hoy

En 2018 se celebrará el centenario de la Reforma Universitaria y, pensando en su conmemoración, la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación abrió en 2016 una convocatoria a las universidades nacionales argentinas para la organización actividades alusivas. En ese marco la Universidad de Buenos Aires realizó las Jornadas Juventudes Universitarias en América Latina: Ayer y Hoy», que reunieron a veinte especialistas de Argentina, Uruguay, Chile y México. El coloquio fue organizado en cuatro sesiones, que proponían un recorrido histórico del desarrollo del movimiento estudiantil desde finales del siglo XIX hasta el presente, analizando sus discursos y prácticas, su articulación con otros actores, su rol frente a diversos hitos de la historia y la política universitaria de América Latina, entre otros aspectos.¹ Nora Pagano (Universidad de Buenos Aires, UBA) y Valeria Manzano (Universidad Nacional de General Sarmiento) fueron las comentaristas de cada día de trabajo.

En la primera sesión se presentaron trabajos que abordaron el período de organización del movimiento universitario en Argentina. Luciana Carreño (Universidad Nacional de Quilmes, UNQ) analizó el proceso de conformación de los centros de estudiantes de la UBA. Desde su perspectiva, deben comprenderse la participación política y la organización gremial como procesos paralelos, para lo que es clave analizar las sociabilidades y la circulación de prácticas e ideas dentro de una determinada asociación. Ana Clarisa Agüero (Universidad Nacional de Córdoba) presentó los avances de su indagación sobre las identidades del estudiantado reformistas a partir de la selección de duplas familiares de miembros de la intelectualidad vinculados al proceso reformista. La propuesta de la investigadora es por demás interesante ya que recurre al método biográfico para dar cuenta del entrelazamiento entre «experiencias generacionales, territorios universitarios, ideas de reforma y disposiciones políticas».²

Siendo la Reforma a un punto de inflexión para la conformación del movimiento estudiantil universitario como actor político, la segunda mesa unificó indagaciones sobre la implementación de los principios reformistas. Pablo Buchbinder (UBA) describió los reclamos corporativos del movimiento estudiantil reformista que, tanto antes como después de la Reforma, estaban vinculados a las modalidades de enseñanza, los regímenes de evaluación, asistencia y regularidad. Sin embargo, luego de la Reforma cambian los modos de gestión y las capacidades de negociación de los estudiantes dada su incorporación al gobierno universitario. Buchbinder señala como límite de esta primera agenda reformista la cuestión del ingreso a la universidad, ya que las demandas planteadas eran de incumbencia para quienes ya habían ingresado a la institución.

El movimiento reformista se extendió a toda América Latina. En 1929, tras un largo proceso de lucha, la Universidad Autónoma de México (UNAM) sanciona una nueva ley orgánica que garantiza su autonomía. Renate Marsiske (UNAM) explica que este movimiento sería el último «coletazo» directo de la Reforma cordobesa, y adquiere relevancia por dos motivos: en primer lugar, los estudiantes de 1929 son hijos de la revolución de 1910, no participaron de los hechos pero serían la primera generación de la «nueva época»; en segundo lugar, es central pensar el lugar y posicionamiento del movimiento y de la universidad en un contexto como el mexicano a finales

1 Por razones de extensión, focalizaremos en algunos trabajos, los que desde mi perspectiva, y por los motivos que detallaré, son los aportes más significativos. El programa completo del evento puede consultarse en <www.uba.ar/historia>.

2 Agüero, A.C. (2017). *Estudiantes reformistas. Notas sobre las experiencias, las generaciones y las ideas (1880/1935)*. Mimeo. La cita pertenece al adelanto del trabajo de la autora.

de 1920, donde el 80 % de la población era analfabeta. La relevancia del trabajo de Marsiske radica en sus fuentes: ella analiza entrevistas realizadas en 1979 los protagonistas de 1929. Y es este juego entre historia, memoria y rememoración lo que enriquece su aporte.

Osvaldo Graciano (UNQ) analiza los debates, discursos y reformas introducidas en la Universidad Nacional de la Plata tras la Reforma. Se observa lo que él define como «politicidad de las ciencias académicas», es decir, el impulso a que la formación tenga un carácter humanista y comprometido con la realidad, la sociedad y la democracia, régimen que se inaugura con la elección de Yrigoyen en 1916 y da signos de profundizarse tras la Reforma. Graciano aporta elementos para comprender el posicionamiento del movimiento estudiantil en los albores del primer peronismo, período que no fue abordado en el coloquio.

La tercera mesa se centró en los años sesenta hasta la instauración de las dictaduras en el Cono Sur. Vania Markarian (Universidad de la República, Udelar) propuso un análisis de la participación estudiantil en los procesos de reforma de la Udelar entre 1958, año de sanción de la Ley Orgánica de la Universidad y la implementación —fallida— del Plan Maggiolo³ en 1967. Su interés es dar cuenta de la relación, entre dichos años, de dos procesos —la radicalización política hacia la izquierda y la reforma académica e institucional— que en principio podemos pensar como inversa⁴ pero en realidad, a comienzos del período analizado resulta en una convergencia positiva que comienza a mostrar sus límites hacia 1967. Mientras la Ley Orgánica instituía reclamos históricos del movimiento estudiantil, como el cogobierno y la autonomía, el Plan Maggiolo apuntaba a la estructura de la universidad y al impulso de la investigación científica en ella. Fue esta participación efectiva y directa de los estudiantes en el gobierno, garantizada en 1958, la que permite que Maggiolo llegue al Rectorado en 1966, en una alianza entre estudiantes y docentes vinculados al proyecto reformista.⁵ Pero será esta misma la Ley Orgánica la que pondrá un freno al Plan, lo que se evidencia, por ejemplo, en la estructura federativa que establece la ley, la cual entra en colisión con la propuesta de Maggiolo de crear institutos de investigación centrales. Es decir que no fue la radicalización política la primera causa del fracaso del Plan, sino la imposibilidad de crear una nueva estructura sin romper con la anterior. Como explica Markarian, no debemos perder de vista que el «tiempo de debate» en instituciones como la Udelar⁶ no se condice con la dinámica del conflicto en sociedades como la uruguaya (y la latinoamericana) de finales de los sesenta.

Continuando con la línea de análisis de políticas universitarias, Mariana Mendonça (UBA) expuso el proceso de implementación del Plan Taquini,⁷ por el que se crean 12 universidades nacionales⁸ lo que da lugar a una situación paradójica: una política de ampliación del sistema universitario impulsada por un gobierno militar con el propósito de acercarse a la juventud, pero que

3 Plan que debe su nombre al Rector de la Udelar en el período 1966-1972, Oscar Maggiolo, ingeniero vinculado al movimiento reformista, entendiendo por tal a aquellos sectores alineados con los postulados de la Reforma Universitaria de 1918.

4 Es decir, una mayor radicalización de los actores supondría una menor institucionalización.

5 Como ella puntualiza, retomando a Bourdieu, la política al interior de la universidad debe ser pensada con una dinámica propia, más allá de las filiaciones partidarias, puesto que son otros los valores (como el prestigio) que entran en juego al momento de establecer alianzas (siempre fluctuantes).

6 En la década de los sesenta la Udelar era la única universidad del país, de allí la centralidad que adquiere en la esfera pública el debate universitario y la relevancia misma de la institución.

7 Que debe su nombre a Alberto Taquini, decano de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA, quien diseñó el proyecto en 1968.

8 Algunas universidades fueron creadas, otras eran provinciales y se nacionalizaron, y otras eran subdesdesy fueron convertidas en universidad.

contó con la resistencia de las autoridades universitarias (porque consideraban que no existían los recursos suficientes para sostener las nuevas instituciones a largo plazo).

Juan Sebastián Califa (UBA) centra su análisis en el movimiento universitario de la UBA en 1972 y su postura frente al Gran Acuerdo Nacional (GAN) propuesto por Lanusse en 1971 como política de «apertura» de la dictadura. En el año 1972 la conflictividad estudiantil es baja y poco unificada, con conflictos gremiales puntuales por facultad y lo que se observa es una desconfianza hacia el GAN y su proyecto de una nueva ley universitaria, la cual incorporaba la participación estudiantil con el propósito de controlarlo, según la lectura de las agrupaciones estudiantiles. Dos elementos hacen relevante el trabajo de Califa: el detalle con el que describe el mapa político estudiantil de 1972 y su presentación, que abrió el debate con otros expositores. Califa sostiene que la génesis de la radicalización política se remonta a la década del cincuenta (contrario a interpretaciones más clásicas que fechan este proceso en los sesenta) y, desde su perspectiva, en la universidad no se da un acercamiento entre los sectores peronistas y los reformistas, ya que los primeros desde siempre tuvieron un cierto recelo del reformismo. Estos posicionamientos contrastaron con la perspectiva de Sergio Friedemann (UBA), quien analizó el proceso de reforma pensado para la UBA por el gobierno peronista electo en 1973. Días después de asumir Cámpora se decreta la intervención de las universidades nacionales para ponerlas al servicio de la «liberación nacional».⁹ Según Friedemann lo que se observa en los setenta es un acercamiento entre los sectores reformistas y el peronismo y un impulso de las autoridades a que la juventud sea destinataria, protagonista y hacedora de este proyecto, lo que se evidencia en la incorporación de jóvenes en puestos de conducción y el activo rol de los estudiantes en la planificación y en la designación de docentes y autoridades. El análisis de Friedemann se centra en recuperar la perspectiva de los actores, de allí que él sostiene que durante los años sesenta se da una «peronización de la juventud» porque la misma generación lo plantearía en estos términos.¹⁰ Esta «peronización» es producto de la confluencia de varios factores: la autocrítica del peronismo respecto de su relación con las clases medias y los universitarios en sus primeros gobiernos, las nuevas corrientes políticas e ideológicas que lo nutrieron (como el pensamiento latinoamericanista y tercermundista, la izquierda y el cristianismo) y el distanciamiento de esta generación del pensamiento de sus entornos sociales y familiares, que en muchos casos era marcadamente antiperonista. Esta reforma se ve abruptamente interrumpida en septiembre de 1974 cuando comienza lo que Friedemann denomina como un período de «transición a la dictadura».¹¹

Guadalupe Seia (UBA) exploró las concepciones de *juventud* de las autoridades de la UBA designadas por la dictadura instaurada en 1976 y las medidas tomadas a partir de esas concepciones. Las instituciones educativas y los espacios laborales donde la presencia sindical estaba más organizada fueron los lugares donde la represión se sintió con más fuerza ya que eran entendidos como «focos de difusión y cooptación del comunismo y el terrorismo». En su diagnóstico, la dictadura habla de la «universidad del caos» por los proyectos educativos y por el clima en ellas imperante en el período anterior, que alteraba los procesos de aprendizaje y enseñanza, cuyo

9 Con este objetivo se revisaron todos los planes de estudio antes del comienzo del ciclo lectivo de 1974 y se impulsaron las prácticas profesionales en contextos vulnerables.

10 Este es también un punto de debate. Sin negar el proceso de peronización de las clases medias, Friedemann deja de lado todo el arco de izquierda no peronista.

11 Desde mi perspectiva, este es otro de los aportes significativos del trabajo de Friedemann, ya que «transición a la dictadura» permite dar cuenta del período que se abre tras la muerte de Perón en julio de 1974 y el golpe de estado de 1976. Específicamente en lo que respecta a la UBA, Ottalagano es designado interventor y en octubre de 1974 comienza un proceso de cesanteo masivo de docentes, lo que sería una antesala de la política represiva de la dictadura en la universidad.

origen se encuentra en la Reforma del 1918¹² y que de forma insuficiente se intentó frenar con la intervención de 1966. Con esta lectura, se interviene la universidad días después del golpe, se suspende el inicio del ciclo lectivo y comienza la «depuración» de la institución mediante diversas medidas represivas cuyo objetivo, explica Seia, era la construcción de una comunidad universitaria jerárquica, ordenada, disciplinada y pasiva. Este objetivo debe ser entendido en el proceso represivo más amplio que se estaba llevando adelante en el país y en toda la región. Pero este control sobre la comunidad universitaria, según los testimonios analizados por Seia, dan cuenta de diversas prácticas y tácticas¹³ que permitieron la organización estudiantil.

Este ataque de la dictadura a la Reforma Universitaria va a tener un efecto interesante, ya que con la vuelta a la democracia en 1983 todo ataque a los principios reformistas va a ser acusado de ser afín al proyecto de la dictadura militar. Yann Cristal (UBA) analiza el movimiento estudiantil en la UBA en los primeros años de recuperación democrática, en los que se da un cambio en la dinámica política, ya que comienza un período de funcionamiento ininterrumpido de los centros de estudiantes en particular y de todas las instituciones democráticas general. Cristal identifica tres momentos: el primero de ellos es la salida de la dictadura y él lo fecha en 1982, cuando las agrupaciones estudiantiles pudieron volver a tomar el espacio público (realizando marchas y asambleas, siendo el principal conflicto la política de cupos y la de arancelamiento implementadas por la dictadura) y comienza el proceso de organización de los centros de estudiantes, articulándose con las organizaciones de derechos humanos y con los partidos políticos (sobre todo la Unión Cívica Radical). Lo que se evidencia es un cambio en el mapa político de las agrupaciones estudiantiles respecto del período anterior a la dictadura: Franja Morada se convierte en la fuerza hegemónica, el peronismo y la izquierda quedan desplazados y emergen grupos estudiantiles llamados *independientes*. El discurso de Franja Morada tenía una marcada continuidad con el discurso de Raúl Alfonsín, repudiando a la violencia y ponderando a la democracia como vía de superación de todos los conflictos. En los primeros tres años de presidencia de Alfonsín, segundo momento, el estudiantado universitario en particular, y la juventud en general, es visto como un interlocutor y actor privilegiado y como el «sujeto de la democracia».¹⁴ Finalmente, en el tercer período, los años 1986 y 1987, lo que se ve es un desencanto del movimiento estudiantil hacia el gobierno de Alfonsín debido a la sanción de las leyes de Obediencia Debida y de Punto Final y a que la crisis económica empieza a sentirse con intensidad en la Universidad.¹⁵

Carolina Losada (UBA) presentó los avances de su investigación sobre las propuestas de reforma que plantearon las organizaciones estudiantiles entre 2002 y 2006, cuando finaliza la Gestión de Schubertoff como rector y Franja Morada pierde su lugar como fuerza mayoritaria estudiantil. Según Losada, la crisis de 2001 demoró en llegar a la universidad y sus efectos se hacen visibles en la elección de rector de 2006, cuando la acción directa se vuelve el medio privilegiado para cuestionar el mecanismo de esta elección y, más aún, exigir la reforma de los estatutos. El proceso de lucha que se abre en 2006 es entendido por el propio movimiento estudiantil como la primera acción política de los jóvenes que vivieron la crisis de 2001 y su principal denuncia era el desequilibrio en su participación en los órganos de toma de decisiones. El conflicto, que dejó

12 Ya que los concursos docentes y el gobierno tripartito permitieron que «ideólogos del comunismo» tuvieran cada vez más poder.

13 Algunas clandestinas y otras vinculadas a efectos inesperados de la presencia cotidiana de las fuerzas de seguridad en la universidad (identificarlos permitía, por ejemplo, no realizar actividades «sospechosas» cerca).

14 Claro contraste con las décadas anteriores, donde la juventud era el «sujeto de la revolución».

15 Porque el aumento de la matrícula no fue acompañado de un aumento del presupuesto universitario.

acéfala a la universidad durante ocho meses, también evidenció la fuerte atomización del movimiento y el resurgimiento de las fuerzas de izquierda.

Finalmente, Andrés Donoso Romo (Universidad de Playa Ancha) propuso una interesante vinculación entre el proceso de movilización estudiantil chileno iniciado en 2011 y la Reforma de 1918.¹⁶ Desde su perspectiva, ambos procesos presentan varios elementos similares: son producto de procesos de masificación que ponen en cuestión la estructura del sistema educativo existente, las acciones de protesta masiva son una de sus tácticas de lucha, ambos movimientos tienen como horizonte la ampliación de la libertad, la defensa de la universidad y su democratización.¹⁷

Las Jornadas nos permitieron hacer un recorrido por las diversas representaciones construidas sobre la universidad: como espacio de formación de la elite, como institución faro en la crisis civilizatoria, espacio privilegiado para el cambio social, «la universidad del caos y de la violencia» que las dictaduras de los setenta buscaron reorganizar. Hace cien años la Reforma Universitaria produjo un cambio profundo en las relaciones de poder al interior de la universidad, construyendo un imaginario sobre ella y cimentando un conjunto de valores que se ha mantenido —atravesando profundas resignificaciones— a lo largo del siglo xx hasta hoy.

A fines de este año se editará un libro compilatorio de todas las ponencias presentadas y los videos de los paneles estarán disponibles próximamente en la página del programa «Historia y memoria: doscientos años de la UBA».

Nadia Yannuzzi
Universidad de Buenos Aires

16 Donoso Romo menciona, con acertada pertinencia, que no debemos perder de vista que en 2018 celebramos también el 50.º aniversario de las movilizaciones estudiantiles de 1968.

17 Aunque en 2011 en Chile, como bien explica Donoso Romo, el principal reclamo es el cese del lucro en las universidades privadas y la gratuidad en todo el nivel.

Democracia 30 años, restauración y desafíos

Entre los días 25 y 27 de noviembre de 2015 tuvo lugar el seminario *A treinta años de la restauración: los desafíos de la democracia uruguaya*, organizado entre el Instituto de Ciencia Política (ICP) de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (Udelar) y la Presidencia de la Cámara de Representantes.

A la mesa de apertura, integrada por Fabiano Santos, Carlos Gervasoni y Daniel Buquet, *La democracia en el cono sur*, le siguió la bienvenida formal al ilustre politólogo profesor Adam Przeworski (New York University), quien nos visitó nuevamente como hace décadas y estuvo activamente presente a lo largo de todo el seminario y ofreció, en su cierre, una conferencia sobre *Los desafíos de la democracia*.

En continuidad con la tradición del ICP, el evento procuró articular el diálogo y la reflexión conjunta entre académicos y políticos y tomó como punto de referencia las tres décadas transcurridas desde 1985. Los ejes temáticos fueron coordinados por investigadores del ICP. Asimismo, Adolfo Garcé, Daniel Chasquetti y José Rilla coordinaron la organización general desde el Instituto.

El primero de los ejes, *Gobiernos departamentales y locales* (coordinado por Altaïr Magri), contó la presentación de Martín Freigedo (ICP) «La democracia a nivel local. Experiencia de los gobiernos municipales» y con el comentario del diputado Daniel Caggiani. «Frenos y contrapesos en los gobiernos departamentales» fue presentado por Oscar Sarlo (Facultad de Derecho, Udelar) y Antonio Cardarello (ICP) y comentado por el diputado Conrado Rodríguez. «Los desafíos de la coordinación entre las políticas a nivel local y nacional» fue presentado por el intendente de Rocha, Aníbal Pereyra, y comentado por la profesora Cristina Zurbriggen (ICP). Los senadores Carlos Camy y Marcos Otheguy se refirieron a «¿Descentralización o regionalización?», contribución que fue comentada por Ignacio Zuasnabar (Universidad Católica del Uruguay, UCU). Finalmente, el intendente de Cerro Largo, Sergio Botana, presentó «Congreso de intendentes» y fue comentado por el profesor Diego Luján (ICP).

El segundo eje estuvo centrado en *Democracia y sistema de partidos* (coordinado por Javier Gallardo). Las ponencias presentadas fueron «El financiamiento de la política», de Rafael Piñeiro (UCU), comentada por el diputado Iván Posada; «Participación electoral y democracia», de Rosario Queirolo (UCU), comentada por la senadora Constanza Moreira; el senador Javier García expuso sobre «Sistema electoral: fortalezas y debilidades» y fue comentado por el profesor Oscar Botinelli (Factum; ICP); «Partidos y representación política» fue la ponencia del Juan Andrés Moraes (ICP) que comentó el diputado Sebastián Sabini; Niki Johnson (ICP) presentó «Representación de las mujeres y ley de cuota» y fue comentada por la senadora Constanza Moreira. Finalmente, los profesores Aldo Marchesi, Felipe Monestier y Jaime Yaffé hablaron sobre «Los partidos y sus tradiciones», ponencia que fue comentada por el diputado José Carlos Mahía.

El tercer eje del encuentro fue *Desafíos y límites de la democracia* (coordinado por José M. Busquets). Las contribuciones fueron «Democracia y gradualismo», de Nicolás Bentancur (ICP), comentada por el diputado Gonzalo Civilá; «Democracia y bienestar», de Carmen Midaglia (ICP), comentada por el diputado Fernando Amado; «Democracia e igualdad», de Federico Traversa (ICP), comentada por el diputado Eduardo Rubio; «Democracia y patronazgo», presentada por Conrado Ramos (ICP) y comentada por el diputado Ope Pasquet. El diputado Óscar Andrade habló sobre «Democracia y corporaciones» y fue comentado por el profesor Guillermo Fuentes (Facultad de Ciencias Sociales, Udelar). Finalmente, el diputado Jorge Gandini se refirió

a «Democracia, políticas públicas y participación ciudadana» y fue comentado por la profesora María Ester Mancebo (ICP).

El evento se completó con dos mesas centrales: *Los desafíos de la democracia en el Uruguay*, que contó con la participación de los líderes partidarios y *Los tres poderes del Estado y su relacionamiento*, en la que intervinieron Jorge Lanzaro, Daniel Chasqueti, Juan Andrés Roballo, Edgardo Ettlín, Raúl Sendic y Martín Risso.

El cierre del seminario estuvo a cargo del presidente de la Cámara de Representantes, Alejandro Sánchez.

José Rilla
Universidad de la República y Universidad Clach

Convocatoria *Contemporánea* Volumen 9, año 9, 2018

Derroteros de las juventudes universitarias en América Latina desde la Reforma hasta Tlatelolco

Editor invitado:
Pablo Buchbinder (Universidad de Buenos Aires)

En 2018 se cumplen dos aniversarios de particular relevancia para la historia de las universidades y los movimientos estudiantiles latinoamericanos: el primer centenario de la Reforma Universitaria iniciada en la ciudad argentina de Córdoba y el cincuentenario de la masacre de Tlatelolco, en México. Este último año coincide además con la revuelta estudiantil europea, que culminó en mayo de ese mismo año en París. Se trata de un momento particularmente apropiado para profundizar en torno al estudio de los derroteros de las juventudes universitarias y su impacto en la vida pública y cultural de América Latina.

Con ese motivo, *Contemporánea* abre la convocatoria para la presentación de trabajos para un dossier titulado «Juventudes universitarias en América Latina: derroteros desde la Reforma de Córdoba a la masacre de Tlatelolco». Los estudiantes universitarios han jugado, en particular desde la Reforma de Córdoba, un papel protagónico en la historia latinoamericana contemporánea ya sea en el marco del impacto de la Revolución Rusa y el fin de la Primera Guerra Mundial o de la Guerra Fría. La idea que anima a esta propuesta consiste en contribuir al debate sobre estas temáticas a través de la presentación de trabajos que exploren, en el amplio conjunto del espacio latinoamericano, aspectos tales como el desarrollo y nacimiento de las organizaciones estudiantiles, sus formas de sociabilidad, sus estructuras gremiales, sus estrategias de movilización o sus vínculos con distintos actores de la sociedad civil y la política como los gobiernos, los partidos o la iglesia. También nos interesa indagar en torno a sus repertorios de lucha, a la relación entre sus reivindicaciones corporativas y su visión de la política nacional o internacional o a sus perspectivas en torno a dimensiones centrales de la vida universitaria como la autonomía. Las propuestas pueden partir de preguntas relativas tanto a la historia de la educación superior o universitaria como de la vida política en general. Invitamos también a examinar estas cuestiones a través del estudio de fuentes diversas, desde las producidas institucionalmente por las universidades o a partir de las publicaciones juveniles específicas que permiten conocer las vertientes ideológicas e intelectuales de estos movimientos. Por último proponemos avanzar en los estudios comparativos entre distintos espacios nacionales.

Además del tema principal del número, *Contemporánea* está abierta a la recepción de artículos sobre otros asuntos dentro del campo de la historia y los problemas de América Latina en el siglo xx.

Presentación de originales

Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf a <revistacontemporanea2010@gmail.com> hasta el 9 de abril de 2018.

Los autores deben enviar un cv abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.

Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán

- reseñas de libros (entre 1000 y 1200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número;
- ensayos bibliográficos (entre 3000 y 4000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2000 y 2500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.

El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato

Todos los textos deberán estar en tipografía Times New Roman, tamaño 12, interlineado 1,5. Notas al pie en cuerpo 9. A efectos de facilitar el formato, sugerimos descargar la plantilla base de la Unidad de Medios Técnicos, Ediciones y Comunicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación donde figuran los estilos para las diferentes jerarquías y formatos de párrafo. <<https://drive.google.com/open?id=oB5anAs5hrkyDNFZPTFFrby1fSGs>>.

Las referencias textuales de menos de cuarenta palabras se incluirán entrecomilladas (sin cursivas) en el texto. Si sobrepasan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, sin comillas ni cursivas, en cuerpo de letra 10,5 con espaciado a izquierda y a derecha de 1,5 cm.

Al final de cada artículo se incluirá una lista de referencias bibliográficas y de bibliografía consultada.

La bibliografía y fuentes se citarán de acuerdo a las *Pautas de Estilo FHCE* (Disponibles en <http://www.fhuce.edu.uy/images/comunicacion/Informacioninstitucional/Pautas_2017-08-08-hipervinculos.pdf>).

Contemporánea (ISSN: 1688-9746) es una revista académica de frecuencia anual. Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en Latindex. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <revistacontemporanea.fhuce.edu.uy>.

Comité Editorial: Magdalena Broquetas, Inés Cuadro, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol, Jaime Yaffé.

Dossier: Guerras y política en América Latina en el siglo XX

Pensar lo político, entender las guerras.
Tribulaciones, lamentos y ocasos
de una relación estructurante del siglo xx
Edgardo Manero y María Laura Reali

Hands Across the Río de la Plata: Argentine and
Uruguayan Antifascist Women, 1941-1947
Sandra McGee Deutsch

In arms' way. The 1960s Latin American
New Left thinking on war and politics
Eugenia Palieraki

Repensando a guerra revolucionária
no Exército brasileiro (1954-1975)
Rodrigo Nabuco de Araujo

América Latina en torno a los paradigmas de seguridad
Rut Diamint

Una geografía global del combate.
Asia y América Latina en los orígenes de la Guerra Fría
Daniel Emilio Rojas

Entrevista a Ana Frega

Bibliográficas | Eventos | Archivos